DOUGLAS ADAMS

Iras celestiales

Una investigación de Dirk Gently

CONTRASEÑAS

EDITORIAL ANAGRAMA

Adams Douglas

Iras celestiales

Dirk Gently, detective holístico, tiene un método de trabajo basado en la interconexión entre todas las cosas. En esta novela, la inexplicable explosión que devasta una terminal del aeropuerto de Heathrow tiene relación con el misterioso cliente que acude a Dirk para que le proteja de una siniestra criatura de dos metros diez, de grandes ojos verdes, peluda y con cuernos.

Tras la aclamada serie de los Autoestopistas Galácticos, Douglas Adams creó un personaje que superaba, si cabe, su humor surrealista e ironía explosiva. Dirk Gently (excéntrico, inclasificable por excelencia de las absurdidades y paradojas del frenético y desbocado fin del siglo XX).

Título de la edición original:
The Long Dark Tea-Time of the Soul

Edición en formato digital: octubre de 2016

© de la traducción, Alberto Coscarelli, 1992

© Douglas Adams, 1988

© EDITORIAL ANAGRAMA, S.A., 1992
Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-2829-0

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

anagrama@anagrama-ed.es
www.anagrama-ed.es

Para Jane

AGRADECIMIENTOS

Este libro se escribió e imprimió en un ordenador Apple Macintosh II y una impresora Apple Laser Writer II NTX, mediante el procesador de textos FullWrite Professional de Ashton Tate. La maquetación y fotocomposición corrió a cargo de The Last Word.

Me gustaría dar unas gracias enormes a mi increíble y maravillosa editora, Sue Freestone. Su ayuda, apoyo, opinión, ánimo, entusiamo y bocadillos fueron incalculables. También tengo que darles las gracias a Sophie, James y Vivian, y pedirles perdón por lo poco que la vieron durante las últimas semanas del trabajo.

1

No puede tratarse de una simple y pura coincidencia que en ninguna lengua de la Tierra exista la expresión «bonito como un aeropuerto».

Los aeropuertos son feos. Algunos son muy feos. Los hay que alcanzan tal grado de fealdad que sólo pueden ser el producto de un esfuerzo premeditado. Esta fealdad proviene de que los aeropuertos están llenos de personas cansadas, irritadas y que acaban de descubrir que su equipaje ha aterrizado en Múrmansk (el aeropuerto de Múrmansk es la única excepción conocida a esta regla por lo demás infalible), y los arquitectos en general han tratado de reflejar todo esto en sus proyectos.

Han procurado resaltar la atmósfera de cansancio e irritación con formas brutales y colores exasperantes, hacer que resulte fácil separar para siempre al viajero de su equipaje o seres queridos, confundir al pasajero con flechas que parecen apuntar a las ventanas, a mostradores distantes, o a la posición actual de la Osa Menor en el firmamento nocturno, y, siempre que pueden, exhibir las tuberías con el pretexto de que resultan funcionales y ocultar la ubicación de las puertas de embarque probablemente con el pretexto de que no lo son.

Atrapada en medio de un mar de luz difusa y un mar de ruidos difusos, Kate Schechter se había quedado parada, llena de dudas.

A lo largo de todo el camino de Londres a Heathrow se había visto atenazada por las dudas. No era una persona supersticiosa, ni siquiera una persona religiosa, simplemente no tenía nada claro que debiera tomar el avión a Noruega. Pero le resultaba cada vez más fácil creer que Dios, si había un Dios, y si era remotamente posible que un ser divino capaz de ordenar la disposición de las partículas para crear el universo pudiera estar también interesado en dirigir el tráfico en la M4, tampoco quería que tomara el avión a Noruega. Todos los problemas que había tenido para encontrar billete, buscar a una de las vecinas de al lado para que cuidara de la gata, después buscar a la gata para que la cuidara la vecina de la puerta de al lado, la súbita aparición de una gotera en el techo, la pérdida de la cartera, el tiempo, la repentina muerte de la vecina de la puerta de al lado, el embarazo de la gata, todo tenía el aspecto de una campaña orquestada de obstrucción que empezaba a alcanzar proporciones divinas.

Incluso el taxista –cuando, por fin, encontró un taxihabía comentado: «¿Noruega? ¿Para qué quiere ir allí?» Y al ver que ella no respondía de inmediato: «¡La aurora boreal!» o «¡Los fiordos!», sino que ponía cara de duda y se mordía el labio, había añadido: «Lo sé. Me juego lo que quiera a que hay un tipo que la arrastra hasta allí. ¿Sabe qué?, dígale que se olvide. Váyase a Tenerife.»

Era una posibilidad.

Tenerife.

O incluso, se atrevió a pensar por un instante, su casa.

Miró sin decir palabra a través de la ventanilla del taxi los atascos del tráfico y pensó que por frío y desapacible que fuera aquí el clima, no era nada en comparación con lo que sería en Noruega.

O, desde luego, en casa. En estos momentos su hogar estaría tan helado como Noruega. Helado y perforado por géiseres de vapor que brotaban del suelo, para ser atrapados en el aire frío y disiparse entre las fachadas escarpadas y glaciales de la Sexta Avenida.

Una rápida mirada al itinerario seguido por Kate en el transcurso de sus treinta años de vida revelaría, sin ninguna duda, que era una neoyorquina, a pesar de haber vivido muy poco en la ciudad, pues la mayor parte de su existencia había transcurrido a una distancia considerable de ella: Los Ángeles, San Francisco, Europa, y un período de vagabundeo por América del Sur –cinco años antes– después de la pérdida de su flamante marido, Luke, atropellado en Nueva York mientras hacía señas a un taxi.

Le gustaba pensar que Nueva York era su casa, y que la echaba de menos, pero en realidad lo único que añoraba era la pizza. Y no una pizza cualquiera, sino la clase de pizza que te traían a la puerta de casa cuando la encargabas por teléfono. Ésta era la única pizza auténtica. La pizza que te obligaba a salir a la calle, sentarte a una mesa y contemplar las servilletas de papel rojo, no era una auténtica pizza por mucho pimiento y anchoas extras que le pusieran.

Londres era el lugar donde prefería vivir si dejaba de lado, desde luego, el problema de la pizza, que la volvía loca. ¿Por qué nadie repartía pizzas? ¿Por qué nadie comprendía que era inherente a la naturaleza misma de la pizza que llegara hasta el umbral de tu puerta en una caja de cartón caliente, para luego despegarla del papel parafinado y comértela doblando las porciones, sentada ante la tele? ¿Cuál era el fallo fundamental de esos estúpidos, engreídos y torpes ingleses que les impedía comprender este principio tan sencillo? Por alguna razón desconocida, ésta era la única frustración que no podía aceptar, la única con la que no había aprendido a

vivir y, más o menos una vez al mes, se deprimía muchísimo, llamaba a una pizzería, encargaba la pizza más grande y abundante que pudiera describir –prácticamente una pizza con otra pizza encima– y luego, con voz muy dulce, pedía que se la enviaran.

–¿Cómo?

–Enviarla. Le daré la dirección...

–No lo entiendo. ¿No va a venir usted a recogerla?

–No. ¿Es que no la envían? Mi dirección...

–Estooo, nosotros no lo hacemos, señorita.

–¿No hacen qué?

–Enviarla...

–¿Que ustedes *no la envían?* ¿Le he *entendido* bien?

El intercambio degeneraba rápidamente en una desagradable competición de insultos que la dejaba exhausta y temblorosa, pero la hacía sentirse mucho, muchísimo mejor a la mañana siguiente. En todos los demás aspectos era una de las personas más dulces que uno podía encontrar.

Pero hoy su aguante estaba llegando al límite.

En la autopista se habían formado unos atascos terribles, y cuando se dio cuenta, por el centelleo de luces azules a lo lejos, que la causa era un accidente en algún lugar delante de ellos, Kate se había puesto más tensa y había mantenido la mirada fija en la otra ventanilla hasta que dejaron atrás, a paso de tortuga, el lugar de la desgracia.

Cuando, por fin, llegaron a destino, el taxista se enfadó, porque no llevaba el importe exacto, y refunfuñando el hombre se puso a rebuscar por los bolsillos de los ajustados pantalones hasta que por fin encontró suelto para el cambio. La atmósfera era pesada y tormentosa y ahora, de pie en el centro de la sala de la Terminal 2 del aeropuerto de Heathrow, no podía dar con el mostrador de facturación para su vuelo a Oslo.

Se quedó un momento inmóvil, respirando con calma, profundamente, y trató de no pensar en Jean-Philippe.

Jean-Philippe era, como el taxista había adivinado, la razón por la cual iba a Noruega, pero también era la razón por la que estaba convencida de que Noruega no era en absoluto el sitio al que le convenía ir. Por consiguiente, pensar en él le hacía bailar la cabeza y le pareció mejor no pensar en él en absoluto, sino simplemente ir a Noruega como si de todas maneras tuviera que ir allí. Así se sorprendería muchísimo cuando se tropezara con él en el hotel cuya dirección le había escrito en la postal guardada en el bolsillo lateral del bolso de mano.

De hecho, la sorprendería de todas maneras encontrarlo allí. Era más probable que encontrara un mensaje de su parte diciéndole que, de forma inesperada, le habían enviado a Guatemala, Seúl o Tenerife y que la llamaría desde allí. JeanPhilippe era la persona más continuamente ausente que había conocido jamás. En esto era la culminación de una serie. Desde que había perdido a Luke en las fauces del gran Chevrolet amarillo, había dependido un poco al azar de las emociones un tanto vacías que una sucesión de hombres egoístas había despertado en ella.

Intentó apartar todo esto de su mente e incluso cerró los ojos por un instante. Deseó que, cuando volviera a abrirlos, hubiera un cartel delante suyo anunciando: «Por aquí, a Noruega», que podría limitarse a seguir sin necesidad de tener que pensar en ello ni en ninguna otra cosa durante el resto de su vida. Así, reflexionó, siguiendo el hilo de su razonamiento anterior, es como nacen las religiones y ésta debe ser la razón por la que hay tantas sectas rondando por los aeropuertos en busca de adeptos. Saben que la gente está en su momento más vulnerable, perpleja y dispuesta a aceptar cualquier tipo de guía.

Kate volvió a abrir los ojos y, naturalmente, se llevó una decepción. Pero un par de segundos más tarde se abrió por un momento la ola de irritados alemanes vestidos con unos inexplicables polos amarillos y tuvo un brevísimo atisbo del mostrador de facturación para Oslo. Se colgó del hombro la bolsa de viaje y se abrió camino hacia allí.

Sólo había una persona delante de ella en la cola del mostrador y, al parecer, tenía problemas o tal vez los estaba buscando.

Era un hombre de impresionante estatura y buena constitución física –incluso bien parecido– pero al mismo tiempo había en él algo muy raro, que Kate no conseguía discernir. Ni siquiera hubiera podido decir qué era lo que encontraba raro, pero, de inmediato, se inclinó por no incluirle en la lista de cosas en las que debía pensar en aquel momento. Recordó haber leído un artículo en el que se explicaba que la unidad procesadora central del cerebro humano sólo tenía siete registros de memoria, lo que significaba que si tenías en la mente siete cosas a la vez y pensabas en alguna más, una de las siete se borraba de inmediato.

En rápida sucesión pensó si lograría o no subir al avión, si sólo era imaginación suya que el día estuviera resultando tan espantoso, en el personal de las líneas aéreas que sonríe seductoramente y te trata como si fueras basura, en las tiendas libres de impuestos, que podrían cobrar precios mucho más bajos que las tiendas normales,

pero, por razones misteriosas, no lo hacen, si le apetecía o no escribir un artículo acerca de los aeropuertos, artículo que la ayudaría a cubrir los gastos del viaje, si la bolsa de viaje le pesaría menos si se la colgaba del otro hombro y, finalmente, a pesar de sus intentos de no hacerlo, en Jean-Philippe, que por sí mismo constituía otra serie de al menos siete subtemas más.

El hombre que discutía delante de ella desapareció de su mente.

Fue el aviso por los altavoces del aeropuerto de la última llamada de embarque para su vuelo a Oslo lo que la obligó a devolver su atención a la escena del mostrador.

El hombretón estaba montando un cirio porque no le habían hecho una reserva en primera clase. En aquel momento, quedó aclarado que la razón era que, en realidad, no tenía billete de primera clase.

Los ánimos de Kate se hundieron hasta lo más profundo de su ser, y allí se dedicaron a rondar lanzando gruñidos amenazadores.

Ahora quedó claro, además, que el hombre tampoco tenía billete, y la furiosa discusión se amplió libremente a temas tan diversos como la apariencia física de la recepcionista, teorías acerca de sus antepasados, especulaciones sobre las sorpresas que podía depararle el futuro tanto a ella como a la compañía para la cual trabajaba y, finalmente, por casualidad, se tocó el feliz tema de la tarjeta de crédito.

Él no tenía tarjeta de crédito.

Se produjo una nueva discusión que, esta vez, versaba sobre los cheques y los motivos que podía tener la compañía para no aceptarlos.

Kate echó una mirada larga, lenta y asesina a su reloj.

–Perdón –dijo, interrumpiendo las transacciones–. ¿Tienen para mucho rato? Tengo que tomar el vuelo para Oslo.

–Estoy ocupada con este caballero –respondió la muchacha–. Estaré con usted en un segundo.

Kate asintió y cortésmente dejó que transcurriera un segundo.

–Es que el vuelo está a punto de salir –atacó de nuevo–. Sólo llevo una bolsa, tengo el billete y tengo la reserva. Sólo le llevará treinta segundos. Lamento interrumpir, pero lamentaré mucho más perder mi vuelo por treinta segundos. Son exactamente treinta segundos, no treinta y «sólo un segundo más», lo que nos tendría aquí toda la noche.

La chica del mostrador dedicó a Kate todo el esplendor de su pintura de labios, pero, antes de que abriera la boca, el gigante rubio se dio la vuelta. El efecto que producía su rostro era un poco

desconcertante.

–Yo también –dijo con una voz nórdica lenta y furiosaquiero volar a Noruega.

Kate le miró boquiabierta. Parecía estar completamente fuera de lugar en aquel aeropuerto, o, mejor dicho, el aeropuerto parecía estar completamente fuera de lugar alrededor de él.

–Bueno –dijo ella–, tal como están las cosas ninguno de los dos lo conseguirá. ¿No podríamos acelerar las cosas? ¿Cuál es el problema?

La chica del mostrador volvió a obsequiarle con su sonrisa tan encantadora como mortecina y respondió:

–La política de la empresa no permite aceptar cheques.

–Bueno, yo sí –afirmó Kate, depositando de un manotazo su propia tarjeta de crédito sobre el mostrador–. Cargue el billete del caballero a mi tarjeta y yo aceptaré su cheque.

–¿De acuerdo? –le preguntó al hombretón, que la miraba un tanto sorprendido. Sus ojos eran grandes y azules y transmitían la impresión que habían visto muchos glaciares. Eran extraordinariamente arrogantes y también turbios.

–¿De acuerdo? –repitió con energía–. Mi nombre es Kate Schechter. Dos ces, dos haches, dos es y también una t, una erre y una ese. Si no nos olvidamos de ninguna, el banco no pondrá pegas al orden en que aparezcan. Parece que ni siquiera ellos mismos lo saben.

El hombre inclinó muy lentamente la cabeza hacia ella esbozando un gesto de agradecimiento. Le dio las gracias por su generosidad, cortesía y otra palabra noruega que no entendió, dijo que hacía muchísimo tiempo que no encontraba a una persona como ella, que era una mujer decidida y alguna otra palabra noruega, y que estaba en deuda con ella. Añadió, también, como reflexión adicional, que no tenía talonario.

–¡De acuerdo! –exclamó Kate, decidida a no apartarse de su rumbo. Buscó en el bolso un trozo de papel, cogió un bolígrafo del mostrador, escribió en el papel y se lo entregó al hombre.

–Ésta es mi dirección –dijo–. Envíeme el dinero. Empeñe el abrigo de piel si es necesario. Pero envíemelo. ¿De acuerdo? Correré el riesgo de confiar en usted.

El hombretón cogió el trozo de papel, leyó las pocas palabras escritas con infinita lentitud, después lo plegó con sumo cuidado y se lo guardó en el bolsillo del abrigo. Hizo de nuevo una ligera inclinación de cabeza.

De pronto Kate se dio cuenta de que la chica del mostrador

esperaba en silencio que le devolviera el bolígrafo para poder rellenar el impreso de la tarjeta de crédito. Enfadada, lo dejó sobre el mostrador, le entregó su billete y se impuso a sí misma una calma helada.

Los altavoces anunciaron la salida del vuelo.

–¿Puedo ver sus pasaportes, por favor? –pidió la muchacha, sin prisas.

Kate le entregó el suyo, pero el hombretón no tenía.

–¿Qué? –gritó Kate. La recepcionista se limitó a cesar todos sus movimientos y contempló en silencio un punto del mostrador esperando que alguien hiciera algo. No era su problema.

El hombre repitió furioso que no tenía pasaporte. Lo proclamó a gritos y dio un puñetazo con tanta fuerza sobre el mostrador, con tanto ímpetu, que lo abolló un poco con la potencia del golpe.

Kate recogió su billetera, el pasaporte, la tarjeta de crédito y volvió a colgarse del hombro la bolsa de viaje.

–Aquí es donde me bajo –anunció y, sin más, se marchó. Tenía la sensación de haber hecho todos los esfuerzos humanamente posibles para coger el avión, pero se le había escapado. Le enviaría un mensaje a Jean-Philippe avisándole de que no podía ir, y probablemente lo pondrían en un casillero junto al mensaje que él le había dejado avisándola de que tampoco estaría allí. Por una vez, los dos estarían igualmente ausentes.

De momento, intentaría tranquilizarse. Se lanzó a la búsqueda, primero de un periódico, y luego, de un café, y como siguió los carteles correctos fue incapaz de encontrar ninguna de las dos cosas. Tampoco pudo encontrar un teléfono que funcionara para poder enviar un mensaje, y decidió renunciar de una vez por todas al aeropuerto. Lárgate, se dijo a sí misma, busca un taxi y regresa a casa.

Volvió a desandar el camino a través de la sala de embarque, y casi había llegado a la salida, cuando echó una última mirada al mostrador que la había derrotado, justo a tiempo para ver cómo salía volando por los aires y atravesaba el techo envuelto en una bola de llamas anaranjadas.

Mientras yacía debajo de una pila de escombros, dolorida, a oscuras y medio asfixiada por el polvo, tratando de averiguar si notaba sus miembros, se sintió aliviada al pensar que no eran imaginaciones suyas: aquél era un mal día. Con este pensamiento, se desmayó.

2

La gente de costumbre trató de adjudicarse la responsabilidad.

Primero el IRA, después la OLP y la Compañía de Gas. Incluso la British Nuclear Fuels se apresuró a emitir un comunicado declarando que la situación estaba completamente bajo control, que había una posibilidad entre un millón de que ocurriera algo semejante, que no existía prácticamente escape radiactivo alguno y que el lugar de la explosión sería un lugar tan adecuado como encantador para ir de merienda con los niños, hasta que finalmente no les quedó más remedio que admitir que nada tenían que ver con el asunto.

No se encontró la causa de la explosión.

Al parecer había sucedido espontáneamente y por su propia voluntad. Se ofrecieron explicaciones, pero la mayoría eran sólo frases que replanteaban el problema con otras palabras, según los mismos principios que habían dado nacimiento a la expresión «fatiga metálica». De hecho, se acuñó una frase muy parecida para calificar la súbita transición de la madera, el metal, el plástico y el hormigón a una condición explosiva; decía así: «una exasperación estructural catastrófica no lineal», o para decirlo de otra manera, como lo hizo por televisión un joven ministro la noche siguiente al estallido, con una frase que le perseguiría durante el resto de su carrera política, el mostrador «acabó fundamentalmente hasta las narices de estar donde estaba».

Como ocurre en todas las catástrofes, las estimaciones del número de víctimas variaban muchísimo. Se comenzó con cuarenta y siete muertos y ochenta y nueve heridos graves, se subió a sesenta y tres muertos y ciento treinta heridos, y se incrementó nada menos que a ciento diecisiete muertos antes de que las cifras comenzaran a revisarse a la baja una vez más. Los números finales revelaron que, una vez contada toda la gente que podía ser contada, no se había producido ni un solo muerto. Sólo un pequeño grupo de personas estaba en el hospital con cortes leves, golpes y diversos grados de shock traumático, pero esto, a menos que alguien tuviera información sobre alguna persona desaparecida, era todo.

También había otro aspecto inexplicable en todo el asunto. La fuerza de la explosión había sido suficiente para reducir a escombros gran parte de la fachada de la Terminal 2 y, sin embargo, todos los que se encontraban en el interior del edificio o

bien se habían caído con mucha suerte, o quedaron protegidos por un trozo de mampostería de otro trozo que había caído, o la onda expansiva de la explosión había sido absorbida por sus equipajes. En realidad, casi ninguna maleta sobrevivió. Se plantearon preguntas en el Parlamento sobre este extremo, pero no fueron muy interesantes.

Transcurrieron un par de días antes de que Kate Schechter fuera consciente de cualquiera de estas cosas o de cualquier otra del mundo exterior.

Pasaba el tiempo con toda tranquilidad en un mundo propio en el cual estaba rodeada, hasta donde alcanzaba la vista, de baúles marineros viejos, llenos de pasados recuerdos, en los que rebuscaba con mucha curiosidad y, algunas veces, asombro. Si no todos, al menos una décima parte de los baúles estaba llena de vívidos y a menudo dolorosos recuerdos del pasado, las otras nueve décimas partes estaban llenas de pingüinos, algo que la sorprendió. Desde el momento en que podía darse cuenta de que soñaba, comprendió también que debía de estar explorando su propio subconsciente. Había oído decir que los humanos sólo utilizan una décima parte de su cerebro, y nadie tenía muy claro para qué servía el resto, pero también es verdad que jamás había oído decir que sirviera para guardar pingüinos.

Poco a poco, los baúles, los recuerdos y los pingüinos se fueron haciendo confusos para convertirse en algo blanco que flotaba, después se transformaron en una especie de paredes blancas que flotaban y, finalmente, en paredes blancas a secas o, mejor dicho, de un blanco verde amarillo, que la encerraban en una pequeña habitación.

La habitación estaba en penumbra. La lámpara de la mesilla de noche estaba encendida, pero atenuada, y la luz de una farola de la calle se colaba entre las cortinas grises para trazar imágenes rayadas en la pared opuesta. Tuvo una vaga conciencia de la forma oscura de su propio cuerpo tapado por las sábanas blancas y las descoloridas pero limpias mantas. Se contempló un tanto nerviosa durante unos momentos, verificando que todo estuviera en orden antes de intentar, con precaución, mover uno de sus miembros. Hizo la prueba con la mano derecha y no surgieron problemas. Un poco tiesa y dolorida, pero los dedos se movieron y todos parecían ser del largo y grosor correcto, doblándose en los lugares habituales y en la dirección adecuada.

Tuvo un breve instante de pánico cuando no pudo localizar de inmediato la mano izquierda, pero después descubrió que estaba

sobre su estómago y que le molestaba de una forma extraña. Se dio un par de segundos de concentración para dilucidar unas sensaciones un tanto inquietantes y se dio cuenta de que tenía una aguja clavada y sujeta con esparadrapo en el brazo. Esto la trastornó mucho. De la aguja partía como una víbora un tubo largo, delgado y transparente que parecía amarillento a la luz de la farola y colgaba formando una suave curva de una abultada bolsa de plástico suspendida de una elevada estructura metálica. Una multitud de horrores asaltó su mente ante este aparato, pero escrutó la bolsa y vio las palabras: «Dextro-salina.» Se obligó a recuperar la calma y permaneció tranquila unos momentos antes de continuar con sus exploraciones.

Las costillas, al parecer, estaban indemnes. Golpeadas y sensibles pero no había dolores agudos que la hicieran pensar que tenía alguna rota. Le dolían los muslos y las caderas y los sentía rígidos pero no revelaban lesiones graves. Flexionó la pierna derecha y después la izquierda. Tenía la impresión de que se había torcido el tobillo izquierdo.

En otras palabras, se dijo a sí misma, estaba perfectamente bien. Entonces, ¿qué estaba haciendo en aquel lugar que, a juzgar por el vomitivo color de las paredes, sin duda se trataba de un hospital?

Se incorporó con impaciencia y, de inmediato, volvió a reunirse con los pingüinos para unos minutos de animada diversión.

Cuando recuperó el conocimiento de nuevo se trató a sí misma con un poco más de cuidado y permaneció quieta sintiendo una ligera náusea.

Escudriñó con cuidado en sus recuerdos de lo que había pasado. Eran oscuros, confusos y llegaban hasta ella en repulsivas y grasientas olas como las aguas del Mar del Norte. Emergían cosas voluminosas que lentamente se fueron perfilando hasta transformarse en un aeropuerto bamboleante. El aeropuerto era agrio y le producía dolor de cabeza y, en medio de todo esto, latiendo como una migraña, estaba el recuerdo de un violento remolino luminoso.

De pronto tuvo muy claro que la sala de embarque de la Terminal 2 del aeropuerto de Heathrow había sido alcanzada por un meteorito. Contra el estallido se recortaba la silueta del hombretón con el abrigo de piel que seguramente había recibido toda la fuerza del impacto del meteorito, quedando reducido de forma instantánea a una nube de átomos libres de ir donde quisieran. Ante este pensamiento un fuerte estremecimiento de horror le recorrió el cuerpo. Se había mostrado odioso y arrogante

pero, en cierto modo, le había gustado. Había algo extremadamente noble en su perversa mala leche. O tal vez, pensó de pronto, deseaba creer que la perversa mala leche era algo noble porque recordaba sus propios esfuerzos por conseguir que le enviaran una pizza en un mundo extraño y hostil donde no enviaban pizzas a domicilio. Nobleza era una palabra adecuada para montar en cólera ante las trivialidades inevitables de la vida, pero había otras.

Sintió una súbita sensación de temor y soledad que remitió rápidamente dejándola mucho más serena y relajada, y con ganas de ir al lavabo.

Según su reloj eran poco más de las tres de la tarde y de acuerdo con todo lo demás era de noche. Tendría que llamar a la enfermera y hacer saber al mundo que había recobrado la conciencia. Había una ventana en una pared lateral de la habitación por la cual podía ver el corredor mal iluminado en el que había una camilla con ruedas y una botella de oxígeno alta y negra, y que, por lo demás, estaba vacío. Ahí fuera reinaba una gran tranquilidad.

Paseó la mirada por el pequeño cuarto y vio un armario de contrachapado pintado de blanco, un par de sillas de acero y vinilo agazapadas tranquilamente en las sombras, y una mesilla de noche de contrachapado pintado de blanco junto a la cama en la que había un bol con un único plátano solitario. Al otro lado de la cama estaba el soporte del suero. En ese mismo lado había, atornillada a la pared, una placa metálica con dos botones negros de la que colgaban un par de anticuados auriculares de baquelita negra, y enrollado en uno de los tubos de la cabecera un cable con un timbre de perilla en el extremo que rozó con los dedos y finalmente decidió no apretar.

Se encontraba bien. Podría arreglárselas para moverse sola. Un tanto mareada, se incorporó lentamente sobre los codos y deslizó las piernas por debajo de las sábanas hasta poner los pies en el suelo. Estaba frío. De inmediato, se dijo a sí misma que no debía intentarlo, porque las plantas de sus pies le enviaban un torrente de mensajes que describían exactamente la sensación experimentada al tocar el más minúsculo trozo de suelo, como si se tratara de algo extraño e inquietante con lo que no se hubieran encontrado jamás. Sin embargo, se sentó en el borde de la cama y obligó a sus pies a aceptar el suelo como algo a lo que tendrían que acostumbrarse de todas maneras.

El hospital la había enfundado en una cosa amplia a rayas que parecía un saco. Después de examinarla con un poco más de atención decidió que no es que pareciera un saco sino que, en

realidad, lo era. Un saco de algodón azul y blanco a rayas. Se abría por detrás y permitía el libre paso de las gélidas corrientes de aire nocturnas. Unas mangas completamente inútiles le llegaban hasta el codo. Se estudió los brazos haciéndolos girar a la luz, examinando la piel, frotándola y pellizcándola, sobre todo alrededor del vendaje que sostenía fija la aguja del gota a gota. Normalmente, sus brazos eran ágiles y la piel fina y elástica. Esta noche, sin embargo, parecía piel de gallina. Se frotó rápidamente los antebrazos con las manos y luego volvió a mirar a su alrededor con decisión.

Estiró una mano y sujetó el soporte del suero, y como éste se bamboleaba un poco menos que ella, logró utilizarlo para ponerse lentamente de pie. Se mantuvo erguida, su figura alta y delgada temblaba y, después de unos segundos, estiró el brazo sin soltar el soporte, como un pastor sosteniendo su cayado.

No había conseguido llegar a Noruega pero al menos estaba de pie.

El artilugio rodaba sobre cuatro pequeñas, independientes y perversas ruedecillas que se comportaban como cuatro críos chillones en el supermercado pero, pese a todo, Kate logró empujarlo por delante hasta la puerta. Caminar aumentaba su sensación de mareo, pero también reforzaba su decisión de no renunciar. Llegó a la puerta, la abrió y, empujando el soporte, echó una ojeada al corredor.

A su izquierda, el pasillo acababa en un par de puertas batientes con ventanas circulares que parecían conducir a un espacio más amplio, tal vez una sala general. A su derecha, varias puertas pequeñas daban al pasillo, que se prolongaba un poco más para después quebrarse en un ángulo recto. Una de estas puertas correspondía sin duda al lavabo. Pero ¿y las otras? Bueno, lo averiguaría yendo en busca del lavabo.

Las dos primeras eran armarios. La tercera daba a un espacio un poco más grande en el que había una silla, así que se lo podía calificar de habitación, dado que a la mayoría de la gente no le agrada sentarse en un armario, ni siquiera a las enfermeras, que deben hacer un montón de cosas que a la mayoría de la gente no le gustaría hacer. También contenía sobre una mesa pequeña una pila de vasitos de plástico, un bote de crema medio descongelada para el café y una vieja cafetera que rezumaba sobre un ejemplar del *Evening Standard*.

Kate cogió el oscuro y empapado periódico e intentó reconstruir a partir de él algunos de los días que había perdido. Sin embargo, debido al pertinaz mareo que le dificultaba la lectura y al estado

físico del periódico, cuyas páginas se habían pegado unas a otras, todo lo que pudo averiguar fue que nadie podía afirmar con seguridad qué había ocurrido. Al parecer nadie había resultado herido de gravedad, pero se ignoraba el paradero de una de las empleadas de una compañía aérea. El incidente había sido clasificado oficialmente como un «Acto de Dios».

¡Bien hecho, Dios!, pensó Kate. Dejó los restos del periódico y cerró la puerta a sus espaldas.

La puerta siguiente daba a otra pequeña habitación como la suya. Había una mesilla de noche y un solitario plátano en un bol.

Era evidente que la cama estaba ocupada. Cerró la puerta rápidamente, pero no lo bastante deprisa. Por desgracia, algo extraño había llamado su atención, pero fue incapaz de decir inmediatamente qué era. Permaneció inmóvil con la puerta a medio cerrar, con la mirada fija en el suelo, sabiendo que no debía volver a mirar y sabiendo que lo haría.

Con cuidado abrió la puerta de nuevo.

La habitación estaba oscura y helada. El frío no decía mucho en favor del estado del ocupante de la cama y eso la inquietó. Escuchó. El silencio tampoco sonaba muy bien. No era el silencio de un sueño sano y profundo, era el silencio de nada salvo un ligero y distante rumor de tráfico.

Dudó largo rato, su silueta recortada en el umbral, mientras miraba y escuchaba. Pensó en el bulto del ocupante de la cama y en el frío que debía de estar pasando tapado sólo con una delgada manta. Junto a la cama había una pequeña silla de patas tubulares y asiento de vinilo prácticamente cubierta por un enorme y pesado abrigo de piel, y Kate pensó que el abrigo estaría mucho mejor sobre la cama y su helado ocupante.

Por fin, caminando con toda la suavidad y cautela de que era capaz, entró en la habitación y se acercó a la cama. Se quedó allí contemplando el rostro del enorme hombre escandinavo. Aunque su rostro estaba frío y tenía los ojos cerrados, había en su ceño un ligero frunce como si todavía estuviera preocupado por algo. Kate lo encontró de una tristeza infinita. En vida, el hombre tenía el aire de alguien sometido a enormes, aunque un tanto peculiares, dificultades, y la perspectiva de que también en la otra vida hubiera encontrado de inmediato cosas que le molestaran resultaba lamentable.

La asombró que pareciera estar tan ileso. No había ni un solo arañazo en su piel. Era sana y curtida o, mejor dicho, lo había sido hasta hacía muy poco. Al examinarlo más de cerca vio un

entramado de arrugas muy finas que sugería que era mayor de los treinta y tantos que le había echado en un primer momento. Incluso podía tratarse de un hombre sano y de excelente forma física de cuarenta y muchos.

Contra una de las paredes, junto a la puerta, había algo inesperado: una gran máquina de Coca-Cola. No parecía que la hubieran instalado allí: no estaba enchufada y tenía pegado un pequeño cartel que explicaba que estaba temporalmente fuera de servicio. Parecía como si simplemente hubiera sido dejada allí inadvertidamente por alguien que con toda seguridad ahora rondaría por el lugar, preguntándose dónde la había puesto. El gran panel rojo con letras blancas observaba la habitación con su mirada de cristal sin ofrecer ninguna explicación. El único mensaje que la máquina transmitía al mundo exterior era que había una ranura en la que podían introducirse monedas de distinto valor y una abertura por la cual era suministrado un surtido de latas diferentes si la máquina funcionaba, lo que no era el caso. También había, apoyado contra ella, un viejo mazo cuya presencia resultaba igualmente extraña.

El mareo comenzó a apoderarse de Kate, el cuarto empezó a inclinarse ligeramente y una especie de roce incesante salió de los baúles que invadían su espíritu.

Entonces se dio cuenta de que el roce no era un simple producto de su imaginación. En la habitación se oía con claridad un ruido pesado, rítmico, rasposo, un aleteo apagado. El ruido aumentaba y disminuía como el viento, pero en su estado de mareo y debilidad, al principio Kate fue incapaz de distinguir de dónde provenía el sonido. Al final, su mirada se posó en las cortinas. Las observó con el ceño fruncido de un borracho que intenta descubrir por qué baila la puerta. El ruido provenía de las cortinas. Caminó hacia ellas con paso vacilante y las descorrió. Un águila enorme con círculos tatuados en las alas pegaba y batía contra la ventana, observándola con sus grandes ojos amarillos mientras picoteaba ferozmente los cristales.

Kate retrocedió trastabillando, dio media vuelta e intentó salir del cuarto. Al final del corredor se abrieron las puertas con ojos de buey y dos figuras las cruzaron. Unas manos acudieron rápidamente en su ayuda, mientras ella se agarraba desesperadamente al soporte del suero y comenzaba a caer lentamente al suelo.

Estaba inconsciente cuando la acostaron de nuevo en la cama. Seguía inconsciente media hora más tarde, cuando un individuo muy bajo con una bata blanca de médico exageradamente larga

llegó, sacó al escandinavo de la habitación en una camilla de ruedas para regresar al cabo de unos minutos y llevarse también la máquina de Coca-Cola.

Kate despertó varias horas después, con el sol invernal colándose a través de las ventanas. El día parecía muy tranquilo y normal, pero Kate todavía estaba temblando.

3

El mismo sol penetró más tarde por las ventanas de una casa del norte de Londres y envolvió la figura de un hombre que dormía plácidamente.

El cuarto en el que dormía era grande, desordenado, y la súbita irrupción de la luz no lo favorecía mucho. El sol se arrastró lentamente sobre la ropa de cama, como si le inquietara lo que pudiera encontrar debajo, se hundió por un lado del lecho, recorrió un tanto sorprendido los diversos objetos que halló en el suelo, jugueteó nervioso con un par de motas de polvo, iluminó brevemente un murciélago disecado colgado en un rincón, y huyó.

Ésta era una de las visitas más largas que el sol hacía a aquella casa, y duró una hora o poco más, tiempo durante el cual la figura dormida apenas se movió.

A las once sonó el teléfono y la figura siguió sin reaccionar, como tampoco había reaccionado cuando el aparato sonó a las siete menos veinticinco de la mañana, otra vez a las siete menos veinte y nuevamente durante diez minutos a partir de las siete menos cinco, después de lo cual había vuelto a un prolongado pero significativo silencio, sólo perturbado sobre las nueve de la mañana por el ulular de las sirenas policiales en una calle vecina, la entrega a las nueve y cuarto de un enorme clavicordio del siglo XVIII y la recogida del mismo por los alguaciles del juzgado apenas pasadas las diez. Este incidente no era nada fuera de lo común; todas las personas involucradas se habían acostumbrado a encontrar la llave bajo el felpudo y el hombre de la cama estaba acostumbrado a seguir durmiendo en medio del trajín. No podría probablemente afirmarse que dormía el sueño de los justos, a menos que se quisiera hablar de quien acaba justo de dormirse,[1] pero ciertamente era el sueño de alguien que no estaba para bromas cuando se metía en la cama para dormir y apagaba la luz.

La habitación no era una habitación que elevara el espíritu. A Luis XIV, por decir un nombre, no le hubiera gustado, la habría encontrado poco soleada y no lo bastante llena de espejos. Hubiera deseado que alguien recogiera los calcetines, guardara los discos y tal vez pegara fuego al lugar. Miguel Ángel se habría angustiado ante sus proporciones, que no eran grandiosas ni guardaban ninguna armonía o simetría interna aparente, si exceptuamos que todos los rincones estaban equitativamente llenos de tazas de café

sucias, zapatos y ceniceros a rebosar, hasta tal extremo que la mayoría compartía sus funciones con otros. Las paredes estaban pintadas exactamente con el tono de verde que hubiera llevado a Rafael Sanzio a amputarse a dentelladas la mano derecha antes de tener que usarlo, y Hércules, después de ver la habitación, sin duda hubiera vuelto media hora más tarde provisto de un río navegable. En resumen, era una pocilga y continuaría siéndolo mientras permaneciera bajo la custodia de Mr. Svlad o «Dirk», Gently, *né* Cjelli.

Por fin, Gently se movió.

Las sábanas y mantas estaban enrolladas alrededor de su cabeza, pero en un lugar a medio camino del largo de la cama una mano emergió lentamente de debajo de las frazadas y los dedos se pusieron a palpar a tientas el suelo. Gracias a su larga experiencia, evitaron sin problemas un bol de algo muy asqueroso que estaba allí desde tiempos inmemoriales y por fin dieron con un paquete medio lleno de Gauloises sin filtro y una caja de cerillas. Los dedos sacudieron el paquete haciendo que saliera un tubo blanco y arrugado, se apropiaron de él y de las cerillas, y comenzaron a buscar una vía a través del embrollo de sábanas de la cabecera, como un prestidigitador que da golpecitos a un pañuelo del que pretende liberar a una bandada de palomas.

Por fin, el cigarrillo fue insertado en el orificio y encendido. Durante un rato pareció que era la cama la que fumaba el pitillo con profundas chupadas. Comenzó a toser, con una tos fuerte y convulsiva, y después pasó a respirar con un ritmo más mesurado. Así era como Dirk Gently recobraba la conciencia.

Permaneció acostado unos momentos más, presa de un terrible sentimiento de preocupación y culpa por algo que le pesaba sobre los hombros. Deseó poder olvidarse y lo consiguió sin problemas. Se incorporó y al cabo de unos minutos bajaba las escaleras.

Sobre el felpudo de la puerta de entrada, la correspondencia habitual: una carta grosera amenazando con retirarle su tarjeta American Express, una invitación para que solicitara la tarjeta American Express, y unas cuantas facturas de tipo histérico e insensato. No conseguía entender por qué insistían en enviarlas. El coste de los sellos parecía un despilfarro en un empeño inútil. Sacudió la cabeza asombrado ante la malevolente incompetencia del mundo, arrojó la correspondencia a la papelera, entró en la cocina y se acercó al frigorífico con precaución.

Estaba en un rincón.

La cocina era grande y estaba sumida en una profunda

penumbra que no disminuía al encender la luz, sólo se hacía amarilla. Dirk se puso en cuclillas delante de la nevera y examinó, con cuidado, el borde de la puerta. Encontró lo que estaba buscando. De hecho, encontró más de lo que buscaba. En la parte de abajo, cruzando la estrecha hendidura que separaba la puerta del cuerpo principal del frigorífico con su junta gris de burlete aislante, había un cabello humano. Estaba pegado con saliva. Era lo que esperaba. Él mismo lo había pegado allí tres días antes y desde entonces había comprobado que siguiera allí en varias ocasiones. Lo que no había esperado era encontrarse con un segundo cabello.

Frunció el ceño alarmado. ¿Un *segundo* cabello?

Estaba colocado de la misma manera que el primero, pero éste estaba cerca de la parte superior de la puerta del frigorífico y él no lo había puesto allí. Lo examinó de cerca y llegó incluso al extremo de abrir las viejas persianas de las ventanas de la cocina para arrojar un poco más de luz sobre el escenario.

La luz del día se abrió paso como una patrulla de policías y con una actitud de «bueno, bueno, qué tenemos aquí» recorrió toda la cocina, la cual, como el dormitorio, hubiera hecho pasar un momento difícil a cualquiera con sentido de la estética. Como la mayoría de las habitaciones de la casa de Dirk, era grande, sombría y estaba hecha un asco. Simplemente se burlaba de todas las tentativas de poner orden, se burlaba y rechazaba como uno de los pequeños montones de moscas descorazonadas y muertas que yacían bajo la ventana sobre una pila de viejas cajas de pizza.

La luz mostró el segundo cabello tal cual era: gris en la raíz y teñido de un vívido naranja metálico. Dirk frunció los labios y se hundió en sus pensamientos. No tenía que pensar mucho para saber a quién pertenecía el cabello –sólo había una persona que entraba regularmente en la cocina con el aspecto de que hubieran empleado su cabeza para extraer óxido de metal de los residuos industriales–, pero sí tenía que considerar seriamente las implicaciones de su descubrimiento, o sea, que ella había estado pegando sus cabellos en la puerta del frigorífico.

Esto significaba que la silenciosa guerra que libraban él y la mujer de la limpieza había alcanzado un grado nuevo y aterrador. Se habían cumplido ya, calculó Dirk, tres meses completos desde la última vez que se había abierto la puerta de la nevera, y ambos estaban resueltamente decididos a no ser el primero que la volviera a abrir. El frigorífico ya no se limitaba a estar en el rincón de la cocina, ahora estaba al acecho. Dirk recordaba muy bien el día en que la cosa había comenzado a serle hostil. Había sido la semana

pasada, cuando Dirk intentó engañar con un truco vulgar a Elena –la vieja bruja se llamaba Elena, pronunciado para que rimara con *cleaner*,2 una ironía de la que Dirk ya no disfrutaba– para hacerle abrir la puerta. La estratagema había sido eludida con habilidad y a punto estuvo de volverse en su contra.

Él había adoptado el plan de ir al mercadillo del barrio para comprar unas cuantas provisiones. Nada ostentoso, un poco de leche, unos cuantos huevos, algo de beicon, un par de cajas de chocolatinas y un cuarto de mantequilla. Después lo había dejado todo inocentemente sobre el frigorífico como diciendo: «Bueno, cuando tenga un momento, tal vez podría guardarlos.»

Cuando aquella noche volvió a su casa, el corazón le dio un vuelco al ver que las provisiones ya no estaban sobre el frigorífico. ¡Habían desaparecido! No las había cambiado de sitio o colocado sobre un estante, no se las veía por ninguna parte. No cabía la menor duda, había capitulado y las había guardado. En el frigorífico. Y como no podía ser de otra manera, lo había limpiado después de abrirlo. Por primera y única vez, su corazón se inflamó de agradecimiento y gratitud hacia ella y estaba a punto de abrir de par en par la puerta de la nevera, aliviado y triunfal, cuando un octavo sentido (en su último recuento, Dirk había calculado que tenía once) le advirtió que fuera muy, pero que muy prudente, y considerara en primer lugar dónde podía haber guardado Elena las cosas que estaban sobre el frigorífico.

Una duda atroz le roía el alma mientras se dirigía silenciosamente hacia el cubo de la basura debajo del fregadero. Contuvo el aliento, levantó la tapa y miró el interior.

Allí, amontonados entre los pliegues de la bolsa de basura nueva, estaban sus huevos, el beicon, las chocolatinas y el cuarto de mantequilla. Había dos botellas de leche limpias junto al fregadero al que, al parecer, había ido a parar su contenido.

Lo había tirado todo.

Antes que tener que abrir la puerta del frigorífico, había tirado la comida. Echó una lenta mirada al siniestro, rechoncho y blanco monolito y fue exactamente entonces cuando se dio cuenta, sin sombra de duda, de que su frigorífico había comenzado a manifestarle en serio su hostilidad.

Se preparó un café solo, bien cargado, y se sentó sacudido por un ligero temblor. Ni siquiera había mirado directamente al fregadero pero sabía que, de manera inconsciente, había visto las dos botellas de leche limpias, y alguna parte de su mente se sintió alarmada.

Al día siguiente se había dado a sí mismo las explicaciones suficientes para olvidarse del tema. Se estaba volviendo paranoico sin motivo. No podía tratarse de otra cosa que de un error inocente o involuntario por parte de Elena. Debía de estar absorta pensando en el ataque de bronquitis de su hijo, su mal humor, su homosexualidad o lo que fuera que le impedía o bien presentarse regularmente a trabajar, o bien, cuando lo hacía, el trabajo tuviera un efecto visible. Era italiana y seguramente había confundido por distracción su comida con la basura.

Pero el asunto del cabello lo cambiaba todo. Revelaba más allá de cualquier duda razonable que sabía perfectamente lo que hacía. Bajo ningún pretexto abriría la puerta del frigorífico hasta que él no lo hiciera primero, y él no estaba dispuesto bajo ningún pretexto a abrir el frigorífico hasta que ella lo hiciera.

Era obvio que ella no había advertido su cabello, de lo contrario no hubiera tenido más que retirarlo para hacerle creer que había abierto el frigorífico. Sin duda ahora tenía la ocasión de quitar el cabello de ella con la esperanza de que el truco diera resultado, pero incluso mientras permanecía sentado ya sabía que, de alguna manera, no serviría de nada y que estaban enzarzados en una vertiginosa espiral de noabertura del frigorífico que los conduciría a la locura o a la perdición.

Pensó en contratar a alguien para que viniera a abrir el frigorífico.

No. No estaba en posición de contratar a nadie para que hiciera nada. Ni siquiera estaba en posición de pagarle a Elena el dinero de las últimas tres semanas. La única razón por la que no la despedía residía en que, cuando echas a alguien, inevitablemente tienes que pagarle y esto era algo que no podía permitirse el lujo de hacer. Su secretaria había terminado por dejarle por propia voluntad y se había marchado para trabajar en alguna actividad reprobable relacionada con el negocio de viajes. Dirk había intentado afearle la conducta al preferir la monotonía de cobrar en lugar de...

–*Regularidad* en los pagos –le había corregido ella, con mucha flema.

–... el interés por el trabajo.

Ella había estado a punto de exclamar «¡¿En lugar de *qué?!*», pero en aquel preciso momento se dio cuenta de que, si lo decía, tendría que escuchar su respuesta, que la pondría furiosa y abriría paso a una discusión. Se le ocurrió en cambio, por primera vez, que la única vía de escape era no dejarse enredar en estas disquisiciones. Si se limitaba a mantener la boca cerrada, sería libre

de marcharse. Lo probó. Experimentó una súbita sensación de libertad. Se marchó. Una semana más tarde, con el mismo espíritu, se casó con un auxiliar de vuelo llamado Smith.

Dirk había tumbado su escritorio de un puntapié, pero más tarde le tocó a él volverlo a colocar en su sitio, porque ella no regresó.

El negocio de detective estaba por el momento tranquilo como una tumba. Nadie, al parecer, deseaba que le investigara nada. Para poder llegar a fin de mes había optado por montar un tenderete donde los jueves por la noche, disfrazado de gitana, se dedicaba a la quiromancia, pero no estaba a gusto. Podría haberlo soportado –la abyecta, la odiosa humillación de todo esto era algo a lo que, por diversos caminos, había llegado a acostumbrarse y pasaba totalmente inadvertido metido en su pequeña tienda de campaña en el jardín trasero del pub–, podría haberlo soportado todo si no hubiera sido tan terrible, tan atrozmente bueno en este segundo oficio. Se revolcaba en el lodo de su desprecio. Había intentado por todos los medios mentir, estafar, equivocarse con toda deliberación y cinismo, pero fuera lo que fuera lo que intentara, siempre fallaba, e invariablemente acababa teniendo razón.

Su peor momento había sido cuando aquella pobre mujer de Oxfordshire fue a verle una noche. Como estaba con ánimo de guasa, le aconsejó que anduviera con mucho ojo con su marido, que, a juzgar por su línea del matrimonio, parecía un tipo dado al revoloteo. Resultó que el marido era piloto de combate, y que su avión había desaparecido durante unas maniobras en el Mar del Norte, hacía ya unos quince días.

Dirk se había quedado un tanto apabullado e intentó consolarla diciendo un montón de tonterías. Estaba convencido, afirmó, que su marido le sería devuelto sano y salvo, que todo volvería a ser como antes, que el mundo sería maravilloso y otras sandeces por el estilo. La mujer respondió que le parecía poco probable que fuese así dado que el récord mundial de supervivencia en el Mar del Norte no llegaba ni a una hora y que teniendo en cuenta que no se había encontrado ni rastro de su marido en dos semanas, pensar que no estaba muerto era pura fantasía, y que ella estaba intentando acostumbrarse a la idea y que muchas gracias. Dijo todo esto con un tono bastante seco.

En aquel instante, Dirk perdió el control y comenzó a farfullar.

Le dijo que leía claramente en sus manos que la gran suma de dinero que iba a tocarle no la consolaría de la pérdida de su querido, queridísimo marido, pero que, al menos, podía consolarla saber que él había ido al cielo, que ahora estaba flotando sobre la

más blanca y esponjosa de las nubes, muy guapo con su nuevo par de alas, y que lamentaba muchísimo pegarle semejante rollo pero que le había pillado un tanto por sorpresa. ¿Le apetecía beber algo? ¿Una taza de té, vodka, un plato de sopa?

La mujer rechazó el ofrecimiento. Dijo que sólo había entrado en la tienda por accidente, que estaba buscando los lavabos y ¿qué había dicho sobre el dinero?

–Chorradas –le explicó Dirk. Le empezaba a resultar difícil mantener la voz de falsete–. Estaba improvisando sobre la marcha –dijo–. Permítame que le exprese mis más sentidas y profundas disculpas por haber sido tan torpe y entrometerme en la intimidad de su dolor, y que la acompañe, eeh... o, mejor dicho, que le indique cómo llegar... bueno, hasta lo que en estas circunstancias sólo puedo llamar aseo, que está saliendo de la tienda a la izquierda.

A Dirk lo había deprimido mucho este encuentro, pero cuando al cabo de unos días descubrió que a la mismísima mañana siguiente la infortunada viuda había recibido la noticia de que había ganado 250.000 libras en la lotería, se sintió totalmente horrorizado. Aquella noche pasó varias horas en la azotea de su casa, sacudiendo los puños contra el cielo nocturno y gritando: «¡Ya está bien!», hasta que un vecino llamó a la policía para quejarse de que no le dejaba dormir. La policía se presentó poco después en un coche patrulla con la sirena a todo volumen y despertó al resto del vecindario.

Esa mañana, Dirk estaba sentado en la cocina y observaba con desánimo el frigorífico. Su habitual mala leche, en la que confiaba generalmente para llegar al final del día, había sido derrotada por el asunto de la nevera. Su voluntad estaba aprisionada en su interior, clavada por un cabello solitario.

Lo que le hacía falta, se dijo a sí mismo, era un cliente. Por favor, Dios, pensó, si es que hay un dios, cualquier dios, tráeme un cliente. Un cliente normalito, cuanto más normalito mejor. Crédulo y rico. Alguien como el tipo de ayer. Se puso a tamborilear la mesa con los dedos.

El problema era que, cuanto más crédulo era el cliente, más acusado se sentía Dirk por el lado bueno de su naturaleza, que, en los momentos más inoportunos, le arrinconaba para afearle la conducta. A menudo, Dirk amenazaba con poner de espaldas en el suelo a su lado bueno y estrangularlo, pero éste siempre se las apañaba para triunfar disfrazándose de sentimientos de culpa y autodesprecio, artimaña con la cual no le costaba nada dejar a Dirk fuera de combate.

Crédulo y rico. Sólo lo suficiente para poder pagar algunas, aunque sólo fuera una, de sus más prominentes y descomunales facturas. Encendió un cigarrillo. Las volutas de humo ascendieron en la luz de la mañana y se acumularon en el techo.

Como el tipo de ayer.

Hizo una pausa.

El tipo de ayer.

El mundo contuvo la respiración.

Discreta y suavemente se instaló en él la certeza de que algo, en alguna parte, no funcionaba. Algo fallaba.

Un desastre pendía en silencio en el aire a su alrededor esperando a que él se diera cuenta. Le hormigueaban las rodillas.

Había pensado que lo que necesitaba era un cliente. Lo había pensado por puro hábito. Era algo que siempre pensaba a esa hora de la mañana. Se había olvidado de que tenía uno.

Echó una mirada salvaje al reloj. Casi las once y media. Sacudió la cabeza tratando de disipar el silencioso campanilleo que resonaba entre sus orejas, luego se abalanzó como un histérico sobre su sombrero y su enorme abrigo de piel colgados detrás de la puerta.

Quince segundos más tarde salía de la casa, con cinco horas de retraso, pero andando a pasos de gigante.

4

Un par de minutos después, Dirk hizo una pausa para considerar cuál era la mejor estrategia. Antes que llegar cinco horas tarde, sudoroso y agitado, era a todas luces preferible llegar cinco horas y unos cuantos minutos más tarde, pero triunfante y dueño de la situación.

«¡Espero no llegar demasiado pronto!», sería una buena entrada mientras empujaba la puerta, pero necesitaba algo con que continuar y no tenía muy claro qué.

Tal vez ganaría tiempo si volvía a buscar el coche, pero no tenía que ir muy lejos y además tenía una extraordinaria tendencia a perderse cuando conducía. Esto se debía en gran parte a su método de navegación Zen, que consistía simplemente en encontrar cualquier vehículo que pareciera saber a dónde iba y seguirlo. Los resultados eran a menudo más sorprendentes que brillantes, pero consideraba que el método valía la pena por las raras ocasiones en que la sorpresa había sido coronada por el éxito.

Además no estaba muy seguro de que su coche funcionara.

Era un Jaguar ya viejecito, fabricado en aquella época tan peculiar de la historia de la compañía, cuando hacían coches que tenían que detenerse más veces a causa de las averías que para poner gasolina y que necesitaban con frecuencia un descanso de varios meses entre salidas. Por otra parte, ahora que lo pensaba, estaba seguro de que el coche no tenía gasolina, y además él no tenía dinero, ni en efectivo ni de plástico, para poder llenar el depósito.

Abandonó esta línea de razonamiento por inútil.

Se detuvo a comprar el periódico mientras volvía a reflexionar sobre el tema. El reloj del quiosco señalaba las once y treinta y cinco. Maldición, maldición, maldición. Por un instante acarició la idea de abandonar simplemente el caso. Largarse y pasar de todo. Desayunar. De todas maneras, el asunto estaba plagado de dificultades. O mejor dicho, estaba plagado de una dificultad en particular: mantener la cara seria. Todo el asunto no era más que una pura y simple majadería. El cliente estaba a todas luces chalado, y Dirk no hubiera ni pensado en aceptar el caso de no haber sido por un detalle muy importante.

Trescientas libras al día más gastos.

El cliente había aceptado como si fuera lo más normal. Y cuando

Dirk comenzó su discurso habitual para explicar que sus métodos, basados en la interconexión fundamental de todas las cosas, a menudo conducían a gastos que al ojo inexperto podían parecer algo tangenciales en relación al caso, el cliente lo había considerado irrelevante. A Dirk le gustaba que los clientes fueran así.

El único punto en el que el cliente había insistido, en medio de esta casi sobrehumana muestra de razonabilidad, era que Dirk tenía que estar allí, inexcusablemente, tenía que estar allí, listo, funcionando y alerta, sin fallos, sin la menor posibilidad de fallo, a las seis y media de la mañana. Inexcusablemente.

Bueno, tendría que mostrarse igual de razonable en este punto. Las seis y media de la mañana era una hora a todas luces ridícula y él, el cliente, como era obvio, no lo había dicho en serio. Con toda probabilidad pensaba en algo mucho más civilizado, las doce por ejemplo, pero si pretendía mostrarse intransigente sobre la cuestión, Dirk no tendría más opción que ponerle al tanto de algunas estadísticas muy serias. Nadie era asesinado antes de la comida. Absolutamente nadie. La gente no estaba por la labor. Se necesita una buena comida para que suba el nivel de azúcar en la sangre y la sed de sangre. Dirk tenía las cifras que lo demostraban.

¿Sabía Anstey (el apellido del cliente era Anstey, un tipo raro, tenso, que rondaba la treintena, ojos saltones, una corbata amarilla estrecha y una de esas grandes casas de Lupton Road; a Dirk no le había caído muy bien y pensaba que tenía el aspecto de alguien que intenta tragarse un sapo), que el 67 por ciento de los asesinos conocidos que habían expresado una preferencia habían tomado hígado con beicon para almorzar? ¿Y que un 22 por ciento había dudado entre las gambas al ajillo y la tortilla a la francesa? Esto eliminaba de un plumazo al 89 por ciento de los posibles homicidas y si, después de descartar a los comedores de ensaladas, rumiantes de bocatas de pavo y jamón, uno comenzaba a buscar el porcentaje correspondiente a las personas que pudieran siquiera llegar a pensar en realizar tal acción con el estómago absolutamente vacío, se adentraba en el reino de lo intangible y rozaba el terreno de la fantasía.

Después de las dos y media, mejor poco antes de las tres, era cuando había que pensar en ponerse en guardia. En serio. Incluso en los días buenos. Incluso cuando no se recibían amenazas de muerte de gigantes desconocidos de ojos verdes, era después de comer cuando había que vigilar a la gente como un halcón. La hora de verdadero peligro era después de las cuatro, cuando las calles comenzaban a poblarse de siniestras pandillas de editores y agentes

de bolsa, enloquecidos de fettucini y kir, disputándose los taxis. Éstos eran los momentos que ponían a prueba el temple de un hombre. ¿Las seis y media de la mañana? Olvídese. Dirk lo había olvidado.

Con el ánimo fortalecido, Dirk pasó del quiosco al vigorizante y fresco aire de la calle y se alejó.

–Oiga, Mr. Dirk, supongo que querrá usted pagarme el periódico, ¿no, señor? –dijo el quiosquero, trotando cortésmente a sus espaldas.

–Ah, Bates –respondió Dirk, displicente–, usted y sus expectativas. Siempre suponiendo esto o aquello. ¿Puedo recomendarle la serenidad? Una vida cargada de expectativas es una vida pesada. Sus únicos frutos son las penas y las desilusiones. Aprenda a ser de los que viven la alegría del momento.

–Creo que son veinte peniques, señor –dijo Bates, tranquilo.

–Le diré lo que voy a hacer, Bates, por tratarse de usted. ¿Tiene una pluma? Bueno, bastará con un boli corriente.

Bates sacó uno de un bolsillo interior y se lo entregó a Dirk, que acto seguido arrancó la esquina del periódico donde figuraba el precio y escribió encima «Pagaré». Le entregó el trozo de papel al quiosquero.

–Entonces, ¿lo pongo con los otros, señor?

–Póngalo usted donde le cause mayor placer, mi querido Bates, faltaría más. Y por el momento, querido, hasta más ver.

–Supongo que querrá usted devolverme el bolígrafo, Mr. Dirk.

–Cuando los tiempos sean propicios para tal transacción, mi querido Bates –respondió Dirk–, podrá contar con ello. Pero, por el momento, ha sido llamado a grandes empresas. Alégrese, Bates, alégrese. Se lo ruego, Bates, suelte el bolígrafo de una vez.

Después de un último intento, el hombrecillo se encogió de hombros y regresó al trote a su quiosco.

–Espero verlo más tarde, Mr. Dirk –le gritó por encima del hombro, sin mucho entusiasmo.

Dirk saludó con una graciosa inclinación de cabeza al hombre que se alejaba y después apresuró el paso mientras abría el periódico en la página del horóscopo.

«Prácticamente todo lo que decida hacer hoy, le saldrá mal», decía con toda franqueza.

Dirk cerró el diario de un manotazo y lanzó un gruñido. Nunca había creído ni por un momento que los grandes trozos de roca que giraban a años luz de distancia supieran algo de lo que te pasaría durante el día que tú no supieras ya. El caso era que «El Gran

Zaganza» era un viejo amigo de Dirk y conocía la fecha de su cumpleaños, y siempre le auguraba con toda deliberación alguna desgracia con el único fin de jorobarle el día. Las ventas del periódico habían bajado casi un 12 por ciento desde que le habían encargado la sección astrológica, y sólo Dirk y El Gran Zaganza sabían por qué.

Apretó el paso mientras hojeaba rápidamente el resto del periódico. Como de costumbre, no había nada interesante. Un montón de tonterías acerca de la búsqueda de Janice Smith, la azafata de tierra desaparecida en Heathrow y de cómo era posible que hubiera desaparecido así sin más. Publicaban la fotografía más reciente que tenían de ella, sentada en un columpio, con trenzas, a la edad de seis años. Citaban textualmente al padre, un tal Mr. Jim Pearce, que decía que el parecido era notable, aunque ahora había crecido bastante y sus fotos eran menos borrosas. Impaciente, Dirk se metió el diario bajo el brazo y siguió adelante, con el pensamiento centrado en un tema mucho más interesante.

Trescientas libras al día. Más gastos.

Se preguntaba cuánto tiempo podía esperar, dentro de lo razonable, que duraran las extrañas alucinaciones de Mr. Anstey acerca de que estaba a punto de ser asesinado por una criatura de dos metros diez de altura, peluda, con grandes ojos verdes y cuernos, que habitualmente sacudía dos cosas ante sus narices: un contrato redactado en una lengua incomprensible y firmado con una mancha de sangre, y también algo parecido a una guadaña. La otra característica notable de la criatura era que nadie excepto su cliente había logrado verla, cosa que Mr. Anstey atribuía a un efecto óptico.

¿Tres días? ¿Cuatro? Dirk no pensaba que fuera capaz de tirarse una semana entera con la cara seria, pero esperaba llegar a conseguir algo así como un billete de mil por sus esfuerzos. Y agregaría un frigorífico nuevo a la cuenta de gastos tangenciales, no negociables. Esto estaría bien. Desembarazarse del viejo frigorífico formaba parte sin lugar a dudas de la interconexión de todas las cosas.

Se puso a silbar mientras pensaba que tendría que buscar a alguien que se encargara de llevárselo, enfiló hacia Lupton Road y se sorprendió al ver tantos coches de policía. Y la ambulancia. No le gustaba verlos allí. No le parecía bien. No hacían juego con la visión del nuevo frigorífico.

5

Dirk conocía Lupton Road. Era una de esas calles anchas con árboles a los dos lados y amplias terrazas de estilo victoriano tardío, altas y estólidas, donde se odiaba a los coches de la policía. Los detestaban cuando se presentaban en grupo y sus luces azules destellaban. A los habitantes de Lupton Road les gustaba ver un bonito, cuidado y solitario coche patrulla, haciendo su ronda arriba y abajo de la calle con alegría y seguridad: esto mantenía el valor de sus propiedades alegre y seguro. Pero en el momento en que las luces comenzaban a lanzar cegadores destellos azulados, no sólo hacían palidecer los bien cuidados ladrillos sobre los que derramaban su luz, sino también los mismísimos valores que aquellos ladrillos representaban.

Rostros inquietos espiaban tras los cristales de las ventanas vecinas, deslumbrados por los focos azules.

Eran tres, tres coches de policía abandonados en medio de la calzada de una manera que no podía considerarse un simple estacionamiento. Su presencia anunciaba a grandes voces al mundo que la ley había llegado para hacerse cargo de las cosas, y que todos los que tuvieran sólo asuntos alegres, normales y decentes que atender en Lupton Road podían irse a hacer puñetas.

Dirk se apresuró calle arriba, sudando bajo su pesado abrigo de piel. Un agente se plantó delante de él con los brazos extendidos jugando a la barrera, pero Dirk le apartó lanzándole un torrente de palabras a las que el agente no supo responder de inmediato. Dirk prosiguió a toda marcha hacia la casa.

En la puerta le detuvo otro policía, y Dirk estaba a punto de mostrarle una tarjeta de compra caducada de Marks & Spencer con un rápido movimiento de muñeca que había practicado durante horas delante del espejo en aquellas largas veladas en que no había nada mejor que hacer, cuando el agente de pronto dijo:

–Oiga, ¿su nombre es Gently?

Dirk parpadeó con suspicacia. Profirió un ligero gruñido que tanto podía ser un «sí» como un «no», según las circunstancias.

–Porque el Jefe le estaba buscando.

–¿De veras?

–Le reconocí por la descripción que me dio –añadió el policía, mirándole de arriba abajo con un poco de impertinencia.

–De hecho –continuó el agente– ha usado su nombre de una

manera que algunos considerarían muy ofensiva. Incluso ha enviado en su busca a Big Bob el Buscador con un coche. Me imagino que no le ha encontrado ya que tiene usted un aspecto bastante pasable. Muchos tipos son encontrados por Big Bob el Buscador y cuando vienen están un poco machucados. Apenas se encuentran en condiciones de ayudarnos en nuestras investigaciones, pero nada más. Será mejor que entre. Mejor usted que yo –añadió por lo bajo.

Dirk echó una ojeada a la casa. Las persianas de pino estaban cerradas en todas las ventanas. A pesar de que por lo demás la casa parecía bien cuidada y tenía un aspecto pulcro y próspero, las persianas cerradas le conferían un aire de súbito desastre.

Aunque resultaba extraño, se diría que había una música que provenía del sótano, o mejor dicho, una sola frase suelta de ritmo machacón que se repetía una y otra vez. Sonaba como si la aguja se hubiera enganchado en un surco del disco, y Dirk se preguntó por qué nadie había apagado el aparato, o al menos dado un golpecito para hacer saltar la aguja y que el disco pudiera proseguir. La canción pareció remotamente familiar y Dirk pensó que tal vez la había oído hacía poco en la radio, a pesar de no poder identificarla. El fragmento de la letra decía algo así:

«No la recojas, la recojas, reco...

»No la recojas, la recojas, reco...

»No la recojas, la recojas, reco...», etcétera.

–Querrá usted bajar al sótano –dijo el agente con tono impasible, como si fuera la última cosa en el mundo que cualquiera en su sano juicio desearía hacer.

Dirk asintió con un breve movimiento de cabeza y se apresuró a subir los escalones hasta la puerta, que estaba entreabierta. Sacudió la cabeza y echó los hombros hacia atrás intentando que su cerebro dejara de agitarse.

Entró.

El vestíbulo respiraba una prosperidad impuesta a un gusto formado por la vida estudiantil. El suelo era de parquet plastificado, de las paredes blancas colgaban alfombras griegas, si bien eran alfombras griegas caras. Dirk hubiera estado dispuesto a apostar (aunque probablemente no a pagar) que una concienzuda búsqueda por la casa revelaría, entre quién sabe qué oscuros secretos, quinientas acciones de British Telecom y una colección completa de álbumes de Bob Dylan hasta *Blood on the Tracks*.

Había otro policía en el vestíbulo. Parecía muy joven y se apoyaba ligeramente contra la pared, sin apartar la mirada del suelo y aguantando el casco contra el estómago. Tenía la cara muy

pálida y brillante. Miró a Dirk sin expresión y, con un débil movimiento de cabeza, señaló en dirección a los escalones que conducían abajo.

Desde lo alto de la escalera se oía el repetitivo sonido:

«No la recojas, la recojas, reco...

»No la recojas, la recojas, reco...»

Dirk temblaba con una furia que le hervía la sangre y le impulsaba a buscar algo que golpear o estrangular. Deseó poder negar con toda vehemencia que todo esto fuera culpa suya, pero hasta que alguien lo afirmara, no podía hacerlo.

–Cuánto hace que estáis aquí? –preguntó con tono seco. El joven policía tuvo que rehacerse para responder.

–Llegamos hará cosa de media hora –contestó con voz ronca–. Qué mañana. Corriendo de un lado a otro sin parar.

–No me hable de correr de un lado a otro –dijo Dirk sin que viniera a cuento. Se lanzó escaleras abajo.

«No la recojas, la recojas, reco...

»No la recojas, la recojas, reco...»

Al final de la escalera había un corredor estrecho. Al fondo la puerta estaba prácticamente hecha astillas y colgaba de los goznes. Se abría a una amplia habitación doble. Dirk estaba a punto de entrar cuando salió una figura y se plantó en el umbral cerrándole el paso.

–Detesto la idea de que estés mezclado en este asunto –dijo la figura–. Me pone enfermo. Dime qué tienes que ver con todo esto, así sabré exactamente qué es lo que detesto.

Dirk miró asombrado el rostro pulcro y delgado.

–¿Gilks? –preguntó.

–No te quedes ahí con ese aire de estúpido asombro. ¿Cómo se llaman esas cosas grandes que no son focas? Mucho peores que las focas. Cosas grandes y fofas. Morsas. No te quedes ahí con ese aire de morsa asombrada. ¿Por qué el... –Gilks señaló hacia el cuarto a sus espaldas–, por qué el hombre de ahí dentro tiene tu nombre y tu número de teléfono escrito en un sobre lleno de dinero?

–¿Cuánto...? –comenzó Dirk–. ¿Puedo preguntarte qué haces aquí, Gilks? ¿Qué haces tan lejos de los pantanos? Me sorprende que encuentres esto lo bastante cenagoso para ti.

–Trescientas libras –dijo Gilks–. ¿Por qué?

–Supongo que me dejarás hablar con mi cliente –dijo Dirk.

–Tu cliente, ¿eh? –replicó Gilks, con aspereza–. Está bien. De acuerdo. ¿Por qué no hablas con él? Me interesará escuchar lo que tienes que decirle. –Se apartó muy tieso y le hizo a Dirk un gesto

con la mano para que entrara en la habitación.

Dirk se armó de valor y entró en el cuarto con un aire de compostura controlada que le duró poco más de un segundo.

La mayor parte de su cliente estaba sentada tranquilamente en un sillón delante de la cadena de alta fidelidad. El sillón estaba colocado en la posición óptima para la audición: alejado de los altavoces aproximadamente el doble de la distancia que había entre ellos, distancia considerada habitualmente como ideal para la audición estereofónica.

Daba la impresión de estar relajado y cómodo, las piernas cruzadas y una taza de café a medio beber en una mesilla junto a él. Pero por desgracia, su cabeza estaba colocada cuidadosamente en el centro del disco que giraba en el plato de la cadena estéreo, con el brazo del tocadiscos apoyado contra el cuello, lo que lo hacía volver una y otra vez al mismo surco. Al girar más o menos cada 1,8 segundos, el tiempo de una vuelta completa, parecía lanzarle a Dirk una mirada de reproche como diciendo: «¿Ve lo que pasa cuando usted no está aquí a la hora que le dije?», para después volverse hacia la pared, seguir girando y mirarle otra vez de frente con nuevos reproches.

«No la recojas, la recojas, reco...

»No la recojas, la recojas, reco...»

El cuarto se balanceó un poco alrededor de Dirk y éste apoyó la mano contra la pared para estabilizarlo.

–¿Debías prestar a tu cliente algún servicio en particular? –preguntó Gilks a sus espaldas, con mucha suavidad.

–Oh, eeh..., una cuestión sin importancia –respondió Dirk, quedamente–. Nada que ver con todo esto. No, él... él no mencionó nada parecido a esto. Bueno, mira, veo que estás muy ocupado y creo que lo mejor será cobrar mis honorarios y largarme. ¿Has dicho que los tenía preparados para mí?

Tras estas palabras, Dirk se sentó pesadamente sobre una pequeña silla de palo rosa que había detrás de él y la rompió.

Gilks le ayudó a ponerse en pie y lo apoyó contra la pared. Salió un momento de la habitación, y volvió con una bandeja sobre la que traía una pequeña jarra de agua y un vaso. Sirvió el agua en el vaso, se acercó a Dirk y se la arrojó a la cara.

–¿Mejor?

–No –tosió Dirk–. ¿No podrías al menos apagar ese chisme?

–Es trabajo del forense. No puedo tocar nada hasta que lleguen los tipos listos. Tal vez son esos que llegan ahora. Vete al patio y toma un poco el aire. Átate a la barandilla y abofetéate un poco.

Tengo mucho que hacer. Y, por favor, intenta perder ese color verde. No te favorece.

«No la recojas, la recojas, reco...

»No la recojas, la recojas, reco...»

Gilks dio media vuelta con aspecto cansado y cabreado, y estaba a punto de salir y bajar por las escaleras para recibir a los recién llegados, cuyas voces se oían en la planta baja, cuando se detuvo y contempló durante unos segundos la cabeza que daba vueltas pacientemente en el plato.

–Sabes una cosa? –dijo por fin–. Estos suicidas exhibicionistas que se quieren pasar de listos me tienen aburrido. Sólo lo hacen para incordiar.

— ¿Suicidio? –preguntó Dirk. Gilks miró a su alrededor.

–Las ventanas tienen barrotes de hierro de un par de centímetros de grosor –señaló–. Las puertas están cerradas por dentro y la llave todavía está en la cerradura. Había muebles apilados contra la puerta por el lado de dentro. Las puertas de cristal que dan al patio están cerradas con doble cerrojo. No hay rastro de túneles. Si fue un asesinato el asesino ha hecho un trabajo endemoniadamente bueno para colocar los cristales en su sitio cuando salió. La única pega es que la masilla está reseca y repintada. No. Nadie salió de esta habitación y nadie entró aquí excepto nosotros y estoy convencido de que nosotros no lo hicimos. No puedo perder tiempo en este caso. Es obvio que se trata de un suicidio y que lo preparó para que fuera bien difícil. Me gustaría detener al muerto, por hacerle perder el tiempo a la policía. Te diré una cosa –añadió, mirando su reloj–. Tienes diez minutos. Si das con una explicación plausible de cómo lo hizo que me sirva para ponerla en el informe, dejaré que te quedes con la prueba del sobre menos una compensación del veinte por ciento para mí por el desgaste emocional que supone no poder pegarte un puñetazo en el morro.

Dirk se preguntó por un instante si era prudente o no mencionar las visitas que su cliente pretendía haber recibido de un extraño y violento gigante de ojos verdes envuelto en pieles que surgía regularmente de la nada vociferando algo acerca de unos contratos y obligaciones, y blandiendo una guadaña muy afilada de casi un metro de largo, pero decidió que no.

«No la recojas, la recojas, reco...

»No la recojas, la recojas, reco...»

Por fin estaba furioso consigo mismo. No había sido capaz de ponerse furioso por la muerte de su cliente porque era una carga demasiado grande y horrible de soportar. Pero ahora había sido

humillado por Gilks y se encontraba demasiado débil y perturbado para responder, cosa que le daba motivos para enfadarse consigo mismo.

Se apartó bruscamente de su atormentador y salió al patio para estar a solas con su rabia.

Era un patio pequeño, embaldosado y orientado al oeste y cuyo fondo carecía prácticamente de luz, cerrado como estaba por la alta pared trasera de la casa y el muro elevado de un edificio industrial a un lado. En medio del patio había, por alguna razón desconocida, un reloj de sol de piedra. Si alguna vez la luz solar caía sobre el reloj indicaría que era casi el mediodía, hora de Greenwich. Por lo demás, los pájaros se posaban en él. Unas cuantas plantas se aburrían en sus tiestos.

Dirk se encajó un cigarrillo en la boca y de una furiosa chupada lo consumió casi hasta la mitad.

«No la recojas, la recojas, reco...

»No la recojas, la recojas, reco...», continuaba sonando en el interior de la casa.

Por ambos lados el patio estaba separado de los jardines de las casas vecinas por unas cercas muy pulcras. El de la izquierda era del mismo tamaño y el de la derecha se extendía un poco más gracias a que el edificio industrial terminaba en la cerca misma. Todo el conjunto se veía bien cuidado. Nada grande ni ostentoso, sólo la impresión de que todo iba bien y que el mantenimiento de las casas no representaba un problema. En la casa de la derecha, en particular, se notaba que habían limpiado no hacía mucho las paredes de ladrillo y repintado las ventanas.

Dirk inspiró profundamente y se quedó un segundo contemplando lo que podía verse de cielo, que era gris y neblinoso. Una solitaria mancha negra revoloteaba contra el fondo de las nubes. Dirk la observó durante unos momentos satisfecho de poder concentrar sus pensamientos en cualquier cosa que no fuera los horrores de la habitación que acababa de dejar. Era vagamente consciente de las idas y venidas dentro del cuarto, de que estaban midiendo cosas, tenía la sensación de que estaban tomando fotografías y que tenían lugar las operaciones de transporte de una cabeza seccionada.

«No la recojas, la recojas, reco...

»No la recojas, la recojas, reco...

»No la...»

Por fin alguien la había recogido. La exasperante repetición se había parado y sólo quedaba el suave sonido de un televisor

distante flotando pacíficamente en el aire del mediodía.

Dirk, sin embargo, tenía grandes dificultades para asimilar la situación. Tenía la impresión de estar recibiendo fuertes puñetazos en la cabeza, que eran los asaltos de culpa. No se trataba del habitual rumor de fondo de culpa que proviene del simple hecho de haber llegado con vida hasta estas alturas del siglo XX y al que Dirk ya estaba acostumbrado. Era la sensación paralizante de que «esta cosa tan terrible y específica es terrible y específicamente culpa mía». Todas las operaciones mentales normales no conseguían apartarle de la trayectoria del inmenso péndulo. Bam, y vuelta otra vez, bam, bum, una vez y otra, bam, bam, bam.

Trató de recordar hasta el último detalle de lo que su difunto cliente (bam, bam) le había dicho (bam) a él (bam), pero era (bam) virtualmente imposible (bam) con todos estos golpes que no cesaban (bam). El hombre había dicho (bam) que (Dirk inspiró hondo) (bam) estaba siendo perseguido (bam) por (bam) un monstruo gigantesco, peludo y de ojos verdes armado con una guadaña.

¡Bam!

Dirk había sonreído disimuladamente al oírlo.

¡Bam, bum, bam, bum, bam, bim, bam!

Y había pensado: «¡Qué tipo más tonto!»

¡Bam, bim, bum, bam, bim, bam!

Una guadaña (bam) y un contrato (bam).

No sabía nada, ni siquiera tenía la más remota idea del contenido del mismo ni a qué le obligaba.

«Desde luego», había pensado Dirk (bam).

Pero él tenía la vaga sensación de que podía tener algo que ver con una patata. Había una historia un tanto complicada vinculada a ella (bum, bum, bum).

Dirk había asentido con seriedad al oír esto (bam) y había trazado un garabato alentador (bam) en el bloc que tenía sobre el escritorio (bam) con el único propósito de trazar garabatos alentadores (bam, bam, bam). En aquel momento se había enorgullecido de haber logrado transmitir la impresión de que había anotado algo en un pequeño cuadrado marcado «Patatas».

¡Bam, bam, bam, bam!

Mr. Anstey había dicho que le daría más explicaciones acerca de las patatas cuando Dirk llegara para desempeñar su cometido.

Y Dirk había prometido (bam) con demasiada facilidad (bam), alegremente (bam), con un displicente gesto de la mano (bam, bam, bam), estar allí a las seis y media de la mañana (bam), porque el

contrato (bam) expiraba a las siete.

Dirk recordó que había hecho otro garabato en el supuesto cuadrado: «El contrato expira a las siete de la mañana.» (Bam...)

No podía seguir soportando tantos bams. No podía culparse a sí mismo. Bueno, podía. Desde luego que podía. Lo hizo. De hecho, era culpa suya (bam). Pero no podía continuar culpándose por lo que había ocurrido y al mismo tiempo pensar con claridad sobre ello, cosa que tendría que hacer. Tendría que escarbar en este horrible asunto (bam) hasta llegar a las raíces y si quería estar en condiciones de hacerlo, tenía que liberarse de alguna manera (bam) de todos estos bams.

Le invadió una ola de rabia al contemplar su triste situación y la enmarañada angustia en la que se había hundido su vida. Odiaba aquel patio limpio. Odiaba aquella especie de reloj de sol, y todas aquellas ventanas bien pintadas, y todos aquellos horrorosos techos en perfecto estado. Hubiera deseado echarle la culpa a la pintura en lugar de a sí mismo, al repulsivo orden de las baldosas del suelo del limpio patio, a la asquerosa abominación de las paredes de ladrillos recién pulidas.

–Perdone...

–¿Qué? –Se dio la vuelta como un rayo, sorprendido por la intrusión en su furia privada de una voz suave y educada.

–¿Tiene usted relación con...? –Con un ligero movimiento de muñeca, la mujer englobó el desagradable asunto, el sótano, y el horrible aspecto policial de lo que sucedía al lado de su casa. En la muñeca llevaba un brazalete rojo que hacía juego con la montura de sus gafas. Lo miraba por encima de la verja de la casa de la derecha, con un ligero aire de disgusto, teñido de inquietud.

Dirk la contempló sin habla. Tenía aspecto de andar por los cuarenta y tantos bien llevados y había en ella esa inconfundible cualidad que se asocia inmediatamente con la publicidad.

Ella lanzó un suspiro de preocupación.

–Ya sé que todo esto es muy terrible y todo lo demás –dijo–, pero ¿cree usted que tendrán para mucho rato? Sólo llamamos a la policía porque el ruido de ese horroroso disco nos hacía subir por las paredes. Todo esto es un poco...

La mujer le lanzó una mirada implorante y Dirk decidió que bien podía ser ella la culpable. Por lo que a él se refería, ella podía cargar con todas las culpas mientras él se ocupaba de aclarar las cosas. Se lo merecía, aunque sólo fuera por llevar un brazalete como aquél.

Sin pronunciar una palabra, le volvió la espalda y se llevó su

furia de regreso al interior de la casa, donde rápidamente comenzó a transformarse en algo duro y eficiente.

–¡Gilks! –dijo–, me gusta tu teoría del suicidio del tipo listo. A mí me vale. Y creo que ya sé cómo ese bastardo se las apañó para hacerlo. Tráeme una pluma. Tráeme papel.

Con gesto teatral se sentó ante una mesa rústica de cerezo que ocupaba el fondo de la habitación y trazó hábilmente un esquema de los hechos que comprendía un cierto número de utensilios domésticos o de cocina, un balancín, una lámpara flexible, un cronómetro muy preciso, todo ello basado en el hecho vital de que el tocadiscos era japonés.

–Esto tendría que dejar satisfechos a los chicos del forense –le anunció Dirk con energía a Gilks. Los chicos del forense le echaron una ojeada, remarcaron los puntos principales y estuvieron de acuerdo. Eran elementos simples, poco creíbles y exactamente de la clase que un forense, al que le gustaba el mismo tipo de vacaciones en Marbella que a ellos, no podía dejar de apreciar.

–A menos –dijo Dirk, como quien no quiere la cosaque estéis interesados en sostener la idea de que el muerto había hecho una especie de pacto diabólico con unos agentes sobrenaturales y que ahora le había llegado el momento de pagar la deuda.

Los chicos del forense se miraron unos a otros y sacudieron vigorosamente la cabeza. Estaba claro que pensaban que la mañana se estaba alargando demasiado y que aquel tipo de charla sólo aportaría complicaciones innecesarias a un caso que, de otra manera, estaría resuelto antes de irse a comer.

Dirk se encogió de hombros satisfecho, cogió su parte de la prueba y, con una última inclinación de cabeza dirigida al policía, se marchó escaleras arriba.

Cuando llegó al vestíbulo, de pronto se dio cuenta de que el vago rumor de televisión que había oído desde el jardín estaba antes enmascarado en el interior por el insistente sonido de la aguja enganchada en el surco.

Ahora, se sorprendió al descubrir que de hecho el ruido venía de algún lugar de la planta alta de la casa. Con una mirada rápida a su alrededor para asegurarse de que no lo observaban, se detuvo en el primer peldaño de la escalera que conducía a los pisos superiores y miró hacia arriba con sorpresa.

6

La escalera estaba tapizada con un material acolchado tan austero como elegante. Dirk subió sin hacer ruido, pasó frente a unas cosas grandes, secas y de buen gusto dispuestas en un jarrón en el primer rellano y echó una ojeada a las habitaciones del primer piso. También éstas eran de buen gusto y secas.

De los dos dormitorios sólo el más grande mostraba alguna señal de estar en uso. Había sido claramente diseñado para permitir que la luz natural jugara con las flores delicadamente arregladas y los almohadones rellenos de algo que parecía paja, pero flotaba en el ambiente una extraña sensación, como si los calcetines sucios y las maquinillas de afeitar usadas hubieran comenzado a adueñarse de la habitación. Se percibía claramente la ausencia de cualquier toque femenino en el cuarto: el mismo tipo de ausencia que un cuadro retirado deja sobre la pared. Se respiraba un aire de tensión, de tristeza y de cosas que tenían que ser barridas de debajo de la cama.

En el baño, que estaba junto al dormitorio, un disco de oro colgado en la pared delante del lavabo celebraba la venta de quinientas mil copias de un disco llamado *Patata caliente* interpretado por una banda llamada Pugilismo y el Tercer Cuco Autista. Dirk tenía el vago recuerdo de haber leído parte de una entrevista con el líder del grupo (los integrantes eran dos y uno de ellos era el líder) en un periódico dominical. Le habían preguntado acerca del nombre y él había respondido que había una historia interesante detrás, aunque después resultó que no lo era en absoluto. «Puede significar cualquier cosa que la gente quiera que signifique», había añadido con un encogimiento de hombros desde el tresillo de la oficina de su representante en algún lugar de Oxford Street.

Dirk recordaba que se había imaginado al periodista asintiendo con cortesía mientras anotaba la respuesta. Un nudo amargo se había formado en la boca del estómago de Dirk, que acabó deshaciéndolo a base de ginebra.

Patata caliente... pensó Dirk. De pronto, mirando el disco de oro colgado en su marco rojo, se le ocurrió que el disco sobre el que estaba depositada la cabeza del difunto Mr. Anstey era obviamente éste. *Patata caliente.* No la recojas.

¿Qué podía significar?

Cualquier cosa que la gente quiera que signifique, pensó Dirk,

sin mucha gracia.

Otro detalle de la entrevista que recordaba ahora era que Pain (el líder de Pugilismo y el Tercer Cuco Autista se llamaba Pain) afirmaba que había escrito la letra reproduciendo más o menos textualmente una conversación que él o algún otro había escuchado en un café, o en una sauna, o en un avión, o algo parecido. Dirk se preguntó qué sentirían los que conversaban si hubieran escuchado sus palabras repetidas en las circunstancias en que él acababa de escucharlas.

Miró con mayor atención la etiqueta en el centro del disco de oro. En la parte superior decía simplemente ¡ARRGH! mientras que debajo del título figuraban los nombres de los autores: Paignton, Mulville, Anstey.

Mulville era seguramente el miembro de Pugilismo y el Tercer Cuco Autista que no era el líder y la inclusión de Geoff Anstey entre los autores de un disco récord en ventas era probablemente lo que había pagado esta casa. Cuando Anstey había dicho que el contrato tenía algo que ver con *Patata caliente,* había supuesto que Dirk sabía de qué le hablaba. Y él, Dirk, había supuesto con toda naturalidad que Anstey deliraba. Era lógico pensar que alguien que hablaba acerca de monstruos de ojos verdes armados con guadañas también deliraba cuando se refería a patatas.

Dirk suspiró con profunda intranquilidad. Le disgustaba la forma impecable en que estaba colgado el trofeo en la pared y lo movió un poco para que el ángulo quedara torcido y resultara más humano. Este movimiento hizo que un sobre se desprendiera de detrás del marco y flotara hacia el suelo. Dirk intentó sin éxito cogerlo al vuelo. Con un gruñido de protesta se agachó y lo recogió.

Era un sobre más bien grande y color crema, de papel grueso y de buena calidad, rasgado sin mucho cuidado por un extremo y vuelto a cerrar con papel celo. De hecho, parecía que lo hubieran abierto y vuelto a cerrar con nuevas capas de celo en repetidas ocasiones, impresión confirmada por la sucesión de nombres a los que había estado dirigido el sobre, cada uno de ellos tachado varias veces y reemplazado por otro.

El último nombre era el de Geoff Anstey. Al menos Dirk dedujo que debía de ser el último porque era el único que no había sido tachado. Dirk examinó los otros nombres, tratando de descifrarlos.

Algunos recuerdos se agitaron en su memoria al leer un par de nombres que logró adivinar, pero necesitaba examinar el sobre con mayor detenimiento. Había tenido la intención de comprarse una lupa desde el día en que se hizo detective, pero jamás había

encontrado el momento. Tampoco tenía un cortaplumas, así que decidió a regañadientes que por el momento la línea de acción más prudente era ocultar el sobre en las profundidades más recónditas de su abrigo para revisarlo después con tranquilidad en privado.

Echó un rápido vistazo detrás del marco del disco de oro para ver si salían a la luz nuevos objetos pero se llevó una desilusión, así que salió del cuarto de baño y reanudó la exploración de la casa.

El otro dormitorio estaba limpio y deshabitado. Sin usar. Una cama de pino, un edredón y una vieja y maltratada cómoda que había sido rehabilitada por el simple método de sumergirla en una bañera de ácido, constituían sus principales elementos. Dirk cerró la puerta tras él cuando salió y comenzó el ascenso por una pequeña y temblequeante escalerilla pintada de blanco que conducía a la buhardilla, de donde provenía la voz de Bugs Bunny.

Al final de la escalera había un minúsculo rellano que daba por un lado a un cuarto de baño tan pequeño que la mejor manera de utilizarlo era permanecer fuera e introducir el miembro que se quisiera lavar. La puerta se mantenía abierta gracias a una manguera verde que, conectada al grifo del agua fría del lavabo, salía del baño, cruzaba el rellano y se introducía en la única habitación que había en lo alto de la casa.

Era un ático con un techo tan inclinado que sólo dejaba una zona exigua donde una persona de estatura cercana a la media podía estar de pie.

Dirk permaneció encorvado en el umbral y examinó el interior, nervioso ante lo que podía encontrarse. Reinaba en el lugar un ambiente de desaliño generalizado. Las cortinas estaban echadas y era muy poca la luz que conseguía atravesarlas y entrar en la habitación, la cual, por lo demás, sólo estaba iluminada por el brillo parpadeante del conejo animado. La cama sin hacer, con las sábanas mugrientas y hechas un lío, estaba encajada en un ángulo especialmente bajo del techo. Parte de las paredes y la mayoría de las superficies del techo cercanas a la vertical estaban cubiertas con fotografías, arrancadas de mala manera de las revistas.

No parecía haber ningún tema común o propósito alguno en los recortes. Al lado de un par de fotografías de llamativos coches alemanes y un anuncio de sujetadores, también había una foto rasgada de un flan de frutas, parte de un anuncio de una compañía de seguros de vida y otros fragmentos pegados al azar que sugerían que habían sido seleccionados y dispuestos con una supina indiferencia bovina ante cualquier significado que cualquiera de ellas pudiera tener o cualquier efecto que pudieran producir.

La manguera se ondulaba por el suelo y daba la vuelta por uno de los lados de un viejo sillón instalado delante del televisor.

El conejo alborotaba. El resplandor de sus correrías iluminaba los maltratados brazos del sillón. Bugs luchaba con los mandos de un aeroplano que caía en picado. De pronto, descubrió un botón marcado «Piloto automático» y lo apretó. Se abrió un armario y apareció un robot piloto que echó una ojeada a la situación y saltó de inmediato en paracaídas. El avión siguió su carrera hacia el suelo pero, por fortuna, se quedó sin combustible justo antes de chocar y así el conejo se salvó.

Dirk vio también la parte superior de una cabeza.

El cabello que la coronaba era oscuro, enmarañado y grasiento. Durante largo rato Dirk observó inquieto la cabeza antes de adentrarse lentamente en la habitación para ver si estaba unida a algo. Su alivio al descubrir, cuando dio la vuelta alrededor del sillón, que la cabeza después de todo iba ligada a un cuerpo con vida, disminuyó un poco al ver el cuerpo humano al que pertenecía.

Despatarrado en el sillón había un chico.

Tendría probablemente trece o catorce años, y a pesar de que no parecía estar enfermo en un sentido estrictamente físico, estaba muy claro que no era una persona sana. El pelo colgaba de la cabeza, la cabeza colgaba de los hombros y él estaba desplomado sobre el sillón de una forma un tanto desarticulada, como si le hubieran arrojado de un tren en marcha. Su vestimenta era muy simple: una cazadora de piel barata y un saco de dormir.

Dirk lo miró asombrado.

¿Quién era? ¿Qué hacía allí un chico mirando la tele en una casa donde alguien acababa de ser decapitado? ¿Sabía lo que había pasado? ¿Estaba enterado Gilks de su existencia? ¿Había Gilks hecho el esfuerzo de subir hasta allí? Después de todo, eran demasiadas escaleras para un policía tan ocupado en descubrir el truco empleado por el suicida.

Hacía más de veinte segundos que Dirk estaba plantado frente al sillón, cuando la mirada del muchacho se dirigió lentamente hacia él, y sin dar muestra alguna de haber registrado su presencia se apartó para volver a engancharse en el conejo.

Dirk no estaba muy acostumbrado a causar tan poca impresión en alguien. Se examinó para asegurarse de que llevaba puesto su enorme abrigo de piel y su absurdo sombrero rojo y de que su silueta se recortaba clara y amenazadoramente contra la luz de la puerta. Por un momento, se sintió abatido e intentó un tímido «Eeeh...» a modo de presentación, pero no consiguió atraer la

atención del muchacho. No le gustó. El chico estaba deliberada y maliciosamente mirando la tele a través de él. Frunció el ceño. A Dirk le parecía que se estaba formando una especie de asfixiante tensión en el cuarto, una especie de penoso silbido que invadía el aire del lugar y al que no sabía cómo responder. Aumentó en intensidad y de pronto se acabó con un abrupto chasquido que a Dirk le hizo dar un brinco.

El muchacho se movió como una lenta y ahíta serpiente, se inclinó sobre un brazo del sillón y realizó unas elaboradas aunque invisibles maniobras relacionadas claramente, como Dirk acababa de constatar, con una tetera eléctrica. Cuando recuperó su anterior posición despatarrada, llevaba en la mano derecha un pote de plástico del cual extrajo con un tenedor unas tiras gomosas de materia humeante que se metió en la boca.

El conejo dio por terminados sus asuntos y cedió paso a un comediante imbécil que pretendía que sus espectadores compraran una determinada marca de cerveza confiando únicamente en su a todas luces interesada recomendación.

Dirk sintió que había llegado el momento de causar una impresión más fuerte de la que había conseguido hasta entonces. Dio un paso y se interpuso directamente en la línea de visión del muchacho.

–Chico –dijo Dirk, con un tono que esperaba pareciera firme pero al mismo tiempo cortés y en ningún caso afectado, paternal o torpe–, necesito saber quién...

En aquel preciso momento se distrajo ante el espectáculo que se ofrecía a sus ojos desde la nueva posición que ocupaba ahora. Al otro lado del sillón había una enorme caja de cartón medio llena de tallarines en lata, otra enorme caja de cartón medio llena de Mars Bars, una pirámide a medio demoler de latas de gaseosa y el final de la manguera. La manguera acababa en un grifo de plástico y era evidente que se utilizaba para llenar la tetera.

Dirk pretendía tan sólo preguntarle al muchacho quién era, pero visto desde este ángulo la pregunta era superflua, pues el parecido familiar resultaba inconfundible. Estaba claro que era el hijo del recién decapitado Geoffrey Anstey. Tal vez su comportamiento sólo respondía a una forma de enfrentarse al trauma. O, tal vez, no sabía en realidad lo que había pasado. O, tal vez, él...

A Dirk no le gustaba pensar.

De hecho, encontraba difícil pensar con claridad mientras a su lado la televisión, en nombre de una compañía fabricante de pasta dentífrica, trataba de preocuparlo profundamente acerca de algunos

fenómenos que podían estar ocurriendo en su boca.

–De acuerdo –dijo–. Siento molestarte en un momento especialmente difícil y angustioso para ti, pero necesito saber antes que nada si te das cuenta de que éste es un momento especialmente difícil y angustioso para ti.

Nada.

Está bien, pensó Dirk, es hora de mostrar un poco de juiciosa brusquedad. Se reclinó contra la pared, metió las manos en los bolsillos de una manera que significaba de acuerdo-si-es-así-como-quieres-que-juguemos, contempló el suelo con gesto malhumorado durante unos segundos, y después levantó la cabeza dedicándole al muchacho una mirada dura directamente a los ojos.

–Tengo que decírtelo, chico –le espetó–. Tu padre está muerto.

Podría haber funcionado de no haber sido por un anuncio muy popular y muy largo que comenzó en aquel preciso instante. A Dirk le pareció que era un ejemplo particularmente asombroso del género.

La secuencia inicial mostraba al ángel Lucifer lanzado desde el cielo a las profundidades del infierno, donde permanecía asándose en un lago de fuego hasta que llegaba un demonio y le daba una lata de una gaseosa llamada sHades. Lucifer abría la lata y la probaba. A continuación engullía con ansia todo el contenido y entonces se volvía hacia la cámara, se ponía unas gafas de sol diseño Porsche, exclamaba «¡Venga ya, toda la carne al asador!» y se volvía a tender sobre el lecho de brasas ardientes que se amontonaban a su alrededor.

En aquel instante, una voz americana ronca e inverosímilmente profunda que sonaba como si surgiera ella misma del pozo del infierno o por lo menos de un bar en algún sótano del Soho, al cual estaba ansiosa de volver lo antes posible para ponerse en forma para la próxima intervención, decía: «sHades. La Bebida del Infierno...», y la lata giraba un poco para tapar la «s» inicial de tal forma que se pudiera leer «Hades».

El contenido teológico del mensaje resultaba un tanto confuso, pensó Dirk, pero ¿qué importancia tenía una pequeña gota extra de desinformación en semejante torrente de burradas?

Entonces Lucifer volvió a aparecer en imagen y dijo: «Yo podría *caer* de verdad por este brebaje...», y por si acaso el espectador se había vuelto completamente loco con tantas idas y venidas, la escena inicial de Lucifer siendo arrojado del cielo era repetida por un instante para enfatizar la palabra «caer».

La atención del muchacho estaba completamente centrada en el

anuncio.

–Escúchame –comenzó Dirk.

El muchacho torció el cuello para esquivar el cuerpo de Dirk y mirar la tele. Tuvo que redistribuir sus miembros en el sillón para lograrlo sin dejar de engullir tallarines.

–Escucha –insistió otra vez.

Dirk sintió que comenzaba a estar en serio peligro de perder el control de la situación. No se trataba simplemente de que la atención del muchacho estuviera fija en la tele, sino que parecía que ninguna otra cosa pudiera tener para él significado alguno o existencia independiente. Dirk no era más que un objeto amorfo que se interponía entre él y el televisor. El muchacho no parecía tener nada contra él, sólo deseaba ver a través suyo.

–Oye, ¿no podríamos apagar esto por un momento? –preguntó Dirk intentando que su voz no tuviera un tono puntilloso.

El muchacho no respondió. Tal vez hubo un ligero envaramiento de los hombros, tal vez un encogimiento. Dirk dio media vuelta y no supo encontrar el botón que apagaba el televisor. La totalidad del panel de control parecía tener el único propósito de mantener el aparato encendido; no había ni un solo botón marcado «on» u «off». Por fin, Dirk apagó el aparato desenchufándolo de la toma en la pared y se volvió otra vez hacia el muchacho, que le rompió la nariz.

Dirk sintió cómo se le aplastaba el tabique nasal ante el terrible impacto de la frente del chico mientras los dos caían pesadamente hacia atrás contra el televisor, pero el ruido del hueso al romperse y el ruido de su propio grito de dolor mientras se rompía fueron completamente ahogados por los terribles aullidos de furia que brotaban de la garganta del muchacho. Dirk se debatía en vano intentando protegerse de la furia del ataque, pero el muchacho estaba encima de él y le metía el codo en un ojo aplastando con las rodillas primero las costillas, después la barbilla y finalmente la ya bastante traumatizada nariz de Dirk, mientras trepaba por encima de él para volver a conectar el televisor. Luego, volvió a instalarse cómodamente en el sillón y aguardó con ojos malhumorados e inquietos a que se formara la imagen.

–Al menos podrías haber esperado a que dieran las noticias –dijo con voz monótona.

Dirk le miró boquiabierto. Se sentó acurrucado en el suelo, protegiéndose la nariz sangrante entre las manos, y siguió mirando boquiabierto a la monstruosa e indiferente criatura.

–¡Juumm... fffmmm... gujjj! –protestó, y después renunció por el

momento, mientras se palpaba la nariz para evaluar los daños.

Notó que había un trozo que, al moverse, hacía un clic muy desagradable entre sus dedos, y el apéndice, en su totalidad, parecía estar tomando un aspecto horrible y poco familiar. Sacó un pañuelo de uno de sus bolsillos y se lo apretó contra el rostro. La sangre lo empapó atravesándolo con facilidad. Se incorporó trastabillando, rechazó las inexistentes ofertas de ayuda, salió a trompicones de la habitación y entró en el diminuto cuarto de baño. Una vez dentro, arrancó furioso la manguera del grifo, encontró una toalla, la empapó con agua fría y la sostuvo contra su cara durante un par de minutos hasta que el flujo de sangre fue disminuyendo gradualmente para quedar reducido a un goteo y después parar. Se contempló en el espejo. La nariz se inclinaba decididamente formando un ángulo un tanto obtuso. Intentó con valor modificarlo, pero no con el valor suficiente. El dolor era atroz, así que se limitó a refrescarla un poco más con la toalla mojada mientras maldecía por lo bajo.

Después permaneció allí durante un par de segundos más, apoyado en el lavabo, respirando con dificultad, y practicó con fiereza un «¡Se acabó!» ante el espejo. Sonó algo así como «¡De acapó!» y carecía de toda autoridad. Cuando se sintió lo bastante animado, dio media vuelta y regresó resueltamente al cubil de la fiera.

La bestia estaba sentada tranquilamente, absorta en los avances de una de esas retransmisiones deportivas que la jornada tenía en reserva para los telespectadores decididos, y no alzó la mirada cuando apareció Dirk.

Dirk caminó con energía hasta la ventana y, con un gesto brusco, descorrió las cortinas con la débil esperanza de que la bestia se consumiera en medio de gritos atroces si la exponía a la luz diurna, pero aparte de arrugar un poco la nariz, no reaccionó. Una sombra oscura aleteó brevemente por delante de la ventana, pero desde donde estaba Dirk no pudo ver qué la había causado.

Dio media vuelta y se enfrentó al niño-bestia. En la tele comenzaba el boletín de noticias del mediodía, y el muchacho parecía un poco más abierto, un poco más receptivo al mundo exterior que al rectángulo en el que se agitaban imágenes de colores. Observó a Dirk con mirada agria y cansada.

–¿Sepuedesaberquécoñoquieres? –preguntó.

–Cha de disho qué chiedo –dijo Dirk, intentando ser rudo pero sin esperanzas–. Sho chiedo..., eh, spega un momegto..., ¡cho conoshco esha cada!

La atención de Dirk había pasado súbitamente a la pantalla de televisión donde mostraban una fotografía mucho más actual de la azafata de tierra desaparecida.

–¿Quéestáshaciendoaquí? –quiso saber el muchacho.

–¡Sssshifff! –chistó Dirk, y se sentó a horcajadas sobre uno de los brazos del sillón, mirando con fijeza la cara en la pantalla. La foto correspondía más o menos a un año atrás, antes de que la muchacha descubriera el maquillaje profesional. Tenía el cabello rizado y un aire anticuado.

–¿Quiéneres? ¿Quépasa? –insistió el muchacho.

–¡Cháchade! –le ordenó Dirk–. ¡Quiedo fé eto!

El locutor dijo que la policía confesaba que estaba estupefacta por el hecho de que no había rastros de Janice Smith en la escena del accidente. Habían dicho que existía un límite al número de veces que podían registrar los mismos edificios, y solicitado a cualquiera que pudiera aportar una pista sobre su paradero que se pusiera en contacto con ellos.

–¡Esha é mi shecredaria! ¡E la sheñogita Pearth! –exclamó Dirk, asombrado.

El muchacho no estaba interesado en la ex secretaria de Dirk y renunció a atraer su atención. Se deslizó fuera del saco y arrastró los pies hasta el baño.

Dirk permaneció sentado mirando boquiabierto la televisión, asombrado de no haberse dado cuenta antes de quién era la muchacha desaparecida. Pero después comprendió que era normal que no se hubiera dado cuenta. Al casarse había cambiado de nombre y era la primera vez que mostraban una fotografía que la identificara en la actualidad. Hasta ese momento no se había interesado realmente por el extraño incidente del aeropuerto, pero ahora reclamaba su atención.

La explosión había sido clasificada oficialmente como un «Acto de Dios».

Pero, pensó Dirk, ¿qué dios? ¿Y por qué?

¿Qué dios podía estar rondando por la Terminal 2 del aeropuerto de Heathrow tratando de coger el vuelo de las 15.37 a Oslo?

Después de la espantosa lasitud de las últimas semanas, de pronto surgían un montón de asuntos que requerían su inmediata atención. Frunció el ceño por unos instantes sumido en profundos pensamientos y apenas se dio cuenta de que el niño-bestia había vuelto y se había deslizado, otra vez, dentro del saco de dormir justo a tiempo para el comienzo de la tanda de anuncios. El primero

mostraba cómo un cubito de caldo común y corriente podía constituir la base natural de una feliz y normal vida familiar.

Dirk se incorporó de un salto, pero cuando se disponía a interrogar una vez más al muchacho, se desanimó. La bestia estaba muy lejos, hundida en su oscura y titilante madriguera y Dirk no se sintió con fuerzas de provocarla otra vez, al menos de momento.

Se contentó con gritarle al niño desatento que volvería, y se lanzó pesadamente escaleras abajo, con su gran abrigo de piel restallando como una bandera al viento detrás de él.

En el vestíbulo volvió a topar de nuevo con el abominable Gilks.

–¿Qué te ha pasado? –preguntó el policía al ver la nariz torcida e hinchada de Dirk.

–Sholo lo che du dishiste –respondió Dirk, con aire inocente–. Me mashé.

Gilks exigió saber qué había estado haciendo y Dirk le explicó afablemente que arriba había un testigo dispuesto a aportar una información muy interesante. Le sugirió a Gilks que subiera y conversara con él, y no dejó de recomendarle que era mejor desenchufar antes el televisor.

Gilks asintió con un gesto brusco. Comenzó a subir las escaleras pero Dirk le detuvo.

–¿A di no de shuena che hay ago eshdrago en eshta casha? –preguntó.

–¿Qué has dicho? –quiso saber Gilks, irritado.

–Che hay ago eshdrago –repitió Dirk.

–¿Algo qué?

–¡Eshdrago!

– ¿Extraño?

–Esho é, eshdrago.

–¿Como qué? –preguntó Dirk, con un encogimiento de hombros.

–She didía che no diege agma.

– ¿Pareciera qué?

–¡Shin agma! –lo intentó de nuevo–. ¡Shin agma! Creo que esho lo eshflicja dodo.

Tras estas palabras, se levantó el sombrero con exquisita cortesía, salió de la casa y, en cuanto pisó la calle, un águila apareció en el cielo, se lanzó en picado sobre él y a punto estuvo de hacerle caer bajo un autobús 73 que iba en dirección sur.

Durante los veinte minutos siguientes, terribles gritos y escalofriantes chillidos surgieron del ático de la casa de Lupton Road, provocando una gran tensión entre los vecinos. La ambulancia se llevó los restos superiores e inferiores de Mr. Anstey,

y también a un policía con el rostro ensangrentado. Después, hubo unos momentos de calma.

Entonces, otro coche de policía aparcó delante de la casa. Se oyeron comentarios del tipo «¡Ha venido Bob!», mientras un policía enorme y de expresión poco amistosa bajaba del coche y subía apresuradamente los escalones. Pocos minutos después, volvió a aparecer protegiéndose la cara con las manos, se metió en el coche y se marchó colérico, haciendo chirriar los neumáticos de una forma harto violenta y totalmente innecesaria.

Veinte minutos más tarde llegó un furgón del cual emergió otro policía que llevaba un pequeño televisor de bolsillo. Entró en la casa y salió poco después llevando a un dócil chiquitín de trece años que estaba contentísimo con su nuevo juguete.

Cuando todos los policías se hubieron ido y un solitario coche patrulla permaneció aparcado fuera para vigilar la casa, una figura grande, peluda y de ojos verdes emergió de su escondite detrás de una de las moléculas en la gran habitación del sótano.

Apoyó la guadaña contra uno de los altavoces de alta fidelidad, mojó un dedo largo y nudoso en el charco de sangre casi coagulada que había en el plato del tocadiscos, pasó el dedo por la parte inferior de una gruesa hoja de papel amarillento y después desapareció hacia un oscuro y oculto otro mundo, silbando una extraña y obscena tonada, y sólo volvió un momento para recoger la guadaña.

7

Aquella misma mañana un poco más temprano, a una distancia cómoda del lugar donde se desarrollaban todos estos acontecimientos, instalado a una distancia cómoda de una ventana bien proporcionada, por la que entraba a raudales la fría luz de media mañana, un anciano tuerto descansaba en una cama blanca. Un periódico se erguía como una tienda de campaña medio aplastada en el suelo, donde había sido arrojado un par de minutos antes, poco después de las diez de acuerdo con el reloj de la mesita de noche.

La habitación no era grande, pero estaba amueblada con un buen gusto excesivo que resultaba anodino, como la habitación de una lujosa clínica privada, que es exactamente lo que era: el Woodshead Hospital, erigido en medio de su pequeño pero bien cuidado terreno en las afueras de una pequeña pero bien cuidada aldea en los Cotswolds.

El hombre estaba despierto, pero esto no le producía ninguna alegría.

Su piel era delicadamente vieja, como un fino y translúcido pergamino estirado con mucho cuidado y delicadamente pecoso. Sus manos, de exquisita fragilidad, reposaban ligeramente curvadas sobre las sábanas blancas de hilo puro agitadas por un temblor casi imperceptible.

Su nombre variaba entre Mr. Odwin o Wodin, u Odín. Había sido –era– un dios, y además el peor de los dioses con el que uno podía encontrarse, un dios cabreado. Su único ojo resplandecía.

Estaba cabreado a causa de lo que había leído en el periódico referente a otro dios que había perdido los estribos y se estaba comportando como un imbécil. Desde luego, no era esto lo que decía el periódico. El titular no decía: «¡Dios pierde los estribos! ¡Hace el imbécil en un aeropuerto!»; sólo describían la devastación resultante y no eran capaces de sacar ninguna conclusión significativa de la misma.

La historia era extremadamente insatisfactoria en todos los sentidos, teniendo en cuenta su desconcertante carácter inacabado, el hecho de que no llegaba a ninguna conclusión y la irritante falta (desde el punto de vista de los periódicos) de buena carnaza. Había, desde luego, un misterio inherente a esta falta de carnaza, pero los periódicos prefieren un buen trozo de carnaza a un misterio vulgar.

A Odín, sin embargo, no le había resultado difícil saber qué estaba pasando. Los hechos llevaban escrito claramente el nombre de «Thor» en letras demasiado grandes para que nadie que no fuera un dios pudiera leerlas. Frustrado, había arrojado el periódico de la mañana, y ahora trataba de concentrarse en sus ejercicios de relajación con el fin de evitar alterarse en exceso. Los ejercicios le obligaban a respirar de una manera determinada y a expirar de otra determinada manera, y eran buenos para su presión sanguínea y cosas por el estilo. No era que se fuera a morir o algo parecido –¡ja! pero no había ninguna duda de que a estas alturas de su vida –¡ja!– prefería tomarse las cosas con algo más de calma y cuidarse un poco.

Le gustaba dormir más que ninguna otra cosa.

Dormir era para él una actividad muy importante. Le gustaba dormir durante largos períodos, durante grandes lapsos de tiempo. Limitarse a dormir por la noche no era tomarse el asunto en serio. Disfrutaba con una buena noche de sueño y no se hubiera perdido una por nada del mundo, pero no consideraba que eso fuera ni la mitad de lo necesario. Le gustaba dormirse, a ser posible, a las once y media de la mañana, y si podía ser inmediatamente después de una buena siesta, mejor que mejor. Un desayuno ligero y una rápida visita al baño mientras cambiaban las sábanas de la cama era en realidad toda la actividad que estaba dispuesto a hacer, y se preocupaba de que no lo desvelara, no fuera a arruinarle la siesta de la tarde. Algunas veces era capaz de pasarse una semana entera durmiendo, algo que calificaba de buena cabezadita. También había dormido durante todo el año 1986 y no lo había echado de menos.

Pero sabía, para su profundo disgusto, que dentro de poco tendría que levantarse y ocuparse de un asunto sagrado y bastante irritante. Sagrado porque era de orden divino, o al menos concernía a los dioses, e irritante debido al dios en particular al que concernía.

A hurtadillas descorrió las cortinas a distancia, utilizando únicamente su voluntad divina. Lanzó un profundo suspiro. Necesitaba pensar, y lo que es más importante, era la hora de la visita matinal al baño.

Llamó al enfermero.

Éste se presentó de inmediato, ataviado con su amplia y bien planchada túnica verde, le deseó los buenos días alegremente y se apresuró a buscar las pantuflas y la bata. Ayudó a Odín a levantarse de la cama, que era como sacar de una caja a un cuervo disecado, y lo escoltó lentamente hasta el baño. Odín caminaba muy tieso,

parecía una cabeza colgada entre dos pesados percheros revestidos de franela a rayas y toallas blancas. El enfermero conocía a Odín como Mr. Odwin y no se había percatado de que era un dios, algo que Odín prefería guardar en secreto lamentando que Thor no hiciera lo mismo.

Thor era el Dios del Trueno y, francamente, actuaba como tal. No era conveniente. Parecía poco dispuesto, o incapaz, o tal vez sólo era demasiado estúpido para comprender o aceptar... Odín se contuvo. Se dio cuenta de que comenzaba a desvariar. Tendría que considerar con calma qué hacer con Thor y estaba de camino hacia el sitio adecuado para pensar en serio.

Tan pronto como Odín completó su majestuosa andadura hasta la puerta del baño, dos enfermeras entraron a toda prisa, deshicieron y volvieron a hacer la cama con gestos precisos, palmeando el hilo limpio y planchado, estirándolo, doblando las sábanas en la cabecera y remetiéndolas bajo el colchón. Una de las enfermeras, obviamente la jefa, era una matrona rolliza, la otra, más joven y más morena, era inquieta como un pájaro. El periódico fue recogido del suelo y vuelto a plegar con cuidado, el suelo fue aspirado con energía, las cortinas recogidas, las flores y la fruta que el anciano no había tocado fueron reemplazadas por flores y frutas frescas que, como todas las otras frutas anteriores, el anciano no tocaría.

Cuando, al cabo de pocos minutos, el viejo dios concluyó las abluciones matinales y volvió a abrir la puerta del baño, la habitación había sufrido una transformación. Las diferencias eran mínimas, desde luego, pero el efecto era de un sutil y mágico cambio en algo limpio y fresco. Odín asintió con un gesto de tranquila satisfacción al verlo. Hizo su pequeño número de examinar la cama como si fuera un monarca inspeccionando una fila de soldados.

–¿Están bien remetidas? –preguntó con su voz vieja y susurrante.

–Están bien remetidas, Mr. Odwin –respondió la enfermera jefe con una sonrisa obsequiosa.

–¿Están bien dobladas? –Era obvio que sí. Esto no era más que un ritual.

–Están muy bien dobladas, Mr. Odwin –dijo la enfermera–. Yo misma me he encargado de supervisar el doblado de las sábanas.

–Me alegro de ello, hermana Bailey, me alegro mucho –dijo Odín–. Tiene usted buen ojo para un embozo bien hecho. No sé qué haré sin usted.

–Bueno, no tengo intención de ir a ninguna parte, Mr. Odwin –declaró la hermana Bailey, rebosando seguridad y alegría.

–Pero usted no durará eternamente, hermana Bailey –dijo Odín.

Éste era un comentario que sorprendía a la hermana Bailey cada vez que lo escuchaba debido a su extrema insensibilidad.

–Claro que no, y ninguno de nosotros durará para siempre, Mr. Odwin –respondió con gentileza, mientras con ayuda de la otra enfermera se encargaba de la difícil tarea de levantar a Odín y meterlo en la cama, sin atentar contra su dignidad.

–Es usted irlandesa, ¿verdad, hermana Bailey? –le preguntó una vez estuvo debidamente acomodado en la cama.

–Así es, Mr. Odwin.

–Conocí una vez a un irlandés. Finn no sé qué. Me contó un montón de cosas que yo no necesitaba saber. Pero jamás dijo ni una palabra sobre el hilo. Sin embargo, ahora lo sé.

Asintió ante este recuerdo, apoyó la cabeza con rigidez sobre las almohadas bien esponjadas y pasó el dorso de sus manos cubiertas de delicadas pecas sobre el embozo de la sábana de hilo. Se había enamorado del hilo. Sábanas limpias, poco almidonadas, de hilo blanco irlandés, planchadas, dobladas, remetidas: las palabras mismas eran para él como una letanía sensual. Durante siglos nada le había obsesionado ni conmovido como el hilo. No podía llegar a comprender cómo se podía haber interesado por alguna otra cosa.

Hilo.

Y dormir. Hilo y dormir. Dormir entre hilo. Dormir.

La hermana Bailey lo observó con una especie de orgullo de propietaria. Ella no sabía que se trataba de un dios, de hecho pensaba que se trataba de un viejo productor de cine o de un criminal de guerra nazi. No había duda de que tenía un acento que ella no conseguía ubicar muy bien, y su descuidada urbanidad, su egoísmo natural y su obsesión por la higiene personal hablaban de un pasado poblado de horrores.

Si hubieran podido transportarla a un lugar donde viera a su paciente tan reservado sentado en un trono, el padre guerrero de los dioses guerreros de Asgard, no se habría sorprendido. En realidad, esto no es del todo cierto. Se habría llevado un susto de muerte. Pero al menos habría reconocido que era coherente con las cualidades que percibía en él, una vez recuperada de la sorpresa de descubrir que prácticamente todo aquello en lo que la raza humana creía era verdad. O que continuaba siendo verdad mucho después de que la raza humana dejara de necesitar que fuera verdad.

Odín despidió a sus enfermeras con un gesto, pero antes pidió

que buscaran a su asistente personal y se lo enviaran.

Esto hizo que la hermana Bailey apretara los labios de forma casi imperceptible. No le caía bien el asistente personal de Mr. Odwin, su factótum general, su criado, o llámeselo como se quiera. Sus ojos eran malévolos, le ponía los nervios de punta y tenía la fuerte sospecha de que hacía propuestas incalificables a sus enfermeras durante la hora del té.

Tenía lo que la hermana Bailey suponía que se denominaba una tez olivácea, ya que se asemejaba muchísimo al verde. La hermana Bailey estaba convencida de que esto no indicaba nada bueno.

Ella era, desde luego, la última persona en el mundo que juzgaría a alguien por el color de su piel. O tal vez no era absolutamente la última, pues lo había hecho al menos en fecha tan reciente como ayer por la tarde cuando habían ingresado a un diplomático africano para extirparle cálculos biliares y de inmediato le había cogido antipatía. No le gustaba. No podía decir exactamente qué era lo que no le gustaba en él porque era enfermera y no taxista, y no hubiera permitido ni por un instante que sus sentimientos personales se manifestaran. Era demasiado profesional, hacía demasiado bien su trabajo, y trataba a todo el mundo con más o menos la misma cortesía alegre y eficaz, incluso, pensó –y la invadió una profunda frialdad al pensarlo–, incluso a Mr. Rag.

Mr. Rag era el nombre del asistente personal de Mr. Odwin. Ella no podía hacer nada al respecto. No era asunto suyo criticar los arreglos personales de Mr. Odwin. Pensó que si hubiera sido asunto suyo, que no lo era, hubiera preferido, y no sólo por ella, sino también por el bienestar de Mr. Odwin, que era lo más importante, que éste hubiera empleado a alguien que no le pusiera la piel de gallina, eso era todo.

No pensó más en ello y salió a buscarle. Cuando entró de turno por la mañana se había sentido aliviada al descubrir que Mr. Rag había abandonado el recinto durante la noche, pero, después, con profunda desilusión, le vio regresar hacía una hora más o menos.

Le encontró exactamente en el lugar donde se suponía que no debía estar: sentado en cuclillas en una de las sillas de la sala de espera, ataviado con lo que se parecía de una forma horrible a una manchada bata de médico echada al cesto de la ropa sucia que le quedaba enorme. Además estaba interpretando una tonada muy poco musical en una especie de flauta que obviamente se había fabricado él mismo con una enorme jeringa hipodérmica desechable, que de ninguna manera debía estar en su poder.

Le dedicó una mirada de sus ojos saltarines, sonrió y continuó soplando la flauta, sólo que considerablemente más fuerte.

La hermana Bailey repasó mentalmente todas las cosas que era inútil decir a propósito de la bata, la jeringa o el hecho de estar sentado en la sala de espera asustando, o disponiéndose a asustar, a los visitantes. Sabía que no sería capaz de soportar el aire de inocencia ofendida con el que le respondería, ni tampoco lo descaradamente absurdo de sus respuestas. No tenía otra opción que dejarlo correr y conseguir que se marchara de la sala y se quitara de en medio lo más rápido posible.

–Mr. Odwin desea verle –dijo. Intentó poner algo de su alegría habitual en sus palabras, pero no hubo manera. Hubiera deseado que los ojos no le bailaran de esa manera. Aparte de considerarlo algo muy preocupante, tanto desde el punto de vista médico como estético, no podía evitar sentirse picada por la impresión de que había en la sala al menos treinta y siete cosas más interesantes que ella.

La contempló con esta desconcertante mirada durante unos segundos y después, sin dejar de murmurar que no había descanso para los malvados, ni siquiera para los muy malvados, pasó junto a la hermana Bailey y se alejó patinando por el corredor a toda prisa para recibir instrucciones de su amo y señor, antes de que su amo y señor se quedara dormido.

8

Al final de la mañana, Kate se había dado a sí misma de alta en el hospital. Al principio hubo algunas dificultades sobre el particular, ya que primero la hermana de la sala y después el doctor encargado del caso de Kate insistieron en que no estaba en condiciones de marcharse. Acababa de salir de un estado de coma menor y necesitaba de mayores cuidados, necesitaba...

–Pizza –precisó Kate.

... descanso, necesitaba...

–... mi casa y aire fresco. Aquí dentro el aire es horrible. Huele como el sobaco de una aspiradora.

... más medicación y no había duda de que debía permanecer un día o dos más en observación, hasta que estuvieran plenamente seguros de que se había recuperado del todo.

Al menos, insistieron bastante. Durante el transcurso de la mañana, Kate exigió y obtuvo un teléfono e inició sus intentos de que le enviaran una pizza a la habitación. Llamó a todas las pizzerías de Londres que sabía a ciencia cierta que no estaban dispuestas a atender su pedido, les cantó cuatro frescas y después intentó en vano reclutar a un motorista para que recorriera el West End, le comprara y le trajera una Americana Caliente con ración doble de pimientos, setas y una variedad de quesos que el responsable del servicio de mensajeros se negó siquiera a recordar; después de una hora de semejante comportamiento las objeciones a que Kate se diera de alta en el hospital fueron cayendo como caen los pétalos de una rosa otoñal.

Y así es como, poco después de la hora de comer, estaba en una desolada calle del West London sintiéndose débil y temblorosa, pero valiéndose por sí misma. Llevaba la bolsa de viaje vacía y rota, que se había negado a tirar, y también un pequeño trozo de papel en la cartera con un nombre garabateado.

Le hizo señas a un taxi, se acomodó en el asiento trasero y permaneció con los ojos cerrados durante la mayor parte del trayecto hasta su casa en Primrose Hill. Subió las escaleras y entró en su ático. Había diez mensajes en el contestador automático que borró sin tomarse la molestia de escuchar.

Abrió de par en par la ventana de su dormitorio y se asomó un momento adoptando la postura incómoda y un tanto peligrosa que le permitía ver un trozo del parque. Era un pequeño trozo verde con

un par de plátanos en medio. Las partes de algunos edificios colindantes lo enmarcaban, o mejor dicho, fracasaban en su intento de ocultarlo, convirtiéndolo en algo muy personal y privado para Kate, algo que una amplia vista panorámica no le hubiera podido ofrecer.

En una ocasión fue hasta ese trozo de parque y caminó alrededor del perímetro invisible que marcaba los límites de lo que ella podía ver, y casi tuvo la impresión de que éste era dominio suyo. Incluso palmeó los plátanos con aires de propietaria, y después se sentó bajo su sombra a contemplar cómo se ponía el sol en Londres –por detrás de un horizonte estropeado por la línea de edificación y unas pizzerías que no servían pizza a domicilio–, y se había marchado con una profunda y vaga sensación de algo que no podía determinar. Sin embargo, se dijo a sí misma, estos días debería sentirse agradecida de experimentar una profunda sensación de algo, por poco específico que fuera.

Se apartó de la ventana y la dejó abierta a pesar de lo fresco que era el aire. Se dirigió a su pequeño baño y abrió los grifos de la bañera. Era una amplia bañera de estilo eduardiano que ocupaba una maravillosamente desproporcionada cantidad del espacio disponible y cuyas tuberías pintadas color crema llenaban prácticamente el resto del cuarto. Los grifos humeaban. Tan pronto como la habitación estuvo lo suficientemente llena de vapor como para estar caliente, Kate se desnudó y luego abrió el amplio armario.

Se sintió un tanto avergonzada ante la enorme profusión de productos para el baño que tenía, pero por alguna razón que desconocía, era incapaz de pasar por delante de una farmacia o herboristería sin detenerse y entrar para dejarse seducir por alguna botellita de algo azul, o verde, o naranja, de consistencia aceitosa que al parecer restablecería el equilibrio natural de cierta sustancia que ella ni siquiera sabía que debía tener en los poros.

Hizo una pausa, tratando de escoger.

¿Algo rosa? ¿Algo con suplemento de vitamina B? ¿Vitamina B12? ¿B13? Sólo la cantidad de productos con diferentes tipos de vitamina B ya representaba por sí misma una molestia a la hora de elegir. Había polvos y también aceites, tubos de gel, incluso paquetes de una especie de semillas de olor acre, que se suponía eran beneficiosas para alguna oscura parte del cuerpo por vías un tanto misteriosas.

¿Qué tal si optaba por los cristales verdes? Llegaría un día, se había dicho hacía ya tiempo, que no se preocuparía por intentar

elegir, sino que simplemente echaría un poco de todo. Un día en que sentiría realmente la necesidad de hacerlo. Pensó que aquel día había llegado, y con una súbita y revitalizadora sensación de placer se dedicó a echar en la bañera una gota o dos de cada una de las cosas del armario hasta que el agua se convirtió en una confusa mezcla de colores al tiempo que adquiría una consistencia viscosa.

Cerró los grifos, fue a buscar algo en el bolso y después volvió para sumergirse en la bañera, donde permaneció con los ojos cerrados, respirando lentamente durante tres minutos completos, antes de dedicar su atención al trozo de papel que se había traído con ella del hospital.

Sólo había una palabra escrita, una palabra que había conseguido arrancarle a una enfermera joven y extrañamente reticente que le había tomado la temperatura aquella mañana.

Kate la había interrogado acerca del hombretón. El gigante con el que se había encontrado en el aeropuerto y cuyo cuerpo había visto en la habitación vecina durante las primeras horas de la noche.

–Oh, no –había dicho la enfermera–. No está muerto. Sólo está en una especie de coma.

¿Podía ir a verlo?, había preguntado Kate. ¿Cuál era su nombre?

Había intentado preguntarlo como de paso, como quien no quiere la cosa, aunque no resultaba fácil hacerlo con un termómetro en la boca, y no estaba muy segura de haberlo conseguido. La enfermera le había respondido que no podía decírselo, que no debía hablar acerca de los demás pacientes. Y, de todas maneras, el hombre ya no estaba allí, se lo habían llevado a alguna otra parte. Habían enviado una ambulancia a buscarle y se lo habían llevado a otro lugar.

Esto había pillado a Kate por sorpresa.

¿Adónde se lo habían llevado? ¿Qué lugar era ése tan especial? Pero la enfermera no estaba dispuesta a decir nada más, y al cabo de un par de segundos había sido llamada por la hermana. La única palabra que la enfermera había dicho era aquella que Kate había garrapateado en el trozo de papel que ahora tenía ante los ojos.

La palabra era «Woodshead».

Ahora que estaba más relajada, tenía la sensación de que por algún motivo el nombre le sonaba vagamente familiar aunque no conseguía recordar dónde lo había oído.

Cuando lo recordó no pudo permanecer ni un segundo más en la bañera, salió y se encaminó sin más hacia el teléfono, demorándose sólo un instante para darse una ducha y quitarse toda la porquería

de encima.

9

El gigante se despertó e intentó mirar a su alrededor, pero a duras penas podía mover la cabeza. Intentó sentarse pero tampoco pudo hacerlo. Tenía la impresión de estar pegado al suelo con pegamento y, al cabo de unos segundos, descubrió con sorpresa cuál era el motivo.

Sacudió la cabeza con gran violencia, arrancándose grandes mechones de cabello amarillo que se quedaron dolorosamente pegados al suelo, y miró a su alrededor. Estaba en lo que parecía ser un almacén en ruinas, probablemente en el piso superior a juzgar por el cielo plomizo que conseguía atisbar a través de los sucios y rotos cristales de las ventanas.

El techo era alto y lleno de telarañas tejidas por arañas a las que, al parecer, no preocupaba que la mayoría de sus presas fueran trozos de cemento y polvo. Las columnas que lo sostenían eran vigas de acero recubiertas de una vieja y sucia pintura crema desconchada y llena de burbujas, y éstas a su vez se apoyaban en el maltratado y roñoso suelo de roble al que, estaba muy claro, lo habían pegado. Formando un óvalo de unos sesenta centímetros alrededor de su cuerpo desnudo, el suelo relucía con un brillo oscuro y mate. Un olor débil y picante emanaba del mismo. No se lo podía creer. Lanzó un rugido de rabia e intentó moverse de un lado a otro para liberarse, pero lo único que consiguió fue que le doliera la piel en las partes que estaban sólidamente pegadas a las tablas de roble.

Esto tenía que ser obra del viejo.

Echó la cabeza hacia atrás dando un golpe con tanta fuerza contra el suelo que las tablas crujieron y le zumbaron los oídos. Volvió a rugir y obtuvo una furiosa satisfacción al hacer tanto ruido estúpido e inútil. Rugió hasta que vibraron los pilares de acero y los cristales rotos de las ventanas estallaron en diminutos trozos. Luego, mientras movía colérico la cabeza de un lado a otro, descubrió su mazo apoyado contra la pared, a pocos pasos de distancia, lo hizo volar por los aires con una palabra, y lo envió por el amplio espacio, golpeando y martilleando contra cada una de las columnas hasta que todo el edificio resonó como un gong enloquecido.

Otra palabra y el mazo voló hacia él, no dio contra su cabeza por un palmo, y perforó el suelo, destrozando la madera y el yeso de debajo.

En el espacio oscuro del piso inferior, el mazo giró y comenzó a trazar una lenta parábola mientras se desprendían trozos del cielo raso que repiqueteaban sobre el suelo de cemento. Después, cogió un violento impulso y atravesó una vez más el techo, lanzando trozos de madera como metralla al perforar otro listón de roble a un palmo de distancia de los pies del gigante.

Se elevó por los aires, se quedó colgado por un momento como si su peso hubiera desaparecido de pronto y, a continuación, con un movimiento experto, elevó su corto mango por sobre su cabeza y volvió a lanzarse contra el suelo, atravesándolo de nuevo, para volver a subir y luego bajar, practicando agujeros en un círculo irregular alrededor de su amo hasta que, con un largo y fuerte gemido, toda la sección oval del suelo perforado cedió y se hundió dando vueltas por el aire. Se estrelló contra el suelo de abajo en medio de una lluvia de yeso y cemento, de la cual emergió trastabillando la figura del gigante, que apartaba con sus manos la nube de polvo y tosía. Su espalda, sus brazos y sus piernas todavía estaban unidos a grandes trozos de suelo de roble pero al menos podía moverse. Apoyó las palmas de las manos contra la pared y tosió con violencia tratando de expulsar el polvo de los pulmones.

Cuando se dio la vuelta, el mazo se acercó bailando por el aire; de pronto esquivó su mano y patinó juguetonamente por el suelo haciendo saltar chispas del cemento, y después se puso con aire desenvuelto contra uno de los pilares.

Delante del hombretón, la sombra de una gran máquina de Coca-Cola se vislumbraba a través de la nube de polvo. La contempló con sospecha y preocupación. Allí estaba, con un aire helado e inexpresivo, y había una nota de su padre enganchada en el panel delantero diciendo que dejara de hacer lo que fuera que estuviera haciendo. Estaba firmada «Ya-sabes-quién», pero estas palabras habían sido tachadas y sustituidas por la palabra «Odín» y después, con letras más grandes, «Tu padre». Odín jamás dejaba pasar la oportunidad de dejar bien clara la opinión que le merecían los logros intelectuales de su hijo. El gigante arrancó la nota y la miró furioso. Una posdata añadía en tono sombrío: «Acuérdate del País de Gales. No querrás volver a pasar otra vez por todo aquello.» Hizo una bola con la nota, la arrojó por la ventana más próxima y el viento se la llevó. Por un momento creyó oír un ruido extraño, como un graznido, pero probablemente se trataba del viento al soplar entre los viejos edificios cercanos.

Dio media vuelta, se acercó a la ventana y contempló el exterior con un malhumor beligerante. Pegado al suelo. A sus años. ¿Qué

demonios podía significar? «Mantén la cabeza gacha», pensó. «Si no me haces caso me encargaré yo de hacértela agachar.» Eso era lo que quería decir. «Quédate pegado al suelo.»

Ahora recordaba que el viejo le había dicho exactamente estas mismas palabras con ocasión de todo aquel desagradable asunto con el caza Phantom. «¿Por qué no te limitas a quedarte pegado al suelo?», le había dicho. Se imaginaba perfectamente al viejo con esa benigna malicia senil pensando que era muy gracioso darle una lección tan literal.

La figura comenzó a gruñir amenazadora en su interior, pero lo controló con fuerza. Últimamente habían comenzado a ocurrir cosas muy preocupantes cuando se enojaba y tuvo la desagradable impresión, mientras miraba la máquina de Coca-Cola, que otra de esas cosas muy preocupantes acababa de ocurrir. La contempló preocupado.

Se sentía mal.

Desde hacía algún tiempo se sentía mal con bastante frecuencia y le resultaba imposible descargarse de las pocas obligaciones que le quedaban de su tarea divina cuando sentía que estaba sufriendo algo así como una gripe contumaz. Le dolía la cabeza, tenía mareos, remordimientos y toda esa clase de malestares que continuamente mostraban en los anuncios de la tele. Incluso sufría terroríficos momentos de amnesia total cada vez que la furia se apoderaba de él.

Siempre se lo había pasado estupendamente cuando se encolerizaba. Una buena dosis de maravillosa cólera constituía el motor de su vida. Se sentía inmenso. Lleno de poder, luz y energía. Siempre le habían proporcionado magníficos motivos de enfado: inmensos actos de provocación o traiciones, gente que escondía el océano Atlántico en su casco, que le tiraba continentes encima, o se emborrachaba y pretendía que era un bosque. Todos temas muy buenos para pillar un buen cabreo y comenzar a repartir leña. En suma, que se lo pasaba muy bien siendo el Dios del Trueno. Ahora, de pronto, todo eran dolores de cabeza, tensión nerviosa, insondables angustias y remordimientos. Estas experiencias eran nuevas para un dios y no resultaban muy agradables.

–¡Vaya facha!

La voz rechinó y a Thor le pareció como si hubieran arañado una pizarra alojada en el fondo de su cerebro. Era una voz malvada, rencorosa, burlona, una voz de tres al cuarto, una voz de baratillo, una voz, en resumen, que a Thor no le gustaba. En el mejor de los casos, reaccionaba de mala manera y ahora le sentó como un tiro

tener que escucharla mientras estaba desnudo en medio de un almacén en ruinas, con grandes trozos de suelo de roble pegados a la espalda.

Se dio la vuelta furioso. Hubiera deseado ser capaz de volverse tranquilo y con aplastante dignidad, pero semejante estrategia nunca le había dado resultado con aquella criatura y dado que él, Thor, acabaría de todas maneras por sentirse humillado y ridículo, adoptara la postura que adoptara, decidió mantener la actual, que ya le resultaba cómoda.

–¡Toe Rag! –rugió mientras hacía girar su mazo en el aire y lo lanzaba con una fuerza y una energía extraordinarias contra la pequeña criatura que, en las sombras, permanecía sentada en cuclillas con el cuerpo ligeramente echado hacia delante sobre un pequeño montículo de basura, con aire complaciente.

Toe Rag cogió el mazo al vuelo y lo puso con sumo cuidado sobre la pila de ropa de Thor que estaba a su lado. Sonrió y dejó que un rayo de sol perdido brillara sobre uno de sus dientes. Estas cosas no pasan por accidente. Mientras Thor estaba inconsciente, Toe Rag había calculado un momento cuánto tiempo tardaría en recobrarse, y después se había puesto a trabajar, trasladando el montículo de basura hasta exactamente aquel punto, estableciendo la altura precisa y calculando después el ángulo correcto en que debía inclinarse. Como agente provocador se consideraba a sí mismo un profesional.

–¿Has sido tú quien me ha hecho esto? –rugió Thor–. ¿Has sido tú quien... –Thor buscó alguna otra manera de decir «me ha pegado al suelo», que no sonara a «me ha pegado al suelo», pero en vista de que la pausa se alargaba demasiado, tuvo que renunciar al esfuerzo–... me ha pegado al suelo? –preguntó, al fin. Deseó no haber formulado una pregunta tan estúpida–. ¡No hace falta que contestes! –añadió furioso, y también deseó no haber dicho esto. Golpeó el suelo con los pies, haciendo que el edificio se sacudiera hasta los cimientos sólo lo suficiente para remarcar el punto. No tenía muy claro de qué punto se trataba, pero sentía que era necesario remarcarlo. A su alrededor se asentó el polvo.

Toe Rag lo contempló con sus ojos saltones y brillantes.

–Me he limitado a cumplir con las instrucciones que me dio tu padre –dijo en una grotesca parodia de obsequiosidad.

–A mí me parece –replicó Thor– que las instrucciones que mi padre ha estado dando desde que estás a su servicio son muy extrañas. Creo que tienes una especie de influencia maligna sobre él. No sé qué clase de influencia maligna pero estoy seguro de que

es una influencia, y estoy seguro de que es... –otra vez le fallaron los sinónimos– maligna.

Toe Rag reaccionó como una iguana a la que alguien se le hubiera quejado del vino.

–¿Yo? –protestó–. ¿Cómo podría yo ejercer una influencia sobre tu padre? Odín es el más grande de los dioses de Asgard y yo soy su devoto servidor en todas las cosas. Odín dice: «Haz esto», y yo lo hago. Odín dice: «Ve allí», y yo voy allí. Odín dice: «Ve y saca a ese estúpido gigante de hijo mío del hospital antes de que cause más problemas y después, no sé, pégalo al suelo o algo por el estilo», y yo hago exactamente lo que me pide. Yo sólo soy el más humilde de los funcionarios. No importa lo humilde o baja que sea la tarea, yo me limito a cumplir la voluntad de Odín.

Thor no era un estudioso de la naturaleza humana, ni tampoco de la naturaleza divina, o demoníaca, lo bastante sutil para alegar que ésta era de hecho una influencia muy poderosa sobre cualquiera y, especialmente, sobre un viejo dios falible y mimado. Sólo sabía que todo esto estaba muy mal.

–De acuerdo –gritó–. Entonces llévale este mensaje a mi padre Odín. Dile que yo, Thor, el Dios del Trueno, exijo reunirme con él. ¡Y no en su maldito hospital! ¡No estoy dispuesto a pasar el rato leyendo revistas y contemplando la fruta mientras le hacen la cama! ¡Dile que Thor, el Dios del Trueno, se reunirá con Odín, el Padre de los Dioses de Asgard, esta noche, a la Hora del Desafío en el Palacio de Asgard!

–¿Otra vez? –dijo Toe Rag, mirando de reojo la máquina de Coca-Cola.

–Eeeh..., sí –replicó Thor–. ¡Sí! –repitió furioso–. ¡Otra vez!

Toe Rag lanzó un pequeño suspiro, como alguien que se resigna a transmitir la clase de mensaje que podía esperarse de un simplón temperamental.

–Bueno, se lo diré. No creo que vaya a gustarle mucho.

–¡No es cuestión tuya si le gusta o no! –vociferó Thor, sacudiendo una vez más los cimientos de la construcción–. ¡Esto es algo entre mi padre y yo! Puede que te creas muy listo, Toe Rag, y puede que creas que yo no lo soy...

Toe Rag enarcó una ceja. Se había preparado para este momento. Permaneció en silencio y dejó que un rayo de sol extraviado se reflejara en sus ojos bailarines. Fue un silencio profundamente elocuente.

–Puede que yo no sepa qué te traes entre manos, Toe Rag. Puede que yo no sepa muchas cosas, pero sí sé una. ¡Sé que soy Thor, el

Dios del Trueno, y que no estoy dispuesto a que un duende me tome por tonto!

–Bueno –dijo Toe Rag con una leve sonrisa–, cuando sepas dos cosas espero que seas el doble de listo. Acuérdate de ponerte la ropa antes de salir.

Hizo una señal indiferente hacia la pila que estaba a su lado y se marchó.

10

El problema de las tiendas que venden cosas como lupas y cortaplumas es que son propensas a vender también toda suerte de artículos fascinantes, como el extraordinario artilugio con el que Dirk abandonó el local tras ser incapaz de decidirse entre el cuchillo con destornillador Philips, mondadientes y bolígrafo incorporado, o el modelo con sierra de trece dientes y remachadora.

Las lupas le habían cautivado tan sólo un momento, especialmente el modelo de veinticinco dioptrías, de baja refracción, tallada al vacío, con montura y mango bañados en oro y juntas continuas, pero entonces Dirk descubrió una pequeña calculadora electrónica de I Ching y estuvo perdido.

Nunca antes había soñado la existencia de semejante objeto. Y ser capaz de pasar de la total ignorancia de algo al deseo de poseerlo y después llegar a ser su propietario, y todo dentro de un lapso de cuarenta segundos, fue para Dirk una especie de epifanía.

La calculadora electrónica de I Ching estaba mal hecha. Probablemente la habían fabricado en uno de esos países del Sudeste asiático en vías de industrialización con el propósito de hacerle a Corea del Sur lo mismo que Corea del Sur le estaba haciendo a Japón. Era evidente que la tecnología del pegamento no había progresado lo suficiente en aquel país como para conseguir que las cosas se mantuvieran pegadas. La parte trasera estaba ya medio despegada y necesitaba de una urgente reparación con celo.

Se parecía bastante a una calculadora de bolsillo normal y corriente excepto en que la pantalla de cuarzo líquido era un poco más grande de lo habitual para poder albergar los juicios resumidos del rey Wan sobre cada uno de los sesenta y cuatro hexagramas, así como los comentarios de su hijo, el duque de Chou, sobre cada una de las líneas de cada hexagrama. No es frecuente ver desfilar tales textos por la pantalla de una calculadora de bolsillo, máxime si han sido traducidos del chino a través de los japoneses, y parecen haber corrido innumerables aventuras durante el camino.

El artilugio también funcionaba como una calculadora vulgar, aunque sólo hasta cierto punto. Podía resolver cualquier cálculo siempre que el resultado no fuera superior a 4.

Se las apañaba con 1 + 1 (2) o 1 + 2 (3) y 2 + 2 (4) o dar la tangente de un ángulo de 74 (3,4874145), pero cualquier cosa superior a 4 era representada simplemente como «Un sofoco

amarillo». Dirk no estaba muy seguro de si se trataba de un error de programación o de algo que escapaba a su capacidad de compresión, pero de todas maneras estaba loco por el chisme, al punto de entregarle sin pensarlo dos veces veinte libras en efectivo al propietario.

–Muchas gracias, señor –le agradeció el propietario–. Se trata de una bonita pieza. Creo que quedará satisfecho.

–Do etoi –dijo Dirk.

–Me alegra oírle, señor –respondió el propietario–. ¿Sabe usted que tiene la nariz rota? Dirk dejó de acariciar su nueva posesión y le miró.

–Shhí –dijo con retintín–. Dede duego que do shí.

El hombre asintió, satisfecho.

–Lo digo porque tengo muchos clientes que no se darían cuenta de ello –explicó.

Dirk le dio las gracias y se apresuró a salir con su adquisición. Pocos minutos más tarde, fijó su residencia frente a una pequeña mesa en un rincón de un café de Islington, pidió una taza pequeña de un café terriblemente fuerte, e intentó hacer el resumen del día. Un instante de reflexión le hizo comprender que también necesitaría una jarra pequeña de una cerveza terriblemente fuerte, e intentó añadirla al pedido.

–¿Una qué? –dijo el camarero. Su cabello era muy negro y rezumaba brillantina. Era alto, apuesto y demasiado listo como para prestarles atención a los clientes.

Dirk repitió su pedido, pero como tenía que enfrentarse a la música funcional del café, a una nariz rota y a la insuperable indiferencia del camarero, encontró mucho más fácil escribir lo que deseaba en una servilleta con un trozo de lápiz. El camarero leyó el papel con aire ofendido y se marchó.

Dirk dirigió una amable inclinación de cabeza a una muchacha que medio leía un libro en la mesa vecina y que había observado el intercambio con expresión simpática. Después se dedicó a colocar sus adquisiciones de la mañana sobre la mesa: el periódico, la calculadora electrónica de I Ching y el sobre que había encontrado detrás del disco de oro en la pared del baño de Geoffrey Anstey. A continuación, empleó un par de minutos en tocarse la nariz con el pañuelo palpándola con mucho cuidado para ver cuánto le dolía; resultó que mucho. Lanzó un suspiro y se guardó el pañuelo en el bolsillo.

Unos segundos más tarde, volvió el camarero con una tortilla a las finas hierbas y un bastoncito de pan. Dirk le explicó que esto no

era lo que había pedido. El camarero se encogió de hombros y dijo que no era culpa suya.

Dirk no sabía qué responder ante tal aserto y así se lo dijo. Todavía tenía muchas dificultades para hablar. El camarero le preguntó a Dirk si sabía que tenía la nariz rota y Dirk dijo que shi, que dede duego que shi. El camarero le contó que su amigo Neil se había roto la nariz en una ocasión y Dirk replicó que eshpedaba que de hubieda dodido buchícimo, lo que puso punto final a la conversación. El camarero se llevó la tortilla prometiendo que no volvería nunca más.

Cuando la muchacha de la mesa vecina miró un momento en otra dirección, Dirk estiró el brazo y se apropió de su taza de café. Sabía que no corría ningún peligro por la sencilla razón de que ella no podría creer que fuera posible. Se reclinó en la silla sorbiendo el café tibio mientras repasaba mentalmente los sucesos del día.

Sabía que antes de consultar el I Ching, incluso uno electrónico, tenía que poner en orden sus pensamientos y dejar que fluyeran en calma.

Era un tanto difícil.

Por mucho que intentara vaciar su mente y pensar de una forma ordenada y serena, era incapaz de impedir que la cabeza de Geoffrey Anstey diera vueltas en la suya. Giraba con aire de desaprobación como si apuntara a Dirk con un dedo acusador. El hecho de que no tuviera un dedo acusador con el que apuntar sólo servía para hacer que el punto que deseaba remarcar calara todavía más hondo.

Dirk elevó su mirada al cielo e intentó concentrarse en cambio en el problema de la misteriosa desaparición de la señorita Pearce, pero tampoco consiguió aclararse mucho. Cuando trabajaba para él, a menudo desaparecía misteriosamente durante dos o tres días, pero los periódicos no habían montado ningún escándalo por ello. Además, había que admitir que en aquel tiempo tampoco explotaban cosas a su alrededor, al menos que él supiera. Ella jamás había hecho mención alguna de cosas que explotaran.

Para colmo, cada vez que pensaba en su cara, que había visto por última vez en la casa de Geoffrey Anstey, sus pensamientos tendían a volver inmediatamente a la cabeza que giraba a 33,3 revoluciones por minuto tres pisos más abajo. Así no había forma de alcanzar la calma y la contemplación espiritual que buscaba. Tampoco la música estrepitosa y a todo volumen que sonaba por los altavoces del café ayudaba mucho.

Suspiró y contempló la calculadora electrónica de I Ching.

Si pretendía poner un poco de orden en sus pensamientos, tal vez el método cronológico resultara tan bueno como cualquier otro. Decidió volver mentalmente al comienzo del día, antes de que hubieran sucedido todas estas cosas tan terribles, o al menos, antes de que le hubieran sucedido a él.

Primero había sido el frigorífico.

Le parecía que, en comparación con todo lo demás, el problema del frigorífico se había reducido a unas proporciones más o menos manejables. Todavía le provocaba una clara sensación de temor y culpa pero ése, pensó, era al menos un problema que podía afrontar con relativa calma.

El librito de instrucciones le aconsejaba concentrarse anímicamente en la pregunta que le estaba «obsesionando», escribirla, meditar acerca de ella, saborear el silencio y luego, una vez alcanzada la armonía interior y la tranquilidad, apretar el botón rojo.

No existía tal botón rojo pero sí había uno azul con el rótulo «Rojo» y Dirk supuso que debía de ser ése.

Se concentró durante unos momentos en la pregunta, después buscó en los bolsillos un trozo de papel, pero no tenía. Al final resolvió la cuestión escribiendo su pregunta, «¿Debería comprarme un frigorífico nuevo?», en una esquina de la servilleta. Después llegó a la conclusión de que si tenía que esperar a conseguir la armonía interior y la tranquilidad podía pasarse en el café toda la noche, así que siguió adelante y apretó el botón azul marcado «Rojo». Un símbolo relampagueó en una esquina de la pantalla, un hexagrama que tenía este aspecto:

3 : CHUN

A continuación, en la diminuta pantalla LCD de la calculadora I Ching apareció el siguiente texto:

EL JUICIO DEL REY WAN

Chun Significa Dificultades Al Principio, Como Una Hoja De Hierba Empujando Una Piedra. El Tiempo Está Lleno De Irregularidades Y Oscuridades: El Hombre Superior Ajustará Sus Medidas Como Al Separar Las Hebras De La Trama Y El Urdimbre. La Firme Corrección Traerá Al Fin El Triunfo. Los Primeros Avances Deberán Ser Hechos Con Mucho Cuidado. Habrá Ventajas En Designar Un Príncipe Feudal.

CAMBIO EN LÍNEA 6

EL COMENTARIO DEL DUQUE DE CHOU:

Dirk consideró este mensaje un momento y después decidió que, en conjunto, parecía dar su voto a favor de comprar un nuevo frigorífico, lo que, por muy sorprendente que pareciera, coincidía con la línea de acción que él mismo habría escogido.

Había un teléfono público en uno de los rincones oscuros donde los camareros se miraban malhumorados unos a otros. Dirk se abrió paso entre ellos, tratando de saber a quién o qué le recordaban y finalmente decidió que eran como el pequeño grupo de hombres desnudos de pie, detrás de la Sagrada Familia, en el cuadro de Miguel Ángel que lleva el mismo nombre, y que estaba allí sin ningún motivo aparente, porque a Miguel Ángel le había apetecido.

Telefoneó a un conocido suyo llamado Nobby Paxton, o por lo menos así se presentaba, que trabajaba en el lado oscuro del negocio de los electrodomésticos. Dirk fue derecho al grano.

–Dobby, neshesito un frigodífico.

–Dirk, precisamente te había guardado uno para el día en que me lo pidieras. Dirk encontró esta afirmación muy poco probable.

–Yo sólo quiedo que me des un buen frigodífico, Dobby.

–Éste es el mejor, Dirk. Japonés. Controlado por un microprocesador.

–¿Qué hashe un microprosheshado en un frigodífico, Dobby?

–Mantenerse fresco, Dirk. Haré que los muchachos te lo lleven de inmediato. Tengo que sacarlo del almacén deprisa por razones con las que no deseo preocuparte.

–Afreshio du buena folutad, Dobby –dijo Dirk–. El broblema e que en eshtos momentos no etoy en casa.

–Conseguir el acceso a un domicilio en ausencia de sus dueños es sólo uno de los muchos talentos que poseen mis muchachos. Por cierto, hazme saber si echas en falta después alguna cosa.

–Con mucho guto, Dobby. De hecho si tus mushashos etán de humor de llevagshe cosas me shentiría muy feliz shi etuvieran dishpuesto a llevagshe mi viejo frigo. Neheshita con urgenshia que se lo lleven.

–Me ocuparé del asunto, Dirk. Ahora bien, ¿supongo que estás dispuesto a pagarme, o mando que te partan las rodillas ahora mismo y así todos nos ahorramos tiempo y molestias inútiles?

Dirk nunca estaba muy seguro de cuándo Nobby hablaba en broma, y no tenía ganas de ponerlo a prueba. Le prometió que le pagaría tan pronto como se vieran.

–Entonces nos veremos muy pronto, Dirk –dijo Nobby–. Por

cierto, ¿sabes que hablas exactamente igual que alguien a quien le han roto la nariz?

Hubo una pausa.

–¿Estás ahí, Dirk? –preguntó Nobby.

–Shi –dijo Dirk–. Eshtaba escushando un dico.

¡*Patata caliente!,* rugió el estéreo del café.

No la recojas, la recojas, recojas. Rápido, pásala, pásala, pásala.

–Te he preguntado si sabes que hablas exactamente igual que alguien a quien le han roto la nariz –repitió Nobby.

Dirk le respondió que lo sabía, le dio las gracias a Nobby por decírselo, se despidió, se quedó pensativo un momento, hizo un par de rápidas llamadas telefónicas, y después inició el camino de regreso, entre el montón de camareros en pose, para encontrar a la muchacha de cuyo café se había apropiado sentada a su mesa.

–Hola –le saludó ella con retintín.

Dirk desplegó todo su encanto y cortesía.

Le hizo una profunda reverencia, se quitó el sombrero, todo para tener tiempo de recobrarse, y le solicitó con toda educación permiso para sentarse.

–Adelante –dijo la muchacha, al tiempo que hacía un gesto magnánimo con la mano–. Es su mesa.

Era pequeña, con el cabello oscuro y bien arreglado, tenía unos veintitantos y miraba con gesto divertido la taza de café medio vacía en el centro de la mesa.

Dirk se sentó frente a ella y se inclinó con aire conspirador.

–Supogo –dijo en voz baja– que uté quiede shabe ago de su café.

–Muy listo –replicó la muchacha.

–E mu malo paga shu shalú, shabe.

-¿Lo es?

–Shi. Cafeína, colegtegol en la leshe.

–Ya veo, así que pensaba usted en mi salud.

–Penshaba e muschas coshas –dijo Dirk, alegremente.

–Así que me vio usted en la mesa de al lado y pensó: «Aquí tenemos a una muchacha bonita con la salud destrozada. La salvaré de sí misma.»

–Ashgetó.

–Sabe usted que tiene la nariz rota?

–Shí, dede duego que shí –contestó Dirk, malhumorado–. Togo e mudo.

–¿Cuánto hace que se la ha roto? –preguntó la muchacha.

–Me la gompiegon –contestó Dirk– mash o menos algededog del mediodía.

–Ya me lo imaginaba –dijo la muchacha–. Cierre los ojos un momento. Dirk la miró con suspicacia.

–¿Paga ché?

–Tranquilo, no pasa nada –dijo la muchacha con una sonrisa–. No voy a hacerle ningún daño. Venga, ciérrelos.

Con gesto de preocupación, Dirk cerró los ojos un instante, momento que la muchacha aprovechó para estirar el brazo, cogerle con fuerza la nariz y retorcérsela con firmeza. Dirk casi estalló de dolor y lanzó un aullido tan fuerte que a punto estuvo de llamar la atención de un camarero.

–¡Bruga! –chilló, mientras se apartaba trastabillando de la mesa cubriéndose el rostro con las manos–. ¡Magdita bruga draidora!

–Oh, venga ya. No chille y siéntese –dijo ella–. Está bien, le he mentido acerca de que no le dolería, pero al menos ahora la tiene en su sitio, eso le evitará muchas molestias en el futuro. Tendría que ir al hospital para que se la entablillaran y le pusieran unas cuantas vendas. Soy enfermera y sé lo que hago. Al menos, así lo espero. Vamos a echarle una mirada.

Sin dejar de jadear y toser, Dirk se volvió a sentar, con las manos ahuecadas sobre la nariz. Al cabo de un rato, comenzó a tocarla con mucho cuidado y después permitió que la muchacha la examinara.

–Por cierto –dijo ella–, me llamo Sally Mills. Generalmente procuro presentarme antes de que tenga lugar el contacto íntimo, pero algunas veces –lanzó un suspiro– no hay tiempo.

Dirk se pasó los dedos con suavidad por los lados de la nariz.

–Creo che está más degesha –dijo por fin.

–Derecha –dijo Sally–. Diga «derecha» correctamente. Le ayudará a sentirse mejor.

–Derecha –dijo Dirk–. Shí. Sha veo lo que quiede deshir.

–¿Qué?

–Ya veo lo que quiere deshir.

–Bien –exclamó la muchacha con un suspiro de alivio–. Me alegro de que haya funcionado. Mi horóscopo decía esta mañana que prácticamente todo lo que hiciera hoy saldría mal.

–Sí. Bueno, supongo que no creerá usted todas esas tonterías –dijo Dirk, severo.

–No –replicó Sally.

–En especial las bobadas de El Gran Zaganza.

–Oh, ¿usted también lo lee?

–No, bueno, no por el mismo motivo.

–Mi motivo es que un paciente me pidió que le leyera su

horóscopo esta mañana justo antes de morir. ¿Cuál es el suyo?

–Bueno..., uno muy complicado.

–Ya veo –dijo Sally, con escepticismo–. ¿Qué es esto?

–Es una calculadora –respondió Dirk–. Bueno, no debo entretenerla más. Le estoy muy agradecido, mi querida señorita, por la bondad de sus atenciones y el préstamo de su café, pero, ¡Señor!, el día se acaba y estoy seguro de que tiene usted una apretada agenda de cuerpos duramente castigados a los que atender.

–Qué dice. He salido del turno de noche a las nueve de la mañana y tengo todo el día por delante para mantenerme despierta y poder dormir con toda tranquilidad por la noche. Así que no tengo nada mejor que hacer que sentarme en los cafés y charlar con extraños. Usted, en cambio, sí tendría que ir a toda prisa a un dispensario. Tan pronto como haya usted pagado mi cuenta.

Se inclinó hacia la mesa que había ocupado antes y recogió la cuenta que estaba junto al plato. La miró y movió la cabeza con gesto de desaprobación.

–Nada menos que cinco tazas de café. Ha sido una noche de guardia muy larga. Un montón de idas y venidas en plena madrugada. Un paciente en coma tuvo que ser trasladado a un hospital privado cuando todavía no había amanecido. Vaya usted a saber por qué tuvieron que hacerlo a esas horas de la noche. Sólo para montar un poco de follón. Yo en su lugar no pagaría el segundo cruasán. Lo pedí pero no me lo sirvieron.

Deslizó el papelito sobre la mesa y Dirk lo recogió con un suspiro de desgana.

–Un robo –exclamó Dirk–. Un robo infame. Y, dadas las circunstancias, agregar un quince por ciento en concepto de servicio es una tomadura de pelo. Estoy seguro de que ni siquiera me traerán un cuchillo.

Se dio media vuelta y trató, sin la menor esperanza de conseguirlo, de llamar la atención de alguno de los camareros reclinados indolentemente entre los azucareros al fondo del café.

Sally Mills cogió su cuenta y la de Dirk e intentó sumarlas en la calculadora de Dirk.

–El total es, según parece, «Un Sofoco Amarillo» –dijo.

–Muchas gracias. Démela usted –dijo Dirk, volviéndose hacia ella con malhumor y quitándole la calculadora electrónica de I Ching, que se guardó en el bolsillo. Reanudó sus inútiles intentos de conseguir comunicarse con el despliegue de camareros.

–¿Para qué necesita un cuchillo? –preguntó Sally.

–Para abrir esto –respondió Dirk, agitando ante ella el grueso y

pesado sobre cerrado con cinta adhesiva.

–Le conseguiré uno –dijo ella. En una mesa vecina había un joven sentado que en aquel momento miraba en otra dirección, así que Sally se inclinó y se apropió rápidamente de su cuchillo.

–Le estoy muy agradecido –dijo Dirk, y extendió la mano para coger el cuchillo.

Ella lo apartó.

–¿Qué hay en el sobre? –preguntó.

–Es usted una jovencita muy inquisitiva y extremadamente presuntuosa –exclamó Dirk.

–Y usted –replicó Sally Mills– es muy extraño.

–Sólo soy todo lo extraño que me hace falta –manifestó Dirk.

–Sí, ya –dijo Sally, sin entregarle el cuchillo–. ¿Qué hay en el sobre?

–El sobre no es suyo –proclamó Dirk– y su contenido no es algo que le concierna.

–Sin embargo, parece muy interesante. ¿Qué contiene?

–Bueno, no lo sabré hasta que lo haya abierto.

Ella le miró con recelo y de pronto le arrebató el sobre.

–Insisto en que... –protestó Dirk, sin terminar la frase.

–¿Cómo se llama usted? –preguntó Sally.

–Mi nombre es Gently. El señor Dirk Gently.

–¿Y no es Geoffrey Anstey ni ninguno de todos estos nombres tachados? –preguntó, mientras miraba el sobre, extrañada.

–No. Claro que no.

–Por lo tanto, esta carta tampoco es suya.

–Yo... quiero decir...

–¡Ajá! Así que usted también es... ¿cómo dijo?

–Inquisitivo y presuntuoso. No lo niego. Pero soy detective privado. Me pagan para que sea inquisitivo y presuntuoso. No tan a menudo ni tan abundantemente como desearía, pero de todas maneras soy inquisitivo y presuntuoso sobre una base profesional.

–Qué pena. Creo que es mucho más divertido ser inquisitivo y presuntuoso como pasatiempo. Así que usted es un profesional mientras que yo soy una aficionada. No tiene pinta de detective privado.

–Ningún detective privado tiene pinta de detective privado. Es una de las primeras reglas de los detectives privados.

–Pero si ningún detective privado tiene pinta de detective privado, ¿cómo sabe un detective privado a qué no debe parecerse? A mí esto me parece un problema.

–Lo es, pero no tanto como para no dejarme dormir por la noche

–respondió Dirk, exasperado–. De todas maneras, yo no soy como los otros detectives privados. Mis métodos son holísticos y, en sentido exacto del término, caóticos. Yo trabajo investigando la interconexión fundamental entre las cosas.

Sally Mills se limitó a parpadear.

–Cada partícula en el universo –continuó Dirk, entusiasmándose con el tema– afecta a cualquier otra partícula, por muy débil u oblicuamente que sea. Todo está interconectado con todo. El aleteo de una mariposa en China puede afectar el curso de un huracán en el Atlántico. Si yo pudiera interrogar a esta pata de la mesa de una manera que tuviera sentido para mí, o para ella, podría entonces darnos la respuesta a cualquier pregunta sobre el universo. Si yo pudiera formularle a quien me viniera en gana, alguien escogido enteramente al azar, cualquier pregunta que se me pasara por la cabeza, su respuesta o ausencia de respuesta podría influir en cierta medida en el problema que estoy tratando de solucionar. Es sólo cuestión de saber cómo interpretarla. Incluso usted, a la que he conocido por pura casualidad, probablemente sabe cosas que son vitales para mi investigación con sólo que yo supiera qué preguntarle, que no lo sé, y si pudiera perder el tiempo preguntándole, que no puedo.

Hizo una pausa y dijo:

–¿Puede hacerme el favor de devolverme el sobre y darme el cuchillo?

–Suena como si la vida de alguien dependiera de ello.

Dirk apartó la mirada un instante.

–Creo más bien que la vida de alguien dependió de ello –dijo. Lo dijo de tal manera que una nube pareció pasar por un momento sobre ellos.

Sally Mills cedió y le pasó a Dirk el sobre y el cuchillo. Parecía como si una chispa se hubiera apagado en su interior.

El cuchillo era muy romo y poco afilado y había demasiadas capas de cinta adhesiva. Dirk luchó unos segundos, pero fue incapaz de abrirlo. Se reclinó en su silla sintiéndose cansado e irritable.

–Iré a preguntarles si tienen algo que esté más afilado –dijo, poniéndose de pie, sin soltar el sobre.

–Tendría que ir a que le arreglaran la nariz –dijo Sally Mills, en voz baja.

–Mugas gracias –le agradeció Dirk, con una leve reverencia.

Recogió las cuentas y se encaminó hacia la exposición de camareros montada en el fondo del café. Topó con una cierta frialdad cuando se mostró dispuesto a aumentar el 15 por ciento

obligatorio por el servicio como una pequeña muestra voluntaria de su agradecimiento personal, y se le respondió que no, que era el único tipo de cuchillo disponible en el local y que no valía la pena seguir hablando del tema.

Dirk les dio las gracias y volvió a recorrer el café.

Sentado en su silla y hablando con Sally Mills, estaba el joven a quien ésta había despojado de su cuchillo. Le dirigió una señal con la cabeza, pero estaba demasiado enfrascada en la conversación con su nuevo amigo y no le vio.

–... en coma –decía ella– al que trasladaron a un hospital privado en plena madrugada. Vaya usted a saber por qué tuvieron que hacerlo a esas horas de la noche. Sólo para montar un poco de follón. Perdóneme si le estoy dando la lata con esto, pero el paciente tenía su propia máquina de CocaCola y un mazo con él, y este tipo de cosas están muy bien en una clínica privada, pero en un hospital de la Seguridad Social falto de personal, hace que una se sienta cansada, y hablo demasiado cuando estoy cansada. ¿Me avisará usted si en algún momento me caigo desmayada?

Dirk prosiguió su camino y vio que Sally Mills había dejado el libro que estaba leyendo en la mesa que ocupaba al principio, y algo en él le llamó la atención.

Era un libro grande, titulado *Corre como el diablo.* De hecho, era muy voluminoso, tenía las esquinas de las hojas un tanto dobladas, y parecía más una montaña de hojaldre que un libro. La mitad inferior de la cubierta mostraba a la habitual mujer-en-vestido-de-cóctel-enfocada-a-través-de-lamira-de-un-arma, mientras que la parte superior estaba totalmente ocupada por el nombre del autor, Howard Bell, en letras de plata.

Dirk fue incapaz de averiguar inmediatamente qué era lo que le había llamado la atención, pero sabía que algún detalle en la cubierta había hecho sonar una campana en algún lugar de su mente. Lanzó una mirada circunspecta a la muchacha de cuyo café se había apropiado, y cuyos cinco cafés y dos cruasanes, uno no servido ni comido, había tenido que pagar. Como no miraba, también se apropió de su libro y lo deslizó en uno de los bolsillos de su abrigo de piel.

Salió a la calle, donde un águila que pasaba por el cielo se lanzó en picado sobre él, empujándolo prácticamente a interponerse en el camino de un ciclista, que le maldijo e insultó desde las alturas morales que sólo los ciclistas parecen habitar.

11

En los terrenos bien cuidados que se extendían en las afueras de un pueblo bien cuidado casi en los límites de la bien cuidada región de los Cotswolds apareció un coche no tan bien cuidado.

Era un destartalado Citroën 2CV amarillo que había tenido un propietario muy cuidadoso pero también otros tres de una despreocupación suicida. Recorrió el camino hacia la casa con aire de desgana, como si lo único que pidiera ya en la vida fuera que le arrojaran en una de las tranquilas zanjas de los prados vecinos y le dejaran descansar en un pacífico abandono, en lugar de exigirle que se arrastrara a lo largo de todo este camino de gravilla, por el que seguramente tendría que volver a arrastrarse en el viaje de regreso, para cumplir con un propósito que estaba más allá de su capacidad o voluntad de imaginar.

Se detuvo por fin frente a la elegante entrada de piedra del edificio principal, después comenzó a retroceder lentamente hasta que su ocupante dio un fuerte tirón al freno de mano haciendo que el coche emitiera una especie de «hiic» estrangulado.

Se abrió una de las puertas, balanceándose peligrosamente de la única bisagra que le quedaba, y del coche emergieron un par de piernas, de esas que los ingenieros de sonido son incapaces de ver sin sentir inmediatamente la necesidad de ponerles el fondo de un solo de saxo insinuante, por razones que nadie, excepto los ingenieros de sonido, ha sido capaz de comprender. Sin embargo, en este caso en particular, el saxofón hubiera sido silenciado por la proximidad del ruido de motor, que, sin duda, el mismo ingeniero de sonido hubiera puesto para acompañar el avance del vehículo.

La propietaria de las piernas las siguió de la manera habitual, cerró la portezuela con ternura, y después se dirigió hacia la casa.

El coche permaneció aparcado frente a ella.

Al cabo de unos minutos, salió un portero y lo examinó adoptando un aire crítico y después, sin saber qué hacer al respecto, volvió a entrar.

Poco después, hicieron pasar a Kate al despacho de Mr. Ralph Standish, jefe de psicólogos y uno de los directores del Woodshead Hospital, que estaba acabando de hablar por teléfono.

–Sí, es verdad –decía– que a veces los niños muy inteligentes y sensibles pueden parecer estúpidos. Pero, Mrs. Benson, los niños estúpidos también a veces pueden parecer estúpidos. Creo que esto

es algo que tendrá usted que tener en cuenta. Sí, ya sé que es muy doloroso, sí. Buenos días, Mrs. Benson.

Guardó el teléfono en uno de los cajones del escritorio y dedicó un par de segundos a poner en orden sus pensamientos antes de fijarse en ella.

–Ésta es una visita muy inesperada, Miss, eeh..., Schechter –le dijo por fin.

De hecho, lo que dijo fue: «Ésta es una visita muy inesperada, señorita, eeeh», y entonces hizo una pausa y echó un vistazo en otro de los cajones de su escritorio antes de decir «Schechter».

A Kate le pareció muy extraño que tuviera los nombres de los visitantes en un cajón, pero estaba bien a la vista que le disgustaba tener cosas desparramadas sobre su elegante, aunque de diseño severo, escritorio negro ceniza porque no había absolutamente nada encima. Estaba completamente vacío como todas las demás superficies del despacho. No había nada sobre la mesita de café de acero y cristal colocada entre dos sillas Barcelona. No había nada sobre los dos archivadores de diseño que estaban en el fondo de la habitación.

No había estanterías con libros –si había libros, al parecer estaban ocultos tras las puertas desnudas de los armarios empotrados–, y a pesar de que había un sencillo marco negro colgado en una de las paredes, al parecer se trataba de una aberración momentánea, ya que no había cuadro alguno en él.

Kate miró a su alrededor con aire divertido.

–¿No tiene usted aquí ningún tipo de adornos, Mr. Standish? –preguntó.

Por un momento, se quedó atónito ante su transatlántica franqueza, pero después respondió:

–Desde luego que tengo adornos –dijo y abrió otro cajón.

De su interior sacó una pequeña figura de porcelana de un gatito jugando con un ovillo de lana y lo colocó con firmeza sobre la superficie del escritorio.

–Como psicólogo, soy consciente del importante papel que cumplen los adornos en el espíritu humano –afirmó.

Guardó el gatito de porcelana en el cajón, que se cerró con un suave clic.

–Bien.

Unió las manos sobre el escritorio y la miró con aire inquisitivo.

–Ha sido usted muy amable al recibirme a pesar de haberme presentado de forma tan inesperada, Mr. Standish...

–Sí, sí, esto ya lo hemos dejado claro.

–... pero estoy segura de que usted ya sabe cómo son las horas de cierre en los periódicos.

–Ya sé más de lo que querría saber acerca de los periódicos, señorita, eeeh...

Volvió a abrir el cajón.

–Miss Schechter, pero...

–Bueno, ése es en parte el motivo por el que me he puesto en contacto con usted –mintió Kate con mucho encanto–. Ya sé que ha sufrido usted digamos de una cierta, bueno, mala publicidad, y he pensado que tal vez le gustaría tener la oportunidad de hablar acerca de algunos de los aspectos más interesantes del trabajo que se realiza en el Woodshead Hospital.

Tras estas palabras le sonrió con dulzura.

–Es sólo porque usted se ha presentado con las mayores recomendaciones de mi gran amigo y colega, el señor, eeeh...

–Franklin, Alan Franklin –le dijo Kate, para ahorrarle al psicólogo el trabajo de tener que volver a abrir el cajón. Alan Franklin era un psicoterapeuta al que Kate había acudido varias veces tras la pérdida de su marido Luke. Él le había dicho que Standish, a pesar de ser brillante, también era peculiar, incluso para los altos niveles fijados por la profesión.

–... Franklin –prosiguió Standish–, por lo que he aceptado recibirla. Pero permítame advertirle ahora mismo que si veo en los periódicos la más mínima reaparición de aquella mentira de «Algo huele a podrido en el Woodshead» como resultado de esta entrevista, yo haré, yo haré...

–... cosas tales...

–Cuáles son no lo sé aún... pero serán...

–El terror de la Tierra –dijo Kate alegremente.

Standish entrecerró los ojos.

–*El rey Lear,* acto 2, escena 4 –dijo–. Y creo que verá usted que dice «terrores» y no «terror».

–Sabe, creo que tiene usted razón –replicó Kate.

Gracias, Alan, pensó. Sonrió a Standish, que se relajó con aires de satisfecha superioridad. Era extraño, reflexionó Kate, que los que necesitaban ir de prepotentes por el mundo fueran los más fáciles de manejar.

–Exactamente ¿qué es lo que desearía saber, Miss Schechter?

–Supongamos –dijo Kate– que no sé nada.

Standish sonrió como dando a entender que ninguna otra suposición podría haberle producido mayor placer.

–Muy bien –dijo–. El Woodshead es un hospital dedicado a la

investigación. Nos especializamos en el cuidado y estudio de pacientes que presentan síntomas inusuales o desconocidos hasta el momento, especialmente en los campos de la psicología y la psiquiatría. Los fondos se obtienen de diversas maneras. Uno de los métodos principales consiste simplemente en admitir pacientes privados a tarifas exorbitantes, que están encantados de pagar, o al menos encantados de poder quejarse al pagarlas. De hecho no hay nada por lo que protestar, ya que a los pacientes que ingresan de forma privada se les hace ver claramente por qué nuestros precios son tan elevados. Por el dinero que pagan, tienen, desde luego, todo el derecho a quejarse, el derecho a la queja es uno de los privilegios que están pagando. En algunos casos, hemos llegado a algún arreglo especial en virtud del cual, a cambio de ser nombrados los únicos beneficiarios de la herencia del paciente, les garantizamos que cuidaremos del paciente durante el resto de su vida.

–¿Así que es verdad entonces que subvencionan ustedes a personas aquejadas de enfermedades particularmente interesantes?

–Exactamente. Una forma correctísima de expresarlo. Subvencionamos a personas aquejadas de enfermedades particularmente interesantes. Tengo que tomar nota de esto. ¡Miss Mayhew!

Había abierto un cajón que obviamente contenía el intercomunicador del despacho. En respuesta a su llamada, se abrió uno de los armarios, que resultó ser una puerta que daba a un despacho anexo –una idea que seguramente había seducido a algún arquitecto con un rechazo ideológico hacia las puertas–. De este despacho emergió obediente una mujer cuarentona, delgada y de rostro un tanto anodino.

–Miss Mayhew –dijo el señor Standish–, subvencionamos a personas aquejadas de enfermedades particularmente interesantes.

–Muy bien, Mr. Standish –dijo Miss Mayhew, y caminando de espaldas se retiró a su despacho, cerrando la puerta tras ella. Kate pensó si no sería después de todo un armario.

–Y tenemos en estos momentos algunos pacientes aquejados de enfermedades extraordinariamente interesantes –exclamó entusiasmado el psicólogo–. ¿Tal vez le agradaría acompañarme y ver a un par de nuestras actuales estrellas?

–Claro que sí. Sería muy interesante, Mr. Standish, es muy amable de su parte –dijo Kate.

–En este trabajo hay que serlo –replicó Standish, y le dirigió una sonrisa postiza.

Kate intentaba por todos los medios poner freno a la

impaciencia que la dominaba. No le caía bien Mr. Standish y comenzaba a sentir que había en él una especie de lado marciano. Además, lo único que le interesaba realmente era descubrir si el hospital había admitido o no a un nuevo paciente durante las primeras horas del día, y, si era así, saber dónde estaba y si le era posible verle.

Al principio había intentado la aproximación directa, pero había sido rechazada por una simple telefonista bajo el pretexto de que no tenía un nombre por el cual preguntar. El hecho de haberse limitado a preguntar si tenían ingresado a algún hombre alto, rubio y de buena complexión física había producido al parecer una impresión errónea. Una rápida llamada telefónica a Alan Franklin la había puesto en el camino de una aproximación más sutil.

–¡Magnífico! –Una expresión de duda apareció por un momento en el rostro de Mr. Standish; llamó a Miss Mayhew, que volvió a salir de su armario.

–Miss Mayhew, esto último que acabo de decirle a usted...

–¿Sí, Mr. Standish?

–¿Supongo que habrá usted comprendido mi deseo de que tomara nota de la frase?

–No, Mr. Standish, pero lo haré con mucho gusto.

–Muchas gracias –dijo Mr. Standish, un poco tenso–. Y, por favor, ordene un poco todo esto. Este lugar parece un...

Deseaba decir que el lugar parecía un asco, pero se quedó frustrado por el ambiente de esterilidad absoluta.

–Ordénelo un poco –concluyó.

–Sí, Mr. Standish.

El psicólogo asintió con sequedad, quitó una inexistente mota de polvo de la superficie de su mesa, dirigió otra sonrisa postiza a Kate y la escoltó fuera de su despacho y a lo largo de un corredor inmaculadamente alfombrado con una especie de moqueta beige que daba descargas eléctricas a todos los que caminaban sobre ella.

–Aquí, ve usted –dijo Standish, indicando un trozo de pared con un ligero gesto de su mano, pero sin aclarar para nada qué deseaba que viera o qué se suponía que debía entender–. Y esto –dijo él, señalando al parecer la bisagra de una puerta–. ¡Ajá! –añadió, mientras la puerta se abrió hacia ellos.

Kate se alarmó al ver que sufría un pequeño sobresalto expectante cada vez que se abría una puerta cualquiera en aquel sitio. Ésa no era la clase de comportamiento que hubiera esperado de una periodista neoyorquina con mucho mundo a sus espaldas, aunque ella no viviera en Nueva York y sólo escribiera artículos de

viajes para algunas revistas. Tampoco estaba muy bien que esperara encontrarse con hombres rubios y corpulentos cada vez que abrían una puerta.

No había ningún hombre rubio. En cambio apareció una niña pequeña de cabellos color arena de unos diez años de edad a la que trasladaban en una silla de ruedas. Parecía muy pálida, enferma y ausente, y murmuraba algo en voz baja para sí misma. Lo que fuera que murmuraba parecía causarle angustia y preocupación, y primero se echaba hacia un lado de la silla y después hacia el otro, como si intentara escapar de las palabras que salían de su boca. Kate se sintió conmovida al verla y, sin pensarlo, le pidió a la enfermera que empujaba la silla que se detuviera.

Se puso en cuclillas para mirar bondadosamente el rostro de la niña, algo que pareció gustarle a la enfermera, pero no a Mr. Standish.

Kate no intentó atraer la atención de la niña; se limitó a dirigirle una sonrisa franca y abierta, para ver si ella estaba dispuesta a responderle, pero a la niña al parecer no le apetecía o era incapaz de hacerlo. Su boca no dejaba de trabajar, y daba la impresión de que llevaba una existencia independiente del resto de su cara.

Ahora que Kate la miraba más de cerca tuvo la impresión de que su aspecto no era tanto el de alguien enfermo y retraído, como de cansancio, inquietud y de estar hasta las mismísimas narices. Necesitaba descansar un poco, necesitaba un poco de paz, pero su boca continuaba a cien por hora.

Durante un momento fugaz, su mirada se cruzó con la de Kate, y el mensaje que ésta recibió fue algo así como «Lo siento pero tendrá usted que perdonarme mientras esto continúe así». La jovencita respiró muy hondo, medio entrecerró los ojos con resignación y prosiguió con su inexorable y silenciosa letanía.

Kate se inclinó un poco más en un intento de captar alguna de las palabras, pero no consiguió entender ni una. Le dirigió una mirada de interrogación a Standish.

–Las cotizaciones de la Bolsa –respondió éste con tranquilidad.

Una expresión de asombro apareció en el rostro de Kate. Con un encogimiento de hombros de disgusto, agregó:

–Las de ayer.

Kate se sobresaltó al ver que su reacción había sido tan mal interpretada y se apresuró a mirar otra vez a la niña en un intento de disimular su confusión.

–¿Quiere usted decir –preguntó de forma un tanto redundante– que está sentada ahí sin más recitando las cotizaciones de cierre de

ayer?

La niña fijó su mirada en un punto detrás de Kate.

–Sí –confirmó Standish–. Tuvimos que llamar a un lector de labios para poner en claro de qué iba. Desde luego, todos estábamos muy excitados, pero, cuando quedó claro que se trataba de las cotizaciones del día anterior, tuvimos una desilusión. En realidad, no es un caso de mucho interés. Comportamiento aberrante. Sin embargo, sería interesante saber por qué lo hace...

–Un momento –dijo Kate, tratando de que su voz sonara interesada en lugar de totalmente horrorizada–. ¿Quiere usted decir que recita (¿qué?) las cotizaciones de cierre una y otra vez, o...

–No. Desde luego, ése es un detalle interesante. Más o menos se mantiene a la par con los movimientos del mercado a lo largo de todo el día, pero con un desfase de veinticuatro horas.

–Pero ¿no es algo extraordinario?

–Oh, sí. Toda una proeza.

–¿Una proeza?

–Bueno, como científico, debo partir de la hipótesis de que dada la libre disponibilidad de tal información, la consigue a través de canales normales. No hay ninguna necesidad en este caso de inventar una dimensión sobrenatural o paranormal. Es el principio de la navaja de Occam: no hay que multiplicar innecesariamente las entidades.

–Pero ¿alguien la ha visto estudiando los periódicos o recibiendo los datos por teléfono?

Miró a la enfermera, que negó con la cabeza sin mucho entusiasmo.

–No, hasta el momento nadie ha conseguido sorprenderla –dijo Standish–. Como le he dicho, es toda una proeza. Estoy seguro de que cualquier mago de salón, o alguien de memoria fotográfica, podría explicarle cómo lo hace.

–¿Se lo ha preguntado usted a alguno?

–No. No acostumbro a tratar a esa clase de personas.

–Pero ¿cree de verdad que es posible que lo esté haciendo deliberadamente? –insistió Kate.

–Créame. Si usted comprendiera a la gente tanto como yo, señorita, eeeh..., creería cualquier cosa –afirmó Standish con su tono de voz más profesional y tranquilizador.

Kate contempló la desdicha del fatigado rostro de la niña y no dijo ni una palabra.

–Tiene que comprender –dijo Standish– que debemos ser racionales al respecto. Si se tratara de las cotizaciones de mañana,

sería una historia muy distinta. Eso sería un fenómeno de características muy diferentes, que merecería y exigiría un estudio muy riguroso. Y estoy seguro de que no tendríamos ninguna dificultad para encontrar fondos con que financiar el proyecto. No habría el más mínimo problema.

–Ya lo veo –dijo Kate, y lo decía de verdad.

Se incorporó, un poco envarada, y se alisó la falda.

–¿Y bien? –dijo, sintiéndose un poco avergonzada–. ¿Cuál es su último paciente? ¿Quién es el que ha llegado más recientemente?

No pudo evitar un estremecimiento ante la evidencia del *non sequitur,* pero se recordó a sí misma que estaba allí como periodista, así que no parecía muy extraño.

Standish hizo un gesto de adiós a la enfermera y la silla de ruedas, con su triste carga, que continuaron su camino. Kate dirigió una última mirada a la niña y después siguió a Standish a través de las puertas batientes y por el siguiente tramo de pasillo que era exactamente igual al anterior.

–Aquí, ve usted –volvió a decir Standish, esta vez aparentemente en relación con un marco de ventana–. Y esto –dijo, señalando una lámpara.

Era obvio que o bien no había oído su pregunta, o estaba ignorándola con toda deliberación. Tal vez, pensó Kate, simplemente la estaba tratando con el desprecio que se merecía.

De pronto, comprendió a qué venían todos esos «Aquí, ve usted», y los «Y esto». Quería que admirara la calidad de la decoración. Las ventanas eran de guillotina con molduras de artesanía exquisitamente pintadas; las lámparas de metal niquelado daban impresión de solidez, y así muchas cosas más.

–Muy bonito –dijo con tono conciliatorio, pero después se dio cuenta de que sonaba como muy raro dicho con su acento americano.

–Tiene usted una clínica muy bonita –añadió para complacerle.

No se equivocaba. Él adoptó una semicontenida expresión de placer.

–Nos gusta pensar que ofrecemos un ambiente de gran calidad –dijo él.

–Debe de haber muchas personas que desean venir aquí –continuó Kate, sin apartarse de su tema–. ¿Con qué frecuencia admite a nuevos pacientes? ¿Cuándo vino el último...?

Con la mano derecha se sujetó, con mucho cuidado, la mano izquierda, que en aquel momento hubiera deseado estrangularla.

Pasaron frente a una puerta ligeramente entreabierta y trató,

con disimulo, de espiar el interior.

–Muy bien, veamos qué tenemos aquí –dijo Standish de inmediato, empujando la puerta y abriéndola de par en par para mostrar lo que parecía ser una habitación bastante pequeña.

–Ah, sí –exclamó Standish, al reconocer al ocupante. Invitó a Kate a que pasara.

El ocupante de la habitación tampoco era rubio ni fornido. Kate comenzaba a pensar que la visita, en su conjunto, era una experiencia emocionalmente agotadora y tenía la impresión de que continuaría siendo así.

El hombre, sentado en una silla mientras un enfermero se ocupaba de hacerle la cama, era una de las personas más concienzuda y perturbadoramente despeinadas que Kate hubiera visto jamás. De hecho, sólo era su cabello el que estaba desgreñado, pero lo estaba hasta tal punto que parecía atraer todo el conjunto de su largo rostro hacia un caos desesperante.

Parecía bastante satisfecho de estar sentado donde estaba, pero había algo tremendamente vacío en su satisfacción: parecía estar contento literalmente de nada. Había un espacio de vacío absoluto en el aire a unos treinta centímetros de su cara, y su satisfacción, si tenía algún origen, al parecer provenía de la contemplación de este vacío.

También producía la impresión de que estaba aguardando algo. Si se trataba de algo que estaba a punto de suceder en cualquier momento, o de algo que iba a suceder algún día de la semana, o incluso de algo que fuera a suceder cuando se helara el infierno, o Telefónica arreglara los teléfonos, no se podía determinar con claridad porque todo parecía darle igual. Si ocurría, estaba preparado, y si no él estaba contento.

Kate encontró tal satisfacción insoportablemente angustiosa.

–¿Qué tiene? –preguntó en voz baja, y de pronto se dio cuenta de que hablaba como si aquel hombre no estuviera allí, cuando probablemente podía hablar perfectamente bien por sus propios medios. De hecho, en aquel preciso momento, rompió a hablar repentinamente.

–Oh, ah, sí –dijo–. De acuerdo, vale, muchas gracias.

–Ah, hola –respondió ella, aunque no parecía una respuesta muy apropiada. O mejor dicho, lo que él había dicho no parecía muy apropiado. Standish le hizo un gesto para que desistiera de hablarle.

–Hmm, sí, una barra de pan sería perfecto –dijo el hombre, satisfecho. Lo dijo con tono monótono, como si simplemente estuviera repitiendo unas líneas que le habían pedido que dijera.

–Sí, y tal vez un poco de zumo –añadió–. De acuerdo, gracias.

Después se relajó sumergiéndose otra vez en su estado de plácida contemplación.

–Es un caso muy poco frecuente –comentó Standish–. En realidad, todo nos induce a creer que es único. Yo nunca había oído hablar de nada que se pareciera ni remotamente a esto. También ha resultado virtualmente imposible comprobar con certeza que es realmente lo que parece ser. Me alegra decir que así nos hemos ahorrado la molestia de tener que buscarle un nombre a su enfermedad.

–¿Quiere usted que ayude a Mr. Elwes a meterse en la cama? –preguntó el enfermero a Standish. Éste asintió. No se molestaba en gastar sus palabras con los subalternos.

El enfermero se inclinó para hablar con el paciente.

–¿Mr. Elwes? –dijo en voz baja.

El señor Elwes pareció salir de su encantamiento.

–¿Mmmm? –dijo mirando a su alrededor. Parecía desconcertado–. ¡Oh! ¿Oh? ¿Qué? –exclamó con voz débil.

–¿Desea usted que le ayude a acostarse?

–Oh. Oh, muchas gracias, sí. Sí, es muy amable de su parte.

A pesar de que se le veía mareado y asombrado, Mr. Elwes se mostró muy capaz de meterse solo en la cama, y la colaboración del enfermero se redujo a unas palabras de aliento y confianza. Una vez que Mr. Elwes estuvo bien acomodado, el enfermero se despidió cortésmente de Standish y de Kate con una inclinación de cabeza y se marchó.

Mr. Elwes tardó sólo un instante en volver a hundirse en su estado de trance, cómodamente reclinado en la pila de almohadas. Inclinó la cabeza ligeramente hacia delante y contempló una de sus rodillas, que formaba un montículo debajo de las mantas.

–Póngame con Nueva York –dijo.

Kate dirigió una mirada intrigada a Standish, a la espera de algún tipo de explicación, pero no la consiguió.

–Oh, está bien –dijo Mr. Elwes–, es el 541 y algo más. Un momento.

Con su voz átona y sin vida, añadió cuatro cifras.

–¿Qué significa? –preguntó Kate.

–Nos costó bastante tiempo averiguarlo. Fue una extraordinaria casualidad que alguien lo descubriera. Aquel televisor estaba encendido en la habitación –señaló un pequeño televisor portátil colocado al lado de la cama–, sintonizado a uno de esos programas de debate que precisamente transmitían en directo. Una cosa

extraordinaria. El señor Elwes estaba sentado aquí mismo murmurando cuánto odiaba la BBC (no sé si era la BBC, tal vez fuera alguno de los otros canales que tienen ahora) y expresando su opinión acerca del presentador del programa, al que consideraba una especie de ano, añadiendo que deseaba que se acabara de una vez y que sí, que muy bien, que ahora mismo iba, y de pronto lo que él decía y lo que sucedía en la televisión comenzaron a estar, de manera extraordinaria, sincronizados.

–No entiendo qué quiere decir –dijo Kate.

–Me hubiera sorprendido que lo comprendiera –dijo Standish–. Todo lo que Elwes decía lo repetía un instante después en la televisión un caballero llamado Dustin Hoffman. Al parecer, Mr. Elwes aquí presente sabe todo lo que ese Mr. Hoffman va a decir un segundo antes, más o menos, de que él lo diga. Debo señalar que no creo que a Mr. Hoffman le gustara si lo supiera. Hemos intentado alertar a este caballero acerca del problema pero ha resultado un tanto difícil de localizar.

–¿Qué demonios está pasando aquí? –preguntó Mr. Elwes sosegadamente.

–Mr. Hoffman está, creemos, rodando los exteriores de una película en algún lugar de la costa oeste de Estados Unidos. Miró su reloj.

–Creo que acaba de despertarse en la habitación de su hotel y está haciendo las primeras llamadas de la mañana –añadió.

Kate miraba con asombro alternativamente a Standish y al extraordinario Mr. Elwes.

–¿Cuánto tiempo hace que este pobre hombre está así?

–Oh, hará cosa de unos cinco años. Comenzó de forma totalmente inesperada. Un día estaba cenando como de costumbre con su familia cuando, de repente, comenzó a quejarse acerca de su caravana. Y poco después, de que le habían herido de un disparo. Se pasó toda la noche hablando en sueños, repitiendo las mismas frases aparentemente sin sentido, una y otra vez, y también manifestando que no tenía muy buena opinión de quienes las habían escrito. Fue un período muy agotador para su familia, como se puede usted imaginar. Tener que vivir con un actor tan perfeccionista, y no darse cuenta siquiera. Ahora nos resulta sorprendente que tardaran tanto tiempo en saber lo que ocurría. Sobre todo cuando un día los despertó a primeras horas de la madrugada para darles las gracias a ellos, al productor y al director, por el Oscar.

Kate, sin darse cuenta de que la visita no había hecho más que empezar y que todavía no había visto nada, cometió el error de

pensar que no habría más motivos de conmoción.

–Pobre hombre –dijo, en un susurro–. Qué estado tan patético. Tener que vivir a la sombra de otra persona.

–No creo que sufra lo más mínimo.

Mr. Elwes parecía estar tranquilamente enfrascado en una agria discusión donde abundaban términos como «cláusulas», «beneficios», «ganancias» y «limusinas».

–Pero las implicaciones son *extraordinarias,* ¿no? –dijo Kate–. ¿De verdad está diciendo esas cosas *antes* que Dustin Hoffman?

–Bueno, desde luego sólo es una hipótesis. Tenemos pocos ejemplos de correlación absoluta y, por desgracia, no hemos tenido la oportunidad de hacer una investigación más a fondo. Hay que reconocer que esos raros ejemplos de correlación absoluta no están documentados con rigor y podrían simplemente ser explicados como una mera coincidencia. El resto podría tratarse del producto de una fantasía muy elaborada.

–Pero si usted compara este caso con el de la muchacha que acabamos de ver...

–Oh, bueno, verá usted, nosotros no podemos hacerlo. Tenemos que juzgar cada caso por sus propios méritos.

–Pero ambos pertenecen al mismo mundo...

–Sí, pero son problemas diferentes. Como es obvio, si el señor Elwes aquí presente pudiera demostrar una precognición significativa, digamos, por ejemplo, del jefe de estado de la Unión Soviética o, mejor aún, del presidente de los Estados Unidos, entonces evidentemente surgirían graves cuestiones de defensa, y se podría pensar en dilucidar qué es pura coincidencia y fantasía y qué no lo es, pero por un simple actor de cine, quiero decir, un actor de cine que aparentemente no tiene planes para ocupar un cargo político, creo que no; nosotros tenemos que atenernos a principios científicos rigurosos.

»Así que –añadió, disponiéndose a salir y llevándose a Kate con él– yo creo que por lo que respecta a Mr. Elwes y a la..., eeh..., como-se-llame, la encantadora niña de la silla de ruedas, podría darse el caso de que no estemos en condiciones de serles ya de mucha ayuda, y tal vez necesitaríamos el espacio y los medios para casos más prometedores.

Kate fue incapaz de encontrar una réplica adecuada, y le siguió en silencio, llena de rabia.

–Ah, aquí tenemos un caso mucho más interesante y prometedor –anunció Standish, empujando las siguientes puertas batientes.

Kate intentaba controlar sus reacciones, pero incluso alguien tan

impenetrable y marciano como Mr. Standish no podía menos que detectar que su público no estaba satisfecho. En sus modales se percibía un poco más de brusquedad e impaciencia que vino a sumarse a las grandes dosis de brusquedad e impaciencia que ya había.

Caminaron por el corredor durante unos segundos en silencio. Kate trataba de inventar nuevas maneras de introducir con toda naturalidad el tema de las admisiones recientes, pero no tuvo más remedio que reconocer que no es posible abordar el mismo tema tres veces seguidas sin comenzar a perder un poco de naturalidad. Intentaba espiar tan subrepticiamente como podía qué había detrás de cada puerta que pasaban, pero la mayoría estaban bien cerradas y las entreabiertas no revelaron nada de interés.

Echó una ojeada al exterior, cuando pasaban frente a una ventana, y vio una furgoneta que entraba en un patio trasero. Le llamó la atención durante el breve instante en que estuvo a la vista, porque era evidente que no se trataba de una furgoneta de la panadería o la lavandería. Las furgonetas de los panaderos y lavanderos anuncian sus actividades y llevan palabras como «Panadería» y «Lavandería» pintadas en los laterales, mientras que ésta carecía por completo de inscripciones. No tenía absolutamente nada que decirle a nadie y lo proclamaba a los cuatro vientos.

Era una furgoneta grande, pesada, de aspecto serio, que podía ser considerada casi un camión, y estaba pintada de un gris metálico oscuro. Le recordó a Kate los enormes camiones de carga grises que atronaban las carreteras de Bulgaria y Yugoslavia procedentes de Albania, con tan sólo la palabra «Albania» escrita en los laterales. Se acordó de que se había preguntado con curiosidad qué exportaban los albaneses de manera tan anónima pero, cuando en una ocasión consultó el tema en un libro, descubrió que su única exportación era la electricidad, algo que, si no recordaba mal de sus clases de física en el bachillerato, no era posible transportar en camiones.

La gran furgoneta de aspecto serio dio la vuelta y comenzó a retroceder hacia una entrada trasera del hospital. Cualquiera que fuera la carga habitual de la furgoneta, pensó Kate, estaba a punto de recogerla o entregarla. Continuó caminando.

Unos instantes después, Standish se detuvo ante una puerta, llamó con suavidad y miró al interior de la habitación. Luego, le hizo una seña a Kate para que le siguiera.

Aquella habitación era completamente diferente de las otras. Inmediatamente después de la puerta había una antecámara, con

una ventana muy grande, a través de la cual se veía el cuarto principal. Era obvio que las dos habitaciones estaban aisladas acústicamente, porque la antecámara estaba atestada de monitores y ordenadores que no dejaban de zumbar, mientras que en la habitación principal había una mujer durmiendo en una cama.

–Mrs. Elspeth May –dijo Standish, con el tono inconfundible de quien anuncia a la estrella de la casa.

La habitación era sin ninguna duda muy buena: amplia y con muebles caros y cómodos. Había flores frescas por todas partes, y en la mesilla de noche, que era de caoba, estaba la labor de punto de Mrs. May.

La señora en cuestión era una mujer bastante madura, de cabellos plateados y aspecto agradable, y dormía apoyada en una pila de almohadas. Vestía una rebeca de lana rosa. Al cabo de un rato, Kate comprendió que, a pesar de encontrarse dormida, no estaba en absoluto inactiva. Su cabeza reposaba plácidamente y tenía los ojos cerrados, pero su mano derecha sujetaba un lápiz con el que escribía furiosamente en un gran bloc de papel que había a su lado. La mano, como la boca de la niña de la silla de ruedas, parecía llevar una vida independiente y llena de actividad febril. Unos pequeños electrodos rosados estaban adheridos a la frente de Mrs. May justo debajo del nacimiento del cabello, y Kate supuso que eran el origen de las líneas curvas que bailaban en las pantallas de los ordenadores de la antecámara, donde estaban ella y Standish. Dos hombres con chaqueta blanca y una mujer vigilaban los equipos, y una enfermera mantenía la guardia mirando a través de la ventana. Standish intercambió con ellos unas pocas palabras acerca del estado actual de la paciente, que, en opinión de todos, era magnífico.

Kate no podía evitar la impresión de que debería saber quién era Mrs. May, pero no lo sabía, y se vio obligada a preguntarlo.

–Suponía que usted lo sabía –respondió Standish, un tanto enfadado–. Es una médium. Una médium de poderes prodigiosos. En estos momentos está en trance, y dedicada a la escritura automática. Está tomando un dictado. En la práctica, cualquier dictado que recibe es de un valor incalculable. ¿No ha oído usted hablar de ella?

Kate tuvo que admitir que no.

–Bueno, ¿sin duda conocerá usted el caso de la señora que afirmaba que Mozart, Beethoven y Schubert le dictaban música?

–Sí, oí hablar del tema. Hace unos años los suplementos dominicales publicaron un montón de artículos sobre ella.

–Sus pretensiones eran, bueno, interesantes, si uno está interesado en este tipo de cosas. La música sin duda estaba bastante de acuerdo con lo que se supondría que tales caballeros hubieran compuesto antes del desayuno y a toda prisa, más de lo que podía esperarse de un ama de casa madura carente de conocimientos musicales.

Kate fue incapaz de pasar por alto semejante pomposidad.

–Es un punto de vista un tanto machista –dijo–. George Eliot era un ama de casa madura.

–Sí, sí –dijo Standish, un tanto mosca–, pero no tomaba dictados musicales del difunto Wolfgang Amadeus. Ésta es la cuestión. Por favor, intente seguir la lógica de este argumento y no introduzca elementos irrelevantes. Si pensara por un momento que el ejemplo de George Eliot iba a ser útil para arrojar un poco de luz sobre el problema que nos ocupa, puede estar segura de que yo mismo introduciría el tema. ¿Dónde estaba?

–No lo sé.

–¿Mabel, Doris? ¿Se llamaba así? La llamaremos Mabel. La cuestión es que la manera más fácil de tratar el problema de Doris era sencillamente ignorarlo. Nada realmente importante dependía del mismo. Unos pocos conciertos. Material de segunda clase. Pero aquí, aquí tenemos algo de una naturaleza completamente distinta.

Dijo esto último en susurros y después dio media vuelta para observar un monitor de televisión que había entre las pantallas de ordenador. Mostraba un primer plano de la mano de Mrs. May deslizándose por el bloc de papel. La mano ocultaba gran parte de lo que escribía, pero al parecer se trataba de fórmulas matemáticas.

–Mrs. May está, o al menos es lo que dice, tomando dictados de algunos grandes físicos. De Einstein, Heisenberg y Planck. Y nos resulta muy difícil discutirle sus pretensiones, porque la información recogida aquí por medio de la escritura automática, por esta... poco instruida señora es, de hecho, física de muy alto nivel.

»Del difunto Einstein estamos recibiendo más y más precisiones a la idea que nos hace de cómo el tiempo y el espacio trabajan a nivel macroscópico, y de los desaparecidos Heisenberg y Planck estamos incrementando nuestra comprensión de las estructuras fundamentales de la materia a nivel cuántico. Y no hay ni la más mínima duda de que esta información nos está acercando cada vez más a la esquiva meta de la Gran Teoría del Campo Unificado del Todo.

»Ahora bien, esto plantea a los científicos una situación muy

interesante por no decir embarazosa, porque los medios a través de los cuales nos llega la información están en absoluta contradicción con el significado de la misma.

–Es como el tío Henry –dijo Kate, de pronto.

Standish la miró desconcertado.

–El tío Henry cree que es una gallina –le explicó Kate.

Standish la volvió a mirar igual de desconcertado.

–Tiene que haberlo oído alguna vez –insistió Kate–. «Estamos muy preocupados por el tío Henry. Cree que es una gallina.» «Bueno, ¿por qué no lo lleváis al médico?» «Ya lo haríamos, ya, pero necesitamos los huevos.»

Standish la observó como si de pronto un pequeño pero perfectamente formado alcornoque le hubiera brotado espontáneamente en el puente de la nariz.

–Vuelva a repetirlo –le pidió con voz asombrada.

–¿Cómo? ¿Que lo repita todo?

–Todo.

Kate puso los brazos en jarras y lo volvió a repetir, pero en esta ocasión puso en sus palabras un poco más de vivacidad y de acento sureño.

–Es brillante –susurró Standish cuando Kate acabó.

–Seguro que ya lo había oído –dijo ella, un tanto sorprendida por la reacción que había provocado–. Es un chiste muy viejo.

–No –contestó él–. No lo conocía. Necesitamos los huevos. Necesitamos los *huevos. Necesitamos* los huevos. «No podemos llevarle al médico porque *necesitamos los huevos.»* Una visión sorprendente de las paradojas básicas de la condición humana y de nuestra infatigable facilidad para formular razonamientos apropiados para justificarlas. Dios santo.

Kate se encogió de hombros.

–¿Y dice usted que es un chiste? –preguntó Standish, incrédulo.

–Sí, de verdad que es muy viejo.

–¿Y todos son como éste? No me había dado cuenta jamás.

–Bueno...

–Estoy asombrado –dijo Standish–, completamente asombrado. Pensaba que los chistes eran bromas que unas personas gordas contaban por televisión y jamás los he escuchado. Tengo la sensación de que me han estado ocultando algo. ¡Enfermera!

La enfermera que vigilaba a Mrs. May a través de la ventana dio un salto, sorprendida por el inesperado ladrido.

–Eh, ¿sí, Mr. Standish? –dijo. Estaba claro que la ponía nerviosa.

–¿Por qué nunca me cuenta chistes?

La enfermera le miró boquiabierta, y se encogió involuntariamente ante la posibilidad de poder siquiera imaginar una respuesta para semejante pregunta.

–Eeeh, bueno...

–¿Querrá usted tomar nota? En el futuro, deseo que usted y todo el resto del personal de esta clínica me cuenten todos los chistes de los que tengan conocimiento. ¿Me ha comprendido?

–Eeeh, sí, Mr. Standish.

Standish la miró con duda y suspicacia.

–¿Sabe algún chiste, enfermera? –le preguntó, desafiándola.

–Eeeh, sí, Mr. Standish, creo que sí. Sí.

–Cuénteme uno.

–¿Qué? ¿Ahora mismo, Mr. Standish?

–Ahora mismo.

–Eeeh, bueno, umm... Hay uno acerca de un paciente que se despierta después de haber, bueno, quiero decir, de haber estado en, eeh, el quirófano, y se despierta y, no es muy bueno, pero de todas maneras, él ha estado en el quirófano y le dice al doctor cuando se despierta: «Doctor, doctor, ¿qué es lo que me pasa? No me siento las piernas», y el doctor le dice: «Así es. Le hemos amputado los dos brazos.» Y éste es el motivo por el que, eeh, por el que no podía sentirse las piernas, sabe usted.

Mr. Standish la miró fijamente durante unos instantes.

–Recibirá usted una sanción, enfermera –dijo.

–Sí, Mr. Standish.

Se volvió hacia Kate.

–¿No hay uno acerca de un pollo que cruza una carretera o algo por el estilo?

–Eeeh, sí –replicó Kate, dudando. Tenía la impresión de que se había metido en un berenjenal.

–¿Y cómo es?

–Bueno –dijo Kate–, dice: «¿Por qué el pollo cruzó la carretera?»

–¿Sí? ¿Y?

–La respuesta es «Para pasar al otro lado».

–Entiendo. –Standish consideró el asunto durante un instante–. ¿Y qué hace el pollo cuando llega al otro lado de la carretera?

–La historia no lo aclara –contestó Kate rápidamente–. Creo que está fuera de la intención del chiste, que en realidad sólo trata del viaje del pollo a través de la carretera y las razones del pollo para hacerlo. En este sentido es un poco un haiku japonés.

Kate descubrió de repente que se estaba divirtiendo. Se las arregló para hacerle a escondidas un guiño a la enfermera, que no

entendió a qué venía.

–Ya veo –dijo Standish frunciendo el ceño–. ¿Y este tipo de, eeeh, chistes requieren el uso previo de algún tipo de estimulante artificial?

–Depende del chiste y de la persona a quien se lo cuentan.

–Hmmm, bueno, debo confesarle que me ha descubierto usted un filón muy rico, señorita..., eeh... En mi opinión, todo el campo del humor podría beneficiarse de un inmediato y exhaustivo estudio. Está muy claro que debemos separar los chistes que poseen un genuino valor psicológico de aquellos que únicamente estimulan el consumo de drogas y a los que se debe poner coto. Bien.

Se volvió para hablar con el investigador de bata blanca que controlaba el monitor de televisión en el que seguían apareciendo los escritos de Mrs. May.

–¿Algo nuevo y valioso del señor Einstein? –preguntó.

El investigador no apartó la mirada de la pantalla. Contestó:

–Dice: «¿Cómo le gustan los huevos? ¿Escalfados o duros?»

Una vez más, Standish hizo una pausa.

–Interesante –dijo–, muy interesante. Continúe tomando cuidadosa nota de todo lo que escribe. Venga. –Esto último se lo dijo a Kate mientras salía del cuarto–. Gente muy curiosa estos físicos –añadió tan pronto como dejaron la habitación–. De acuerdo con mis experiencias, los que no están muertos están, en algún sentido, muy enfermos. Bueno, la tarde se acorta, y no me cabe duda alguna de que usted está ansiosa por marcharse, y escribir su artículo, señorita, eh... Por mi parte, sí tengo cosas muy urgentes que esperan mi atención, y pacientes que aguardan mis cuidados. Así que si no tiene más preguntas...

–Sólo una cosa más, Mr. Standish. –Kate decidió arriesgarlo todo–. Queremos dejar bien claro que esto es de última hora. Tal vez, si pudiera dedicarme un par de minutos extras, podríamos ir y ver cuál ha sido la admisión más reciente.

–Creo que podría resultar algo engañoso. Nuestra última admisión fue hace cosa de un mes, y la paciente murió de neumonía, dos semanas después de su ingreso.

–Oh, vaya. Bueno, quizá no sea tan emocionante. Así que ninguna nueva admisión en el último par de días. ¿Ningún ingreso de alguien gigantesco, rubio o nórdico, con un abrigo de piel y mazo? No es más que un ejemplo, desde luego. –De pronto, tuvo una inspiración–. ¿Tal vez, una *re*admisión?

Standish la observó con creciente sospecha. Dijo:

–Miss, eh...

–Schechter.

–Miss Schechter, comienzo a tener la impresión de que su interés por este hospital no es...

En aquel instante le interrumpió la súbita abertura de las puertas batientes del corredor, ubicadas justo detrás de ellos. Dirigió una mirada para ver quién era, y cuando lo hizo, sus modales cambiaron en el acto.

Indicó a Kate con un movimiento brusco que se apartara, mientras una enorme cama rodante pasaba por la abertura, empujada por un asistente. Una hermana y otra enfermera cerraban el cortejo; daban la impresión de formar parte de una procesión en lugar de ser simplemente personal de una clínica desempeñando sus tareas habituales.

El ocupante del lecho era un frágil y delicado anciano con la piel apergaminada y translúcida.

La parte trasera de la cama estaba un poco levantada, lo suficiente para que el anciano pudiera contemplar el mundo que pasaba a su lado, y él lo observaba con una especie de tranquilo y benevolente horror. Tenía la boca ligeramente entreabierta y se le balanceaba levemente la cabeza, como si el más insignificante bache en el camino del lecho la hiciera rodar un poco de un lado a otro. Sin embargo, a pesar de su aparente desinterés, daba la impresión de reinar sobre todas las cosas con calma y dulzura.

Era su único ojo el que transmitía esta sensación. Cada cosa sobre la que posaba la mirada, ya fuera la vista a través de la ventana, la enfermera que sujetaba la puerta para que la cama pudiera pasar sin impedimentos o Mr. Standish, que de pronto era todo amabilidad y obsequiosidad, todo parecía caer inmediatamente en los dominios regidos por el ojo.

Kate se preguntó por un momento cómo era posible que los ojos pudieran transmitir una cantidad tan inmensa de información acerca de sus propietarios. Después de todo no eran más que esferas de tejido blanco. Apenas cambiaban con la edad, aparte de volverse un poco más rojos y un poco más acuosos. El iris se abría y cerraba un poco, pero nada más. ¿De dónde provenía todo este flujo de información? Sobre todo en el caso de un hombre que no tenía más que uno y en el lugar del otro únicamente un trozo de piel cosida.

Sus pensamientos se vieron interrumpidos por el hecho de que, en aquel instante, el ojo en cuestión abandonó a Standish y se fijó en ella. La fuerza que ejercía era tan sorprendente que estuvo a punto de gritar.

Con un delicado movimiento casi imperceptible, el anciano le

hizo una seña al enfermero que empujaba la cama para que se detuviera. El lecho se detuvo y cuando el ruido de las ruedecillas se apagó, por un momento no se escuchó otro sonido que el distante zumbido de un ascensor.

Entonces también se detuvo el ascensor.

Kate le devolvió la mirada con una débil sonrisa, como diciendo: «Perdón, ¿nos conocemos?», y después se preguntó si no sería así. Había un cierto aire familiar en su rostro, pero no conseguía situarlo. Se sintió impresionada al darse cuenta de que, no obstante el hecho de tratarse de una vulgar cama rodante, las sábanas sobre las que reposaban sus manos eran de hilo auténtico, recién lavadas y planchadas.

Mr. Standish emitió una tosecita y dijo:

–Señorita, eeeh, éste es uno de nuestros más queridos y, eeeh, apreciados pacientes, Mr...

–¿Está usted cómodo, Mr. Odwin? –interrumpió la hermana, echándole un cable. Pero no tenía por qué molestarse. Aquél era un paciente cuyo nombre Standish conocía y recordaba muy bien.

Odín la hizo callar con el más discreto de los gestos.

–Mr. Odín –dijo Standish–, ésta es la señorita, eeeh...

Kate estaba a punto de presentarse una vez más cuando recibió una profunda sorpresa.

–Sé perfectamente bien quién es –dijo Odín en voz baja pero bien clara y, por un momento, su ojo dio la impresión de un aerosol observando con maldad a una avispa.

Ella trató de mostrarse muy formal y muy inglesa.

–Me temo –dijo, envarada– que usted me lleva ventaja.

–Sí –replicó Odín.

Le hizo un gesto al enfermero, y juntos reanudaron su lento recorrido por el pasillo. La hermana y Standish intercambiaron miradas, y Kate se sobresaltó al ver que había alguien más con ellos.

No había aparecido allí por arte de magia. Simplemente había permanecido inmóvil cuando la cama se puso en movimiento, y su altura, o mejor dicho su falta de altura, era tal que hasta ese momento había quedado oculto detrás.

Era mejor cuando estaba oculto.

Hay personas que a uno le caen en gracia de inmediato, otras que uno piensa que podrá llegar a estimar con el paso del tiempo, y algunas que desearía mantener apartadas con un bastón bien puntiagudo. Para Kate, la persona de Toe Rag entraba sin lugar a dudas en esta última categoría. Él le sonrió mirándola con descaro, o mejor dicho, mirando una mosca invisible que rondaba la cabeza

de Kate.

Se acercó de un salto, y antes de que ella pudiera evitarlo, se apropió de su mano derecha y comenzó a sacudírsela de arriba abajo.

–Yo también le llevo ventaja, Miss Schechter –anunció alegremente, y después se alejó haciendo carrerillas por el pasillo.

12

La enorme furgoneta gris de aspecto serio avanzó suavemente por el camino, cruzó los pilares de piedra de la entrada y se inclinó un poco al pasar de la gravilla del sendero al asfalto de la carretera. En realidad era un gélido camino rural flanqueado por las gélidas siluetas de robles deshojados y olmos muertos. Las nubes grises se apilaban como almohadas en el cielo. La furgoneta continuó su majestuoso avance carretera abajo y pronto se perdió entre las muchas vueltas y revueltas.

Pocos minutos después, el Citroën amarillo cruzó la verja con mucha menos pomposidad. Le patinaron los neumáticos en el reborde del asfalto y, a continuación, tomó el mismo rumbo de la furgoneta a un ritmo lento pero con dificultades.

Kate estaba desconcertada.

Los últimos minutos habían sido un tanto desagradables. Estaba claro que Standish era un hombre de extraño comportamiento, pero después del encuentro con el paciente llamado Odwin se había vuelto francamente hostil. Era la atemorizadora hostilidad de alguien que también está asustado: ¿de qué?, Kate no lo sabía.

¿Quién era ella?, había preguntado. ¿Cómo había logrado una recomendación de Alan Franklin, un hombre respetado en la profesión? ¿Detrás de qué andaba? ¿Qué –y ésta era la gran pregunta– había hecho ella para merecer la desaprobación de Mr. Odwin?

Dedicó su atención a mantener el coche en la carretera mientras cogía las curvas con muchas dificultades y los tramos rectos apenas más fácilmente. El coche había sido ya una vez causa de su comparecencia ante un tribunal, cuando una de las ruedas delanteras se había largado por su cuenta de excursión y había estado a punto de provocar un accidente. El policía que testificó ante el juez se refirió a su amado Citroën como «el supuesto coche», y se le quedó este nombre. Le tenía mucho afecto a su supuesto coche, por muchas razones. Si se le caía una de las portezuelas, ella misma podía volver a colocarla en su sitio, algo que no se puede hacer, por ejemplo, con un BMW.

Se preguntó si su aspecto sería tan pálido y fatigado como a ella le parecía, pero como el espejo retrovisor iba dando botes debajo del asiento, no tuvo ocasión de comprobarlo.

El propio Standish se había puesto bastante pálido y tembloroso

ante la sola idea de que alguien pudiera cruzarse en el camino de Mr. Odwin, y había rechazado de plano todos los esfuerzos de Kate por negar que tuviera conocimiento alguno de su existencia. Si eso era verdad, pensó, ¿por qué Mr. Odwin había dejado bien claro que la conocía? ¿Estaba acusando a Mr. Odwin de ser un mentiroso? Si era así, mejor sería que se anduviera con mucho cuidado.

Kate no lo sabía. El encuentro con Mr. Odwin le resultaba completamente inexplicable. Pero no podía negar que el hombre producía un cierto impacto. Cuando te miraba quedabas petrificado. Pero por debajo de esta preocupada cualidad de su mirada fija había unas corrientes mucho más inquietantes todavía. Más inquietantes porque eran corrientes de debilidad y temor.

Y en cuanto a la otra criatura...

A todas luces él era el motivo de las historias que habían aparecido en los últimos tiempos en los sectores más despreciables y aborrecibles de la prensa sensacionalista acerca de que «Algo huele a podrido en el Woodshead». Los artículos eran, desde luego, ofensivos, cuando no abiertamente insultantes, y habían sido ignorados por todo el mundo excepto por aquellos varios millones de personas que aprecian las cosas ofensivas y abiertamente insultantes.

Las historias periodísticas afirmaban que los habitantes de la región habían sido «aterrorizados» por una criatura deforme y repulsiva con aspecto de «duende» que abandonaba con regularidad el Woodshead para dedicarse a cometer una amplia variedad de tropelías inenarrables.

Como la mayoría de la gente, Kate había pensado, hasta donde había llegado a interesarse en el caso, que en realidad se trataba de algún pobre loco que había abandonado el recinto del hospital y había dado un susto a un par de ancianas que pasaban por allí, y que los esclavos chupatintas de Waping se habían encargado del resto. Ahora, estaba un poco más asustada y no tan segura.

Él –eso– sabía su nombre.

¿Qué consecuencias podía sacar de este hecho?

La consecuencia fue que se equivocó de desvío. En su preocupación, se pasó el desvío que la hubiera llevado a la carretera principal de vuelta a Londres, y después tuvo que pensar cómo volver al camino correcto. Podría haber puesto la marcha atrás, hacer la maniobra y volver, pero hacía ya mucho tiempo que no utilizaba la marcha atrás y, francamente, no saber cómo se lo tomaría el coche la ponía un poco nerviosa.

Probó coger las dos siguientes desviaciones a la derecha para ver

si así arreglaba el embrollo, pero no tenía muchas esperanzas de conseguirlo y hacía bien en no tenerlas. Prosiguió durante tres o cuatro kilómetros, sabiendo que estaba en el camino equivocado, pero al menos, a juzgar por la posición de la mancha gris claro en las nubes grises, en la dirección correcta.

Al cabo de un rato se acostumbró a esta nueva ruta. Un par de carteles indicadores la pusieron al corriente de que ahora simplemente circulaba hacia Londres por la carretera B, lo que la dejó plenamente satisfecha. De haberlo pensado antes, probablemente habría escogido la carretera secundaria de todas maneras en lugar de tomar la principal, que siempre iba muy cargada.

El viaje había resultado un fracaso total, y hubiera hecho mejor en pasarse toda la tarde metida en la bañera. La experiencia, en su conjunto, había sido muy inquietante, casi aterradora, y no había conseguido sacar nada en limpio por lo que se refería a su objetivo. Ya era bastante duro tener un objetivo que ella misma apenas se permitía admitir como para que encima todo le saliera mal. Una sensación de inutilidad tan gris como el cielo que la rodeaba la fue envolviendo.

Se preguntó si no se estaría volviendo un poco loca. Durante los últimos días su vida parecía haber escapado totalmente a su control y no dejaba de ser preocupante ver lo débil que era su control cuando podía ser destruido con tanta facilidad por un rayo de poca importancia, o un meteorito o lo que fuera.

La palabra «rayo» apareció en medio de sus pensamientos de improviso y no supo qué hacer con ella, así que la dejó en el fondo de su mente como la toalla sobre el suelo del baño que no se había molestado en recoger.

Deseó que saliera el sol. Los kilómetros quedaban aplastados bajo sus ruedas, las nubes la aplastaban a ella, y se sorprendió pensando cada vez con mayor frecuencia en los pingüinos. Por fin, sintió que ya no podía soportarlo más y decidió que dar un pequeño paseo era lo que necesitaba para librarse de su actual estado de ánimo.

Detuvo el coche a un lado de la carretera, y el viejo Jaguar que la había estado siguiendo a lo largo de los últimos veinticinco kilómetros fue a empotrarse directamente en su maletero, lo que puso término a la persecución.

13

Con un delicioso ataque de rabia, Kate, tonificada por este accidente, se apeó de un salto de su coche y corrió dispuesta a echarle una bronca al conductor del otro coche que, a su vez, se estaba apeando de un salto con el fin de abroncarla a ella.

–¿Es que no mira usted por dónde va? –le gritó ella. Era un hombre bastante corpulento, vestido con un largo abrigo de piel y un sombrero rojo más bien feo, a pesar de la incomodidad que representaba conducir con estas prendas. Esto inspiró a Kate cierta simpatía.

–¿Que yo no miro por *dónde* voy? –replicó él chillando–. ¿Es que usted no mira por el retrovisor?

–No –contestó Kate poniendo los brazos en jarras.

–Vaya –dijo su adversario–. ¿Por qué no?

–Porque está debajo del asiento.

–Comprendo –dijo él, muy serio–. Gracias por ser tan sincera conmigo. ¿Tiene usted un abogado?

–Sí, lo tengo –replicó Kate. Lo dijo con un tono enérgico y altanero.

–¿Es bueno? –preguntó el hombre del sombrero–. Voy a necesitar uno. Al mío lo han metido en la cárcel por un tiempo.

–¿No pretenderá usted acudir al mío?

–¿Por qué no?

–No sea absurdo. Sería un evidente conflicto de intereses.

Su adversario se cruzó de brazos y se apoyó contra el capó de su coche. Se tomó su tiempo para observar los alrededores. El camino se hacía más borroso a medida que comenzaba a caer el crepúsculo invernal. Después, se inclinó para encender los intermitentes de emergencia de su coche. Las luces traseras de color ámbar guiñaron alegremente sobre la hierba marchita del arcén. Los faros delanteros estaban embutidos en el maletero del coche de Kate y no estaban en estado de hacer guiños.

Volvió a su posición anterior y miró a Kate de arriba abajo.

–Es usted una conductora –dijo–, y utilizo la palabra en su acepción más amplia, refiriéndome simplemente a alguien que ocupa el asiento del conductor de lo que, por el momento, llamaré, y empleo el término estrictamente y sin ningún prejuicio, un coche mientras éste circula por una carretera, una conductora, decía, de una sorprendente, casi diría sobrenatural, falta de habilidad. ¿Capta

la idea?

–No.

–Quiero decir que no conduce usted bien. ¿Sabe que ha estado ocupando la carretera durante los últimos veinticinco kilómetros?

–¡Veinticinco kilómetros! –exclamó Kate–. ¿Ha estado siguiéndome?

–Sólo hasta cierto punto –replicó Dirk–. He intentado mantenerme a este lado de la carretera.

–Ya lo veo. Bueno, ahora me toca a mí darle las gracias por ser tan sincero conmigo. Esto, no hace falta que se lo diga, es un verdadero abuso. Será mejor que se consiga un abogado de primera fila porque el mío lo ensartará como un kebab.

–Tal vez haría bien en buscarme también yo un kebab.

–Tiene usted aspecto de haber encontrado ya demasiados kebabs. ¿Puedo preguntarle por qué me seguía usted?

–Parecía usted saber a dónde iba. Al menos al principio. Digamos los cien primeros metros.

–¿Y qué demonios le importaba a usted hacia dónde iba yo?

–Es mi técnica personal de navegación.

Kate entrecerró los ojos.

Estaba a punto de exigir una inmediata y amplia explicación sobre este desvergonzado comentario cuando un Ford Sierra blanco que pasaba aminoró la marcha y se detuvo junto a ellos.

El conductor bajó la ventanilla y asomó la cabeza.

–¿Han tenido un accidente? –les gritó.

–Sí.

–¡Ja! –dijo, y se marchó.

Un par de segundos más tarde se detuvo un Peugeot.

–¿Quién era ese tipo? –les preguntó el conductor, refiriéndose al automovilista que se había detenido junto a ellos.

–No lo sé –respondió Dirk.

–Oh –dijo el conductor–. Parece que ha tenido usted un accidente.

–Sí –dijo Dirk.

–Ya me lo figuraba –dijo el conductor, y se marchó.

–Los que se paran ya no son como los de antes, ¿no cree? –le comentó Dirk a Kate.

–También sucede que la embisten a una tipos verdaderamente asquerosos –dijo Kate–. De todas maneras, quiero saber por qué me seguía. Comprenderá usted que me resulta muy difícil no verle en el papel de una persona en extremo siniestra.

–Tiene una explicación muy sencilla –dijo Dirk–. Por lo general,

lo soy. En esta ocasión, sin embargo, simplemente me perdí. Me vi forzado a emprender una acción evasiva por culpa de una gran furgoneta gris que venía de frente y se consideraba dueña de la carretera. Sólo conseguí esquivarla lanzándome por un camino lateral en el que no se podía dar marcha atrás ni girar. Al cabo de unas cuantas curvas estaba completamente perdido. Hay una escuela de pensamiento que afirma que en estas ocasiones se debe consultar un mapa, pero a tales personas yo les respondo: «¡Ja! ¿Y qué si no tienes un mapa que consultar? ¿Qué pasa si tienes un mapa, pero es de la Borgoña?» Mi estrategia consiste en buscar un coche, o su equivalente más próximo, que dé la impresión de saber hacia dónde se dirige y seguirlo. En contadas ocasiones acabo en el lugar al que pretendía ir, pero a menudo acabo en un lugar donde tenía que estar. ¿Qué tiene usted que decir al respecto?

–Chorradas.

–Vigorosa respuesta. La saludo.

–Iba a decirle que algunas veces yo hago lo mismo, pero todavía no estaba dispuesta a admitirlo.

–Muy sabio –dijo Dirk–. No quiere usted revelar demasiado por el momento. Ser enigmático, ése es mi consejo.

–No quiero sus consejos. ¿Adónde pretendía ir antes de decidir repentinamente que recorrer veinticinco kilómetros en la dirección opuesta le ayudaría a llegar allí?

–A un lugar llamado Woodshead.

–Ah, el sanatorio mental.

–¿Lo conoce?

–He estado conduciendo en la dirección contraria a ese lugar durante los últimos veinticinco kilómetros y desearía estar aún más lejos. ¿En qué pabellón estará usted? Necesito saberlo para enviarle la cuenta del taller.

–No tienen pabellones –dijo Dirk–. Y creo que se sentirían molestos si la oyeran llamar sanatorio mental a ese establecimiento.

–Cualquier cosa que les moleste me parecerá magnífica.

Dirk miró a su alrededor.

–Magnífico atardecer –comentó.

–En absoluto.

–Comprendo –dijo Dirk–. Tiene usted el aire, si me permite decirlo, de alguien para quien este día no ha sido una fuente de alegría y enriquecimiento personal.

–Tiene toda la razón, no lo ha sido –replicó Kate–. He tenido un día de esos que empujarían al mismísimo san Francisco de Asís a emprenderla a puntapiés con los críos. En particular, si incluye

usted el martes, que fue la última vez que estuve consciente. Y ahora mire. Mi hermoso coche. Lo único que puedo decir en favor de todo este embrollo es que, al menos, no estoy en Oslo.

–Entiendo que eso la alegre.

–No he dicho que me alegre. Simplemente impide que me quite la vida. De todas maneras, podría ahorrarme las molestias, habiendo gente como usted tan dispuesta a hacerlo por mí.

–Usted ha colaborado con eficacia, Miss Schechter.

–¡*Basta ya*!

–¿Basta de qué?

–¡Mi nombre! De repente todos los extraños con los que me encuentro saben mi nombre. ¿No podrían dejar de saber mi nombre aunque sólo fuera un segundo? ¿Cómo puede una chica ser enigmática en semejantes condiciones? La única persona que me he encontrado que no parecía saber mi nombre es precisamente la única a la que me he presentado. Está bien –dijo, apuntando a Dirk con un dedo acusador–. Usted no tiene nada de sobrenatural, así que dígame cómo es que sabe mi nombre. No le soltaré de la corbata hasta que me lo haya dicho.

–Usted no me tiene cogido de...

–Ahora lo tengo, tío.

–¡Suélteme!

–¿Por qué me seguía? –insistió Kate–. ¿Cómo es que sabe mi nombre?

–La seguía por los motivos ya expuestos. Y en cuanto a su nombre, mi querida señorita, ha sido prácticamente usted misma quien me lo ha dicho.

–No es verdad.

–Le aseguro que sí, que lo ha hecho.

–Todavía le estoy sujetando de la corbata.

–Si usted tenía que estar en Oslo pero ha estado inconsciente desde el martes, entonces sin duda estuvo usted presente en la increíble explosión del mostrador de facturación de la Terminal 2 de Heathrow. Se ha hablado ampliamente del suceso en la prensa. Supongo que usted se lo ha perdido porque estaba inconsciente. Yo mismo me lo he perdido debido a una flagrante apatía, pero los eventos de hoy han hecho que mi atención se fijara en el asunto.

Kate le soltó la corbata a regañadientes pero continuó observándole con suspicacia.

–¿Ah, sí? –dijo–. ¿Qué eventos?

–Unos muy preocupantes –dijo Dirk, arreglándose las prendas–. Incluso si lo que me ha dicho sobre usted misma no hubiera bastado

para identificarla, el hecho de que usted también haya ido hoy de visita al Woodshead lo deja claro. Por la beligerancia de su estado de ánimo debo de suponer que el hombre que buscaba no estaba allí.

–¿Qué?

–Por favor, tenga –dijo Dirk, quitándose rápidamente la corbata y entregándosela–. Por pura casualidad, me encontré hoy con una enfermera de su hospital. Mi primer encuentro con ella ha sido de tal naturaleza que, por diversas razones, estaba ansioso por ponerle término enseguida. Cuando estaba ya en la calle, un par de minutos después, defendiéndome de la fauna local, una de las palabras que ella había dicho me ha golpeado, si me permite la expresión, con la fuerza de un rayo. La idea era fantástica, totalmente increíble. Pero la mayoría de las ideas más fantásticas y totalmente increíbles son tan dignas de consideración como una más banal que los hechos quieren imponerme.

»Volví para hacerle más preguntas y me confirmó que un paciente un tanto extraño había sido trasladado, a primeras horas de la madrugada, del hospital aparentemente a la clínica de Woodshead.

»También me confió que otra paciente había mostrado una curiosidad casi indecente para tratar de descubrir qué había sido de él. Dicha paciente era una tal Miss Kate Schechter, y creo, Miss Schechter, que usted estará de acuerdo conmigo en que mis métodos de navegación tienen sus ventajas. Tal vez no he llegado donde pretendía ir, pero creo que he llegado a donde tenía que estar.

14

Al cabo de una media hora se presentó un hombre fornido del taller local con una grúa, un cable de remolque y un hijo. Después de echar una ojeada a la situación, envió a su hijo y a la grúa a que se ocuparan de otra faena, ató el cable de remolque al ahora difunto coche de Kate y él mismo se encargó de arrastrarlo hasta el garaje.

Kate permaneció en silencio durante un par de minutos observando la operación y después dijo:

–No lo hubiera hecho de no haber sido yo americana.

El hombre les recomendó un pequeño pub del pueblo adonde iría a buscarlos en cuanto acabara de hacer su diagnóstico del Citroën. Dado que el Jaguar de Dirk sólo tenía roto el intermitente derecho, y que Dirk insistió en que él casi nunca giraba a la derecha, recorrieron en coche la corta distancia que los separaba del bar. Cuando Kate subió con cierta repugnancia al coche de Dirk, encontró el libro de Howard Bell que éste le había robado a Sally Mills en el café, y se entretuvo en hojearlo. Unos minutos más tarde, cuando entraron en el pub, todavía estaba tratando de recordar si lo había leído o no.

El pub reunía todas las cualidades tradicionales de un establecimiento británico: latón, formica y malhumor. La voz de Michael Jackson en el otro bar se mezclaba con los intermitentes quejidos de la máquina lavavasos que había en éste para crear un ambiente sonoro que hacía juego a la perfección con la mugre de los viejos cuadros.

Dirk pagó un par de bebidas para Kate y para él, y después se reunió con ella en una pequeña mesa que había encontrado en un rincón, lejos del gordo malhumorado y en camiseta que atendía la barra.

–Lo he leído –anunció ella, después de haber hojeado casi todo el volumen de *Corre como el diablo*–. Al menos, lo comencé y leí un par de capítulos. Hará cosa de un par de meses. No sé por qué todavía leo sus libros. Salta a la vista que su editor no los lee. –Le dedicó una mirada a Dirk–. No me hubiera imaginado que le interesaran este tipo de cosas. Por lo poco que sé de usted.

–No me interesan –respondió Dirk–. Yo, eeeh..., lo cogí por error.

–Es lo que dice todo el mundo –afirmó Kate–. Era bastante bueno –añadió– si le gusta este tipo de literatura. Mi hermano

trabaja en una editorial de Nueva York y dice que Howard Bell últimamente está muy extraño. Tengo la sensación de que todos le tienen un poco de miedo y que a él le gusta. Desde luego, nadie tiene el valor suficiente para decirle que debería eliminar los capítulos desde el diez al veintisiete inclusive. Y toda esa historia acerca de la cabra. Según la teoría, la razón de que venda tantos millones de ejemplares es que nadie los lee. Si todos los compradores los leyeran, ya no se molestarían en comprar el próximo y su carrera se habría acabado.

Apartó el libro.

–De todas maneras –dijo–, usted me ha explicado con mucha sagacidad por qué había ido yo a Woodshead, pero no me ha dicho por qué iba usted allí.

Dirk se encogió de hombros. Como sin darle mayor importancia, contestó:

–Quería ver cómo era.

–¿Ah, sí? Bueno, le ahorraré las molestias. Es un lugar absolutamente horrible.

–Descríbamelo. De hecho, comience por el aeropuerto.

Kate se tomó un buen trago de Bloody Mary y rumió en silencio durante unos momentos mientras el vodka se daba una vuelta por su interior.

–¿También quiere escuchar lo del aeropuerto? –preguntó, por fin.

–Sí. Kate se bebió el resto de su copa.

–Entonces, necesitaré otro –dijo, y empujó la copa hacia Dirk.

Dirk se enfrentó con los ojos porcinos del camarero y volvió al cabo de un par de minutos con otra copa para Kate.

–Muy bien –dijo Kate–. Comenzaré por el gato.

–¿Qué gato?

–El gato que tuve que pedirle al vecino de al lado que cuidara durante mi ausencia.

–¿Qué vecino de al lado?

–El que murió.

–Ya veo –dijo Dirk–. Le diré lo que haremos. ¿Por qué no me callo y dejo que usted me lo cuente?

–Sí –dijo Kate–. No estaría mal.

Kate recapituló los sucesos de los últimos días, o al menos, aquellos de los que era consciente, y después pasó a relatar sus impresiones acerca de Woodshead.

A pesar del desagrado con que ella lo describía, a Dirk le sonaba exactamente como la clase de lugar donde le encantaría retirarse,

mañana mismo si fuera posible. Combinaba una dedicación por lo inexplicable, que era su único vicio persistente (sólo podía considerarlo un vicio y algunas veces se rebelaba contra él con la furia de un adicto), con una mimada autoindulgencia, vicio al que le hubiera encantado poder aspirar si alguna vez podía llegar a pagárselo.

Finalmente, Kate relató su inquietante encuentro con Mr. Odwin y su repelente servidor, y como resultado de esto Dirk permaneció sumido en un profundo y preocupado silencio durante un minuto. Gran parte de ese minuto estuvo dedicado de hecho a una disputa interna acerca de si cedería o no y se fumaría un cigarrillo. No hacía mucho que lo había dejado y se trataba de una lucha en toda regla en la que era el perdedor habitual, muchas veces sin siquiera darse cuenta.

Decidió, triunfante, que no fumaría, y después sacó uno. Para encontrar el mechero en el amplio bolsillo de su abrigo tuvo que sacar primero el sobre que se había llevado del baño de Geoffrey Anstey. Lo colocó sobre la mesa junto al libro y encendió su cigarrillo.

–La azafata del aeropuerto... –dijo por fin.

–Estuvo a punto de volverme loca –exclamó Kate de inmediato–. Se limitaba a hacer su trabajo como una especie de máquina. No escuchaba, no pensaba. No sé dónde encuentran gente así.

–Hace tiempo era mi secretaria –dijo Dirk–. Bueno, tampoco saben dónde encontrarla ahora.

–Oh, lo siento –se apresuró a decir Kate, y después reflexionó un momento–. Esperaba que me dijera que ella no era así de verdad –continuó–. Bueno, es posible. Supongo que sólo estaba protegiéndose de las frustraciones de su trabajo. Trabajar en un aeropuerto debe volverte insensible. Tal vez me hubiera mostrado más simpática de no haber sido porque yo también me sentía terriblemente frustrada. Lo lamento, no lo sabía. Así que es esto lo que está intentando averiguar.

Dirk hizo un ademán poco comprometido.

–Entre otras cosas –dijo. Después añadió–: Soy detective privado.

–¿Oh? –exclamó Kate, sorprendida, y después puso cara de intrigada.

–¿Le molesta?

–Es que tengo un amigo que toca el contrabajo.

–Entiendo –dijo Dirk.

–Cada vez que la gente se encuentra con él y le ve cargado con el cacharro, todos le dicen lo mismo y el pobre se vuelve loco. Le

dicen: «¿A que te gustaría tocar la flauta?» A nadie se le ocurre pensar que eso es lo que dice todo el mundo. Sólo estaba intentando recordar si hay algo que todo el mundo le dice siempre a un detective privado para no decirlo yo.

–No. Lo que pasa es que todos ponen cara de desconfianza y usted lo ha hecho muy bien.

–Vaya –dijo Kate, desilusionada–. Bueno, ¿tiene alguna pista, quiero decir, alguna idea acerca de lo que puede haberle ocurrido a su secretaria?

–No –contestó Dirk–, ni la más remota. Sólo una especie de vaga imagen de la que no consigo sacar nada en limpio. –Se entretuvo jugando con su cigarrillo y después dirigió la mirada a la mesa y al libro.

Lo recogió y lo examinó, mientras se preguntaba qué impulso le había hecho cogerlo.

–En realidad no sé absolutamente nada acerca de Howard Bell –dijo.

A Kate le sorprendió su forma inesperada de cambiar de tema, pero también sintió un poco de alivio.

–Sólo sé –prosiguió– que vende un montón de libros y que casi todos se parecen a éste. ¿Qué más debería saber?

–Bueno, corren algunas historias bastante raras acerca de él.

–¿Por ejemplo?

–Por ejemplo las cosas que se hace subir a las habitaciones de los hoteles cuando da conferencias por toda América. Desde luego, nadie conoce los detalles, los organizadores sólo reciben las cuentas y las pagan sin más porque no se atreven a preguntar. Piensan que es más seguro no saber nada. Especialmente acerca de las gallinas.

–¿Gallinas? –preguntó Dirk–. ¿Qué gallinas?

–Bueno, al parecer –dijo Kate, bajando la voz e inclinándose un poco hacia delante– siempre manda que le suban gallinas vivas a la habitación.

Dirk frunció el ceño.

–¿Para qué demonios las quiere?

–Nadie lo sabe. Nadie ha sabido nunca qué pasa con ellas. Nadie las ha vuelto a ver. Ni una –dijo inclinándose un poco más y bajando aún más la voz– sola pluma.

Dirk pensó si no se estaría comportando como un simplón incorregible y un ingenuo.

–¿Y qué piensa la gente que hace con ellas? –preguntó.

–Nadie –respondió Kate– tiene la menor idea. Ni siquiera *desea* tener la menor idea. Simplemente no lo saben.

Se encogió de hombros y recogió el libro.

–Otra cosa que David (es mi hermano) dice acerca de él es que tiene el nombre absolutamente perfecto para ser un bestseller.

–¿De verdad? –dijo Dirk–. ¿En qué sentido?

–David dice que eso es lo primero que un editor busca en un nuevo escritor. No «¿es bueno lo que escribe?» o «¿lo que escribe está bien después de quitarle todos los adjetivos?», sino «¿el apellido suena bien y es corto y el nombre un pelín más largo?» ¿Lo ve? El «Bell» está escrito en grandes letras plateadas y el «Howard» encaja perfectamente bien arriba en letras un poco más finas. Una marca de fábrica instantánea. Es la magia editorial. Cuando se tiene un nombre como éste, el hecho de que se escriba bien o mal es un tema de menor importancia. Lo que, en el caso de Howard Bell, es en la actualidad una magnífica ventaja. Pero es un nombre completamente vulgar si se escribe de una forma normal como aquí, ¿lo ve?

–¿Qué? –dijo Dirk.

–Aquí, en el sobre.

–¿Dónde? Déjemelo ver.

–Éste es su nombre, ¿verdad? Está tachado.

–¡Santo cielo, tiene usted razón! –exclamó Dirk, examinando el sobre–. Supongo que no lo reconocí porque no tenía la forma de su marca de fábrica.

–Entonces, ¿tiene algo que ver con él? –preguntó Kate, cogiendo el sobre y mirándolo de cerca.

–No lo sé exactamente –contestó Dirk–. Es algo que tiene que ver con un contrato, y también algo que ver con un disco.

–No es raro que tenga alguna relación con un disco.

–¿Cómo lo sabe? –preguntó Dirk.

–Bueno, este nombre de aquí es Dennis Hutch. ¿Lo ve?

–Ah, sí, ya lo veo –dijo Dirk, examinándolo a su vez–. Eeeh..., ¿debería conocer el nombre?

–Bueno –dijo Kate lentamente–, supongo que depende de si está usted vivo o no. Es el presidente de Aries Rising Record Group. Menos famoso que el papa, lo reconozco, pero... ¿sabe usted a qué papa me refiero?

–Sí, sí –dijo Dirk, impaciente–, el tipo del pelo blanco.

–Exacto. Al parecer es la única persona importante a quien el sobre no ha estado dirigido en algún momento. Aquí están Stan Dubcek, patrón de Dubcek, Danton, Heidegger, Draycott. Sé que llevan la cuenta de ¡ARRGH!

–¿Aaa... qué?

–¡ARRGH! Aries Rising Record Group Holdings. Conseguir esa cuenta significó la fortuna de la agencia.

Miró a Dirk.

–Tiene usted todo el aspecto –declaró– de alguien que sabe muy poco de los negocios de la industria discográfica o de las agencias publicitarias.

–Tengo ese honor –dijo Dirk, inclinando graciosamente su cabeza.

–¿Entonces qué hace con esto?

–Cuando consiga abrirlo, lo sabré –replicó Dirk–. ¿No tendrá usted un cuchillo?

Kate negó con la cabeza.

–¿Quién es este Geoffrey Anstey? –quiso saber–. Es el único nombre que no está tachado. ¿Un amigo suyo?

Dirk empalideció un poco y no respondió de inmediato. Después dijo:

–Esa criatura extraña que mencionó, esa criatura «Algo huele a podrido en el Woodshead». Repítame una vez más lo que le dijo.

–Dijo: «Yo también le llevo ventaja, señorita Schechter» –repitió Kate. Intentó encogerse de hombros.

Dirk sopesó sus pensamientos como dudando durante unos instantes.

–En mi opinión –dijo por fin– es posible que corra usted peligro.

–¿Quiere decir que es posible que algún lunático se estrelle contra mi coche en la carretera? ¿Esa clase de peligro?

–Incluso peor.

–No me diga.

–Sí.

–¿Y qué le hace pensar tal cosa?

–Todavía no lo tengo muy claro –replicó Dirk, frunciendo el ceño–. La mayoría de las ideas que tengo en este momento se relacionan con cosas completamente imposibles, así que no me apetece compartirlas. Son, sin embargo, las únicas ideas que tengo.

–Yo en cambio tengo otras diferentes –dijo Kate–. ¿Cómo era el principio de Sherlock Holmes? «Una vez se ha descartado lo imposible, lo que queda, por muy improbable que parezca, debe ser la verdad.»

–Estoy en completo desacuerdo –protestó Dirk–. Lo imposible tiene a menudo una especie de integridad de la cual carece lo meramente improbable. ¿Cuántas veces le han dado sobre algo una explicación aparentemente racional que funciona en todos los aspectos excepto uno, que es justamente el ser totalmente

improbable? Su instinto diría: «Sí, pero él o ella simplemente no harían eso.»

–Bueno, de hecho es lo que me ha pasado hoy.

–Ah, sí –dijo Dirk, dando una palmada sobre la mesa que hizo saltar las copas–, la niña de la silla de ruedas, un ejemplo perfecto. La idea de que de alguna manera recibe las cotizaciones de ayer en la Bolsa aparentemente de la nada es tan imposible que ése debe de ser el caso, porque la idea de que mantiene un complejísimo y laborioso fraude que no le reporta beneficio alguno es a todas luces improbable. La primera idea supone sin más que hay algo que nosotros ignoramos, y Dios sabe que de ésas hay de sobra. La segunda, sin embargo, va en contra de algo fundamental y humano que todos conocemos. En consecuencia, deberíamos desconfiar de tal idea con toda su supuesta racionalidad.

–Pero usted no me dirá lo que piensa.

–No.

–¿Por qué no?

–Porque suena ridículo. Pero creo que está usted en peligro. Creo que puede correr terribles peligros.

–Perfecto. ¿Y qué me sugiere que haga? –dijo Kate, tomando un sorbo de su segunda copa, que hasta el momento había permanecido casi intacta.

–Le sugiero –dijo Dirk, con mucha seguridad– que regrese a Londres y pase la noche en mi casa.

Kate estalló en carcajadas y tuvo que buscar un Kleenex en el bolso para limpiarse el jugo de tomate.

–Lo lamento, pero ¿qué tiene eso de extraordinario? –preguntó Dirk, un tanto sorprendido.

–Es la más maravillosamente enrevesada forma de ligar que he oído en toda mi vida –respondió Kate con una sonrisa–. Pero mucho me temo que la respuesta es un «no» rotundo.

Él era, pensó, interesante, entretenido en cierta manera por su excentricidad, pero también extremadamente poco atractivo.

Dirk se sintió muy incómodo. Dijo:

–Creo que ha habido un terrible malentendido. Permítame que le explique que...

Fue interrumpido por la súbita aparición del mecánico del taller, portador de las nuevas acerca del coche de Kate.

–Ya está arreglado –proclamó–. De hecho no había nada más que arreglar aparte del parachoques. Quiero decir nada nuevo. Ese ruido raro que usted mencionó es el motor. Pero funcionará bien. Sólo tiene que darle un poco de gas, soltar el embrague y después

esperar un poquito más de lo normal.

Kate le agradeció el consejo sin mucho entusiasmo e insistió en permitir que Dirk pagara las veinticinco libras de la factura.

Mientras estaban en el aparcamiento, Dirk repitió con vehemencia que Kate debería ir con él, pero ella se empecinó en que lo único que necesitaba era dormir durante toda la noche y que por la mañana todo parecería alegre, feliz y más fácil de resolver.

Dirk insistió en que al menos debían intercambiar sus números de teléfono. Kate estuvo de acuerdo a condición de que Dirk buscara otra ruta para regresar a Londres y se mantuviera alejado de su coche.

–Tenga mucho cuidado –le gritó Dirk mientras el coche salía refunfuñando a la carretera.

–Lo tendré –gritó Kate–, y si ocurre cualquier cosa imposible le prometo que será usted el primero en saberlo.

Por un momento, las ondulaciones amarillas del coche brillaron mortecinas con la luz que se filtraba de las ventanas del pub y se destacaron contra el gris casi negro del encapotado cielo nocturno que muy pronto lo engulló.

Dirk intentó seguirla pero su coche se negó a arrancar.

15

Las nubes se desplomaban pesadamente sobre la tierra, formando enormes torres grises, mientras Dirk, en un repentino ataque de alarma, llamaba una vez más al hombre del taller mecánico. En esta ocasión, tardó más en presentarse con su camión, y cuando lo hizo, estaba de mal humor por culpa de la bebida.

Lanzó unas cuantas carcajadas muy poco oportunas ante la triste situación de Dirk, y después de abrir el capó empezó a murmurar entre dientes acerca de colectores, bombas, alternadores y estorninos, y no hubo manera de poner en claro si sería o no capaz de ponerlo en marcha aquella misma noche.

Dirk fue incapaz de obtener una respuesta comprensible, o al menos una respuesta que tuviera algún significado, sobre cuál era la causa de los quejidos del alternador, qué mal afectaba a la bomba de gasolina, por qué el bobinado del motor de arranque estaba destrozado y el encendido estropeado.

Por fin consiguió entender que el mecánico pretendía que una familia de estorninos había instalado, tiempo ha, su nido en partes vitales del motor y que, en consecuencia, habían tenido una muerte horrible llevándose con ellos partes vitales de la maquinaria. En este punto, Dirk comenzó a mirar a su alrededor buscando con desesperación cómo salir del embrollo.

Advirtió que el camión del mecánico no estaba lejos y que el motor estaba en marcha, y optó por hacerse con él. Como era un poco menos lento y mejor corredor que el mecánico, logró poner en práctica su plan sin mayores dificultades.

Se metió en el camino y condujo en medio de la noche para aparcar cinco kilómetros carretera abajo. Dejó las luces del camión encendidas, deshinchó los neumáticos y se escondió detrás de un árbol. Unos diez minutos más tarde, apareció su Jaguar tomando una curva a todo gas, pasó por delante del camión, clavó los frenos y volvió marcha atrás como un rayo. El mecánico abrió la portezuela y saltó dispuesto a recuperar su propiedad, dando la oportunidad a Dirk para que abandonara su escondrijo de un salto y reclamara la suya.

Arrancó haciendo rechinar los neumáticos y se alejó satisfecho de su triunfo, aunque se sentía asediado por una angustia que era incapaz de definir o poner nombre.

Kate, mientras tanto, se había sumergido en el fosforescente río

amarillo que serpenteaba a través de los suburbios occidentales de Acton y Ealing y después hasta el corazón de Londres. Se arrastró a velocidad de oruga por el paso elevado de Westway, y poco después giró al norte hacia Primrose Hill y su casa.

Siempre disfrutaba conduciendo a lo largo del parque, las sombras nocturnas de los árboles la tranquilizaban y le hacían desear la comodidad de su cama.

Buscó un lugar donde aparcar, cercano a la puerta de su casa, y lo encontró a unos treinta metros de distancia. Salió del coche y tuvo mucho cuidado en no cerrarlo con llave. Jamás dejaba nada de valor en el interior y había descubierto que era mucho más rentable permitir que la gente no tuviera que romper nada para averiguarlo. Le habían robado el coche en dos ocasiones pero en ambas lo había encontrado abandonado pocos metros más allá.

No se dirigió inmediatamente hacia su casa, sino que caminó en dirección opuesta para ir a comprar un poco de leche y bolsas de basura en el pequeño colmado en la esquina de la calle próxima. Estuvo de acuerdo con el paquistaní de cara amable que regentaba el local en que efectivamente tenía aspecto de cansada y que debía irse a la cama temprano, pero en el camino de vuelta se desvió de nuevo, esta vez para ir a apoyarse en las rejas del parque, y contemplar durante unos minutos la oscuridad y respirar un poco del frío y húmedo aire nocturno. Por fin, se dirigió hacia su piso. Entró en su calle y cuando pasaba junto a la primera farola, la bombilla parpadeó y se apagó, dejándola en un pequeño lago de oscuridad.

Este tipo de cosas siempre producen un sobresalto desagradable.

Dicen que no hay nada de sorprendente en la creencia de que, por ejemplo, cuando una persona piensa repentinamente en otra en la que no había pensado durante años, descubre al día siguiente que dicha persona acaba de morir. Siempre hay montones de personas recordando repentinamente a personas a las que no han recordado en años, y siempre hay montones de personas muriéndose. En una población, digamos, como la de los Estados Unidos, la ley de probabilidades dice que esta coincidencia en particular debe de ocurrir, como mínimo, unas diez veces al día, pero esto no quiere decir que deje de producirle escalofríos a cualquiera que lo experimente.

Con el mismo criterio, continuamente hay bombillas que se funden en las farolas, y un número considerable debe fundirse justo en el momento en que alguien pasa por debajo. Aun así, esto sigue produciendo escalofríos en la persona afectada, especialmente

cuando la siguiente farola por la que pasa hace exactamente lo mismo.

Kate se quedó clavada en su sitio.

Si puede ocurrir una coincidencia, pensó Kate, entonces también puede ocurrir otra. Y si una coincidencia ocurre justamente después de otra coincidencia, entonces se trata simplemente de una coincidencia. No había motivo alguno de alarma en que un par de bombillas de la calle se apagaran. Se encontraba en una calle perfectamente normal y conocida con casas a todo su alrededor con las luces encendidas. Miró la casa vecina a la suya, pero desafortunadamente lo hizo en el preciso momento en que las luces de las ventanas se apagaban. Esto se debía sin duda a que sus ocupantes acababan de escoger este momento para abandonar el cuarto, pero aunque sólo era una prueba más de que las coincidencias más extraordinarias pueden ocurrir, hizo muy poco en favor de su estado de ánimo.

El resto de la calle continuaba bañada en un débil resplandor amarillento. Sólo era un pequeño espacio a su alrededor el que de pronto se había quedado a oscuras. La próxima mancha de luz estaba sólo a unos pocos pasos. Respiró hondo, se rehízo, y caminó en esa dirección, alcanzando su centro exacto en el preciso instante en que ésta también se apagaba.

Los ocupantes de las dos casas que acababa de dejar atrás también escogieron el mismo momento para abandonar el salón, igual que sus vecinos de la acera opuesta.

Tal vez acababa de terminar alguno de los programas más populares de la televisión. Ésta era la explicación. Todo el mundo se estaba poniendo de pie y apagando sus televisores y sus luces simultáneamente, y el aumento de tensión fundía algunas de las bombillas de las farolas. Tenía que ser algo así. El aumento de tensión resultante también hacía que su corazón latiera más deprisa. Siguió caminando, al tiempo que intentaba calmarse. Tan pronto como estuviera en su casa tendría que mirar el periódico para saber cuál era el programa que había fundido tres bombillas de la calle.

Cuatro.

Se detuvo y permaneció absolutamente inmóvil bajo la lámpara apagada. Se oscurecían más casas. En realidad, lo que más le preocupaba era el hecho de que se oscurecían en el mismo momento en que ella las miraba.

Una mirada y *pop*.

Lo volvió a probar.

Una mirada y *pop*.

Cada una que miraba se oscurecía inmediatamente.

Una mirada y *pop*.

Se dio cuenta con un súbito estremecimiento de temor de que debía dejar de mirar las que todavía estaban iluminadas. Los razonamientos que había intentado construir corrían ahora por el interior de su cabeza, chillando como desesperados para que los dejara salir y ella los dejó ir. Intentó mantener la mirada fija en el suelo, por miedo a apagar toda la calle, pero no pudo evitar lanzar fugaces miradas de reojo para ver si funcionaba.

Una mirada y *pop*.

Limitó su mirada al estrecho camino que tenía delante. La mayor parte de la calle estaba ahora a oscuras.

Quedaban otras tres farolas entre ella y la puerta del edificio donde estaba su piso. A pesar de que mantenía los ojos apartados, pensó que podría detectarlo con su visión periférica si las luces del piso de abajo del suyo estaban encendidas.

Allí vivía Neil. No podía recordar cuál era su apellido, pero tocaba el contrabajo a tiempo parcial y se dedicaba a las antigüedades. Tenía la costumbre de ofrecerle consejos de decoración que ella no le pedía y también le robaba la leche, así que sus relaciones con él siempre habían sido un tanto frías. Sin embargo, en aquellos instantes rogaba que él estuviera en casa para decirle qué tenía de malo su tresillo, y que su luz no se apagara en el momento en que apartara la mirada de las baldosas de la acera, con los tres haces de luz distribuidos a distancias regulares a lo largo del trayecto que le quedaba por recorrer.

Se volvió un momento y contempló el camino por el que había venido. Todo era oscuridad, disimulada en las sombras del parque, que ya no le tranquilizaba sino que le parecía amenazador, con sus siniestras y gruesas raíces nudosas, y sus traicioneros montones de hojas podridas.

Se dio la vuelta de nuevo, manteniendo la mirada baja.

Tres haces de luz.

Las farolas no se apagaban cuando las miraba, sólo cuando pasaba junto a ellas.

Cerró los ojos con fuerza y visualizó con toda exactitud dónde estaba la bombilla de la próxima farola, más arriba y delante de ella. Levantó la cabeza y con mucho cuidado volvió a abrir los ojos, mirando fijamente el globo naranja que resplandecía a través de los gruesos cristales.

Permaneció encendido.

Mantuvo la mirada fija en la luz hasta que comenzaron a

formársele puntos ardientes en la retina, y avanzó con toda cautela, paso a paso, ejerciendo toda su fuerza de voluntad para que continuara encendida mientras se acercaba. Permaneció encendida.

Volvió a dar unos pasos. Continuaba brillando. Otro paso y seguía brillando. Ahora ya estaba casi debajo y tenía que forzar el cuello para mantenerla enfocada.

Siguió avanzando y vio cómo el filamento de la bombilla se retorcía y se apagaba inmediatamente, dejando en el fondo de sus ojos una imagen que bailaba enloquecida.

Volvió a bajar la mirada y trató de mantenerla fija delante de ella, pero por todas partes aparecían sombras amenazadoras y sintió que estaba perdiendo el control. Echó a correr hacia la próxima farola y una vez más la oscuridad señaló su llegada. Se detuvo allí jadeando, y guiñando los ojos mientras intentaba calmarse y ajustar su visión. Al mirar hacia la última farola, creyó ver una figura junto a ella. Era una figura grande que se recortaba contra una sombra anaranjada. En la cabeza de la figura se erguían unos cuernos enormes.

Con la mirada extraviada observó la profunda oscuridad y de pronto le gritó a la figura:

–¿Quién es usted?

Se hizo un silencio y después una voz profunda le respondió:

–¿No tendría usted algo con que pueda quitarme estos trozos de suelo de la espalda?

16

Se hizo otro silencio, esta vez de una calidad distinta y un tanto desordenada.

Fue un silencio muy largo. Flotaba nervioso en el aire, preguntándose quién sería el primero en romperlo. La calle a oscuras adoptó un aspecto retraído poniéndose a la defensiva.

— ¿Qué? –volvió a gritarle Kate a la figura–. He dicho... ¿*qué*?

La figura enorme se movió. Kate todavía no podía verle porque en sus ojos seguían bailando las manchas azules, consecuencia de haber mirado la luz anaranjada.

–Me pegaron –dijo la figura– al suelo. Mi padre...

–Fue *usted...,* es *usted...* –tartamudeó Kate, presa de una rabia incontenible–, es usted el responsable... de todo *esto*.

Se dio media vuelta y con un gesto furioso de su mano señaló la extensión de la calle para indicar la pesadilla que acababa de atravesar.

–Es importante que sepa usted quién soy.

–¿Ah, sí? –dijo Kate–. Bueno, dígame ahora mismo su nombre para que yo pueda ir directamente a la policía y hacer que lo encierren acusado de haber violado alguna ley. Intimidación. Interferir con...

–Yo soy Thor. Yo soy el Dios del Trueno, el Dios de la Lluvia, el Dios de los Grandes Nubarrones, el Dios del Relámpago, el Dios de las Aguas Desbordadas, el Dios de las Partículas, el Dios de las Fuerzas Modeladoras y Reunificadoras, el Dios del Viento, el Dios de las Cosechas, el Dios del Martillo Mjollnir.

–¿De veras? –siseó Kate–. Bueno, no me cabe la menor duda de que ha escogido un mal momento para mencionarlo. Podría haberme interesado, pero ahora mismo no hace más que ponerme furiosa. ¡Encienda otra vez las malditas luces!

–Yo soy...

–¡Le he dicho que encienda las luces!

Con cierto brillo de resignación, las luces de la calle volvieron a encenderse, y las ventanas de las casas se iluminaron otra vez. La lámpara que había sobre la cabeza de Kate volvió a apagarse casi de inmediato. Le dirigió al hombre una mirada de advertencia.

–Era una lámpara vieja y enferma –dijo él.

Continuó mirándolo furioso.

–Mire –dijo él–. Aquí tengo su dirección.

Le enseñó el trozo de papel que ella le había dado en el aeropuerto como si de alguna manera esto lo explicara todo y volviera a poner las cosas en su sitio.

–Yo...

–¡Atrás! –gritó el hombre, mientras colocaba los brazos delante de su cara.

–¿Qué?

Con una fuerte ráfaga de viento, apareció en medio del cielo nocturno un águila lanzada en picado, con las garras preparadas para atraparlo. Thor comenzó a darle golpes y manotazos hasta que el gran pájaro se apartó, giró, casi se estrelló contra el suelo, se recobró, y con un lento batir de sus enormes alas se elevó en el aire para ir a posarse sobre la farola. Clavó las garras con fuerza en el hierro y se quedó quieta, haciendo que toda la farola temblara suavemente bajo su peso.

–¡Vete! –le gritó Thor.

El águila continuó sentada y lo miró. Una criatura monstruosa, todavía más monstruosa por efecto de la luz anaranjada sobre la que estaba, que proyectaba unas sombras enormes y siniestras sobre las casas vecinas. Tenía unas extrañas marcas circulares en las alas. Kate se preguntó si no las había visto antes, en sus pesadillas, estas marcas, pero no podía afirmarlo porque no sabía si lo que sucedía ahora no formaba parte de una pesadilla.

No había ninguna duda de que había encontrado al hombre que buscaba. La misma forma enorme, los mismos ojos glaciales, la misma mirada de arrogante exasperación un tanto confusa, sólo que esta vez sus pies estaban calzados con enormes botas de piel, grandes pieles, correas y hebillas colgaban de sus hombros, un inmenso yelmo de metal con gigantescos cuernos cubría su cabeza, y su exasperación no estaba dirigida a la empleada de una compañía aérea sino a un águila inmensa posada en una farola en medio de Primrose Hill.

–¡Vete! –volvió a gritarle–. ¡Este asunto está más allá de mi poder! ¡Todo lo que estaba a mi alcance ya lo he hecho! ¡Me he ocupado de tu familia! ¡No puedo hacer nada más por ti! Yo mismo estoy indefenso y enfermo.

Kate sufrió de pronto una conmoción al ver que el hombre tenía unas profundas heridas en el antebrazo izquierdo, donde el águila había clavado los espolones cortándole la carne. La sangre salía a borbotones como una tubería reventada.

–¡Vete! –gritó otra vez. Con el canto de la mano recogió la sangre que manaba del brazo y arrojó las pesadas gotas contra el

águila, que se echó hacia atrás, aleteando sin soltarse. De pronto, el hombre dio un tremendo salto y se elevó por los aires, aferrándose después a la farola que comenzó a balancearse peligrosamente bajo el peso combinado de ambos. Con grandes chillidos, el águila comenzó a darle picotazos, mientras él intentaba con violentos gestos de su brazo libre hacer que se desprendiera de su asidero.

Se abrió una puerta. Era la puerta de la casa de Kate y se asomó un hombre con gafas de montura gris y bigote bien cuidado. Se trataba de Neil, el vecino del piso de abajo. Estaba de mal humor.

–Oiga, de verdad pienso... –comenzó a decir. Sin embargo, enseguida se vio que simplemente no sabía qué pensar, así que se metió de nuevo en el edificio, llevándose con él su mal humor insatisfecho.

El gigante se afirmó bien, tomó impulso y dio un gran salto por el aire hasta la próxima farola, donde se aposentó suavemente con un ligero balanceo. El poste se inclinó un poco bajo su peso. El hombre se agachó mirando fieramente al águila, que le devolvía la mirada.

–¡Vete! –volvió a gritar, haciéndole gestos con el brazo.

–¡Grrrh! –le replicaba el águila.

Con otro movimiento de su brazo, sacó de debajo de sus pieles un enorme mazo de mango corto y comenzó a pasárselo con gesto amenazador de una mano a otra. La cabeza del martillo era un trozo de hierro forjado del tamaño y la forma de un barril de cerveza de cinco litros, y su mango corto era un pedazo de madera de roble, del grosor de una muñeca, envuelto con una tira de cuero.

–¡Grrrrrh! –chilló el águila una vez más contemplando el mazo con una mirada recelosa. Cuando Thor comenzó a balancear lentamente el mazo, el águila cambió su peso de una pata a otra, siguiendo el ritmo de las oscilaciones del mazo.

–¡Vete! –insistió nuevamente Thor, con voz no tan fuerte pero mucho más amenazadora. Se alzó alto como era sobre la farola y comenzó a hacer girar el mazo sobre su cabeza en círculos cada vez más amplios y rápidos. De pronto lo lanzó directamente contra el águila. En el mismo instante, una descarga de alto voltaje surgió de la farola en la que estaba posada el águila, que pegó un salto mientras chillaba enfurecida. El martillo voló inofensivamente debajo de la farola, remontó en el aire y desapareció en la oscuridad del parque, mientras Thor, liberado de su peso, oscilaba en lo alto de la farola, hasta que se giró y logró recuperar el equilibrio. Batiendo el aire furiosamente con sus enormes alas, el águila también consiguió controlar sus movimientos. A

continuación, se elevó para hacer un último ataque en picado sobre Thor, que lo evitó bajando de la farola de un salto, y luego remontó el vuelo hacia el cielo nocturno, donde muy pronto quedó reducida a una pequeña mancha que al cabo de un instante desapareció.

El martillo regresó de pronto de su viaje por el cielo, con su cabeza arrancó chispas de las piedras del pavimento, dio un par de volteretas en el aire y después fue a posarse junto a Kate, descansado suavemente el mango contra su pierna.

Una señora mayor que había estado aguardando pacientemente con su perro en las sombras de la farola, ahora difunta, consideró, y no se equivocó, que se había acabado el jaleo y pasó con calma junto a ellos. Thor aguardó cortésmente a que pasara y luego se aproximó a Kate, que permaneció observándole con los brazos cruzados. Después de todo el follón de los últimos dos o tres minutos, de pronto parecía como si Thor no supiera qué decir y, de momento, se dedicó a mirar pensativamente al frente.

Kate tuvo la clara impresión de que pensar era, para él, una actividad bien diferenciada de todo lo demás, una tarea que necesitaba su propio espacio. No podía ser combinada fácilmente con otras actividades como caminar, hablar o comprar billetes de avión.

–Será mejor que le echemos una mirada a ese brazo –dijo ella, y abrió la marcha subiendo la escalera de su casa. Él la siguió dócilmente.

Cuando abrió la puerta de la calle se encontró a Neil en el vestíbulo, con la espalda apoyada en la pared, contemplando con mirada severa y acusadora una máquina de Coca-Cola colocada junto a la pared opuesta y que ocupaba gran parte del poco espacio disponible en el vestíbulo.

–No sé qué vamos a hacer con esto. De verdad que no lo sé –dijo.

–¿Qué hace esto aquí? –preguntó Kate.

–Bueno, eso mismo te pregunto yo –contestó Neil–. No sé cómo piensas arreglártelas para subirla por las escaleras. Si quieres que te sea completamente sincero, no creo que puedas. Y, enfrentémonos a la verdad, me parece que no te va a gustar una vez la tengas arriba. Ya sé que es muy moderno y muy americano, pero piénsalo. Tienes aquella hermosa mesa de cerezo estilo francés, el tresillo que quedará fantástico cuando le quites esa horrible funda Collier Campbell, como ya te he dicho en varias ocasiones aunque tú no quieras hacerme caso, y tampoco sé dónde la vas a meter. Ni siquiera estoy muy seguro de que deba permitirlo. Quiero decir que

es un objeto muy pesado y ya sabes lo que te dije acerca de los suelos de esta casa. Pensándolo bien, creo que no te dejaré, ¿sabes?

–Sí, Neil, pero ¿cómo ha llegado aquí?

–Bueno, tu amigo aquí presente la trajo hará cosa de una hora más o menos. No sé dónde se entrena, pero debo reconocer que no me molestaría hacer una visita a su gimnasio. Le dije que todo este asunto me resultaba bastante extraño, pero insistió y al final incluso tuve que echarle una mano. Pero quiero que quede bien claro que necesitamos reflexionar muy seriamente acerca del tema. Le pregunté a tu amigo si le gustaba Wagner, pero no reaccionó muy bien. Así que no sé, ¿qué piensas hacer con esto?

Kate respiró profundamente. Le sugirió a su gigantesco invitado que subiera a su casa y le dijo que se reuniría con él enseguida. Thor pasó junto a ellos cabizbajo, y ofrecía un aspecto absurdo subiendo las escaleras.

Neil observaba con atención los ojos de Kate tratando de descubrir qué estaba pasando exactamente, pero Kate se mantenía tan impenetrable como sólo ella sabía hacerlo.

–Lo siento, Neil –dijo con voz tranquila–. La máquina de Coca-Cola desaparecerá mañana mismo. Todo ha sido un malentendido. Mañana lo habré aclarado todo.

–Sí, todo está muy bien –replicó Neil–, pero yo ¿en qué situación me encuentro? Quiero decir, tú comprendes mi problema.

–No, Neil, no lo comprendo.

–Bueno, yo tengo esta... esta cosa aquí, tú tienes esa... persona arriba, y todo el asunto es extremadamente molesto.

–¿Puedo hacer algo para que las cosas mejoren?

–Bueno, no es tan fácil como eso. Quiero decir que tendrías que reflexionar un poco, eso es todo. Quiero decir, reflexionar sobre todo esto. Esta tarde dijiste que te marchabas. Después oí cómo corría el agua en la bañera. ¿Qué querías que pensara? Y máxime después de toda la historia de la gata, y tú sabes que no me entiendo con los gatos.

–Lo sé, Neil. Ése fue el motivo por el que le pedí a la vecina de al lado, Mrs. Grey, que la cuidara.

–Sí, y mira lo que le ocurrió. Se murió de un ataque al corazón. Mr. Grey está muy afectado, ¿sabes?

–No creo que tenga nada que ver con que yo le pidiera que cuidara de mi gata.

–Bueno, lo único que digo es que él está *muy* trastornado.

–Sí, Neil. Su esposa ha muerto.

–Bueno, yo no estoy insinuando nada. Sólo he dicho que creo

que tendrías que reflexionar un poco. ¿Y qué demonios se supone que debemos hacer con esto? –añadió, volviendo su atención una vez más a la máquina de CocaCola.

–Ya te he dicho que me aseguraré de que mañana por la mañana se la lleven, Neil –dijo Kate–. Estoy dispuesta a permanecer aquí y chillar como una loca si crees que eso te ayudará, pero...

–Escucha, cariño. Sólo estaba haciendo un comentario. Y espero que esta noche no hagas mucho ruido arriba porque tengo que ensayar, y ya sabes que necesito silencio para poder concentrarme –dijo. Le dirigió a Kate una mirada muy significativa por encima de las gafas y desapareció en su apartamento.

Kate permaneció donde estaba y mentalmente contó hasta diez –de momento era incapaz de acordarse de más–, y después se dirigió decidida escaleras arriba tras la estela del Dios del Trueno, sintiendo que no estaba de humor para la meteorología ni para la teología. La casa comenzó a temblar y a sacudirse con el sonido del tema principal de *La cabalgata de las Valkirias* interpretado en un contrabajo Fender Precision.

17

Mientras Dirk circulaba lentamente por Euston Road, atrapado en medio del atasco de la hora punta que había comenzado a finales de los setenta y que, a las nueve y cuarto de ese jueves por la noche, no daba señales de resolverse, creyó ver algo que le resultaba conocido.

Era su subconsciente el que le había informado –esa exasperante parte del cerebro de una persona que jamás responde a las interrogaciones, que se limita a dar golpecitos llenos de significado con el codo y después se queda tan tranquila sin decir nada.

«Claro que he visto algo que he reconocido», le murmuró Dirk mentalmente a su subconsciente. «Paso por este camino del calvario veinte veces al mes. Supongo que podría reconocer hasta la última cerilla tirada junto a la alcantarilla. ¿No podrías ser un poco más preciso?»

Su subconsciente, sin embargo, no era fácil de convencer y permaneció mudo. No tenía nada más que añadir. De todas maneras, la ciudad probablemente estaba llena de furgonetas grises. Algo poco digno de señalar.

«¿Dónde?», murmuró Dirk, furioso para sus adentros, revolviéndose en su asiento. «¿Dónde he visto una furgoneta gris?»

Nada.

Estaba completamente bloqueado en medio del atasco y no podía maniobrar en ninguna dirección y menos hacia delante. Se lanzó fuera del coche y comenzó a desandar el camino entre los coches detenidos, dando saltitos para descubrir dónde, si es que la había visto, podía haber divisado una furgoneta gris. Si la había visto, ahora le esquivaba. Su subconsciente seguía tan tranquilo sin soltar prenda.

El tráfico seguía inmóvil, así que intentó retroceder todavía más, pero le obstruyó el paso un fornido mensajero que se abría camino a bordo de una enorme y mugrienta Kawasaki. Dirk se enzarzó en un breve altercado con el mensajero pero salió perdedor, porque el mensajero no podía escuchar los argumentos de Dirk. Por fin, Dirk se batió en retirada por en medio de la corriente del tráfico, que ahora comenzaba a moverse muy lentamente en todos los carriles menos en aquel donde estaba su coche, sin conductor, inmóvil, soportando los bocinazos de los demás.

De pronto se sintió entusiasmado con el escándalo que

montaban las bocinas y, mientras se abría paso entre las largas columnas de coches que se arrastraban como caracoles, de repente se dio cuenta de que estaba actuando como aquellos locos que había visto en las calles de Nueva York, que corrían entre los coches hablando a los conductores acerca del Día del Juicio Final, la inminente llegada de los marcianos y la incompetencia y corrupción del Pentágono. Alzó las manos sobre la cabeza y comenzó a gritar a todo pulmón:

–¡Los dioses están en la Tierra! ¡Los dioses están en la Tierra!

Esto contribuyó a inflamar los ánimos de aquellos que tocaban la bocina detrás de su coche inmóvil, y muy pronto el conjunto de sonidos fue alcanzando un majestuoso crescendo cacofónico, mientras Dirk seguía desgañitándose.

–¡Los dioses están en la Tierra! ¡Muchas gracias! –añadió, y se zambulló en su coche, colocó la primera y se puso en marcha, permitiendo por fin que la apretujada masa pudiera proseguir.

Se preguntó por qué estaba tan seguro. Un «Acto de Dios». Simplemente una frase casual, dicha al azar, que permitía que la gente pudiera descartar a su conveniencia todos los fenómenos extraños que no admitieran una explicación más racional. Pero era su lado casual lo que la hacía tan atractiva para Dirk, porque las palabras lanzadas al azar, como si no tuvieran la menor importancia, a menudo permitían que verdades muy bien guardadas salieran a la luz.

Una desaparición inexplicable, Oslo y un martillo: una pequeña, pequeñísima coincidencia que hacía sonar una pequeña, pequeñísima nota. Sin embargo, era una nota que sonaba en medio del ruido cotidiano, y otras pequeñas notas sonaban al unísono. Un Acto de Dios, Oslo y un martillo. A un hombre con un martillo que intenta ir a Noruega se le impide que viaje, se enfada y el resultado es un «Acto de Dios».

Si, pensó Dirk, este ser fuera inmortal, seguiría vivo. Eso es lo que significa «inmortal».

¿Cómo podía un ser inmortal tener pasaporte?

Sí, ¿cómo? Dirk trató de imaginar qué sucedería si –por escoger un nombre al azar– el Dios Thor, que tiene ascendencia noruega y posee un gran martillo, se presentara a la oficina de pasaportes y tratara de explicar quién era y por qué no tenía la partida de nacimiento. No habría ninguna conmoción, ninguna relación horrorizada, ni grandes exclamaciones de sorpresa, sólo la más completa y absoluta imposibilidad burocrática. El problema no sería si alguien le creía o no, únicamente se trataría de que presentara

una partida de nacimiento válida. Podía pasarse todo el día haciendo milagros si le apetecía, pero cuando tuvieran que cerrar la oficina, si no tenía una partida de nacimiento válida, le pedirían sin más que se marchara.

Y las tarjetas de crédito.

Si, para seguir un momento con la misma hipótesis arbitraria, el Dios Thor estuviera vivo y, por alguna razón, de visita en Inglaterra, sería probablemente la única persona en todo el país que no recibiría un constante aluvión de invitaciones para que solicitara la tarjeta American Express, groseras amenazas de la misma procedencia amenazándole con retirarle la tarjeta American Express, y cientos de catálogos de regalos con sus páginas cubiertas de suntuosos y desagradables objetos, lujosamente realizados en plástico marrón imitación napa.

A Dirk la idea le pareció sensacional.

Esto es, claro está, si era el único dios que rondaba por allí, algo que, una vez se aceptaba la primera hipótesis extravagante, era improbable.

Pero imaginemos un momento que semejante persona intentara salir del país, desprovisto de pasaporte, carente de tarjetas de crédito, simplemente con la capacidad de lanzar rayos y vaya usted a saber qué más. Probablemente habría que imaginarse una escena muy parecida a la que, de hecho, tuvo lugar en la Terminal 2 del aeropuerto de Heathrow.

Pero ¿por qué, si uno era un dios noruego, tendría necesidad de salir del país utilizando los servicios de una compañía regular? Seguro que había otros medios. Dirk siempre había pensado que una de las ventajas de ser un ser divino era la capacidad de volar por tus propios medios. Por lo que recordaba de las leyendas noruegas, que había leído hacía ya muchos años, los dioses estaban continuamente volando por todas partes y jamás se hacía mención alguna de que tuvieran que rondar por las salas de espera comiendo rosquillas resecas. Hay que admitir que en aquellos tiempos el mundo no estaba plagado de controladores aéreos, radares, sistemas de alarmas antimisil y cosas por el estilo. Sin embargo, un rápido salto a través del Mar del Norte no tendría por qué plantearle muchos problemas a un dios, especialmente si el tiempo es favorable, algo que, si uno es el Dios del Trueno, hay que dar por sentado, o, en caso contrario, habría que pedir explicaciones, ¿no?

Otra pequeña nota cantó en el fondo de la mente de Dirk y después se perdió en el alboroto.

Por un momento, pensó qué efecto debía de hacer ser una

ballena. Físicamente, pensó, estaba en situación de hacerse una idea, aunque las ballenas estuvieran mejor adaptadas a surcar las vastas extensiones marinas de lo que lo estaba él para enfrentarse al tráfico de Pentonville Road en su cansado y viejo Jaguar pero, en realidad, él estaba pensando en el canto de las ballenas. En el pasado, las ballenas eran capaces de cantarse unas a otras a través de océanos enteros, incluso de un océano a otro, porque el sentido recorre distancias inmensas debajo del agua. Pero hoy en día, también a causa de la forma en que viaja el sonido, no hay parte del océano que no esté continuamente machacada por el ruido de los motores de los barcos, con lo cual es virtualmente imposible que las ballenas puedan escuchar sus canciones o mensajes.

«Pues que les den morcilla» es la expresión que refleja con mayor acierto el punto de vista de la gente ante este problema, y es comprensible, pensó Dirk. Después de todo, ¿quién tiene interés en escuchar a un montón de peces gordos, oh, perdón, mamíferos, eructándose los unos a los otros?

Pero, por un momento, Dirk tuvo una sensación de infinita pérdida y tristeza al pensar que en algún lugar en medio del ensordecedor ruido informativo que a diario sacudía la vida de los hombres, él podría haber escuchado algunas notas que señalaran los movimientos de los dioses.

Cuando giró al norte por Islington y comenzó el largo recorrido por delante de las pizzerías y las agencias inmobiliarias, se puso casi frenético al pensar en cómo serían sus vidas hoy en día.

18

Los finos dedos de los relámpagos surgían de la parte baja de los inmensos nubarrones que colgaban del cielo como un estómago caído. El breve latigazo de un tremendo trueno los regañó haciendo que dejaran caer unas pocas gotas miserables de una llovizna grasienta.

Bajo el cielo se extendía un vasto conjunto de enloquecidas torres, domos retorcidos y pináculos que lo pinchaban, molestaban e incordiaban hasta el punto de que parecía que en cualquier momento se abriría para ahogarlos en un diluvio de horrores espantosos.

En medio de la chispeante oscuridad, figuras silenciosas montaban guardia detrás de altos escudos, los dragones se acurrucaban observando el horrible cielo, mientras Odín, padre de los dioses de Asgard, se aproximaba a los grandes portones de hierro que debía atravesar para entrar en sus dominios y llegar a las abovedadas salas del Valhalla. El aire vibraba con silenciosos aullidos que proferían enormes perros alados, dando la bienvenida a su amo al trono de su reino. Los relámpagos alumbraban las torres y torreones.

El poderoso, antiguo e inmortal Dios de Asgard volvía a la habitual sede de sus dominios de una manera que le hubiera sorprendido siglos antes, cuando estaba en la flor de la vida –pues incluso los dioses inmortales tienen una época dorada, cuando sus poderes están en la plenitud y al mismo tiempo nutren y gobiernan el mundo de los hombres, ese mundo cuyas necesidades originaran su nacimiento–, regresaba a bordo de una enorme furgoneta Mercedes gris sin identificación alguna.

La furgoneta se detuvo en una zona reservada.

Se abrió la puerta de la cabina y de ella descendió un hombre con cara de tonto vestido con un uniforme gris sin ningún distintivo. Era un hombre al que le habían confiado el mismo trabajo que realizaba en vida porque no hacía preguntas, no porque estuviera dotado de una discreción natural fuera de lo común, sino porque jamás se le ocurría pregunta alguna. Se dirigió a la parte trasera de la furgoneta caminando lentamente y con un ligero balanceo, como cuando se revuelve una crema espesa con la cuchara, y abrió las puertas de atrás, una operación bastante complicada que exigía la manipulación coordinada de muchos

cerrojos y palancas.

Por fin se abrieron las puertas, y si Kate hubiera estado presente, por un momento se habría quedado sorprendida al pensar que tal vez la furgoneta llevaba efectivamente una carga de electricidad albanesa. Un haz de luz saludó a Hillow –el hombre se llamaba Hillow–, pero esto no le extrañó en absoluto. Un haz de luz era lo que esperaba ver cada vez que abría estas puertas. La primera vez que las abrió, se dijo simplemente: «Oh, un haz de luz. Vaya», y ya está, actitud que le había garantizado un trabajo regular durante todo el tiempo que le apeteciera vivir.

El haz de luz fue disminuyendo y se transformó en la figura de un hombre extremadamente viejo en una cama rodante, asistido por una figura pequeña que Hillow hubiera probablemente considerado la persona de aspecto más malvado que había visto jamás de haber poseído una mente que le permitiera recordar a todas las personas que había visto a lo largo de su vida y hacer un repaso una por una para poder compararlas. Esto, sin embargo, representaba un esfuerzo que estaba lejos de la intención de Hillow. Su única preocupación por el momento era ayudar a la figura pequeña a bajar la cama del anciano hasta el nivel del suelo.

La operación se realizó con suavidad. Las patas y las ruedas de la cama eran un milagro de la alta tecnología en acero inoxidable, y funcionaban sin brusquedades. Se frenaban, aceleraban, giraban y rodaban en una muy estudiada serie de movimientos que permitía resolver los problemas planteados por escalones y diferencias de nivel con gran rapidez y sin un solo tropiezo.

A mano derecha había una gran antecámara con revestimientos de maderas nobles talladas y grandes portaantorchas de mármol que colgaban orgullosas de las paredes. Este recinto comunicaba a su vez con la gran cámara abovedada. A mano izquierda estaba la entrada de las majestuosas habitaciones privadas donde Odín se prepararía para las reuniones de la noche.

Detestaba toda esa parafernalia. «Me han sacado de la cama», murmuró entre dientes, aunque la verdad es que se había traído la cama con él. Tener que volver a escuchar todo tipo de excusas tontas del cabeza de chorlito de su tronante hijo que no quería aceptar, que era incapaz de aceptar, que simplemente carecía de la inteligencia para aceptar las nuevas realidades de la vida. Si se negaba a aceptarlas, habría que suprimirlo y esa noche Asgard presenciaría la extinción de un dios inmortal. Todo aquello era, pensó Odín malhumorado, demasiado para alguien a esas alturas de la vida, que ya estaba muy avanzada, aunque no se dirigiera a

ninguna dirección en particular.

Todo lo que pedía era que le dejaran en el hospital de sus amores. El arreglo que le había llevado a aquel lugar era realmente agradable, y si bien no carecía de precio, era un precio que simplemente tenía que pagar y no había nada más que decir. Existían unas nuevas realidades y él había aprendido a aceptarlas. Aquellos que no estaban dispuestos a hacerlo tendrían que sufrir las consecuencias. Nadie da nada por nada, ni siquiera a un dios.

Después de esa noche podría volver para siempre a su vida en Woodshead, y era una perspectiva halagadora. Se lo dijo a Hillow.

–Sábanas blancas bien limpias –le dijo a Hillow, que se limitó a asentir sin entender nada–. Sábanas de hilo. Cada día, sábanas limpias.

Hillow maniobró la cama para subir un escalón.

–Ser un dios, Hillow –continuó Odín–, ser un dios, bueno, era algo sucio, ¿me escuchas, Hillow? No había nadie que se encargara de las sábanas. Quiero decir que realmente se ocupara de ellas. ¿Te lo puedes creer? ¿En una posición como la mía? ¿Padre de los Dioses? No había nadie, absolutamente nadie, que viniera y me dijera «Mr. Odwin» –soltó una risita–, allá abajo, sabes, me llaman Mr. Odwin. No tienen muy claro de quién se trata. No creo que pudieran resistirlo, Hillow. Pero no hubo nadie, en todos aquellos años, que viniera y me dijera: «Mr. Odwin, le he hecho la cama y le he puesto sábanas limpias.» Nadie. No hacían más que hablar de andar por ahí repartiendo hachazos, saqueando y destrozando. Mucha palabrería sobre el poder, la guerra, la esclavitud, pero se prestaba muy poca atención, ahora me doy cuenta, a la lavandería. Permíteme que te ponga un ejemplo.

Sin embargo, tuvo que interrumpir un momento sus reminiscencias, porque su vehículo había llegado a la gran entrada, vigilada por la masa informe y sudorosa de un ser que se encontraba, con los brazos en jarras, en medio del camino. Toe Rag, que había guardado un riguroso silencio mientras marchaba delante de la cama, se apresuró y mantuvo un rápido intercambio de palabras con la sudorosa criatura, que tuvo que agacharse, la cara roja, para oírle. De inmediato, la sudorosa criatura retrocedió para ir a acurrucarse con resplandeciente servilismo a su madriguera amarilla, y el lecho sagrado continuó su marcha por los grandes salones, cámaras y corredores donde reverberaba el eco de poderosos rugidos y subían olores fétidos.

–Deja que te ponga un ejemplo, Hillow –continuó Odín–. Por ejemplo, tomemos este lugar, Valhalla...

19

Girar hacia el norte era una maniobra que por lo general tenía la facultad de devolver a las cosas un poco de razón y cordura, pero Dirk no podía escapar a sus presentimientos.

Para colmo comenzó a llover un poco, lo que tendría que haber ayudado, pero era una lluvia tan ruin y miserable la que caía de un cielo tan cargado, que sólo sirvió para aumentar la sensación de claustrofobia y frustración que envolvía la noche. Dirk puso en marcha los limpiaparabrisas, que protestaron al no tener suficiente lluvia que limpiar, así que los volvió a parar. La lluvia cubrió rápidamente el parabrisas.

Volvió a poner en marcha los limpiaparabrisas, pero éstos se negaron a aceptar que el ejercicio valiera la pena y rascaron y chirriaron en señal de protesta. El pavimento se volvió resbaladizo y traicionero.

Dirk sacudió la cabeza. Se estaba comportando de una manera absurda, se dijo. Se había permitido llegar a unos extremos imaginativos que se inclinaba a despreciar. Estaba atónito ante las enloquecidas fantasías que había construido sobre la frágil acumulación de, bueno, no podía llamarlas con propiedad pruebas, meras conjeturas.

¿Un accidente en un aeropuerto? Sin duda tenía una explicación muy simple.

¿Un hombre con un martillo? ¿Y qué?

¿Una furgoneta gris que Kate Schechter había visto en la clínica? No había nada de extraño en ello. Dirk había estado a punto de chocar con ella, pero, una vez más, ése era un hecho perfectamente normal.

Una máquina de Coca-Cola: no había tenido en cuenta ese elemento.

¿Dónde encajaba una máquina de Coca-Cola con todas esas absurdas ideas acerca de los antiguos dioses? La única idea que se le ocurrió al respecto era tan ridícula que ni siquiera podía expresarla con palabras, e incluso él mismo se negó a reconocerla.

En ese punto, Dirk vio que estaba conduciendo por delante de la casa donde, aquella misma mañana, había encontrado a uno de sus clientes, al que un demonio de ojos verdes, blandiendo una guadaña y un contrato firmado con sangre, le había cortado la cabeza para después colocarla sobre un disco que giraba en el plato y a

continuación esfumarse en el aire.

Le echó una ojeada mientras pasaba en el preciso momento en que un enorme BMW azul oscuro se apartaba del bordillo justo delante de él, y como no podía ser de otra manera, fue a empotrarse contra su maletero. Por segunda vez ese día, tuvo que apearse de un salto de su coche, y comenzar a vociferar.

–¿Por todos los santos, es qué no mira usted por dónde va? –exclamó, con la esperanza de arrebatarle al adversario sus mejores frases–. ¡Hatajo de idiotas! –continuó, sin siquiera hacer una pausa para respirar–. ¡Circulan como si la calle fuera suya! ¡Conducen sin el menor cuidado ni atención! ¡Un descarado atropello!

Confunde a tu enemigo, pensó. Era un poco como llamar por teléfono a alguien y decir: «¿Sí? ¿Hola?», con voz airada cuando contestaba, lo que constituía uno de los pasatiempos favoritos de Dirk para pasar las largas y cálidas tardes veraniegas. Se inclinó y examinó la aparatosa abolladura en la parte trasera del BMW, que obviamente, maldita sea, era nuevo. Buena la has hecho, pensó Dirk.

–¡Mire lo que le ha hecho a mi parachoques! –gritó–. ¡Espero que tenga usted un buen abogado!

–Soy un buen abogado –replicó una voz tranquila. Un discreto chasquido siguió a estas palabras. Dirk alzó la mirada con cierta aprensión. El discreto chasquido había sido solamente el ruido de la puerta al cerrarse.

El hombre vestía un traje italiano, que también era discreto. Llevaba gafas discretas, el cabello discretamente cortado, y a pesar de que una pajarita no es, por su propia naturaleza, un objeto discreto, la pajarita que llevaba este hombre era, sin embargo, un muy discreto ejemplo a topos del género. Sacó una billetera delgada del bolsillo y también un delgado lápiz de plata. Con toda discreción caminó hasta la parte de atrás del Jaguar de Dirk y apuntó el número de la matrícula.

–¿Tiene usted una tarjeta? –le preguntó sin mirarle mientras escribía–. Aquí tiene –agregó, sacando una de su billetera. Escribió una nota en el reverso–. Mi número de matrícula –dijo– y el nombre de mi compañía de seguros. Sería usted tan amable de indicarme cuál es la suya. Si no lo recuerda, haré que mi secretaria le llame más tarde.

Dirk lanzó un suspiro y decidió que no tenía mayor sentido intentar pelearse con aquel individuo. Buscó su billetera y rebuscó entre sus varias tarjetas comerciales, que parecían ir acumulándose allí sin saber de dónde provenían. Por un momento consideró la

posibilidad de ser Wesley Arlott, un consultor de navegación para yates de altura con oficina, al parecer, en Arkansas, pero luego lo pensó mejor. Después de todo, el hombre había apuntado el número de su matrícula y si bien Dirk no recordaba muy bien si había pagado la prima de alguna póliza en los últimos tiempos, tampoco recordaba muy bien no haberlo hecho, lo que no dejaba de ser una buena señal. Con una mueca, le entregó una de sus tarjetas auténticas. El hombre la miró.

–Mr. Gently –dijo–. Investigador privado. Perdone, investigador privado *holístico.* De acuerdo.

Guardó la tarjeta sin prestarle mayor atención.

A Dirk jamás le habían tratado con tanta condescendencia en toda su vida. En aquel instante se produjo otro leve chasquido al otro lado del coche. Dirk miró en esa dirección y vio a una mujer con gafas de montura roja a la que se le había medio congelado la sonrisa. Era la misma mujer con la que había conversado aquella mañana, por encima de la pared del jardín del difunto Geoffrey Anstey, y el hombre debía de ser, supuso Dirk en consecuencia, su marido. Por un instante, pensó si no tendría que tirarles al suelo e interrogarles rigurosa y violentamente, pero de pronto se sintió terriblemente cansado y deprimido.

Saludó a la señora de las gafas rojas con una muy leve inclinación de cabeza.

–Todo arreglado, Cynthia –anunció el hombre dedicándole una brevísima sonrisa–. Ya nos hemos ocupado de todo.

Ella asintió con desmayo, y los dos volvieron a subir al BMW y, al cabo de unos segundos, se alejaron discretamente para desaparecer carretera abajo. Dirk miró la tarjeta que sostenía en la mano. Clive Draycott. Trabajaba en una conocida firma de abogados de la City. Dirk metió la tarjeta en la billetera, subió con desgana al coche, y emprendió el camino de regreso a su casa, donde se encontró con un águila dorada que le aguardaba pacientemente sentada en el umbral.

20

Kate arrinconó a su huésped tan pronto ambos estuvieron en el interior del piso, con la puerta cerrada, y Kate estuvo razonablemente segura de que Neil no volvería a salir de su apartamento para subir hasta la mitad de la escalera y espiarlos desde allí con desaprobación. El sonido continuo de su bajo le garantizaba al menos cierta privacidad.

–Muy bien –dijo ella, furiosa–. ¿Qué es toda esa historia del águila? ¿Y qué significa el asunto de las farolas? ¿Eh?

El Dios del Trueno noruego la miró un tanto avergonzado. Se había quitado el gran casco con cuernos porque pegaba contra el cielo raso y estaba rayando toda la escayola. Se lo colocó bajo el brazo.

–¿De qué va toda la historia –continuó Kate– con la máquina de Coca-Cola? ¿Qué rollo se trae con el martillo? Para resumir, ¿de qué va toda esta historia? ¿Eh?

Thor permaneció en silencio. Frunció el ceño un momento con arrogante irritación, después volvió a fruncir el ceño con algo que se parecía a la vergüenza, y después simplemente permaneció de pie, sangrando.

Durante unos segundos ella se resistió a permitir el colapso de su firmeza interior, y después se dio cuenta de que de todas maneras no la podría mantener, así que lo mejor era ceder inmediatamente.

–Muy bien –murmuró–, tendremos que ocuparnos de limpiar esas heridas. Iré a buscar un poco de antisépticos.

Fue a rebuscar en el armario de la cocina y volvió con una botellita. Al verla, Thor dijo:

–No.

–¿No qué? –preguntó ella, enfadada. Depositó la botella sobre la mesa dando un golpe.

–Esto –replicó Thor, y empujó la botellita hacia ella–. No.

–¿Qué tiene de malo?

Thor se limitó a encogerse de hombros y contempló malhumorado un rincón de la habitación. No había nada que pudiera ser considerado remotamente interesante en ese rincón de la habitación, así que estaba bien claro que sólo lo hacía por puro cabreo.

–Mire, hombre –dijo Kate–, si puedo llamarle hombre, qué...

–Thor –dijo Thor–. Dios del...

–Sí –dijo Kate–, ya me ha dicho todas las cosas de las que es dios. Sólo estoy intentando limpiarle el brazo.

–Cedro –dijo Thor, extendiendo su brazo herido pero manteniéndolo apartado de ella. Lo miró con una cierta ansiedad.

–¿Qué?

–Hojas de cedro molidas. Aceite de pepita de albaricoque. Infusión de flores de naranjas amargas. Aceite de almendras. Salvia y consuelda. No esto.

De un empujón hizo caer de la mesa la botella de antiséptico y puso cara de enfurruñado.

–¡Vale! –dijo Kate, recogiendo la botella y lanzándosela contra la cabeza. Le dio en la mejilla dejando al instante una mancha roja. Thor se inclinó hacia delante furioso pero Kate se mantuvo en su sitio apuntándole con el dedo–. ¡Quédese ahí, hombre! –le ordenó, y él se detuvo–. ¿Necesita algo especial para eso?

Thor la miró intrigado.

–¡Eso! –dijo Kate, señalando el morado que se extendía rápidamente por la mejilla.

–Venganza –contestó Thor.

–Veré lo que puedo hacer –dijo Kate. Dio media vuelta y salió de la habitación.

Después de unos dos minutos de actividad invisible, Kate regresó a la habitación seguida por unas nubecillas de vapor.

–Está bien –dijo–. Venga conmigo.

Le condujo hasta el baño. Él la siguió con grandes muestras de repugnancia, pero la siguió de todas maneras. A Kate la habían seguido las nubecillas de vapor porque el baño era una gran nube. En cuanto a la bañera, rebosaba de burbujas y mejunjes.

Había unos cuantos frascos y potes, la mayoría vacíos, alineados en un pequeño estante sobre la bañera. Kate los fue recogiendo uno a uno y se los mostró.

–Aceite de pepita de albaricoque –dijo, y lo puso boca abajo para que se viera claramente que estaba vacío. Después añadió señalando la bañera–: Todo aquí dentro.

»Aceite de neroli –anunció, recogiendo la siguiente botella–, destilado de las flores de naranjas amargas. Todo aquí dentro.

Recogió el siguiente.

–Aceite de baño a la crema de naranja. Contiene aceite de almendras. Todo aquí dentro.

Recogió los potes.

–Salvia y consuelda –le informó– y aceite de cedro. Uno es una crema de manos y el otro un acondicionador del cabello, pero están

aquí dentro, junto con un tubo de crema de aloe, protectora de labios, un poco de leche limpiadora de pepinos, cera de abejas con jalea real y limpiador de aceite de jojoba, mascarilla de fango rhassoul, champú de algas y abedul, crema para la noche con vitamina E y una considerable cantidad de aceite de hígado de bacalao. Siento tener que comunicarle que no tengo nada que se llame Venganza, pero aquí hay un poco de Obsesión de Calvin Klein.

Quitó el tapón de una botella de perfume y arrojó el frasco dentro de la bañera.

–Estaré en la habitación de al lado cuando termine.

Tras estas palabras, salió del baño obsequiando a Thor con un estrepitoso portazo. Se instaló en la otra habitación, enfrascada en la lectura de un libro.

21

Durante un minuto, Dirk permaneció sentado inmóvil en su coche a pocos metros de la puerta de su casa. Se preguntaba cuál debería ser su próximo movimiento. Tendría que ser cauto y poco arriesgado. No le apetecía en absoluto enfrentarse en aquel momento con un águila sorprendida.

La vigiló con mucha atención. Había en su porte magnífica insolencia, con las garras bien afirmadas en el canto del escalón de piedra. De tanto en tanto, se alisaba las plumas y después observaba con mirada aguda la calle de arriba abajo, mientras una de sus garras arañaba la piedra con gesto amenazador. Dirk admiraba a la criatura por su gran tamaño, su plumaje y por la sensación que transmitía de ser una gran máquina voladora, pero al preguntarse si le agradaba la forma en que la luz de la farola se reflejaba en sus grandes ojos, que parecían de cristal, o en el poderoso gancho de su pico, tuvo que admitir que no.

El pico era un arma de ataque en toda regla.

Era un pico capaz de asustar a cualquier animal sobre la tierra, incluso a uno que estuviera muerto y metido en una lata. Sus garras parecían muy capaces de despanzurrar sin problemas un Volvo pequeño. Y allí estaba, sentada, esperando en el umbral de Dirk, mirando arriba y abajo de la calle con una mirada llena de significado y crueldad.

Dirk consideró la posibilidad de seguir adelante y abandonar el país. ¿Llevaba el pasaporte? No. Estaba en casa. Estaba detrás de la puerta que estaba detrás del águila, metido en cualquier cajón o, lo que era mucho más probable, perdido.

Podía vender la casa. La proporción entre agentes inmobiliarios y casas en la zona se acercaba rápidamente a la igualdad. Uno cualquiera le serviría para ocuparse de la operación. Ya estaba hasta el gorro de la vivienda, con sus frigoríficos, sus bestias salvajes y su imborrable presencia en los archivos de la American Express.

Claro que también podía, pensó con un estremecimiento, bajar del coche y averiguar qué quería el águila. No era una mala idea. Seguramente, le apetecerían algunos ratones o un perro pequeño. Que él supiera, en su casa sólo había copos de arroz inflado y un panecillo viejo, y no estaba muy convencido de que estos alimentos resultaran apetecibles a tan majestuosa criatura aérea. Por un momento, creyó ver huellas de sangre fresca coagulándose en las

garras del ave, pero se reprochó con severidad semejante ridiculez.

No le quedaba otra opción que ir y enfrentarse a la cosa, explicarle que se le habían acabado las ratas y afrontar las consecuencias.

Con sigilo, con muchísimo sigilo, abrió la puerta del coche, y se deslizó hacia el exterior, manteniendo la cabeza gacha. La espió por encima del capó del coche. No se había movido. Es decir, no se había movido del barrio. Todavía continuaba mirando a su alrededor, quizá con un aumento de vigilancia. Dirk no sabía en qué remoto erial de las montañas la criatura había aprendido a distinguir el ruido que hacen las bisagras de las puertas de un Jaguar al abrirse, pero era evidente que este sonido no había escapado a su atención.

Con mucha cautela, Dirk se movió casi en cuclillas a lo largo de la fila de coches que habían impedido aparcar directamente frente a su casa. En un par de segundos, lo único que lo separaba de la extraordinaria criatura era un pequeño Renault azul.

Y ahora, ¿qué podía hacer?

Podía simplemente incorporarse y así, sin más, declarar su presencia. Sería como decir abiertamente: «Aquí estoy, haced lo que os plazca.» Pasara lo que pasara después, el Renault aguantaría la embestida.

Siempre cabía la posibilidad, desde luego, de que el águila se sintiera feliz de verle y que todos aquellos vuelos en picado dirigidos contra él no fueran más que una manera de entablar amistad. Asumiendo, claro está, que se tratara de la misma águila. Esto, por cierto, no era asumir demasiado. El número de águilas reales rondando por el norte de Londres en cualquier momento de la jornada, supuso Dirk, no podía ser muy elevado.

O tal vez sólo estaba en su umbral por pura casualidad, disfrutando de unos momentos de descanso, antes de volver a alzar el vuelo en persecución de lo que sea que las águilas reales persiguen por el cielo.

Cualquiera que fuera la explicación, Dirk comprendió que había llegado el momento en que debía afrontar el riesgo. Se armó de valor, respiró profundamente y salió de detrás del Renault como un espíritu que surge de la tumba.

El águila estaba en ese momento mirando en otra dirección, y transcurrieron un par de segundos antes de que volviera a mirar al frente y le viera, instante en que reaccionó lanzando un fuerte chillido y retrocediendo un par de centímetros, una reacción que Dirk consideró un tanto fuera de lugar. Después guiñó los ojos en

rápida sucesión y adoptó una especie de expresión de descaro que Dirk no supo cómo interpretar.

Esperó un par de segundos hasta que consideró que la situación había vuelto a la calma después del escándalo anterior, y luego se adelantó muy despacio, dando la vuelta por delante del Renault. Unos ruidos que parecían discretos maullidos de interrogación parecían flotar en el aire y, al cabo de un momento, Dirk comprendió que era él quien los profería y se obligó a callar. Estaba tratando con un águila, que no con un gatito abandonado.

Fue en este momento cuando cometió un error.

Con la mente dedicada por completo al tema de las águilas, las posibles intenciones de las águilas, y en las muchas cosas por las que las águilas se debían considerar como diferentes a los gatitos, no se concentró lo suficiente en lo que hacía cuando salió de la calzada y pisó las baldosas de la acera, que estaban resbaladizas a consecuencia de la lluvia. Cuando adelantó el pie izquierdo, se enganchó en el parachoques del vehículo, trastabilló, resbaló, y entonces hizo lo único que uno no debería hacerle jamás a un águila de temperamento un tanto inestable: lanzarse de cabeza hacia ella con los brazos extendidos.

El águila reaccionó instantáneamente.

Sin vacilar ni un segundo, se apartó de un saltito y dejó espacio libre para que Dirk pudiera caer con todo su peso en su propio umbral. Lo contempló con un desprecio que hubiera mortificado a un hombre de menos carácter, o por lo menos a un hombre que se hubiera encontrado en aquel momento con su mirada.

Dirk gimió.

Se había dado un golpe en la sien con el canto del escalón, golpe que, a su juicio, resultaba completamente innecesario recibir precisamente aquella tarde. Permaneció tendido y jadeando durante unos segundos y después se dio la vuelta torpemente, sujetándose la frente con una mano mientras con la otra se ocupaba de su nariz, y miró al águila con aprensión reflexionando amargamente sobre las condiciones en las que se veía obligado a trabajar.

Cuando estuvo seguro de que, por el momento, no tenía nada que temer del águila, que se limitaba a observarlo con un cierto aire burlón y dubitativo, se sentó, para después incorporarse con mucha lentitud y dedicar sus esfuerzos a quitarse un poco de barro del abrigo. Después hurgó en los bolsillos hasta que encontró las llaves y abrió la puerta de la calle, que parecía estar un poco floja. Esperó a ver cuáles eran las intenciones del águila.

Con un leve susurro de sus alas, de un saltito cruzó el umbral y

entró en el vestíbulo. Echó una mirada a su alrededor, y pareció considerar lo que veía con un cierto aire de disgusto. Dirk no sabía qué esperaban encontrar las águilas en los vestíbulos de las casas, pero tuvo que admitir para sus adentros que el águila no era la única en reaccionar así. No era tanto el desorden, como un no sé qué siniestro que se extendía sobre los visitantes como un sudario, y resultaba evidente que el águila no era inmune a este efecto.

Dirk recogió un sobre grande blanco que estaba sobre el felpudo y lo abrió para comprobar si era lo que estaba esperando, pero entonces se dio cuenta de que faltaba un cuadro en una de las paredes. No era un cuadro fuera de lo común, sino simplemente una pequeña litografía japonesa que había encontrado en Camden Passage y que le había gustado, pero la cuestión era que no estaba. El gancho de la pared estaba vacío. Después, echó en falta una silla.

De pronto, comprendió el posible significado de estas ausencias y se apresuró a ir a la cocina. Muchos de sus muy variados elementos de cocina habían desaparecido. El estante con sus cuchillos Sabatier, la mayoría sin estrenar, el robot de cocina y su aparato de radiocasete se habían desvanecido; sin embargo, tenía un frigorífico nuevo. Era evidente que la pandilla de secuaces de Nobby Paxton se había encargado de la entrega, y ahora tendría que ocuparse de hacer la pequeña lista habitual.

Pero al fin tenía un frigorífico nuevo, y esto le quitaba un enorme peso de encima. Ahora mismo, en el ambiente de la cocina ya se respiraba una atmósfera más relajada. La tensión había desaparecido. Había una nueva sensación de luz y felicidad en el aire, que parecía incluso haberse transmitido a la pila de cajas de pizza viejas que ya no se reclinaban en un ángulo opresivo sino más bien desenvuelto.

Pletórico de felicidad, Dirk abrió la puerta del nuevo frigorífico y se quedó extasiado al verlo completa y absolutamente vacío. La luz interior alumbraba las impolutas paredes blancas y azules y las resplandecientes rejillas cromadas. Le gustó tanto que resolvió en el acto mantenerlo tal cual estaba. No pondría nada en su interior. La comida tendría que apañárselas sobre el mármol a la vista de todo el mundo.

Bien. Cerró la puerta.

Un chillido y un aleteo a sus espaldas le hicieron recordar que tenía una invitada. Se dio media vuelta y vio al águila, aposentada sobre la mesa de la cocina.

Ahora que empezaba a acostumbrarse a su presencia y que no había sido atacado cruelmente como sospechaba, le pareció un poco

menos amenazadora que antes. Todavía era mucha águila, pero tal vez un águila era un ser más manejable de lo que al principio había supuesto. Se relajó un poco, se quitó el sombrero y el pesado abrigo de piel y los arrojó sobre una silla.

En ese momento, el águila pareció pensar que Dirk quizá se hacía una idea errónea sobre ella y agitó una pata en su dirección. Con súbita alarma, Dirk vio que, en efecto, había algo que se parecía mucho a sangre coagulada en las garras. Se apresuró a retroceder. Entonces, el águila se incorporó cuan alta era sobre sus garras y comenzó a extender sus enormes alas, cada vez más y más, agitándolas muy lentamente mientras se inclinaba un poco hacia delante para mantener el equilibrio. Dirk hizo lo único que se le ocurrió, dadas las circunstancias: salió pitando de la cocina, dando un portazo a sus espaldas, y después apuntaló la puerta con la mesa del vestíbulo.

Una tremenda cacofonía de chillidos y rascadas y golpes comenzó instantáneamente al otro lado. Dirk se sentó apoyando la espalda contra la mesa sin dejar de jadear, mientras intentaba recuperar el aliento, pero al cabo de unos instantes comenzó a preocuparse por las presentes actividades emprendidas por el águila.

Al parecer, el águila estaba practicando un bombardeo en picado contra la puerta utilizándose a sí misma como proyectil. Cada pocos segundos, la secuencia se repetía: primero un gran batir de alas, después como un susurro, y luego el tremendo impacto que hacía crujir la madera. Dirk no creía que fuera capaz de atravesar la puerta, pero se sintió alarmado ante la posibilidad de que se magullara hasta morir en el intento. La criatura parecía estar absolutamente frenética por algún motivo, pero Dirk no era capaz siquiera de imaginar cuál podía ser. Intentó tranquilizarse y pensar con claridad a fin de decidir cuál sería su siguiente paso.

Tendría que llamar a Kate y asegurarse de que estaba bien.

¡Buuuuuu, bam!

Tendría que abrir de una vez por todas el sobre que había cargado durante todo el día y estudiar su contenido.

¡Buuuuuu, bam!

Para poder hacerlo necesitaría un cuchillo bien afilado.

¡Buuuuuu, bam!

Tres pensamientos bastante molestos pasaron por su mente en rápida sucesión.

Primero, los únicos cuchillos bien afilados que había en la casa, suponiendo que los muchachos de Nobby le hubieran dejado

alguno, estaban en la cocina.

¡Buuuuuu, bam!

Esto no tenía mucha importancia, porque probablemente encontraría algo en la casa que cumpliera la función.

¡Buuuuuu, bam!

El segundo pensamiento era que el sobre de marras estaba en el bolsillo del abrigo que había dejado sobre el respaldo de una silla en la cocina.

¡Buuuuuu, bam!

El tercer pensamiento era muy parecido al segundo y se refería a la ubicación del trozo de papel donde tenía escrito el número de teléfono de Kate.

¡Buuuuuu, bam!

¡Oh, Dios!

¡Buuuuuu, bam!

Dirk comenzó a sentirse muy, pero que muy harto, de la forma en que se desarrollaba el día. Estaba profundamente preocupado por la sensación de una catástrofe inminente, pero continuaba siendo incapaz de adivinar de qué se trataba.

¡Buuuuuu, bam!

Bueno, ya sabía lo que le tocaba hacer ahora...

¡Buuuuuu, bam!

... así que era inútil no hacerlo. Con todo cuidado apartó la mesa de la puerta.

¡Buuuuuu...!

Se agachó y abrió la puerta de pronto, pasando suavemente por debajo del águila mientras ésta seguía su vuelo enloquecido a lo largo del vestíbulo e iba a estrellarse contra la pared del fondo. Se apresuró a cerrar la puerta desde el interior de la cocina, quitó su abrigo de la silla y encajó el respaldo de la silla bajo el picaporte.

¡Buuuuuu, bam!

Visto desde este lado, el daño ocasionado a la puerta era tan grande como impresionante, y Dirk comenzó a preguntarse con inquietud qué revelaba este comportamiento sobre el estado mental de la rapaz, o cómo podía acabar el estado mental de la rapaz si seguía comportándose así mucho rato.

¡Buuuuuu... raaaaac...!

Al parecer el pájaro había llegado a la misma conclusión en aquel momento, y después de un breve intervalo de furiosos chillidos y rascadas en la puerta con sus garras, se sumió en un silencio de malhumor y derrota, que después de prolongarse un minuto entero se convirtió en algo tan amenazador como las

actividades anteriores.

Dirk se preguntó qué estaría haciendo ahora.

Se aproximó a la puerta con mucha cautela y muy, pero que muy sigilosamente, apartó la silla apenas lo suficiente para poder mirar a través del ojo de la cerradura. Se puso en cuclillas y espió por el agujero. En un primer momento, como no conseguía ver absolutamente nada, pensó que debía de estar tapado por algo. Luego, un parpadeo y un destello por el otro lado le revelaron de pronto la sorprendente verdad: el águila tenía a su vez un ojo apoyado en la cerradura y estaba muy ocupada espiándolo a él. Dirk casi se cayó de espaldas por la conmoción que le produjo el descubrimiento, y se apartó de la puerta con una ligera sensación de repulsión y espanto.

¿No era un comportamiento extremadamente inteligente para un águila? ¿No? ¿Cómo podía saber si era así? No se le ocurría el nombre de ningún ornitólogo al que poder consultar. Todos sus libros de consulta estaban dispersos por las otras habitaciones de la casa, y no confiaba en poder recurrir impunemente al mismo truco, máxime cuando se veía enfrentado a un águila capaz de adivinar para qué servían los ojos de las cerraduras.

Retrocedió hasta el fregadero de la cocina y buscó una bayeta. La dobló en cuatro, la mojó, y se la colocó primero sobre la sien, que se había hinchado considerablemente y le sangraba, y después sobre la nariz, que todavía estaba muy sensible y guardaba un parecido notable con una berenjena. Tal vez el águila era un ave de sensibilidad delicada y había reaccionado al ver el desagradable espectáculo de la cara de Dirk en su actual y maltrecho estado, y había perdido la chaveta. Dirk lanzó un suspiro y se sentó.

Dedicó entonces su atención al teléfono de Kate, pero cuando la llamó respondió el contestador automático. Su voz le informó, con mucha dulzura, de que podía dejar un mensaje después de oír la señal, pero le advertía que no acostumbraba a escuchar los mensajes grabados y que era mucho más conveniente hablar con ella directamente, aunque esto era imposible porque no estaba, así que era aconsejable que lo intentara en otra ocasión.

Muchas gracias, pensó Dirk, y colgó el auricular.

Comprendió que la verdad era ésta: había postergado durante todo el día la apertura del sobre porque estaba preocupado por lo que podría encontrar en su interior. No se trataba de miedo, aunque ciertamente era terrible que un hombre pudiera vender su alma a un personaje de ojos verdes provisto de una guadaña, que era lo que las circunstancias sugerían cada vez con más fuerza. Pero

resultaba muy deprimente que se la hubiera vendido a un hombre de ojos verdes provisto de una guadaña a cambio de una participación en los beneficios de un disco de éxito.

Dirk cogió el otro sobre, el que había estado esperándole sobre su felpudo y que le había traído el mensajero de una gran librería londinense en la que Dirk tenía cuenta. Extrajo el contenido, una copia de la partitura de *Patata caliente,* escrita por Colin Paignton, Phil Mulville y Geoff Anstey.

La letra era, bueno, simplona. Imponía un ritmo machacón y transmitía una sensación de amenaza y alegre rudeza que encajaba con los gustos del verano pasado. Decía así:

Patata caliente,
No la recojas, recojas, recojas,
Rápido, pásala, pásala, pásala.
No quieres que te pesquen, pesquen, pesquen.
Pásasela a otro. ¿A quién? ¿A quién? Cualquiera.
Será mejor que no la tengas cuando llegue el grandote.
He dicho, será mejor que no la tengas cuando llegue el grandote.
Es una Patata caliente.

Y así hasta el final. Los dos miembros del grupo se lanzaban las frases repetidas el uno al otro, mientras el sonido de la batería se hacía más y más fuerte. También habían editado un vídeo.

¿Aquello era todo? Vaya negocio. ¿Una hermosa casa en Lupton Street con moqueta sintética y un matrimonio roto?

Las cosas habían ido de mal en peor desde aquellos días de gloria de Fausto y Mefistófeles, cuando un hombre podía adquirir todos los conocimientos del universo, realizar todas las ambiciones de su mente y conocer todos los placeres de la carne a cambio de su alma. Ahora, en cambio, un porcentaje de las ventas, unos cuantos muebles de moda, una placa para colgar en la pared del baño y ¡hala! te cortan la cabeza con una guadaña.

En resumidas cuentas, ¿cuál era exactamente el trato? ¿En qué consistía el contrato de *Patata caliente?* ¿Quién obtenía qué y por qué?

Dirk buscó en un cajón el cuchillo del pan, se volvió a sentar, sacó el sobre del bolsillo de su abrigo y cortó la gruesa capa de cinta adhesiva que lo cerraba.

Sobre la mesa cayó un grueso fajo de papeles.

22

Exactamente en el mismo momento en que sonó el teléfono, se abrió la puerta del salón de Kate. El Dios del Trueno intentó cruzarla con paso marcial pero de hecho avanzó como un soplo de aire. Evidentemente, había estado sumergido largo rato en los mejunjes que Kate había echado en la bañera, luego se había vestido y había hecho trizas un camisón de Kate para vendarse el brazo. Con gesto displicente arrojó un puñado de astillas de roble ablandadas por al agua a un rincón de la habitación. Kate decidió ignorar por el momento tanto las provocaciones deliberadas como el teléfono. De las provocaciones podía encargarse ella misma y del teléfono ya se encargaría el contestador.

–He estado leyendo acerca de usted –desafió al Dios del Trueno–. ¿Qué ha pasado con la barba?

Él le quitó el libro de las manos, una enciclopedia en un volumen, y le echó una ojeada antes de arrojarlo a un lado con desprecio.

–¡Ja! –exclamó–. Me la afeité. Cuando estaba en Gales. Hizo un gesto de desagrado al recordarlo.

–¿Y qué demonios hacía en Gales?

–Contar las piedras –respondió encogiéndose de hombros, y se fue a mirar por la ventana.

Había algo en su actitud que transmitía una enorme y melancólica ansiedad. A Kate se le ocurrió de pronto, con un espasmo que bien podía ser de temor, que algunas veces, cuando la gente se ponía así, era porque adoptaba el humor del tiempo. Con el Dios del Trueno al parecer funcionaba al revés. El cielo tenía un aspecto inquieto y desolado.

Las reacciones de Kate comenzaron de pronto a volverse muy confusas.

–Perdóneme si la pregunta le parece estúpida –dijo Kate–, pero estoy un poco perdida. No estoy acostumbrada a pasar la velada con alguien que da nombre a un día.[3] ¿Qué piedras contaba en Gales?

–Todas –replicó Thor, con un gruñido–. Las contaba todas. Entre este tamaño... –le mostró la medida separando un centímetro la punta del índice del pulgar– y éste. –Levantó los brazos y separó las manos casi un metro, y después las volvió a bajar.

Kate le miró sin entender.

–Bueno... ¿y cuántas había? –preguntó. Le pareció que por pura

cortesía tenía que preguntar. Se volvió hacia ella, furioso.

–¡Cuéntelas usted misma si quiere saberlo! –le gritó–. ¿Qué sentido tendría haberme pasado años y años y más años contándolas, para ser la única persona que lo sabe y lo sabrá nunca, si después, así sin más, se lo digo al primero que pregunta?

Volvió su atención a la ventana.

–De todas maneras –dijo–, no ha dejado de preocuparme. Creo que perdí la cuenta en algún lugar de Mid-Glamorgan. Pero no estoy dispuesto –gritó– a volverlas a contar.

–De acuerdo, pero, en primer lugar, ¿por qué demonios tuvo que hacer una cosa tan extraordinaria?

–Fue una carga que me impuso mi padre. Un castigo. Una penitencia –respondió. Estaba que echaba chispas.

–¿Su padre? –dijo Kate–. ¿Se refiere a Odín?

–El Padre Universal –contestó Thor–. El Padre de los Dioses de Asgard.

–¿Quiere usted decir que está vivo? Thor la miró como si fuera estúpida.

–Somos inmortales –declaró, sin más.

En la planta baja, Neil escogió aquel preciso momento para finalizar su atronadora actuación con el contrabajo, y la casa quedó envuelta en un extraño silencio al apagarse la última nota.

–Vosotros nos queríais inmortales –dijo Thor en voz baja y sosegada–. Pues inmortales es lo que tenéis. Resulta un poco duro para nosotros. Nos queríais para siempre, y aquí estamos para siempre. Luego nos olvidasteis. Pero nosotros continuamos existiendo para siempre. Ahora, por fin, muchos están muertos, muchos están muriendo. –Después añadió con tranquilidad–: Pero requiere un gran esfuerzo.

–Ni siquiera soy capaz de comenzar a entender lo que me está diciendo –dijo Kate–. Dice que yo, que nosotros...

–Usted *puede* comenzar a entender –la interrumpió Thor, furioso–. Éste es el motivo por el que vine a usted. ¿Sabe que la mayoría de la gente ni siquiera me ve? ¿Que a duras penas se aperciben de mí? Y no es que nos ocultemos. Estamos aquí. Nos movemos entre vosotros. Mi gente. Vuestros dioses. Vosotros nos creasteis. Nos hicisteis ser lo que no os atrevíais a ser. Y, sin embargo, ahora no nos reconocéis. Si camino por cualquiera de las calles de este... mundo que habéis creado sin contar con nosotros, casi nadie me dirigirá una simple mirada.

–¿Esto le ocurre cuando lleva puesto el casco?

–Especialmente cuando lo llevo puesto.

–Bueno...

–¡Se está burlando de mí! –rugió Thor.

–Es que me lo pone tan fácil –dijo Kate–. Yo no sé qué...

De pronto, la habitación pareció sufrir un terremoto y después la atmósfera quedó en suspenso. Los órganos de Kate se agitaron violentamente y luego se quedaron muy quietos. En el súbito y horrible silencio que siguió, una lámpara de porcelana azul se deslizó lentamente de la mesa, cayó al suelo y se arrastró hasta un rincón oscuro de la habitación donde se quedó acurrucada en actitud defensiva.

Kate la contempló e intentó no perder la calma. Sentía como si sobre su piel se deslizara un montón de gelatina helada.

–¿Ha hecho usted esto? –preguntó con voz temblorosa.

Thor tenía el rostro lívido y parecía confuso. Masculló:

–No haga que me enfade con usted. Ha tenido mucha suerte. –Desvió la mirada.

–¿Qué ha dicho?

–He dicho que deseo que venga usted conmigo.

–¿Cómo? ¿Y qué pasa con *esto?* –dijo ella. Señaló al pequeño y asustado gatito oculto bajo la mesa, que hasta hacía unos momentos y de forma absolutamente inexplicable era una lámpara de porcelana azul.

–No puedo hacer nada por él.

Kate se sintió de pronto tan cansada, confusa y asustada que se dio cuenta de que estaba a punto de echarse a llorar. Se mordió los labios e intentó parecer todo lo furiosa que podía.

–¿Ah, sí? –dijo–. Yo pensaba que había dicho que era un dios. Espero que no se haya metido en mi casa haciéndose pasar por lo que no es. Yo... –Se interrumpió y después volvió a hablar en otro tono de voz–. ¿Quiere decir –dijo con voz débil– que han estado aquí, en el mundo, *todo este tiempo*?

–Aquí y en Asgard –contestó Thor.

–¿Asgard? –dijo Kate–. ¿El hogar de los dioses?

Thor permaneció en silencio. Era un silencio sombrío que parecía estar preñado de algo que le preocupaba muy profundamente.

–¿Dónde está Asgard? –quiso saber Kate.

Esta vez Thor tampoco contestó. Era un hombre de muy pocas palabras y larguísimos silencios. Cuando por fin respondió, no podría decirse si había estado pensando durante todo el tiempo o si, simplemente, estaba allí.

–Asgard también está aquí –dijo–. Todos los mundos están aquí.

Sacó su enorme martillo del gran abrigo de piel y estudió su cabeza con mucha atención y una extraña curiosidad, como si tuviera algo que le desconcertara. Kate se preguntó por qué este gesto le resultaba familiar. Descubrió que, instintivamente, la obligada a agacharse. Retrocedió un poco y se mantuvo en guardia.

Cuando la volvió a mirar, había en sus ojos una expresión distinta y llena de energía, como si se estuviera preparando para lanzarse a una nueva empresa.

–Esta noche tengo que estar en Asgard –dijo–. Debo enfrentarme a mi padre Odín, en la gran sala del Valhalla, y hacer que responda por lo que ha hecho.

–¿Quiere decir por haberle hecho contar las piedrecitas galesas?

–¡No! –dijo Thor–. ¡Por hacer que las piedrecitas galesas no fueran dignas de ser contadas!

Kate sacudió la cabeza con exasperación. Dijo:

–De verdad que no sé qué hacer con usted. Creo que estoy muy cansada. Vuelva mañana. Ya me lo explicará todo mañana por la mañana.

–No –dijo Thor–. Debe ver Asgard usted misma, y después lo entenderá. Debe verlo esta noche.

La sujetó del brazo.

–No quiero ir a Asgard –insistió ella–. No quiero ir a lugares mitológicos con hombres desconocidos. Vaya usted. Llámeme mañana por la mañana, y me cuenta cómo le ha ido. Métale la gran bronca por las piedrecitas.

Consiguió liberar el brazo. Estaba muy claro que lo había logrado únicamente porque él había querido.

–Ahora, por favor, ¡váyase y déjeme dormir! –exclamó, mirándole furiosa.

En aquel momento, la casa pareció estallar mientras Neil se embarcaba en una vibrante interpretación al contrabajo del «Viaje por el Rin» de Sigfrido correspondiente al acto I de *El ocaso de los dioses,* sólo para demostrar que podía hacerse. Temblaban las paredes, vibraban las ventanas. Debajo de la mesa se oían los maullidos lastimeros de la lámpara.

Kate intentó mantener una mirada furiosa, pero no había manera de conseguirlo dadas las circunstancias.

–De acuerdo –dijo por fin–. ¿Cómo iremos hasta allí?

–Hay tantas maneras como cosas pequeñas.

–¿Perdón?

–Cosas pequeñas. –Levantó una vez más el pulgar y el índice para indicar algo muy pequeño–. Moléculas –añadió, aunque al

parecer le molestaba la palabra–. Pero primero debemos irnos de aquí.

–¿Necesitaré un abrigo en Asgard?

–Como quiera.

–Bueno, me llevaré uno de todas maneras. Espere un minuto.

Había decidido que la mejor forma de enfrentarse al asombroso galimatías en que parecía haberse convertido su vida, era adoptar un aire distante. Buscó el abrigo, se cepilló el cabello, dejó un nuevo mensaje grabado en el contestador automático y puso un plato con leche debajo de la mesa.

–Adelante –dijo mientras abandonaba el piso. Cerró la puerta con llave y después intentaron deslizarse con el máximo sigilo por delante de la puerta de Neil. A pesar del escándalo que estaba armando, era casi seguro que estaba con el oído atento al menor sonido y aparecería como una centella si les oía, para quejarse de la máquina de Coca-Cola, lo tarde que era, la crueldad del hombre con el hombre, el tiempo, el ruido y el color del abrigo de Kate, de un tono de azul que, por algún motivo ignoto, disgustaba a Neil profundamente. Lograron pasar sin que les oyera y cerraron suavemente la puerta de la calle a sus espaldas.

23

Las hojas que cayeron sobre la mesa de la cocina de Dirk eran de un papel muy grueso, plegadas todas juntas, y saltaba a la vista que habían sido muy manoseadas.

Las fue clasificando una a una, separando unas de otras, alisándolas con la palma de la mano y colocándolas en ordenadas hileras sobre la mesa, haciendo sitio, a medida que era necesario, entre los diarios viejos, los ceniceros y los tazones de cereales sucios que Elena, la señora de la limpieza, siempre dejaba exactamente en el mismo sitio, alegando, cuando le llamaba la atención sobre el particular, que había pensado que él los había puesto allí con algún fin determinado.

Durante varios minutos se dedicó al estudio de los papeles, pasando de uno a otro, comparándolos entre sí, examinándolos con detenimiento, página a página, párrafo a párrafo, línea a línea.

No conseguía entender ni una sola palabra.

Se le tendría que haber ocurrido que el peludo gigante de ojos verdes que blandía una guadaña podía ser diferente a él, no sólo en su aspecto físico y hábitos personales, sino también en asuntos como el alfabeto preferido.

Se reclinó en su silla, contrariado y descontento, y buscó un cigarrillo, pero el paquete que tenía en el bolsillo estaba vacío. Cogió un lápiz y lo golpeó como si se tratara de un cigarrillo, pero no le producía el mismo efecto.

Después de un par de minutos, fue muy consciente del hecho de que con toda probabilidad el águila continuaba espiándole por el ojo de la cerradura y esto hacía que le costara enormemente concentrarse, sobre todo cuando no tenía cigarrillos. Se reprendió a sí mismo. Sabía que le quedaba un paquete en el piso de arriba, junto a la cama, pero no se sentía con ánimos de enfrentarse al problema ornitológico que planteaba conseguir llegar hasta su dormitorio.

Intentó fijar su atención en los papeles. El texto, aparte de estar escrito en una especie de diminutos caracteres rúnicos tortuosos e indescifrables, tendía a agruparse al lado izquierdo de la hoja como si lo hubiera arrastrado la marea. El lado derecho estaba bastante limpio excepto por unos grupos de caracteres dispuestos en columnas. El conjunto, excepto por una muy vaga sensación de que la disposición le resultaba familiar, era completamente ininteligible

para Dirk.

Volvió de nuevo su atención al sobre e intentó descubrir los nombres que habían sido tachados con tanto vigor.

Howard Bell, el novelista extraordinariamente rico que escribía unos libros pésimos y los vendía a montones a pesar de que –o tal vez debido a que– nadie los leía.

Dennis Hutch, el magnate de la industria discográfica. Ahora que podía situar el nombre en un contexto, Dirk lo conocía perfectamente bien. La Aries Rising Record Group, que había sido fundada con los ideales de los sesenta, o al menos con lo que pasaba por ideales en los sesenta, había crecido en los setenta y después abrazado el materialismo de los ochenta, sin solución de continuidad, y se había convertido en una enorme multinacional del espectáculo con empresas a ambos lados del Atlántico.

Hutch ocupó el sillón presidencial cuando el fundador murió a consecuencia de una sobredosis letal de muro de ladrillos, tomada bajo las influencias de un Ferrari y una botella de tequila. ¡ARRGH! era también el sello discográfico que había lanzado *Patata caliente*.

Stan Dubcek, socio mayoritario de la compañía de publicidad de nombre ridículo que ahora era propietaria de la mayoría de las compañías de publicidad británicas y norteamericanas, que no tenían nombres tan ridículos, y que por consiguiente, habían sido absorbidas.

Y he aquí, que, de pronto, había otro nombre fácil de reconocer ahora que Dirk había sintonizado con la clase de nombres que debía buscar. Roderick Mercer, el editor más grande del mundo de los peores periódicos del mundo. Al principio, Dirk lo había pasado por alto a causa de la poco habitual terminación «...erick» colocada después de «Rod». Vaya, vaya.

Bueno, aquí tenía unas cuantas personas, se le ocurrió súbitamente a Dirk, que de verdad habían conseguido algo. Mucho más sin duda que una hermosa casita en Lupton Road, con unas cuantas flores secas en los jarrones. Además, tenían la enorme ventaja de conservar la cabeza sobre los hombros, a menos que Dirk se hubiera perdido algo crucial y emocionante en las noticias de última hora. ¿Qué significaba todo esto? ¿Qué representaba este contrato? ¿Cómo se explicaba que todos aquellos por cuyas manos había pasado hubieran tenido tanto éxito excepto uno, Geoffrey Anstey? Todos se habían beneficiado excepto el último que lo tuvo. Y que todavía lo tenía.

Era una patata caliente.

Será mejor que no la tengas cuando llegue el grandullón.

A Dirk se le ocurrió que tal vez había sido el propio Geoffrey Anstey el que había oído la conversación acerca de una patata caliente, de desprenderse de ella, de pasársela a otro. Si no recordaba mal, en la entrevista que había leído, Pain no decía que hubiera sido él quien había oído la conversación.

Será mejor que no la tengas cuando llegue el grandullón.

Era una idea horrible, más o menos la siguiente: Geoffrey Anstey había sido un ingenuo patético. Había oído la conversación entre... ¿quiénes? Dirk cogió el sobre y recorrió la lista de nombres y pensó que tenía ritmo de canción. Ni por un momento se había imaginado que estaba escuchando una conversación que le conduciría a una muerte espantosa. Había conseguido un disco de éxito, y cuando le habían pasado la patata caliente auténtica la había recogido.

No la recojas, la recojas, recojas.

Y en lugar de seguir el consejo que él mismo había puesto en la letra de una canción...

Rápido, pásala, pásala, pásala.

... la había metido detrás del disco de oro colgado en la pared de su cuarto de baño.

Será mejor que no la tengas cuando llegue el grandullón.

Dirk frunció el ceño y le dio una lenta, larga y pensativa chupada al lápiz.

Era ridículo.

Tendría que ir a buscar un paquete de cigarrillos si pretendía pensar con un poco de rigor intelectual. Se puso el abrigo, se encasquetó el sombrero y se dirigió a la ventana.

La ventana no había sido abierta desde hacía... bueno, no había sido abierta desde que él era dueño de la casa, y se resistió y protestó contra la súbita intromisión en su espacio vital e independencia. Cuando pudo forzarla lo suficiente, Dirk logró pasar al alféizar arrastrando tras él jirones del abrigo de piel. Desde aquí el salto era considerable porque la casa tenía un piso inferior al que se accedía por una escalera de la fachada. Una verja de hierro separaba la escalera de la calle y Dirk tenía que esquivarla de un salto.

Sin vacilar ni un segundo se lanzó al vacío y, cuando estaba a medio camino, se dio cuenta de que se había olvidado las llaves del coche sobre la mesa de la cocina.

Mientras volaba torpemente por los aires, consideró la conveniencia de realizar una media vuelta desesperada, intentar retroceder hacia la ventana confiando en que podría sujetarse del alféizar, pero al reflexionar mejor decidió que un error en ese

momento podría conducirle a la muerte, mientras que una caminata siempre sería beneficiosa para su salud.

Cayó como un saco al otro lado de la verja, pero los faldones del abrigo se engancharon en las puntas de hierro y tuvo que desenredarlos a tirones, rasgando parte del forro en la operación. Una vez que desapareció el efecto del choque en sus rodillas y hubo recuperado la poca compostura que le quedaba después de los acontecimientos de la jornada, se dio cuenta de que ya eran bien pasadas las once, que los pubs estarían cerrados y que tendría que caminar más de lo previsto para comprar cigarrillos.

Consideró la situación.

La actual posición y el estado mental del águila eran los principales factores a tener en cuenta en estos momentos. La única manera de recuperar las llaves del coche era cruzar la puerta de la calle y adentrarse en un vestíbulo infestado de águilas.

Con mucha precaución subió de puntillas los escalones hasta la puerta, se puso en cuclillas y, rogando para que la maldita cosa no chirriara, empujó la tapa del buzón con una mano y pegó la cara a la abertura para poder espiar.

De inmediato, una garra se plantó en el dorso de su mano mientras un pico aullante se lanzaba contra su ojo, fallando por un pelo, pero causándole un tajo considerable en su muy maltratada nariz.

Dirk lanzó un chillido de dolor y cayó hacia atrás, pero no fue muy lejos ya que todavía tenía la garra clavada en la mano. La golpeó con desesperación, lo que le produjo un daño terrible, hundió más aún el espolón en la carne, y provocó una furia emplumada al otro lado de la puerta. El más mínimo movimiento repercutía con fuerza en su mano.

Sujetó la enorme garra con su mano libre y comenzó a darle tirones atrayéndola hacia él. Era tremendamente fuerte, y se agitaba con la furia de un águila que estaba tan atrapada como Dirk. Al fin, temblando de dolor, consiguió desprenderse y retiró la mano herida acariciándosela con la otra para aliviar el dolor.

El águila se apresuró a retirar su garra, y Dirk la oyó aletear mientras retrocedía por el vestíbulo, lanzando terribles gritos y chillidos, dando golpes con sus grandes alas contra las paredes.

Dirk consideró la posibilidad de quemar la casa, pero una vez que disminuyó el dolor de la mano, se tranquilizó e intentó, en la medida de lo posible, ver las cosas desde el punto de vista del águila.

No pudo.

No tenía ni la más remota idea de cuál era el punto de vista de las águilas en general, y mucho menos de ésta en particular, que parecía ser un ejemplar bastante enloquecido de la especie.

Después de dedicar un par de minutos más a curarse la mano, la curiosidad, unida a la fuerte sensación de que el águila había decidido retirarse al fondo del vestíbulo y que permanecía allí, le dominó, y se volvió a poner en cuclillas delante del buzón. Esta vez utilizó el lápiz para empujar la tapa y observó el vestíbulo desde una posición segura, a unos cuantos centímetros de la abertura.

El águila estaba bien a la vista, posada al final de la barandilla de la escalera, y le miraba con una mezcla de resentimiento y oprobio, que a Dirk le pareció un tanto fuera de lugar procediendo de una criatura que sólo unos instantes antes había estado muy ocupada intentando arrancarle una mano.

Luego, cuando el águila estuvo convencida de que había atraído la atención de Dirk, se irguió muy lentamente sobre sus patas y poco a poco fue desplegando sus grandes alas, agitándolas con mucha suavidad para mantener el equilibrio. Éste era el gesto que había hecho que Dirk se largara prudentemente de la cocina. Esta vez, en cambio, estaba convenientemente resguardado tras sus buenos cinco centímetros de madera, y permaneció agachado, mirando. El águila estiró el cuello y elevó el pico hacia el cielo, sacando la lengua y profiriendo graznidos lastimeros, cosa que sorprendió a Dirk.

En aquel momento se dio cuenta de que había otra cosa sorprendente en el águila: en las alas tenía unas extrañas marcas poco propias de un águila. Eran grandes círculos concéntricos.

Las diferencias de color que delimitaban los círculos eran poco apreciables, y su perfecta regularidad geométrica era lo único que los hacía destacar con tanta nitidez. Dirk tenía la clara impresión de que el águila le estaba enseñando estos círculos, y que era esto lo que había querido enseñarle desde el primer momento. Al hacer memoria, se dio cuenta de que cada vez que el pajarraco se había lanzado en picado sobre él, se había entretenido en realizar una serie de movimientos bastante extraños entre los que incluía el despliegue de sus alas. Sin embargo, cada vez que esto había ocurrido, Dirk estaba demasiado ocupado dando media vuelta y echando a correr para dedicar la atención adecuada a semejante exhibición.

–Oiga compañero, ¿tiene pasta para una taza de té?

–Eeeh..., sí, gracias –dijo Dirk–. Estoy bien.

Tenía puesta toda su atención en el águila y no se dio la vuelta.

–No, quiero decir si me puede soltar un par de monedas, sólo para una taza de té.

–¿Qué? –preguntó Dirk. Esta vez se dio la vuelta irritado.

–Aunque sólo sea un pitillo, compañero. ¿No tiene un pitillo que le sobre?

–No, ahora mismo salía a comprar un paquete –dijo Dirk.

El hombre que estaba en la calle a sus espaldas era un vagabundo de edad indeterminada. Estaba allí, balanceándose un poco, con una expresión de perpetua desilusión en los ojos.

Al no obtener una respuesta inmediata de Dirk, el hombre desvió la mirada y la fijó en un punto del suelo, más o menos a un metro delante de él, y comenzó a balancearse un poco de atrás hacia delante. Tenía los brazos extendidos, ligeramente separados del cuerpo, y continuaba balanceándose. De pronto, le frunció el ceño al suelo. Después le frunció el ceño a otra parte del suelo. A continuación, se mantuvo inmóvil mientras intentaba con dificultad mantener la cabeza erguida y le frunció el ceño a la calle.

–¿Ha perdido algo? –preguntó Dirk.

La cabeza del hombre giró hacia él.

–¿Si yo he *perdido* algo? –repitió el hombre, perplejo–. ¿Si yo he *perdido* algo?

Al parecer, era la pregunta más extraordinaria que le habían formulado en toda su vida. Volvió a contemplar la calle durante unos momentos como si intentara encajar la pregunta en el contexto general de las cosas. Esto incluyó una buena cantidad de fruncimientos de ceño y oscilaciones. Por fin, pareció dar con algo que le podía servir a modo de respuesta.

–¿El cielo? –replicó, desafiando a Dirk a que encontrara una respuesta mejor. Miró hacia arriba, con mucho cuidado, para no perder el equilibrio. No pareció gustarle mucho lo que vio en el débil resplandor naranja de las nubes iluminadas por la luz de las farolas, y lentamente volvió a bajar la cabeza y se quedó mirando un punto delante de sus zapatos–. ¿El suelo? –preguntó, con evidente disgusto, y de pronto se le ocurrió otra idea–. ¿Ranas? –dijo, tratando de enfocar su mirada con la mirada un tanto desconcertada de Dirk–. Me gustaban las... ranas –añadió, y miró fijamente a Dirk como si eso fuera todo lo que tenía que decir y el resto fuera ya exclusivamente cuestión de Dirk.

Éste estaba completamente despistado. Añoraba los tiempos en que la vida era sencilla, despreocupada, los buenos ratos que había pasado con una vulgar águila asesina, que ahora le parecía una compañía agradable y fácil de tratar. Podía hacer frente a los

ataques aéreos, pero no tenía defensa alguna contra el terrible sentimiento de culpa que se abalanzaba sobre él desde ningún lugar.

–¿Qué quiere? –le preguntó con voz estrangulada.

–Sólo un pitillo, compañero –dijo el vagabundo– o algo para pagarme una taza de té.

Dirk puso una moneda de una libra en la mano del hombre y echó a correr calle abajo, dominado por el pánico. Veinte metros más allá, en el solar de una obra en construcción, la silueta de su viejo frigorífico le observó con aire amenazador.

24

A medida que Kate bajaba los escalones de su casa, se dio cuenta de que la temperatura había descendido considerablemente. Las nubes parecían aposentadas sobre la tierra. Thor abrió la marcha con paso enérgico en dirección al parque y Kate le siguió casi al trote.

Mientras caminaba, ofreciendo un espectáculo completamente fuera de lo habitual en las calles de Primrose Hill, Kate tuvo ocasión de comprobar que él tenía razón. Se cruzaron con tres personas distintas durante el trayecto y vio cómo evitaban mirarle incluso cuando tuvieron que apartarse para dejarle paso. No era invisible, ni mucho menos. Simplemente no encajaba.

El parque estaba cerrado por la noche, pero Thor saltó rápidamente sobre los hierros puntiagudos de la verja, y después la levantó a ella con tanta facilidad como si fuera un ramo de flores.

La hierba estaba húmeda y blanda pero todavía obraba su magia sobre los pies urbanos. Kate hizo lo que siempre hacía cuando entraba en el parque: inclinarse y apoyar las palmas de las manos en el suelo un momento. Jamás había entendido por qué lo hacía, y a menudo se arreglaba un zapato o recogía un trozo de papel como pretexto, pero en realidad lo único que deseaba era sentir la hierba y la tierra húmeda en sus palmas.

El parque, desde donde estaban, no era más que una pared negra que se levantaba frente a ellos. Subieron a la colina y se detuvieron en la cima, contemplando la oscuridad que envolvía el resto del parque hasta donde se disipaba en la lechosa luz del corazón de Londres, que quedaba hacia el sur. Las feas siluetas de torres y bloques de edificios se destacaban en el horizonte, dominando el parque, el cielo y la ciudad.

Soplaban ráfagas de un viento frío y húmedo que azotaban el parque como la cola de un caballo sombrío y malhumorado. Había algo atemorizador e irritante en el aire. De hecho, a Kate le parecía que el cielo nocturno era como una recua de caballos inquietos y nerviosos, con los arreos agitándose al viento. También tenía la impresión de que todas las riendas partían, como los rayos de una rueda, desde un único centro, y de que este centro estaba muy cerca de ella. Se reprochó tan absurdas ideas, sin embargo todavía le parecía que el tiempo estaba dando vueltas a su alrededor, esperando instrucciones.

Thor una vez más sacó un martillo, y lo mantuvo ante sus ojos con ese aire pensativo y absorto que le había visto adoptar unos minutos antes en su apartamento. Fruncía el ceño y parecía estar quitándole diminutas e invisibles motas de polvo. Era un poco como un chimpancé dedicado a expulgar a su compañero o... ¡por fin había dado en el clavo!, la comparación era extraordinaria, pero explicaba por qué se había puesto tan tensa y alerta cuando le había visto hacerlo. Era igual que Jimmy Connors ajustando meticulosamente las cuerdas de su raqueta antes de lanzar el saque.

Él volvió a escudriñar el cielo, echó el brazo hacia atrás y comenzó a hacerlo girar una, dos, tres veces, clavando los talones con fuerza en el barro, y después con una fuerza extraordinaria lanzó su martillo hacia el firmamento.

Se desvaneció casi de inmediato en la lechosa niebla del cielo. En las profundidades de las nubes estallaron relámpagos que iban siguiendo la larga parábola que trazaba el martillo en su viaje a través de la noche. En el punto más lejano de la parábola salió de las nubes, ahora sólo era una manchita distante que se desplazaba lentamente, tomando impulso para el vuelo de regreso. Kate contempló sin respiración cómo la manchita se deslizaba por detrás de la cúpula de San Pablo. Allí pareció que se quedaba inmóvil, flotando silenciosamente en el aire, antes de comenzar gradualmente a aumentar de tamaño a medida que aceleraba hacia ellos.

Luego, mientras regresaba, efectuó un cambio de rumbo y dejó de describir una parábola para seguir una nueva trayectoria que parecía corresponder al perímetro de una gigantesca cinta de Moebius y que lo llevó a pasar por detrás de la Torre Telecom. Y casi de inmediato estaba otra vez en camino directamente hacia ellos, surgiendo de la oscuridad a una velocidad increíble, como un pistón en un cilindro de luz. Kate se tambaleó y estuvo a punto de tirarse al suelo para esquivarlo cuando Thor se adelantó y lo cogió con un gruñido.

La sacudida hizo temblar el suelo, luego el objeto descansó inmóvil en la mano de Thor. Su brazo se estremeció ligeramente y luego se quedó quieto.

Kate se sentía confundida. No sabía muy bien lo que había pasado, pero estaba convencida de que era la clase de experiencia que su madre no hubiera aprobado en una primera cita.

–¿Todo esto forma parte de lo que hay que hacer para ir a Asgard? –preguntó–. ¿O sólo está haciendo el tonto?

–Iremos a Asgard... ahora –dijo.

En aquel preciso momento, levantó una mano como si se dispusiera a coger una manzana, pero en cambio hizo un pequeño y brusco movimiento giratorio. Fue como si el mundo entero hubiera girado una millonésima parte de una millonésima parte de grado. Todo se movió, estuvo desenfocado un instante, y después se volvió a enfocar en un mundo súbitamente distinto.

Este mundo era todavía mucho más oscuro y frío.

Un viento acre y pútrido soplaba con fuerza y cada bocanada producía en la garganta una sensación de asco. Bajo sus pies el suelo ya no era la suave y mojada hierba de la colina, sino un mejunje pegajoso y pestilente. La oscuridad se extendía hasta el horizonte, salpicada tan sólo por unas cuantas hogueras pequeñas en la lejanía y una gran luminosidad más o menos a un par de kilómetros de distancia hacia el sudeste. Allí, grandes torres fantásticas horadaban la oscuridad, enormes pináculos y torreones parecían oscilar con el resplandor del fuego que surgía a través de miles de ventanas. Era un edificio que desafiaba la razón, ridiculizaba la realidad y se mofaba de la noche.

–El palacio de mi padre –dijo Thor–. La Gran Sala del Valhalla, el lugar adonde debemos ir.

Kate estaba a punto de decir que había algo en este lugar que le resultaba muy familiar, cuando el viento trajo hasta ellos el ruido de cascos de caballos galopando sobre el barro. A lo lejos, entre el lugar donde estaban y la Gran Sala del Valhalla, se podía distinguir un pequeño número de vacilantes antorchas que avanzaban hacia ellos.

Una vez más, Thor estudió con interés la cabeza de su mazo, lo cepilló con el índice y lo frotó con el pulgar. Después, lentamente, miró hacia lo alto, volvió a echar el brazo hacia atrás haciéndolo girar una, dos, tres veces para después lanzar el misil hacia el cielo. En esta ocasión, sin embargo, continuó sujetando el mango con la mano derecha, mientras que con la izquierda cogió a Kate por la cintura.

25

Saltaba a la vista que aquella noche los cigarrillos iban a crearle un grave problema a Dirk.

Durante casi todo el día, excepto cuando se había despertado, y excepto una vez más poco después de haberse despertado, y excepto cuando se encontró con la cabeza giratoria de Geoffrey Anstey, lo que era comprensible, y también excepto cuando estaba en el pub con Kate, no había fumado ni un solo cigarrillo.

Ni uno. No formaba parte de su vida. Había renunciado a ellos para siempre jamás. No los necesitaba. Podía pasarse muy bien sin ellos. Simplemente le obsesionaban hasta volverle loco y hacer que su vida fuera un infierno, pero decidió que podría soportarlo.

Ahora, sin embargo, cuando acababa de decidir, fríamente, racionalmente, con una decisión madura que de ninguna manera significaba una deshonrosa rendición ante el deseo, que, después de todo, se fumaría un cigarrillo, ¿podía conseguirlo? No podía.

A estas horas de la noche los pubs estaban cerrados a cal y canto. La tienda de la esquina, que anunciaba servicio nocturno, evidentemente tenía un concepto de «nocturno» muy distinto del de Dirk, y si bien estaba seguro de que podría convencer al propietario de la justicia de su causa con un apropiado uso de la lingüística y descarados silogismos, el pobre hombre no estaba allí para escuchar sus alegatos.

A un kilómetro y medio de allí había una estación de servicio que funcionaba las veinticuatro horas del día, pero se encontró con que acababa de sufrir un atraco a mano armada. El cristal blindado parecía una telaraña alrededor de un pequeño agujero, y había policías por todas partes. El empleado al parecer no estaba gravemente herido, aunque todavía perdía sangre por la herida que tenía en el brazo, pero estaba histérico y no lograban que se calmara. No había nadie dispuesto a venderle cigarrillos a Dirk. Simplemente no estaban de humor.

–Podía uno comprar cigarrillos en medio de los bombardeos de los años cuarenta –protestó Dirk–. La gente se enorgullecía de ello. Incluso cuando llovían las bombas y toda la ciudad estaba incendiada, te atendían. Un pobre diablo que acababa de perder dos hijas y una pierna aún era capaz de preguntarte: «¿Con o sin filtro?»

–Supongo que usted también lo haría –murmuró un policía de cara pálida.

–Era el espíritu de la época –dijo Dirk.

–Lárguese –contestó el policía.

Y éste, reflexionó Dirk para sus adentros, era el espíritu de nuestra época. Se retiró, ofendido, y decidió rondar un rato por las calles con las manos en los bolsillos.

Camden Passage. Relojes antiguos. Prendas antiguas. Ni un cigarrillo.

Upper Street. Edificios antiguos en proceso de demolición. Ningún indicio de que hubieran puesto estancos en su lugar.

Chapel Market, desolado por la noche. Basura mojada arrastrada por el viento. Cajas de cartón, cajas de huevos, bolsas de papel y paquetes de cigarrillos, todos vacíos.

Pentonville Road. Siniestros monolitos de cemento, echándole el ojo a los nuevos espacios de Upper Street donde esperaban extender su horrible prole.

La estación de King's Cross. Por el amor de Dios, allí tenía que haber cigarrillos. Dirk apretó el paso.

La vieja fachada de la estación se destacaba entre los edificios de la zona. Una enorme pared de ladrillos pintada de amarillo con la torre del reloj y dos inmensos arcos que daban a los dos gigantescos hangares ferroviarios. Delante de este conjunto, estaba la moderna sala de espera de una planta, en un estado mucho más deplorable que el edificio principal, cien años más antiguo, al que perjudicaba visiblemente desde el punto de vista estético. Dirk pensó que cuando se dibujaron los planos de la nueva sala de espera, los arquitectos habían explicado que ésta mantendría un excitante y provocativo diálogo con el edificio mayor.

King's Cross es una zona donde les suceden cosas terribles a las personas, los edificios, los coches y los trenes, por lo general mientras se espera, y si no se está muy atento, uno puede acabar con toda facilidad manteniendo un excitante y provocativo diálogo consigo mismo. Se podía conseguir que te instalaran una radio de coche barata mientras esperabas, y si te dabas la vuelta un par de minutos, te la sacaban también mientras esperabas. Otras cosas que podían sacarle a uno mientras esperaba eran la billetera, el hígado, la inteligencia y la voluntad de vivir. Los ladrones, los camellos, los chulos y los vendedores de hamburguesas, aunque no necesariamente por este orden, podían encargarse de realizar todos estos servicios.

Pero ¿serían capaces de conseguir un paquete de cigarrillos?, pensó Dirk, con una creciente tensión. Atravesó York Way, declinó un par de ofertas sorprendentes so pretexto de que no implicaban la

posibilidad de obtener cigarrillos a corto plazo, pasó rápidamente por delante de la librería cerrada y entró en la sala de espera principal, lejos de la vida de la calle y en los seguros dominios de los ferrocarriles británicos.

Miró a su alrededor.

Aquí las cosas parecían un tanto extrañas y se preguntó por qué, pero no insistió mucho porque también se estaba preguntando si habría algún sitio abierto donde comprar cigarrillos. No lo había.

Hundió los hombros, desconsolado. Tenía la impresión de que se había pasado todo el día jugando al corre-que-tepillo con el mundo. La mañana no había podido empezar de manera más desastrosa y, a partir de entonces, había sido incapaz de controlar la situación. Se sentía como alguien que intenta montar un caballo desbocado con un pie enganchado en el estribo y el otro dando botes por el suelo con la esperanza de atraparlo. Y ahora, conseguir una cosa tan simple como un cigarrillo estaba fuera de su alcance.

Lanzó un suspiro y buscó un asiento, o al menos, un lugar donde acomodarse en un banco. No era tan fácil como parecía. La estación estaba mucho más concurrida de lo que se hubiera imaginado siendo como era –¿qué hora era?– la una de la madrugada. Por los clavos de Cristo, ¿qué hacía él a la una de la madrugada en la estación de King's Cross, sin cigarrillos y sin un hogar al cual regresar con la certeza de no ser descuartizado por una rapaz homicida?

Decidió compadecerse de sí mismo. Eso le ayudaría a pasar el tiempo. Miró a su alrededor, y al cabo de un rato fue desapareciendo el sentimiento de autocompasión a medida que contemplaba aquello que le rodeaba.

Lo que le parecía extraño era que un lugar tan familiar tuviera un aire tan poco familiar. Las taquillas estaban abiertas pero tenían un aspecto sombrío y angustiado, como si desearan estar cerradas.

Estaba el quiosco, cerrado durante la noche. Nadie necesitaría más periódicos ni revistas en las próximas horas, salvo para taparse con ellos, y los viejos servían igual para dormir debajo.

Los chulos y las putas, los camellos y los vendedores de hamburguesas estaban todos en la calle y en las hamburgueserías. Si te apetecía un poco de sexo rápido, pincharte o, Dios te ayude, comerte una hamburguesa, era allí fuera donde tenías que dirigirte para conseguirlo.

Allí sólo estaban los individuos de los que nadie quería absolutamente nada. Allí era donde se reunían en busca de cobijo hasta que, de tanto en tanto, los desalojaban. En realidad, había

algo que la gente quería de ellos: su ausencia. Eso tenía una gran demanda, pero no era fácil de conseguir. Todo el mundo tiene que estar en algún lugar.

Dirk fue mirando de uno en uno a los hombres y las mujeres que rondaban, o estaban encogidos en sus asientos, o luchaban por estirarse y dormir sobre unos bancos que estaban diseñados específicamente para impedirles que hicieran precisamente eso.

–¿Tiene un pitillo, compañero?

–¿Qué? No, lo siento. No, no tengo –contestó Dirk, palmeando con torpeza los bolsillos de su abrigo con aire avergonzado, como dando a entender que la búsqueda no daría resultado alguno. Se había sobresaltado al ser sacado de su ensimismamiento de esta manera.

–Aquí tiene –dijo el viejo. Le ofreció un cigarrillo aplastado de un paquete aplastado.

–¿Qué? ¡Oh, oh!, sí, gracias. Muchas gracias.

Aunque sorprendido por el ofrecimiento, Dirk aceptó agradecido el cigarrillo y lo encendió con la brasa del cigarrillo que se estaba fumando el viejo.

–Entonces, ¿para qué ha venido aquí? –le preguntó el anciano, sin animosidad, por simple curiosidad.

Dirk intentó mirarle sin que pareciera que le miraba de arriba abajo. El hombre carecía prácticamente de dientes, tenía el cabello enmarañado y se arrebujaba en sus viejas prendas, pero en sus ojos, extremadamente hundidos, había una expresión de calma. No esperaba que le sucediera nada peor de lo normal.

–Bueno, en realidad justamente esto... –dijo Dirk, enseñando el cigarrillo–. Gracias. No pude conseguir uno en ninguna parte.

–¡Oh! ¡Ah! –dijo el viejo.

–Tengo en casa una rapaz loca –dijo Dirk–. No deja de atacarme.

–¡Oh! ¡Ah! –dijo el viejo, asintiendo con resignación.

–Quiero decir una rapaz de verdad –insistió Dirk–. Un águila.

–¡Oh! ¡Ah!

–Con grandes alas.

–¡Oh! ¡Ah!

–Me pilló con una de sus garras a través de la boca del buzón.

–¡Oh! ¡Ah!

Dirk se preguntaba si valdría la pena continuar con la conversación. Guardó silencio y miró a su alrededor.

–Tuvo usted suerte de que no le hiriera con el pico –dijo el viejo al cabo de un rato–. Las águilas lo hacen cuando se enfadan.

–¡Lo hizo! –afirmó Dirk–. ¡Lo hizo! Mire, justo en la nariz. Esto

también me lo hizo a través del buzón. ¡No me va usted a creer! ¡Que hablen de fuerza! ¡Que hablen de alcance! ¡Mire lo que me hizo en la mano!

Extendió la mano y esperó un consuelo. El viejo le dedicó una mirada de conocedor.

–¡Oh! ¡Ah! –dijo por fin, y se volvió a sumir en sus propios pensamientos.

Dirk retiró su mano herida.

–Al parecer, sabe mucho de águilas, ¿no es así?

El hombre no respondió y, en cambio, pareció hundirse aún más en sus reflexiones.

–Hay mucha gente esta noche –comentó Dirk, después de unos instantes de silencio.

El viejo se encogió de hombros. Dio una chupada muy larga a su cigarrillo, entrecerrando los ojos para protegerlos del humo.

–¿Es siempre así? Quiero decir, ¿siempre hay tanta gente por aquí como esta noche?

El hombre se limitó a mirar el suelo mientras soltaba lentamente el humo por la nariz y la boca.

Una vez más, Dirk miró a su alrededor. Unos pocos pasos más allá, estaba sentado un hombre no tan viejo como su compañero, pero de porte estrafalario, que no había dejado de asentir frenéticamente ante una botella de brandy barato. Entonces dejó lentamente de asentir, enroscó con dificultad el tapón de la botella y se la guardó en uno de los bolsillos de su abrigo andrajoso. Una vieja gorda que había estado examinando afanosamente el interior de la bolsa de basura negra donde guardaba sus posesiones, comenzó a retorcer el plástico para cerrarla.

–Se diría que está a punto de suceder algo –dijo Dirk.

–¡Oh! ¡Ah! –dijo su compañero. Puso las manos sobre las rodillas, se inclinó hacia delante y se puso de pie con un doloroso esfuerzo. A pesar de su caminar encorvado y lento, y sus prendas mugrientas y hechas harapos, había en su porte un cierto aire de autoridad y poder.

El aire que desplazó al levantarse estaba cargado de un olor agrio que se desprendía de los pliegues de su piel y de sus ropas, y resultaba insoportable hasta para el maltrecho olfato de Dirk. Era un olor que no se acababa nunca. En el momento en que Dirk pensó que ya había pasado, volvió a atacar aún con más intensidad hasta el punto de que Dirk creyó que le volatilizaría los sesos.

Intentó no ahogarse, incluso intentó sonreír cortésmente sin dejar que le corrieran las lágrimas mientras el hombre se volvía

hacia él y le decía:

–Prepare una infusión con flores de naranjas amargas. Añádale un poco de salvia mientras todavía está caliente. Es un remedio muy bueno para las heridas de águila. Hay quien le pone aceite de albaricoque y almendras e incluso, el Señor nos proteja, cedro. Pero siempre hay gente que exagera. Y, algunas veces, necesitamos de ella. ¡Oh! ¡Ah!

Tras estas palabras, dio media vuelta una vez más y se unió al grupo, cada vez mayor, de cuerpos patéticos, encorvados y maltrechos que se dirigía hacia la salida. En total, serían dos o tres docenas los que se iban. Cada uno parecía marcharse por separado, cada uno o una por razones completamente independientes, y no se apresuraban en seguirse los unos a los otros, aunque no era difícil darse cuenta, por poco que uno tuviera interés en mirar a esta gente a la que nadie tenía interés en mirar, que se marchaban al mismo tiempo y en grupo.

Dirk se ocupó de su cigarrillo durante un par de minutos sin dejar de observarlos de uno en uno a medida que se marchaban. Cuando estuvo seguro que de ya no faltaba nadie más por irse, y que los últimos dos o tres estaban llegando a la puerta, tiró la colilla y la aplastó con el tacón. Entonces se dio cuenta de que el viejo se había dejado el arrugado paquete de cigarrillos. Dirk miró en su interior y vio que todavía quedaban dos cigarrillos aplastados. Se embolsó el paquete, se puso de pie, y con toda discreción los siguió desde una distancia que juzgó apropiada y respetuosa.

En Euston Road, la brisa nocturna era fría y molesta. Se demoró unos momentos en la puerta, observando la dirección que tomaban: hacia el oeste. Sacó uno de los cigarrillos, lo encendió y después se dirigió también hacia el oeste sin darse prisa. Pasó junto a la parada de taxis y enfiló St. Pancras Street.

En el lado oeste de St. Pancras Street, tan sólo a unos pocos metros de Euston Road, un tramo de escalera llevaba hasta el patio del viejo Midland Grand Hotel, un enorme, fantasioso y tétrico edificio de estilo gótico que se erguía, vacío y desolado, frente a la entrada de la estación de St. Pancras.

Al final de la escalera, escrito en letras doradas sobre la verja de hierro forjado, estaba el nombre de la estación. Sin apresurarse, Dirk subió los peldaños detrás del último de la banda de viejos vagabundos y pordioseros. La escalera desembocaba justo al lado de un pequeño y chato edificio de ladrillos que se utilizaba como aparcamiento. A la derecha, la enorme masa negra del viejo hotel se erguía en la noche. La silueta de sus techos coronados por

extravagantes torreones, retorcidas espirales y pináculos, parecía elevarse en el cielo nocturno.

Allá arriba, en la oscuridad, silenciosas figuras de piedra montaban guardia detrás de grandes escudos, agrupados alrededor de las pilastras, detrás de las barandillas de hierro forjado. Los dragones tallados permanecían agazapados mirando el cielo mientras Dirk Gently, con los faldones de su abrigo de piel ondeando al viento, se acercaba a los grandes portales de hierro que conducían al hotel y al enorme cobertizo cerrado de la estación de St. Pancras. Las figuras de piedra de perros alados se agazaparon en la cima de sus pilares.

Aquí, en la zona que unía la entrada del hotel con las taquillas de la estación, estaba aparcada una gran furgoneta Mercedes de color gris y sin distintivos. Una rápida mirada a la parte delantera le bastó a Dirk para identificarla como la misma que casi lo había hecho salir de la carretera unas cuantas horas antes en los Cotswolds.

Dirk entró en la sala de la estación, un espacio muy amplio con las paredes recubiertas de paneles, a lo largo de las cuales se alineaban gruesas columnas de mármol en forma de portaantorchas.

A esa hora de la noche, las taquillas estaban cerradas –no salían trenes de St. Pancras durante la noche– y más allá se veía la inmensa nave de la estación propiamente dicha, el gran hangar ferroviario victoriano, sumido en la oscuridad y las sombras.

Dirk se mantuvo discretamente oculto en la entrada, y observó cómo los viejos vagabundos y las damas zarrapastrosas, que habían entrado en la estación por la puerta principal, que daba al patio del hotel, se reunían en la penumbra. Ahora eran muchos más de un par de docenas, tal vez llegaban al centenar, y parecía reinar entre ellos un aire de tensión y excitación reprimidas.

Mientras caminaban de un lado a otro, al cabo de un rato a Dirk le pareció que, si bien se había sorprendido al ver cuántos eran cuando llegó, ahora en cambio parecían ser cada vez menos numerosos. Escudriñó en la penumbra, intentando averiguar qué sucedía. Salió de su escondite junto a la entrada y penetró en el salón principal, pero tuvo la precaución de mantenerse lo más cerca posible de la pared mientras se acercaba a ellos.

Ahora no cabía duda de que eran menos, tan sólo quedaba un puñado. Tenía la clara sensación de que se deslizaban hacia las sombras y no volvían a salir de ellas.

Frunció el ceño.

Las sombras eran espesas, pero no tanto. Apresuró el paso y muy

pronto abandonó toda prudencia mientras intentaba alcanzar al reducido grupo que quedaba. Pero cuando llegó al centro de la sala donde habían estado reunidos, ya no quedaba nadie, y se quedó dando vueltas, confuso, en medio de la enorme, oscura y vacía estación de ferrocarril.

26

Lo único que a Kate le impedía chillar era la brutal presión del aire que entraba en sus pulmones mientras ascendía como un cohete hacia el cielo.

Cuando, unos segundos más tarde, disminuyó un poco la terrible aceleración, descubrió que se ahogaba al tragar, que tenía los ojos tan irritados y llenos de lágrimas que a duras penas podía ver, y prácticamente no había un solo músculo de su cuerpo que no fuera sacudido por las olas de aire que la golpeaban, tirando de sus cabellos y sus prendas, y haciendo que sus rodillas, nudillos y dientes castañetearan sin cesar.

Luchó consigo misma para dominar el impulso de luchar. Por un lado, no tenía el menor interés en que le soltaran. Si bien entendía muy poco de lo que le estaba ocurriendo, al menos sabía que no quería que la soltaran. Por otro, la conmoción física a la que estaba sometida se enfrentaba con la terrible furia y humillación que sentía al verse repentinamente alzada hacia el cielo sin previo aviso. El resultado era que no oponía mucha resistencia y esto la enfurecía consigo misma. Acabó aferrándose al brazo de Thor de la manera más abyecta e indigna.

La noche era muy oscura, y al menos esto, pensó, tenía una ventaja: le impedía ver el suelo. Las luces que había visto aquí y allá en la distancia se agitaban ahora muy lejos por debajo de ella, pero su instinto se negaba a identificarlas como pertenecientes al suelo. Ahora mismo, las antorchas titilantes del edificio de torreones demenciales que había divisado antes de que ocurriera esta tropelía, estaban cada vez más lejos.

Seguían ascendiendo.

No podía resistirse, no podía hablar. Probablemente podría, si lo intentaba, morderle el brazo a este bruto estúpido, pero se contentó con pensarlo sin llevarlo a la práctica.

El aire le hacía daño en los pulmones. Le lloraban la nariz y los ojos, y le resultaba imposible mirar adelante. Cuando lo intentó, tan sólo una vez, consiguió ver un instante y sin mucha claridad la cabeza del martillo surcando el aire oscuro como una centella, y el brazo de Thor agarrado al mango que lo arrastraba. Con el otro brazo la sostenía por la cintura. La fuerza de Thor desafiaba su imaginación pero no por ello se sintió menos enfadada.

Tenía la sensación de que ahora estaba volando justo por debajo

de las nubes. De tanto en tanto, los envolvía una niebla pegajosa y respirar resultaba aún más difícil y desagradable. El aire húmedo tenía un regusto amargo y era terriblemente frío, y sus cabellos empapados le fustigaban la cara.

Llegó a la conclusión de que el frío sería la causa de su muerte, y al cabo de un instante, se convenció de que comenzaba a perder el conocimiento. De hecho se dio cuenta de que estaba intentando perder el conocimiento, pero no lo lograba. El tiempo, sin embargo, se convirtió en una noción confusa, y cada vez tenía menor conciencia de cuánto había transcurrido.

Por fin, comenzó a sentir que aminoraban la marcha y que entraban en una trayectoria de descenso. Eso le provocó nuevos ataques de náuseas y pérdida de la orientación, y sintió como si su estómago diera vueltas lentamente en una trituradora.

La calidad del aire era, por decir algo, todavía peor. Olía peor, tenía un sabor más agrio y, al parecer, iba aumentando su turbulencia. Ahora ya no cabía duda de que desaceleraban, y la marcha se hacía cada vez más dificultosa. La cabeza del martillo apuntaba hacia abajo y parecía estar buscando su camino en lugar de lanzarse hacia delante.

Continuaron descendiendo, abriéndose paso entre las nubes cada vez más espesas que giraban a su alrededor de manera que daba la impresión de que debían de llegar hasta el suelo.

La velocidad había disminuido hasta el punto de permitir a Kate mirar hacia delante, aunque la acritud del aire era tal que sólo pudo tener un brevísimo atisbo. En ese momento, Thor soltó el martillo. No lo podía creer. Lo soltó sólo una fracción de segundo, únicamente para cambiar la manera de sujetar el mango, de forma tal que ahora iban colgados del mismo en lugar de ser arrastrados. Mientras él redistribuía su peso en la nueva postura, tiró de Kate hacia arriba como quien se sube un calcetín. Siguieron bajando cada vez más y más.

Ahora había un ruido ensordecedor provocado por el viento que soplaba sobre sus cabezas, y de pronto Thor se puso a correr, saltando sobre una tierra arenosa y llena de rocas, esquivando los retorcidos matorrales, hasta que finalmente se detuvo clavando los pies en la tierra.

Por fin, se habían parado, y aunque todavía se tambaleaban un poco, el suelo que pisaban era firme.

Kate jadeó unos instantes, agachándose para recuperar el aliento. Después se irguió cuan alta era, y estaba a punto de expresar con detalle y a viva voz la opinión que le merecían los

recientes acontecimientos, cuando de pronto experimentó una sensación de alarma en relación al sitio donde estaba.

A pesar de la oscuridad de la noche, el viento que la azotaba y su fuerte olor marino le indicaban que algún tipo de mar estaba muy cerca. El tremendo ruido de las olas al romperse le reveló claramente que más o menos estaba debajo de ella, y que se encontraban al borde de un acantilado. Se aferró con fuerza al brazo del dios insoportable que la había llevado hasta allí con la vana esperanza de hacerle daño.

A medida que la sensación de vértigo se fue apaciguando, observó una especie de débil luz que se extendía ante ella y, un instante después, se dio cuenta de que provenía del mar.

El mar entero resplandecía. Se expandía en la noche, embistiéndose y azotándose a sí mismo en un torbellino, al tiempo que se lanzaba con desesperación contra las rocas de la costa para estallar en un frenesí de dolor. El mar y el cielo luchaban entre sí con una furia ponzoñosa.

Kate lo contemplaba enmudecida, y entonces se dio cuenta de que Thor estaba a su lado.

–A usted la conocí en un aeropuerto –dijo, con la voz quebrada por el viento–. Intentaba llegar a mi casa de Noruega, en avión –señaló el mar–. Quería que viera por qué no podía venir por este camino.

–¿Dónde estamos? ¿Qué lugar es éste? –preguntó Kate, asustada.

–En su mundo, éste es el Mar del Norte –contestó Thor. Dio media vuelta y se dirigió tierra adentro, caminando lentamente y arrastrando el martillo tras él.

Kate se arrebujó en su abrigo empapado y se apresuró a seguirle.

–Bueno, y ¿por qué no voló a su casa por los aires como acabamos de hacer, pero pasando, bueno..., por nuestro mundo?

La furia se había apaciguado y ahora sentía una cierta preocupación por su vocabulario.

–Lo intenté –replicó Thor sin dejar de caminar.

–Bueno, y ¿qué pasó?

–No quiero hablar de ello.

–¿Qué quiere decir con eso?

–No estoy dispuesto a discutirlo.

Kate se echó a temblar de pura rabia.

–¿Así es como se comporta un dios? –le espetó–. Como le preocupa, no está dispuesto a hablar de ello.

–¡Thor! ¡Thor! ¿Eres tú?

Estas palabras las había pronunciado una voz aguda traída por

el viento. Kate escudriñó en el viento. A través de la oscuridad, una linterna se balanceaba en dirección a ellos desde detrás de un pequeño montículo.

–¿Eres tú, Thor? –Una pequeña anciana apareció a la vista, sosteniendo una linterna por encima de la cabeza, mientras se acercaba cojeando con entusiasmo–. Ya me parecía que el martillo que he visto era el tuyo. ¡Bienvenido! –gorjeó–. ¡Ay!, pero vienes en mal momento. Estaba poniendo la cazuela al fuego para tomarme una taza de algo y después tal vez matarme, pero entonces me dije «¿Por qué no esperas un par de días más, eh, Tsuliwa..., Tsuwila..., Swuli..., Tsuliwaënsis?», jamás he sido capaz de pronunciar mi propio nombre correctamente cuando hablo conmigo misma, y eso me saca de quicio, seguro que lo entiendes, un chico tan brillante, yo siempre lo he dicho, no importa lo que opinen los demás, así que me dije: «Tsuliwaënsis, mira a ver si viene alguien, y si no viene, bueno, podría ser un buen momento para matarte.» ¡Y mira por dónde! ¡Aquí estás! ¡Bienvenido, bienvenido! Y veo que has traído a una amiga. ¿Es que no me vas a presentar? Hola, querida, hola. Me llamo Tsuliwaënsis y no me ofenderé en lo más mínimo si tartamudeas al pronunciarlo.

–Yo... yo..., estoooo..., soy Kate –dijo Kate, absolutamente perpleja.

–Sí, bueno, supongo que estará bien –dijo la vieja, con energía–. De todas maneras, ven si es que piensas venir. Si tienes intención de pasarte aquí el resto de la noche iré a ocuparme de lo mío y me mataré ahora mismo, y ya te las apañarás para prepararte el té cuando estés lista. ¡Venga!

La anciana se apresuró a abrir la marcha y casi de inmediato llegaron a una cochambrosa estructura de madera y barro que al parecer se había endurecido cuando estaba a medio camino de desplomarse. Kate le dirigió una mirada a Thor, tratando a adivinar en su expresión algo que le permitiera comprender la situación, pero estaba muy ocupado con sus propios pensamientos y era evidente que no estaba dispuesto a compartirlos. Sin embargo, tuvo la impresión de que se había producido un cambio en su forma de moverse. Pese al poco tiempo que hacía que se conocían, se había dado cuenta de que parecía estar siempre luchando con una rabia interior contenida que ahora había dejado de hostigarle. No había desaparecido, simplemente era una tregua. Se apartó para que ella pudiera entrar en la covacha de Tsuliwaënsis, y con un gesto brusco le indicó que pasara. La siguió, unos instantes después, agachándose de una manera ridícula, tras hacer una pausa para echar una ojeada

a lo poco que se podía ver del paisaje.

El interior era diminuto. Unas cuantas tablas cubiertas de paja servían de cama, una cazuela hervía suavemente sobre el fuego y una caja colocada en un rincón hacía las veces de silla.

–Y éste es el cuchillo que pensaba emplear, ¿lo veis? –dijo Tsuliwaënsis, moviéndose de un lado a otro–. Lo he estado afilando, ¿lo veis? Puedes sacarle un filo magnífico si le das a la piedra un movimiento circular y pensaba que éste sería un buen lugar, ¿no os parece? Aquí en la pared. Podría encajar el mango en esta grieta de forma tal que quedara bien firme y entonces, así sin más, lanzarme. Me podría lanzar sin problemas. ¿Lo veis? ¡Lanzarme! No sé si colocarlo un poco más abajo: ¿Qué opinas tú, querida? Tú entiendes de estas cosas, ¿verdad?

Kate le explicó que no y se las arregló para hacerlo en un tono bastante tranquilo.

–Tsuliwaënsis –dijo Thor–, no hemos venido aquí para quedarnos... Tsuli, haz el favor de dejar ese cuchillo.

Tsuliwaënsis permanecía frente a ellos, mirándolos alegremente, pero también sujetaba el cuchillo, con su hoja grande y pesada apoyada en la muñeca izquierda.

–No os preocupéis por mí, queridos –dijo–. Estoy muy cómoda. Me puedo matar en cualquier momento, estoy lista y muy feliz de poder hacerlo. Ya no vale la pena vivir en estos tiempos. De ninguna manera. Idos y sed felices. No perturbaré vuestra felicidad con el sonido de mis gritos. Cuando os hayáis marchado, apenas haré ruido con este cuchillo.

Temblaba, pero mantenía su aire de desafío.

Con cuidado, casi con gentileza, Thor extendió el brazo y cogió el cuchillo de la mano temblorosa. La anciana pareció derrumbarse al soltarlo y desapareció todo su ímpetu. Se sentó en la caja y se quedó acurrucada. Thor se puso en cuclillas a su lado, y con lentitud la cogió entre sus brazos y la arrimó a su pecho. Poco a poco, la vieja pareció volver a la vida, hasta que se apartó empujándole y diciéndole que no fuera tan estúpido; después hizo un poco de comedia simulando alisarse la falda de su andrajoso y sucio vestido negro.

Una vez recuperada la compostura, dirigió su atención a Kate, y la miró de arriba abajo.

–Tú eres una mortal, ¿no es así, querida? –preguntó por fin.

–Bueno..., sí –contestó Kate.

–Salta a la vista con ese bonito vestido que llevas... ¡Oh, sí! Bueno, y ahora que has visto el aspecto que tiene el mundo al otro

lado, ¿qué opinas?

Kate le explicó que todavía no sabía qué pensar. Mientras tanto, Thor se sentó en el suelo y apoyó su gran cabeza contra la pared entrecerrando los ojos. Kate tenía la sensación de que se estaba preparando para algo.

–Hubo un tiempo en que las cosas no eran tan diferentes –prosiguió la anciana–. Hubo un tiempo en que era encantador, sabes, muy encantador. Había las típicas rencillas entre nosotros. Discusiones terribles, desde luego, tremendas peleas, pero en realidad todo era muy encantador. ¡En cambio ahora! –Lanzó un largo y fatigado suspiro y quitó una brizna de la pared–. ¡Ay, las cosas están mal! –dijo–, las cosas están muy mal. Sabes, las cosas afectan a las cosas. Nuestro mundo afecta a vuestro mundo y vuestro mundo afecta al nuestro. Algunas veces resulta difícil saber exactamente cuál es el efecto. Muy a menudo, también resulta difícil que nos agrade. La mayor parte del tiempo, todo es difícil y malo. Pero nuestros mundos se parecen mucho en bastantes sentidos. Si en vuestro mundo levantáis un edificio, también aparece una estructura en el nuestro. Tal vez sea una colina, o una colmena o una casucha como ésta. Tal vez sea algo un poco mayor, pero aparecerá alguna cosa. ¿Te encuentras bien, Thor, cariño?

El Dios del Trueno cerró los ojos y asintió. Tenía los codos apoyados sobre las rodillas. Las tiras del camisón de Kate que había empleado para vendarse el brazo estaban flojas y mojadas. Sin preocuparse mucho, se las quitó.

–Y si algo no ha sido resuelto como es debido en vuestro mundo –continuó la anciana–, tanto se quiera como si no, aparecerá en el nuestro. Nada desaparece. Ningún secreto culpable. Ningún pensamiento oculto. Puede que en nuestro mundo sea un nuevo y poderoso dios o tal vez sólo un moscardón, pero estará aquí. Debería añadir que en estos tiempos que corren, la mayoría de las veces se trata más de un moscardón que de un nuevo y poderoso dios. Ahora hay muchos más moscardones y menos dioses inmortales, cuando antes era lo contrario.

–¿Cómo puede ser que haya menos inmortales? –preguntó Kate–. No quisiera ser pedante pero...

–Bueno, querida, está ser inmortal, y ser inmortal. Quiero decir que si yo pudiera poner este cuchillo bien firme en un sitio y después lanzarme encima, veríamos muy pronto quién es inmortal y quién no.

–Tsuli... –la advirtió Thor, pero no abrió los ojos para hacerlo.

–Sin embargo, nos vamos yendo uno tras otro. Es verdad, Thor.

Tú eres de los pocos que se preocupan. Ahora no quedan muchos que no hayan sucumbido al alcohol o al *onx*.

–¿Qué es eso? ¿Algún tipo de enfermedad? –preguntó Kate. Comenzaba a sentirse enfadada otra vez. Después de ser sacada contra su voluntad de su apartamento, de ser arrastrada por los aires a través de todo East Anglia colgada de un martillo, ahora se sentía irritada por tener que mantener una conversación con una vieja loca con manías suicidas mientras Thor permanecía sentado tranquilamente, al parecer muy satisfecho de sí mismo, dejando que ella hiciera un esfuerzo que no le apetecía hacer.

–Es un mal, querida, que únicamente afecta a los dioses. En realidad, consiste en estar hasta las narices de ser un dios, algo que, como puedes ver, sólo pueden sufrir los dioses.

–Ya lo veo.

–En la etapa final, simplemente te tiendes en el suelo y al cabo de un tiempo un árbol brota de tu cabeza y se acabó. Vuelves a unirte con la tierra, entras en sus entrañas, fluyes en su savia y finalmente emerges como un gran torrente de agua pura, y tanto si lo quieres como si no, acaban vertiéndote un montón de residuos químicos. Es una tarea muy ardua ser un dios en estos tiempos, incluso un dios muerto.

»Bueno –dijo, palmeándose las rodillas. Volvió la mirada hacia Thor, que había abierto los ojos, pero sólo para dedicarse a la contemplación de sus nudillos y la punta de los dedos–. Bueno, he oído decir que esta noche tienes una cita.

–Hummm –gruñó Thor, sin moverse.

–He oído decir que has convocado al Gran Consejo para la Hora del Desafío, ¿no es así?

–Hummm –dijo Thor.

–La Hora del Desafío, ¿eh? Bueno, ya sé que las cosas no van muy bien entre tu padre y tú desde hace tiempo, ¿no es así?

Thor no estaba dispuesto a seguirle el juego. No respondió.

–Esa historia de Gales siempre me ha parecido espantosa –añadió Tsuliwaënsis–. No sé por qué lo aguantaste. Desde luego, me doy cuenta de que es tu padre y el Padre de Todos, y nos lo pone difícil. ¡Ay, Odín, Odín!..., le conozco desde hace tanto tiempo. ¿Sabes que una vez hizo el trato de sacrificar uno de sus ojos a cambio de la sabiduría? Claro que lo sabes, querido, cómo no ibas a saberlo siendo su hijo, ¿verdad? Bueno, yo siempre he dicho que tendría que protestar por ese trato, reclamar que le devolvieran el ojo. Tú ya sabes lo que quiero decir, Thor, ¿verdad? Y ese horrible Toe Rag. Hay que andar con mucho ojo con ese tipejo, Thor, con

mucho ojo. Bueno, supongo que mañana por la mañana me enteraré de cómo ha ido todo.

Thor se incorporó deslizando la espalda contra la pared. Cogió las manos de la mujer entre las suyas en señal de afecto y le dedicó una sonrisa tensa, pero no dijo nada. Con una leve inclinación de cabeza le indicó a Kate que se marchaban. Como marcharse era lo que más le apetecía en el mundo, resistió la tentación de decir «¿Ah, sí?» y montar un escándalo por ser tratada de esta manera. Dócilmente, se despidió de la anciana y salió otra vez a las tinieblas de la noche. Thor la siguió.

Kate se cruzó de brazos y dijo:

–¿Y bien? ¿Adónde vamos ahora? ¿Qué otros grandes acontecimientos sociales me tienes reservados para esta velada?

Thor dio unos pasos, examinando el terreno. Sacó el martillo y lo sopesó con aprecio en sus manos. Escudriñó en la noche y balanceó el martillo un par de veces, despreocupadamente. Giró un par de veces sobre sí mismo, sin tomar mucho impulso. Soltó el martillo, que se lanzó a la oscuridad, partiendo de un golpe un peñasco situado unos treinta metros más allá para después volver. Él lo sujetó sin esfuerzo, lo volvió a arrojar al aire y lo atrapó otra vez fácilmente.

Entonces, se volvió hacia ella y, por primera vez, la miró a los ojos.

–¿Quiere ver una cosa? –preguntó.

27

Una ráfaga de viento recorrió las enormes bóvedas de la estación desierta y estuvo a punto de provocar en Dirk un largo aullido de frustración al ver que un rastro tan prometedor se había esfumado ante sus ojos. La fría luz de la luna se coló a través de las hileras de cristales que se extendían a todo lo largo del techo de la estación de St. Pancras.

Cayó sobre los rieles vacíos iluminándolos. Cayó sobre los tablones de anuncio con los horarios de salida de los trenes, cayó sobre el cartel que anunciaba que hoy era un día azul, iluminándolos a ambos.

Encuadrados en el arco que formaba el extremo más alejado del techo abovedado, se erguían las formas fantásticas de cinco grandes gasómetros, y las estructuras que los soportaban parecían enredarse unas con otras de una manera imposible, como si fueran el resultado del conjuro de un prestidigitador. La luna también las iluminaba, pero insistía en no iluminar a Dirk.

Él había visto a un centenar o más de personas volatilizarse sin más en el aire de forma completamente imposible. Esto en sí mismo no le planteaba ningún problema. Lo imposible no era algo que le preocupara más allá de lo necesario. Si no era posible hacerlo, entonces estaba claro que había sido hecho de una manera imposible. La pregunta era ¿cómo?

Recorrió todo el sector de la estación por donde habían desaparecido y observó todo lo que se podía observar desde allí, buscando cualquier pista, cualquier anomalía, cualquier cosa que le permitiera pasar donde acababa de ver entrar a cien personas como si tal cosa. Tenía la sensación de que muy cerca se estaba celebrando una gran fiesta a la que no había sido invitado. Desesperado, comenzó a girar como una peonza con los brazos extendidos, hasta que decidió que era completamente inútil y optó por encender un cigarrillo.

Cuando sacó el paquete, se dio cuenta de que se le había caído del bolsillo un trozo de papel. Una vez que su cigarrillo estuvo bien encendido, se agachó y recogió el papel.

No era nada importante, sólo la cuenta de la enfermera que había tenido que pagar en el café. Un escándalo, pensó acerca de los precios mientras repasaba la nota, y estaba a punto de hacer una pelota y tirar el papel cuando se le ocurrió una idea acerca de la

disposición general del documento.

La lista de las cosas consumidas estaba en el lado izquierdo, mientras que los precios estaban a la derecha.

En sus propias facturas, cuando las hacía, en el caso de que tuviera un cliente, algo poco frecuente en estos momentos, y los que tenía parecían ser incapaces de vivir lo suficiente para recibir sus facturas y escandalizarse, se tomaba su tiempo para explicar las partidas. Escribía pequeños ensayos, pequeños párrafos para explicarlo todo. Le gustaba que el cliente tuviera la sensación de que estaba obteniendo algo a cambio de su dinero, al menos en este sentido.

En resumen, las facturas que preparaba se correspondían, en su disposición, casi exactamente con el fajo de papeles escritos en indescifrables caracteres rúnicos cuyo significado había sido incapaz de entender un par de horas antes. ¿Le era esto de alguna ayuda? No lo sabía. Si el fajo no era un contrato sino una factura, ¿qué era lo que se facturaba? ¿Qué servicios se habían prestado? No cabía duda de que se trataba de unos servicios muy complicados. O, al menos, unos servicios descritos de manera complicada. ¿A qué profesiones debían de corresponder? Ahora, al menos, tenía algo en qué pensar. Hizo una bola con la cuenta del café y se dirigió hacia una papelera para tirarla.

Fue un movimiento fortuito.

Ahora se encontraba alejado de la zona central de la estación, cerca de una pared contra la cual podría pegarse para pasar desapercibido cuando, de pronto, oyó los pasos de dos personas que cruzaban el patio exterior.

Pocos segundos después, entraron en el vestíbulo de la estación, y para entonces, Dirk ya estaba bien oculto en una esquina de la pared.

El único inconveniente fue que durante unos instantes no pudo ver a las dos personas que se acercaban. Cuando por fin las distinguió, habían llegado exactamente al mismo punto donde, unos minutos antes, una pequeña horda se había esfumado tranquilamente y sin hacer ruido.

Se sorprendió al ver las gafas de montura roja de la mujer y el discreto traje de corte italiano del hombre, y también ante la velocidad con que ambos desaparecieron en el aire.

Dirk se quedó perplejo. Eran las dos mismas condenadas personas que habían sido la cruz de su vida a lo largo de toda la jornada (se permitió esta pequeña exageración con el pretexto de la extrema provocación) que ahora, con toda deliberación y descaro,

habían desaparecido ante sus propios ojos.

Una vez que estuvo completamente seguro de que se habían esfumado, y que no se escondían uno detrás del otro, se aventuró una vez más en el misterioso espacio.

Era de una vulgaridad apabullante. Un suelo vulgar, un aire vulgar, todo absolutamente vulgar. Sin embargo, una cantidad de personas que hubiera mantenido ocupado al triángulo de las Bermudas durante toda una década, se había esfumado allí mismo en cuestión de cinco minutos.

Se sentía profundamente exasperado.

Estaba tan profundamente exasperado que decidió compartir este sentimiento de exasperación telefoneando a alguien para exasperarlo a su vez; no había duda alguna que lo conseguiría, siendo como era la una y media de la madrugada.

Sin embargo, no era una idea completamente arbitraria; todavía estaba preocupado por la seguridad de la muchacha americana, Kate Schechter, y no se había quedado muy tranquilo cuando su llamada la atendió el contestador automático. Pero, a estas horas, con toda seguridad ya estaría en casa, durmiendo feliz en su cama, y se pondría lívida al ser despertada por la llamada telefónica de un entrometido en plena madrugada.

Encontró un par de monedas y un teléfono que funcionaba y marcó el número. Otra vez respondió el contestador automático.

Le informó de que ella había ido a pasar la noche a Asgard. No tenía muy claro a qué parte de Asgard irían primero, pero probablemente más tarde, si la velada prometía, se dejarían caer por el Valhalla. Si le interesaba dejar un mensaje, lo escucharía por la mañana, si todavía estaba viva y de humor para hacerlo. Después sonaron unos cuantos pitidos que reverberaron en el tímpano de Dirk durante varios segundos.

–¡Oh! –dijo, al comprender que el contestador estaba grabando su mensaje–. ¡Dios bendito! Bueno, creía que habíamos quedado en que usted me llamaría antes de hacer nada imposible.

Colgó el auricular con furia mientras la cabeza le daba vueltas. Así que el Valhalla, ¿eh? ¿Era allí donde todo el mundo iba esta noche excepto él? Se sintió con ganas de irse a su casa, meterse en la cama y despertarse a la mañana siguiente, dedicado a la venta de verduras.

El Valhalla.

Miró de nuevo a su alrededor mientras el nombre de Valhalla resonaba en sus oídos. Sin duda aquí había espacio suficiente para ser una magnífica sala de fiestas para dioses y héroes muertos, y el

desierto Midland Grand Hotel era el sitio adecuado para albergar a toda la pandilla procedente de Noruega.

Se preguntó si el hecho de saber dónde se estaba metiendo cambiaba algo.

Con paso nervioso y vacilante recorrió el espacio en cuestión. No sucedió nada. Bueno, vaya. Dio media vuelta y miró a su alrededor mientras daba un par de lentas chupadas al cigarrillo que le había dado el vagabundo. El espacio no parecía distinto.

Volvió a recorrerlo, pero esta vez su paso no era vacilante sino mesurado y seguro. Seguía sin ocurrir nada, pero entonces, justo cuando estaba llegando al final, medio se imaginó que había medio oído durante un medio instante una especie de sonido estridente, como el que se produce al girar bruscamente el dial de una radio. Dio la vuelta de nuevo y se encaminó hacia el espacio, moviendo la cabeza con lentitud de un lado a otro para captar el más leve sonido. Durante un rato no escuchó nada, pero de pronto una ráfaga sonó a su alrededor y desapareció. Otro movimiento y otra ráfaga. Se movió muy, muy despacio y con mucho cuidado. Con el más leve y sutil de los movimientos, tratando de captar el sonido, volvió la cabeza una millonésima parte de una millonésima parte de un grado, se deslizó detrás de una molécula y desapareció.

De inmediato, tuvo que agacharse para esquivar el asalto de un águila enorme que apareció en el espacio lanzándose contra él.

28

No era la misma águila, era un águila diferente. La próxima también era un águila diferente, y la siguiente. El aire parecía estar plagado de águilas, y saltaba a la vista que era imposible entrar en el Valhalla sin verse sobrevolado al menos por media docena. Incluso las águilas eran sobrevoladas por águilas.

Dirk se echó los brazos a la cabeza para defenderse de los salvajes y terribles aleteos, dio media vuelta, tropezó y cayó detrás de una mesa enorme sobre un suelo cubierto por una espesa capa de paja húmeda y fangosa. Su sombrero rodó bajo la mesa. Se lanzó en su persecución, se lo encasquetó con fuerza y espió lentamente por encima de la mesa.

La sala era sombría, pero estaba iluminada por grandes hogueras.

El ruido y el humo llenaban el aire, y también el olor a cerdos, corderos y jabalíes asándose, a sudor y a vino derramado, y a las plumas chamuscadas de las águilas.

La mesa detrás de la cual se ocultaba era una de las tantas tablas de roble montadas sobre caballetes que se extendían en todas direcciones, cargadas con humeantes trozos de animales muertos, panes enormes, grandes jarras de hierro rebosantes de vino y velas que parecían las montañas de un hormiguero. Enormes figuras sudorosas se apiñaban alrededor y sobre ellas, comiendo, bebiendo, peleándose por la comida, peleándose en la comida, peleándose con la comida.

Más o menos a un metro de Dirk, un guerrero, de pie sobre una mesa, luchaba con un cerdo que había estado asándose durante seis horas, y evidentemente llevaba las de perder, pero perdía con brío y alegría y los otros guerreros le vitoreaban al tiempo que le rociaban con el vino de un pellejo.

El techo –por lo poco que se podía ver a esta distancia, y a la vacilante luz de las hogueras– estaba hecho con escudos atados entre sí.

Dirk agarró su sombrero, agachó la cabeza y echó a correr, tratando de abrirse camino hacia un lado de la sala. Mientras corría, sintiendo que era prácticamente invisible por la sencilla razón de estar completamente sobrio y, a su juicio, vestido con discreción, le pareció que pasaba ante un muestrario de todas las funciones corporales imaginables excepto el cepillado de dientes.

El olor, como había sucedido con el vagabundo de la estación de King's Cross, que debía de estar con toda seguridad participando de la francachela, era de los que no dejaban respiro. Aumentaba y aumentaba hasta que parecía que la cabeza tenía que hacerse más grande para albergarlo. La barahúnda de espadas contra espadas, espadas contra escudos, espadas contra carne, carne contra carne, era tan tremenda que los tímpanos se retorcían y se agitaban y daban ganas de echarse a gritar. Le pegaron, pisaron, dieron de codazos, empujaron y rociaron con vino mientras se escurría y se abría camino entre la salvaje muchedumbre, pero por fin llegó a una de las paredes laterales: grandes placas de madera y piedra, recubiertas de pieles de vaca apestosas.

Se detuvo un instante jadeando y echó una mirada a su alrededor y contempló la escena estupefacto.

Esto era el Valhalla.

No tenía la menor duda al respecto. No era el tipo de festín que podía improvisar una empresa de comidas a domicilio. Y toda aquella desenfrenada y salvaje masa de dioses juerguistas y guerreros y sus mujeres casquivanas, con sus escudos, sus fuegos y sus jabalíes, parecía llenar por completo un espacio que debía de ser aproximadamente del tamaño de la estación de St. Pancras. Sólo el calor que se desprendía de todo esto tendría que haber bastado para sofocar a las bandadas de águilas delirantes que evolucionaban por encima de sus cabezas.

Y tal vez las estaba sofocando. Él no tenía manera de saber a ciencia cierta si una bandada de águilas delirantes que creyera que se estaba asfixiando se comportaría de una manera significativamente distinta de como actuaban muchas de las águilas que observaba en ese momento.

Había una cosa acerca de la cual no había querido preocuparse mientras se abría paso entre la muchedumbre, pero ahora había llegado la hora de pensar en ello.

¿Y los Draycotts?

¿Qué podían estar haciendo aquí los Draycotts? ¿Y dónde, en medio de semejante jaleo, podían estar los Draycotts?

Entornó los ojos y escudriñó la enfervorizada multitud, tratando de ver si podía localizar por alguna parte un par de gafas rojas de diseño, o un discreto traje italiano, mezclándose con las ruidosas cotas de malla y los cueros sudorosos, consciente de que era un intento inútil, pero que debía hacer de todas maneras.

Por fin no tuvo más remedio que reconocer que no podía verles. Seguro que no era su tipo de fiesta. El curso de sus reflexiones se

vio interrumpido bruscamente por una pesada hacha de mango corto que surcó el aire como una flecha para ir a clavarse con gran estrépito en la pared, a unos cinco centímetros de su oreja izquierda. Por un instante, se le puso la mente en blanco.

Cuando se recuperó del susto y volvió a respirar, pensó que seguramente no se la habían arrojado con ánimo malicioso, sino que era tan sólo una muestra del entusiasmo juguetón de algún guerrero. De todas maneras, no estaba con muchas ganas de juerga y decidió cambiar de sitio. Se deslizó junto a la pared en la dirección que le conduciría, de haberse encontrado en la estación de St. Pancras y no en la sala del Valhalla, hasta las taquillas. No sabía con qué se encontraría allí, pero pensó que al menos sería diferente y con eso se conformaba.

Le pareció que en la periferia el ambiente era, en general, bastante más tranquilo.

El corazón de la fiesta, donde todos se lo estaban pasando bomba, parecía hallarse en el centro de la sala. En cambio, las mesas junto a las cuales pasaba ahora, parecían estar ocupadas por individuos con pinta de haber alcanzado esa etapa de sus vidas inmortales en la que preferían rememorar los tiempos en que acostumbraban a lidiar con cerdos muertos e intercambiar juiciosos comentarios acerca de las sutilidades de la técnica de lidiar con cerdos muertos, antes que dedicarse a luchar con uno en ese momento.

Oyó a uno que comentaba con su compañero que un golpe con tres dedos de la mano izquierda sobre el esternón del adversario era la maniobra clave, en el instante crucial, que precedía al momento de rodar por los suelos en el más completo estupor, comentario al que su compañero respondió con un cortés: «¡Oh! ¡Ah!»

Dirk se detuvo, echó una mirada y retrocedió.

Sentado en una actitud pensativa delante de su plato de hierro, y ataviado con gruesas y mugrientas pieles y correajes que, por increíble que parezca, eran todavía más hediondas que las prendas que llevaba cuando Dirk lo vio por última vez, estaba el compañero de Dirk en la sala de espera de la estación de King's Cross.

Dirk pensó en la mejor manera de abordarle. Una palmada rápida en la espalda y un «¡Hola! ¡Vaya juerguecita, eh!» era una posibilidad, pero no la consideró la más adecuada para la ocasión.

Mientras reflexionaba, un águila se lanzó desde lo alto y, con mucho ruido de alas y graznidos, se posó sobre la mesa delante del anciano. Plegó las alas y se acercó a él, reclamando ser alimentada. Con toda naturalidad, el viejo arrancó un trozo de carne de un

hueso y se lo acercó al enorme pájaro, que de un certero picotazo se apoderó del bocado sin tocarle los dedos.

Dirk consideró que había encontrado la clave para un acercamiento amistoso. Se inclinó sobre la mesa, cogió un pequeño trozo de carne y se lo ofreció al pájaro. El águila se lanzó contra su cuello, obligándole a darle de sombrerazos para defenderse, pero esto había hecho las veces de presentación.

–¡Oh! ¡Ah! –dijo el hombre, mientras alejaba al águila con un gesto y se corría un par de centímetros en el banco. A pesar de que no era una invitación en toda regla, al menos era una invitación. Dirk pasó las piernas por encima del banco y se sentó.

–Muchas gracias –dijo Dirk, jadeando.

–¡Oh! ¡Ah!

–No sé si lo recuerda, pero noso...

En aquel momento, un ruido formidable reverberó a través del Valhalla. Era el sonido de un bombo al ser batido, pero sonaba como un bombo de dimensiones inmensas, como si lo hubieran hecho para que dominara la tremenda algarabía que reinaba en la sala. El bombo sonó tres veces, con lentos y fragorosos golpes, como si palpitara el mismísimo corazón del recinto.

Dirk miró a su alrededor para ver de dónde provenía el sonido. Entonces, advirtió por primera vez que en el extremo sur del salón, hacia donde había encaminado sus pasos, había un gran balcón o pasarela que se extendía casi a todo lo largo. Había unas cuantas figuras allí arriba, que apenas podía ver a causa de las ondulaciones del aire caliente y las águilas, pero Dirk tuvo la sensación de que quien fuera que estuviera allí, presidía sobre quien fuera que estuviera aquí abajo.

Odín, pensó Dirk. Odín, el Gran Padre debía de estar en el balcón.

El ruido de la parranda se apagó rápidamente, aunque todavía pasaron varios segundos antes de que desaparecieran los ecos.

Por fin reinó un silencio expectante y entonces una voz poderosa habló desde el balcón invadiendo toda la sala.

La voz dijo:

–El tiempo de la Hora del Desafío toca a su fin. La Hora del Desafío ha sido solicitada por el gran Dios Thor. Por tercera vez preguntamos: ¿dónde está Thor?

Un murmullo recorrió la sala indicando que nadie sabía dónde estaba Thor ni por qué no se había presentado a cumplir con su desafío.

La voz dijo:

–Ésta es una afrenta muy grave a la dignidad del Gran Padre. Si no hay un desafío antes de que expire el tiempo, la pena para Thor será igual de grave.

El bombo volvió a sonar tres veces, y la consternación en la sala fue en aumento. ¿Dónde estaba Thor?

–Estará con alguna chica –exclamó una voz entre la muchedumbre, hubo grandes carcajadas y todo el mundo volvió a sus conversaciones.

–Sí –dijo Dirk, en voz baja–. Eso es lo que yo creo.

–¡Oh! ¡Ah!

Dirk había supuesto que estaba hablando consigo mismo y se sorprendió al ver que había provocado la respuesta del hombre, si bien no estaba muy sorprendido por la respuesta que había provocado.

–¿Fue Thor el que convocó esta reunión? –le preguntó Dirk.

–¡Oh! ¡Ah!

–Es un poco descortés de su parte no presentarse.

–¡Oh! ¡Ah!

–Supongo que todos estarán un tanto molestos.

–No, mientras haya bastantes cerdos como para ir tirando.

–¿Cerdos?

–¡Oh! ¡Ah!

A Dirk no se le ocurría cómo seguir a partir de aquí.

–¡Oh! ¡Ah! –dijo, resignado.

–Es que eso sólo interesa a Thor. No hace más que lanzar desafíos y luego no es capaz de probarlos. No sabe discutir. Se hace un lío y después se enfada, comete alguna estupidez, no sabe cómo salir del embrollo y entonces tiene que cumplir una penitencia. Todos los demás vienen únicamente por los cerdos.

–¡Oh! ¡Ah! –dijo Dirk. Estaba aprendiendo una nueva técnica de conversación y estaba asombrado de sus magníficos resultados. Dirigió al hombre una mirada de respeto.

–¿Sabe usted cuántas piedras hay en Gales? –le preguntó el hombre, de repente.

–¡Oh! ¡Ah! –respondió Dirk, atento. No conocía este chiste.

–Yo tampoco. No se lo quiere decir a nadie. Dice que vayas y las cuentes tú, y después se pone de malhumor.

–¡Oh! ¡Ah! –aprobó Dirk, aunque no le pareció muy bueno.

–Así que esta vez no se ha presentado. No puedo decir que se lo reproche. Pero lo siento porque creo que podría tener razón.

–¡Oh! ¡Ah!

El hombre permaneció en silencio.

Dirk esperó.

–¡Oh! ¡Ah! –dijo otra vez, esperanzado.

Nada.

–Así que... –dijo Dirk, tratando de darle pie– usted cree que podría tener razón.

–¡Oh! ¡Ah!

–Así que el viejo Thor podría tener razón. Ésa es la historia –dijo Dirk.

–¡Oh! ¡Ah!

–¿Por qué –dijo Dirk, perdiendo ya la paciencia– cree usted que tiene razón?

–Oh, porque la tiene.

–¡Oh! ¡Ah! –manifestó Dirk, derrotado.

–No es ningún secreto que corren malos tiempos para los dioses –dijo el anciano con tono severo–. Eso lo tienen muy claro todos, incluso los que sólo se preocupan por los cerdos, que son la mayoría. Y cuando sientes que ya nadie te necesita para nada, resulta muy difícil pensar en algo más allá del próximo cerdo, incluso si uno estaba acostumbrado a tener todo el mundo para él. Todos lo aceptan como algo inevitable. Todos menos Thor, quiero decir. Y ahora él también ha renunciado. Ni siquiera se ha molestado en presentarse y compartir un cerdo con nosotros. Ha renunciado a su desafío. ¡Oh! ¡Ah!

–¡Oh! ¡Ah! –dijo Dirk.

–¡Oh! ¡Ah!

–Así que Thor lanzó un desafío –dijo Dirk, tratando de pescar algo.

–¡Oh! ¡Ah!

–¿De qué iba?

–¡Oh! ¡Ah!

Dirk perdió la paciencia y se encaró con el hombre.

–¿Cuál era el desafío que Thor le lanzó a Odín? –le preguntó, enfadado.

El hombre miró a su alrededor, un tanto sorprendido, y después lo miró a él de arriba abajo, con sus grandes ojos hundidos.

–Usted es un mortal, ¿verdad?

–Sí –replicó Dirk, tajante–. Soy un mortal. Desde luego que soy un mortal. ¿Qué tiene que ver con todo esto que sea un mortal?

–¿Cómo ha llegado hasta aquí?

–Le seguí –contestó Dirk. Sacó el arrugado paquete de cigarrillos vacío del bolsillo y lo puso sobre la mesa–. Muchas gracias, se los debo.

Era una disculpa bastante tonta, pensó, pero no se le ocurrió nada mejor.

–¡Oh! ¡Ah! –dijo el hombre. Apartó la mirada.

–¿Cuál era el desafío que Thor le lanzó a Odín? –insistió Dirk. Esta vez procuró que su voz no sonara impaciente.

–¿Qué importancia tiene para usted? –dijo el anciano con tono amargo–. Usted es un mortal. ¿Por qué se iba a preocupar? Usted ha conseguido lo que pretendía, usted y los de su raza, a cambio de muy poco.

–¿Hemos conseguido qué de dónde?

–Del acuerdo –dijo el viejo inmortal–. El contrato que, según Thor, firmó Odín.

–¿Un contrato? –preguntó Dirk–. ¿Qué contrato?

En el rostro del hombre apareció una expresión de enojo. Las hogueras del Valhalla se reflejaron en las profundidades de sus ojos cuando miró a Dirk.

–La venta –replicó, sombrío– de un alma inmortal.

–¿Qué? –exclamó Dirk. Ya había considerado tal posibilidad y la había descartado como poco probable–. ¿Quiere usted decir que un hombre le ha vendido su alma? ¿Quién es? Eso no tiene sentido.

–No –dijo el hombre–. Claro que así no tiene sentido. Yo he dicho un alma inmortal. Thor dice que Odín ha vendido su alma al Hombre.

Dirk le miró con horror y después, lentamente, dirigió su mirada hacia el balcón. Algo sucedía allá arriba. El gran bombo volvió a sonar y una vez más se hizo el silencio en el salón del Valhalla. Pero no hubo ni un segundo ni un tercer golpe. Había ocurrido algo inesperado y las figuras del balcón se agitaban confusamente. La Hora del Desafío estaba a punto de expirar, pero al parecer un desafío de algún tipo se había presentado.

Dirk se dio una palmada en la frente. Comenzó a balancearse en el banco, mientras por fin se hacía la luz en su cerebro y entendía lo que había pasado.

–No a un Hombre –dijo– sino a *un* hombre y a *una* mujer. Un abogado y una publicista. En cuanto la vi, me dije que todo era culpa suya, pero fui incapaz de comprender que estaba en lo cierto.

Dio media vuelta y le dijo a su compañero con tono apremiante:

–Tengo que llegar hasta allá arriba. ¡Por el amor de Dios, ayúdeme!

29

–¡¡¡¡Ooo... ddddíiiiiiinnnnnn!!!!

Thor gritó con tal fuerza que tembló el cielo. Las pesadas nubes produjeron un trueno sorprendido ante la violencia del aire desplazado bajo ellas. Kate dio un respingo, pálida del susto y la conmoción, mientras le zumbaban los oídos.

–¡¡¡Toe Rag!!!

Levantó su mazo con las dos manos y lo lanzó contra el suelo delante mismo de sus pies. Lo lanzó a tan corta distancia y con una fuerza tan asombrosa que rebotó y se elevó por los aires a unos treinta metros de altura.

–¡¡¡¡Ggggggrrrraaaaaaaah!!!! –Con una inmensa explosión de aire de sus pulmones, se catapultó hacia las alturas en persecución de su martillo, lo atrapó justo en el momento que iniciaba la caída, y lo volvió a lanzar contra el suelo, atrapándolo de nuevo en el rebote. A continuación, lo hizo girar violentamente y lo lanzó con todas sus fuerzas en dirección al mar, luego se dejó caer de espaldas y comenzó a dar golpes con manos y pies contra el suelo en un increíble ataque de rabia. El martillo voló como una bala sobre el mar manteniendo una trayectoria muy baja. La cabeza se hundió en el agua y navegó a una profundidad constante de unos quince centímetros. Un surco se abrió lentamente, pero con facilidad, sobre la superficie, alargándose más de un kilómetro y medio mientras el martillo cortaba las aguas como un bisturí. Las paredes interiores del surco se ahondaron suavemente en su estela, separándose por la pura fuerza del martillo, hasta que se abrió un amplio valle en la superficie del mar. Las laderas del valle se ondularon y agitaron vacilantes, y después se replegaron estrellándose en un tumulto espumeante y enloquecido. El martillo levantó la cabeza y se elevó por los aires. Thor se incorporó de un salto y lo observó, sin dejar de golpear el suelo con los pies como un boxeador, pero como un boxeador que tal vez iba a provocar un terrible terremoto. Cuando el martillo alcanzó la cima de su trayectoria, Thor dirigió su puño hacia abajo como un director de orquesta y el martillo se lanzó contra la hirviente masa marina.

Esto pareció calmar al mar un momento, de la misma manera que una bofetada tranquiliza a un histérico. Pasó el momento. Una inmensa columna de agua hizo erupción en el lugar del golpe y, segundos más tarde, el martillo surgió en el centro, arrastrando

consigo otra enorme columna de agua que se elevó en medio de la primera.

El martillo ejecutó una voltereta en el extremo del surtidor, dio otra vuelta, giró y regresó velozmente hacia su dueño con la excitación de un cachorrillo juguetón. Thor lo atrapó al vuelo pero, en lugar de detenerlo, dejó que lo arrastrara hacia atrás y juntos fueron dando tumbos entre las rocas a lo largo de unos cien metros antes de detenerse hechos un lío en un sitio despejado.

Thor volvió a ponerse inmediatamente de pie. Comenzó a dar vueltas, saltando de un pie a otro con zancadas de tres metros, haciendo girar el martillo a su alrededor con el brazo extendido. Cuando lo volvió a soltar, el mazo salió despedido de nuevo hacia el mar, pero esta vez hendió la superficie en un gigantesco semicírculo, haciendo que el mar retrocediera alrededor de la circunferencia para formar durante un instante un inmenso anfiteatro de agua. Cuando se desplomó, produjo una ola gigantesca que avanzó y batió furiosa las paredes del acantilado.

El martillo voló hasta Thor, que lo volvió a lanzar de inmediato por encima de su cabeza. Se estrelló contra una roca, produciendo un haz de chispas furiosas. Rebotó y arrancó chispas de otra roca y después de otra. Thor se puso de rodillas y cada vez que el martillo golpeaba una roca, él golpeaba el suelo con el puño haciendo que la roca se elevara para volver a encontrarse con el martillo. Una tras otra saltaban las chispas de las rocas. El martillo las fue golpeando sucesivamente con más y más fuerza, hasta que una de las chispas provocó un relámpago de advertencia en las nubes.

Entonces el cielo comenzó a moverse, lentamente, como un inmenso animal furioso en su madriguera. Las chispas saltaban bajo los golpes del martillo cada vez más deprisa y con más fuerza, y nuevos relámpagos surgían del cielo para unirse a ellas, y toda la tierra comenzó a temblar agitada por algo que se parecía mucho a una excitación aterrorizada.

Thor alzó los codos por encima de su cabeza, y después los bajó con fuerza mientras profería otro espantoso bramido hasta el cielo.

–¡¡¡¡O… ddddíiiinnnnnn!!!!

El cielo pareció partirse.

–¡¡¡¡¡¡Toe Raaaaaggggggg!!!!!!

Thor se tiró de bruces al suelo, desplazando dos carretadas de tierra y piedras. Temblaba con una furia creciente. Con un profundo quejido, toda la pared del acantilado comenzó a inclinarse lentamente hacia el mar mientras él empujaba. Al cabo de unos segundos, se desplomó pesadamente en las pavorosas aguas

mientras Thor se incorporaba, sujetaba un peñasco del tamaño de un piano de cola y lo levantaba por encima de su cabeza.

Por un instante, todo pareció quedarse inmóvil.

Thor lanzó la roca al mar.

Recuperó el martillo.

–¡O...! –bramó–. ¡¡¡¡¡¡¡¡¡Ddddddddínnnnnnnnnn!!!!!!!!!!

Lo lanzó contra el suelo.

Un torrente de agua brotó de la tierra y el cielo explotó. Los relámpagos crearon una enorme pared de luz blanca que se extendió kilómetros y kilómetros, a todo lo largo de la costa en ambas direcciones. El trueno retumbó como si chocaran dos mundos y las nubes vomitaron una lluvia que hizo estremecer la tierra. Thor permaneció erguido y exultante bajo el torrente.

Pocos minutos después amainó la tormenta. Una fuerte e incesante lluvia continuó cayendo. Las nubes se disipaban y los débiles rayos de la primera luz de la mañana comenzaron a abrirse paso a través de los claros.

Thor regresó chapoteando y restregándose las manos con el agua de lluvia para quitarse el barro. Cuando el martillo volvió volando hacia él, lo atrapó.

Fue al encuentro de Kate, que le observaba temblando de asombro, miedo y rabia.

–¿Se puede saber a qué ha venido todo esto? –chilló.

–Necesitaba poder encolerizarme correctamente –respondió. Cuando vio que esta explicación no la satisfacía añadió–: Un dios tiene derecho a una pataleta de cuando en cuando, ¿o no?

La encorvada figura de Tsuliwaënsis se acercó presurosamente a ellos en medio de la lluvia.

–Eres un niño muy escandaloso, Thor –le riñó–. Muy escandaloso.

Pero Thor se había ido. Cuando miraron supusieron que debía de ser la manchita que se alejaba raudamente por el cielo claro rumbo al norte.

30

Cynthia Draycott echó una ojeada por encima de la balaustrada a la escena de abajo y puso cara de disgusto. El Valhalla estaba otra vez en plena fiesta.

–Odio todo esto –dijo–. No quiero seguir con esto toda mi vida.

–Claro que no, cariño –dijo Clive Draycott a sus espaldas sin alzar la voz mientras le ponía las manos sobre los hombros–. Nos ocuparemos de ello ahora mismo, y todo saldrá a pedir de boca. De hecho, las cosas no podrían ir mejor. Es precisamente lo que deseábamos. ¿Sabes una cosa? Estás fantástica con esas gafas. Te sientan de maravilla. Te lo juro. Son *muy* chics.

–Clive, se suponía que todo estaba resuelto desde el principio. El acuerdo era que nosotros no tendríamos por qué ser molestados. Podíamos hacerlo, lo hicimos y se acabó. Éste era el acuerdo. Ya he tenido que aguantar bastante mierda en mi vida. Yo quería únicamente que todo fuera bien. Al ciento por ciento. No quiero todo esto.

–Exacto. Y ésta es la razón por la que todo es perfecto para nosotros. Tan perfecto. Un claro incumplimiento de contrato. Hemos conseguido todo lo que queríamos y ahora estamos libres de cualquier obligación. ¡Perfecto! Hemos salido oliendo a rosas y tenemos una vida que justamente es lo que deseabamos al ciento por ciento. Al ciento por ciento. Y limpia. Exactamente lo que tú querías. De verdad, no podía haber salido mejor. Confía en mí.

Cynthia Draycott se encogió de hombros, irritada.

–¿Y qué pasa con este nuevo... personaje? Un problema más que tendremos que resolver.

–Será tan fácil. *Tan* fácil. Escucha, esto no es nada. O lo metemos en el asunto o lo dejamos fuera. Lo tendré todo resuelto antes de marcharnos. Le compraremos alguna cosa. No sé. Un abrigo nuevo. Tal vez le tengamos que comprar una casa. ¿Sabes lo que nos costará? –Lanzó una risa encantadora–. Una bagatela. Ni siquiera tendrás necesidad de pensar en ello. Ni siquiera tendrás que pensar en no tener que pensar en ello. Es... tan... fácil. ¿De acuerdo?

–Hummm.

–Vale. Vuelvo enseguida.

Dio media vuelta y se encaminó hacia la antecámara de la sala del Gran Padre sin dejar de sonreír.

–Así que Mr... –hizo ver que leía de nuevo la tarjetaGently. Desea usted actuar en representación de todas estas personas, ¿no?

–Estos dioses inmortales –puntualizó Dirk.

–Ah, sí, dioses –dijo Draycott–. Muy bien. Quizá haga usted un trabajo mejor que aquel tipejo maniático con el que tuve que tratar la primera vez. Sabe usted, es todo un personajillo nuestro Mr. Rag, Mr. *Rag*. Es un tipo bastante sorprendente. Hizo todo lo que pudo, recurrió a los trucos más viejos para tratar de engañarme, para darme gato por liebre. ¿Y sabe cómo trato a esa clase de personas? Muy simple. Las ignoro. Me limito a ignorarlas. ¿Que quiere hacerse el listo y amenazar y chillar e introducir quinientas diecisiete subcláusulas con las que piensa poder pillarme? Pues perfecto. No hace más que hacerme perder el tiempo. ¿Y a mí qué? Tengo tiempo. Tengo muchísimo tiempo para la gente como Mr. Rag. Porque ¿sabe usted lo que resulta realmente demencial? ¿Lo sabe? Ese tipo ni siquiera es capaz de redactar un contrato para salvar su propio pellejo. De verdad. Para... salvar... el pellejo. Y le diré una cosa: por mí, estupendo. Puede enfurecerse y escupir todo lo que quiera, que cuando se canse ya recogeré el sedal. Escúcheme, yo redacto contratos para negocios discográficos. Estos tipos, en comparación, son subnormales. Puro primitivismo salvaje. Usted los conoce. Ha tratado con ellos. Son unos salvajes primitivos. No me dirá que no. Son como los pieles rojas. Ni siquiera saben lo que tienen. Sabe, estos tipos han tenido suerte de no caer en las manos de un fullero. Se lo digo de verdad. ¿Sabe usted cuánto vale América? ¿Sabe usted cuánto *valen* hoy en día los Estados Unidos enteros? Usted no lo sabe y yo tampoco. ¿Y quiere que le diga por qué? La suma es tan insignificante que, si alguien nos la dijera, al cabo de dos minutos la habríamos olvidado. Se borraría de nuestra mente sin dejar ni rastro.

»Ahora bien, en comparación, y permítame que se lo diga, yo los estoy manteniendo. De verdad que los estoy manteniendo. ¿Una habitación privada en el Woodshead Hospital? Atención de lujo, comida de primera, increíbles cantidades de sábanas de hilo. Sensacional. Podría comprar prácticamente todos los Estados Unidos al precio actual con lo que me está costando. Pero ¿sabe qué? Yo digo, si quiere hilo, que tenga hilo. Que tenga todo el que quiera. Por mí, perfecto. El tipo se lo ha ganado. Puede tener todo el hilo... que le plazca... Lo único que pido es que no me joda.

»Permítame que le diga una cosa. Este tipo vive de maravilla. Una vida *maravillosa*. Y yo creo que eso es lo que todos queremos, ¿no es así? Una vida maravillosa. Pues este tipo la tiene. No sabía

cómo conseguirla. Ninguno de ellos lo sabía. Van un poco perdidos en este mundo moderno. En realidad es bastante duro para ellos, y yo trato simplemente de ayudarles. Permítame que le diga lo ingenuos que son, y de verdad quiero decir *ingenuos*.

»Mi esposa, Cynthia, usted ya la conoce, y permítame decírselo, es estupenda... De verdad, mi relación con Cynthia es *tan buena*...

–No tengo el menor interés en sus relaciones con su esposa.

–Vale. Perfecto. Absolutamente perfecto. Tan sólo había pensado que valía la pena que usted supiera ciertas cosas. Pero lo que usted diga, perfecto. De acuerdo. Cynthia está metida en publicidad. Ya sabe cómo es eso. Es uno de los socios de una agencia muy importante. Importantísima. Hace algunos años realizaron una gran campaña, grande de verdad, en la que un actor interpretaba en un anuncio el personaje de un dios. Ensalzaba la calidad de un producto, no sé qué, creo que era una bebida gaseosa, ya sabe, porquería de esa que produce caries a los niños.

»Y Odín por aquel entonces estaba en la miseria. Vivía en la calle. Era incapaz de conseguir nada porque no lograba adaptarse a este mundo. Todo ese poder, y él sin saber cómo sacarle un buen provecho. Y ahora es cuando viene la parte increíble.

»Odín vio el anuncio en la tele y se dijo: "Eh, yo también podría hacerlo. Yo soy un dios." Pensó que tal vez le pagarían por salir en un anuncio. ¿Y sabe usted cuánto? Aún menos que por los Estados Unidos, ¿me sigue? Piénselo. Odín, el jefe y la fuente de todo el poder de todos los dioses nórdicos, pensó que tal vez le pagarían por salir en un anuncio de la tele vendiendo una gaseosa.

»Y ese tipo, ese dios, va y se lanza en busca de alguien que quiera darle un papel en un anuncio de la tele. Es de una ingenuidad patética. Pero también está la codicia, no nos olvidemos de la codicia.

»Bueno, a lo que íbamos. Resulta que va a parar al despacho de Cynthia. Por aquel entonces, ella no era más que una ejecutiva de segunda fila y no le hizo el menor caso. Pensó que estaba chalado, pero después comenzó a fascinarse por lo extraño que era el tipo e hizo que yo le viera. ¿Y sabe qué? De pronto nos dimos cuenta de que era auténtico. El tipo era auténtico. Un dios auténtico con toda la panoplia de poderes divinos. Y no un dios cualquiera, sino el principal. Aquel del cual depende el poder de todos los demás. Y él quería aparecer en un anuncio. Repitamos esta palabra. Un anuncio.

»La idea era desconcertante. ¿Es que el tipo no sabía lo que tenía? ¿No se daba cuenta de las cosas que podía conseguir con su poder?

»Al parecer, no. A usted tengo que decírselo, aquél fue el momento más increíble de nuestra vida. In...cre...í...ble. Permítame que se lo diga. Cynthia y yo siempre hemos creído que somos, bueno, gente especial, y que algo muy especial acabaría por sucedernos, y aquí lo teníamos. Algo muy especial.

»Pero mire. Nosotros no somos codiciosos. No queremos todo ese poder, toda esa riqueza. Quiero decir, mire el mundo en que vivimos. Todo... el... puñetero... mundo. Podríamos ser los dueños del mundo si nos apeteciera. Pero ¿quién quiere ser dueño del mundo? Piense en el lío que sería. Ni siquiera deseamos una enorme riqueza, con todos esos abogados y contables con los que hay que tratar, y permítame que se lo diga, yo *soy* abogado. De acuerdo, ya sé que uno puede contratar gente para que se ocupe por ti de tus abogados y contables, pero ¿quiénes serán esas personas? Simplemente, más abogados y contables. ¿Sabe una cosa? No nos apetece lo más mínimo tener esa responsabilidad. Es demasiado.

»Fue entonces cuando se me ocurrió la idea. Es como cuando uno compra una propiedad muy grande y luego vende lo que no quiere. De esta manera, uno tiene lo que quiere y un montón de gente recibe lo que desea, sólo que lo consiguen a través de ti, y se sienten un poco en deuda contigo, y recuerdan a través de quién han conseguido todas esas cosas porque firman un trozo de papel que dice lo mucho que están en deuda contigo. Y el dinero fluye para pagar los muy, muy, muy caros servicios médicos de nuestro Mr. Odín.

»Así que no tenemos gran cosa, Mr. Gently. Sólo una o dos casas modestas que no están mal. Uno o dos coches bonitos. Llevamos una vida agradable, eso sí, bastante agradable. No necesitamos mucho porque cuando necesitamos algo nos lo consiguen, se encargan de procurárnoslo. Lo único que pedimos, y fue una petición muy razonable en aquellas circunstancias, fue que no queríamos saber nada más del asunto. Nosotros recogemos lo que por derecho nos toca y nos despedimos. Sólo deseamos la más absoluta paz, y la más absoluta tranquilidad y una vida agradable porque Cynthia algunas veces se pone algo nerviosa. ¿De acuerdo?

»Y, entonces, ¿qué sucede esta mañana? Delante mismo de nuestra puerta. ¡Puaj! Es repulsivo. Quiero decir que fue un numerito francamente asqueroso. ¿Y sabe usted cómo ocurrió?

»Pues de la siguiente manera. Otra vez nuestro amigo, Mr. Rag. Intentó jugar al abogado astuto y tramposo. Es tan patético. Le divierte hacerme perder el tiempo con sus tretas, sus jueguecitos, sus triquiñuelas, y después tiene la desfachatez de presentarme una

factura por el tiempo que ha perdido. Eso no es nada. Es trabajo de creación. Todos los abogados lo hacen. De acuerdo. Así que le digo, acepto la factura. La acepto. No me importa a cuánto asciende. Deme usted la factura y yo me ocuparé de que se la paguen. De acuerdo. Así que me la dio.

»Sólo más tarde descubrí que había una pequeña trampa en el subtotal. ¿Y qué? Estaba tratando de pasarse de listo. Me había pasado una patata caliente. Óigame, la industria discográfica está llena de patatas calientes. Lo único que tienes que hacer es que se ocupen de ella. Siempre hay un montón de gente feliz de poder hacer cosas por ti cuando quieren abrirse paso hacia la cumbre. Si de verdad se merecen un lugar en la cima, bueno, habrá quien se ocupe de ello. Tienes una patata caliente y la pasas. Yo la pasé. Escúcheme, había un montón de gente que se sentía muy feliz de hacer cosas para mí. ¿Sabe una cosa? Fue realmente muy divertido ver lo lejos y lo rápido que pasaron esa patata. Eso me hizo ver quién era listo y quién no. Pero entonces va a parar a mi jardín trasero, y ésa es una faena, creo yo, merecedora de una sanción. Todo el asunto del Woodshead es un montaje muy caro, y creo que en esta ocasión sus clientes han metido la pata. Tenemos la sartén por el mango. Podemos cancelar el contrato. Créame, ahora ya tengo todo lo que podría desear.

»Pero escuche, Mr. Gently. Yo creo que usted comprende mi posición. Hemos sido muy francos el uno con el otro y eso es algo que me llena de satisfacción. Hay ciertos aspectos delicados, desde luego, y además me encuentro en posición de conseguir que sucedan muchas cosas. Así que tal vez podamos llegar a un acuerdo dentro de un amplio abanico de posibilidades. Cualquier cosa que usted desee, Mr. Gently, se puede conseguir.

–Sólo quiero verle a usted muerto, Mr. Draycott –replicó Dirk Gently–. Sólo verle muerto.

–Pues que le den por el culo a usted también.

Dirk Gently dio media vuelta y salió de la habitación. Fue en busca de su nuevo cliente para decirle que era muy probable que tuviera un problema.

31

Un poco más tarde, un BMW azul oscuro salió discretamente del desierto patio de entrada de la estación de St. Pancras y se alejó por las calles silenciosas.

Algo desanimado, Dirk Gently se caló el sombrero y abandonó a su recién conseguido y recién abandonado cliente, quien le manifestó sus deseos de estar a solas y tal vez convertirse en una rata o en algo parecido a otras personas que podía nombrar.

Cerró las grandes puertas tras él y se alejó lentamente del balcón que dominaba la enorme sala abovedada de los dioses y los héroes, el Valhalla. Llegó en el preciso momento en que los últimos participantes del festejo se esfumaban, probablemente para volver a aparecer en el gran hangar abovedado de la estación de St. Pancras. Permaneció durante unos instantes contemplando el recinto vacío mientras las hogueras se convertían en rescoldos humeantes.

Sólo tuvo que hacer un mínimo movimiento de cabeza para realizar la misma transición y encontrarse en medio de un desolado y sucio corredor del inhabitado Midland Grand Hotel. En la enorme y oscura sala de espera de la estación de St. Pancras vio una vez más a los últimos rezagados del Valhalla apresurándose a desaparecer en las heladas calles de Londres con la esperanza de encontrar bancos que no estaban diseñados para dormir en ellos e intentar hacerlo.

Lanzó un suspiro e intentó encontrar la manera de salir del hotel en ruinas, tarea que resultó más difícil de lo que se imaginaba, pues aquel lugar era un inmenso y oscuro laberinto. Por fin, encontró la gran escalera gótica que descendía hasta los enormes arcos del vestíbulo de entrada, decorados con tallas de dragones y grifos, y ornamentos de hierro forjado. La puerta principal seguía cerrada a cal y canto, y después de mucho buscar, Dirk dio con un pasillo lateral que le condujo hasta una salida vigilada por un hombre grande y bastante obtuso. Éste quiso saber cómo había entrado Dirk en el edificio y se negó a aceptar ninguna de sus explicaciones. Al final, no tuvo más remedio que dejar que Dirk se marchara dado que no podía hacer nada.

Dirk cruzó esta entrada para llegar a la entrada de las taquillas, y de allí a la estación propiamente dicha. Durante unos momentos permaneció allí, observando a su alrededor, y luego se marchó por la entrada principal y bajó por la escalera que conducía a St.

Pancras Road. En el preciso momento que puso un pie en la calle, le sorprendió tanto no verse atacado inmediatamente por un águila volando en picado que tropezó y fue a dar de bruces contra el suelo.

Un mensajero madrugador lo atropelló con su motocicleta.

32

Con un tremendo estallido, Thor apareció a través de la pared en el extremo más alejado de la gran sala del Valhalla y se plantó allí, dispuesto a proclamar ante la asamblea de dioses y héroes que al fin había conseguido llegar a Noruega y que en las profundidades de una montaña había encontrado enterrada una copia del contrato firmado por Odín, pero se llevó un chasco porque todos se habían marchado ya y no quedaba nadie para escucharle.

–Aquí no hay nadie –le dijo a Kate, liberándola de su poderoso brazo–. Se han marchado todos. Se encogió, desilusionado.

–¿Qu...? –dijo Kate.

–Buscaremos en las habitaciones del viejo –dijo Thor, y lanzó su martillo en dirección al balcón, con ellos sujetos al mango.

Recorrió las grandes habitaciones sin prestar atención a los ruegos, protestas e insultos varios que le dirigía Kate.

No estaba allí.

–Tiene que estar en alguna parte –protestó Thor furioso, arrastrando el martillo tras él.

–¿Qu...?

–Cruzaremos la línea divisoria del mundo –anunció, y sujetó a Kate de nuevo. En un instante pasaron al otro lado.

Estaban en uno de los enormes cuartos de huéspedes del hotel.

La basura y trozos de moqueta podrida cubrían el suelo, las ventanas estaban negras de mugre tras largos años de abandono. Había excrementos de palomas por todas partes, y la pintura desconchada daba la impresión de que varias familias de estrellas de mar habían estallado contra las paredes.

En medio de la habitación había una cama de hospital abandonada en la que yacía un anciano tapado con sábanas de finísimo hilo llorando a lágrima viva con su único ojo.

–¡He encontrado el contrato, cabrón! –rugió Thor, sacudiendo los papeles bajo sus narices–. He encontrado el acuerdo que firmaste. Has *vendido* todo nuestro poder a... a... un abogado y a... una publicista y... y a todo tipo de gente. ¡Nos has robado nuestro poder! No has podido robarme el mío del todo porque soy demasiado fuerte, pero me has mantenido sumido en la confusión y el desconcierto y has hecho que sucedieran desgracias cada vez que me enojaba. Has evitado por todos los medios posibles que volviera a Noruega porque sabías que encontraría ¡*esto!* Tú y ese enano

ponzoñoso de Toe Rag. Habéis estado abusando de mí y me habéis humillado durante años y...

–Sí, sí, ya sabemos todo eso –dijo Odín.

–Bueno... ¡Muy bien!

–Thor... –dijo Kate.

–¡Pero ahora me he liberado y esto se acabó! –gritó Thor.

–Sí, ya veo que...

–¡Me fui a un lugar donde podía ponerme furioso y enojado en paz, cuando sabía que tú te encontrabas lejos, ocupado, y creías que yo estaba aquí, y me lo pasé bomba chillando y destrozando unas cuantas cosas, ¡y ahora estoy bien! ¡Y para empezar, haré trizas estos papeluchos ahora mismo!

Partió el contrato en dos, lanzó los trozos al aire y los incineró con la mirada.

–Thor... –dijo Kate.

–Y voy a poner remedio ahora mismo a todo lo que has hecho para que yo tuviera miedo de enojarme. La pobre chica del mostrador de embarque convertida en una máquina de Coca-Cola. ¡Puf! ¡Bam! ¡Ya está! ¡El reactor de combate que trató de abatirme cuando yo volaba hacia Noruega! ¡Puf! ¡Bam! ¡De nuevo con nosotros! ¡Lo ves! ¡He recuperado el control sobre mí mismo!

–Mi lámpara de mesa –dijo Kate, en voz baja.

–¡Y la lámpara de mesa de Kate! ¡Ya no es un gatito! ¡Puf! ¡Bam! ¡Thor habla y ya está! ¿Qué ha sido ese ruido?

Un resplandor rojizo se extendía por el cielo de Londres.

–Thor, creo que algo le pasa a tu padre.

–Eso espero. ¡Oh! ¿Qué tienes? ¿Padre? ¿Te encuentras bien?

–He sido tan, pero tan tonto e imbécil –lloriqueó Odín–. He sido tan perverso y malvado que...

–Bueno, eso es lo que yo pienso –dijo Thor, y se sentó en el borde de la cama–. Y ahora, ¿qué vamos a hacer?

–No creo que pueda vivir sin más sábanas de hilo, y la hermana Bailey, y... ha pasado tanto, tanto tiempo, y yo soy tan, tan viejo. Toe Rag dijo que tendría que haberte matado, pero yo... yo hubiera preferido matarme a mí mismo. ¡Oh, Thor!...

–¡Oh! –dijo Thor–. Ya veo. Bueno no sé qué hacer. Maldita sea...

–Thor...

–Sí, sí, ¿qué pasa?

–Thor, es muy fácil lo que tienes que hacer por tu padre y el Woodshead –dijo Kate.

–¿Ah, sí? ¿Qué debo hacer?

–Te lo diré con una condición.

–¿En serio? ¿Cuál?

–Que me digas cuántas piedras hay en Gales.

–¿Qué? –chilló Thor, indignado–. ¡Apártate de mí! ¡Quieres saber algo que me costó años y años averiguar!

Kate se encogió de hombros.

–¡No! –dijo Thor–. ¡Cualquier cosa menos ésa! De todas maneras –añadió malhumorado–, ya te lo he dicho.

–No, no lo has hecho.

–Sí, lo hice. Te he dicho que había perdido la cuenta en algún lugar de Mid-Glamorgan. Bueno, no iba a empezar de nuevo, ¿no te parece? ¡Piensa, chica, piensa!

33

Por un sendero que atravesaba el escarpado terreno del noreste del Valhalla –una red de senderos que parecían conducir sólo a otros senderos y después de vuelta al primer sendero para volver a empezar– caminaban dos figuras. Una era una criatura enorme, estúpida y violenta de ojos verdes y con una guadaña colgada del cinturón que a menudo se le enredaba entre las piernas dificultando la marcha, y la otra una pequeña criatura enloquecida, agarrada a la espaldas del más grande, e incitándole como un maníaco a que se diera prisa cuando en realidad lo que hacía era entorpecerle aún más.

Por fin llegaron a un edificio de una planta que olía fatal y se apresuraron a entrar, proclamando a viva voz que necesitaban caballos. El viejo dueño del establo se adelantó, los reconoció y, como ya estaba enterado de su caída en desgracia, al principio se mostró poco dispuesto a ayudarles a proseguir su viaje. La guadaña relampagueó en el aire y la cabeza del dueño de la cuadra saltó por los aires muy sorprendida mientras su cuerpo daba un paso atrás, se tambaleaba un poco, y después, al no tener otras indicaciones sobre el particular, se desplomaba hacia atrás. Su cabeza fue a caer en el pajar.

Los asaltantes engancharon a toda prisa dos caballos a un carro, salieron traqueteando del establo y cogieron un camino más ancho que conducía hacia el norte.

Avanzaron rápidamente carretera arriba durante más de un kilómetro. Toe Rag fustigaba sin cesar a los caballos con un látigo largo y cruel. Sin embargo, al cabo de unos minutos, los caballos aminoraron el paso y comenzaron a mirar inquietos a su alrededor. Toe Rag los castigó con más ardor, pero cada vez se mostraban más nerviosos hasta que, de pronto, perdieron el control y retrocedieron sobrecogidos por el terror, volcando el carro y despidiendo a sus ocupantes, que inmediatamente se pusieron otra vez de pie, locos de rabia.

Toe Rag se puso a chillar a los caballos espantados y fue entonces cuando, por el rabillo del ojo, atisbó la causa de tan tremendo susto.

No era tan terrorífico. Se trataba simplemente de una gran caja de metal pintada de blanco que estaba tirada sobre un montón de basura al borde de la carretera y se agitaba.

Los caballos retrocedían e intentaban con todas sus fuerzas salir de estampida para alejarse de la cosa blanca que se agitaba, pero se habían enredado con los arreos y lo único que conseguían era bañarse en sudor. Toe Rag se dio cuenta de que no habría manera de calmarlos hasta que resolvieran el asunto de la caja.

–Sea lo que sea –le chilló a la criatura de ojos verdes–, ¡mátala!

Ojos verdes desenganchó una vez más la guadaña del cinturón y trepó la montaña de basura donde se agitaba la caja. Le dio un puntapié y la caja se agitó aún más. Después, levantó la pierna, apoyó el pie en la parte de atrás y de un empujón la mandó cuesta abajo. La gran caja blanca se tambaleó un poco y luego resbaló hasta el suelo. Allí permaneció inmóvil un instante y después la puerta, libre al fin, se abrió de golpe. Los caballos relincharon de terror.

Toe Rag y su compinche de ojos verdes se acercaron a la cosa con una curiosidad no exenta de preocupación, y luego retrocedieron horrorizados ante el nuevo dios, grande y poderoso, que surgió de sus entrañas.

34

Al día siguiente por la tarde, a una cómoda distancia del lugar donde se desarrollaban todos estos acontecimientos, instalado a una cómoda distancia de una ventana bien proporcionada por la que entraba a raudales la luz de la tarde, un anciano tuerto descansaba en una cama blanca. Un periódico se erguía como una tienda de campaña, medio aplastada en el suelo, donde había sido arrojado un par de minutos antes.

El hombre estaba despierto pero esto no le producía ninguna alegría. Sus manos, de exquisita fragilidad, reposaban ligeramente curvadas sobre las sábanas blancas de hilo puro agitadas por un temblor casi imperceptible.

Su nombre variaba entre Mr. Odwin o Wodin u Odín. Había sido –era– un dios, y además un dios confuso y sorprendido.

Se sentía confuso y sorprendido por una noticia de primera plana que acababa de leer en el periódico y que hacía referencia a otro dios que rondaba por ahí comportándose como un verdadero idiota. No lo decía, desde luego, con tanta claridad. Sólo se limitaba a describir los sucesos de la noche anterior, cuando un reactor de combate desaparecido hacía ya tiempo, despegó a todo gas del interior de una casa en el norte de Londres, dentro de la cual nadie hubiera imaginado que pudiera caber. En la operación de despegue, el aparato había perdido inmediatamente las alas y entrado en barrena para ir a estrellarse y estallar en una calle principal. El piloto había conseguido accionar el asiento de eyección durante los pocos segundos de vuelo y había aterrizado, tembloroso y magullado, pero por lo demás indemne, y no dejaba de repetir una alucinante historia acerca de extraños seres con martillos que sobrevolaban el Mar del Norte.

Por fortuna, dado lo avanzado de la hora en que había ocurrido el inexplicable desastre, las calles estaban casi desiertas, y aparte de grandes daños materiales, las únicas víctimas mortales que se habían registrado eran los ocupantes no identificados de un coche que se suponía podía tratarse de un BMW, al parecer de color azul, aunque dadas las circunstancias del accidente era muy difícil confirmar este punto.

Estaba muy, muy cansado y no tenía ganas de pensar en el tema, no quería pensar en la noche anterior, no quería pensar en nada que no fueran las sábanas de hilo blanco y lo maravilloso que era

cuando la hermana Bailey lo arropaba en ellas como acababa de hacer ahora mismo, tan sólo cinco minutos antes, y también diez minutos antes.

La muchacha americana, Kate no sé qué, entró en su habitación. Le hubiera gustado que se marchara y le dejara dormir. No paraba de hablar de que todo estaba arreglado. Le felicitó por tener la tensión arterial por las nubes, el nivel de colesterol por encima de todas las marcas y el corazón destrozado, méritos suficientes para que la dirección de la clínica lo admitiera encantada como paciente vitalicio a cambio de toda su fortuna. Ni siquiera se habían preocupado por averiguar a cuánto ascendía, ya que saltaba a la vista que sería suficiente para cubrir una estancia tan breve como la que le pronosticaban.

Al parecer, Kate esperaba que él se mostrara satisfecho, así que asintió amablemente, le dio las gracias con un hilo de voz y se sumergió feliz en el sueño.

35

Aquella misma tarde, Dirk Gently se despertó, también en un hospital, víctima de una ligera conmoción, rasguños, golpes y una pierna rota. Había tenido muchísimas dificultades cuando explicó en recepción que la mayoría de sus lesiones habían sido producidas por un niño y un águila, y que, en realidad, ser atropellado por un mensajero en moto había sido una experiencia casi relajante, pues no le había exigido mayor esfuerzo que quedarse tendido en el suelo en lugar de tener que agacharse cada dos minutos para esquivar a una rapaz volando en picado.

Le mantuvieron sedado –en otras palabras, dormidodurante gran parte de la mañana, y tuvo terribles pesadillas en las que Toe Rag y un gigante de ojos verdes armado con una guadaña huían hacia el noreste del Valhalla, donde, de forma imprevista, eran atrapados y devorados por un nuevo e inmenso Dios de la Culpa que había conseguido evadirse de un recinto muy parecido a un frigorífico tirado patas arriba sobre una montaña de basura.

Se sintió aliviado cuando una voz alegre le arrancó del sueño.

–Vaya, si es usted. El que me robó el libro.

Abrió los ojos y vio la figura de Sally Mills, la chica que le había abordado de forma tan descarada el día anterior en el café con el pretexto de que él, antes de birlarle el libro, le había robado el café.

–Bueno, me alegro de ver que ha decidido seguir mi consejo y venir a que le arreglaran la nariz como es debido –dijo mientras revoloteaba a su alrededor–. No tiene usted aspecto de haber cogido el camino más corto, pero ahora está aquí y eso es lo que importa. Encontró a la chica que buscaba, ¿no es así? Resulta curioso pero está usted en la misma cama que ocupó ella. Si la vuelve a ver, tal vez pueda darle esta pizza que pidió que le trajeran antes de marcharse. Ahora está fría, pero el mensajero dijo que había insistido tanto que aquí la tiene.

»En realidad, no me molesta que me haya robado el libro. De todas maneras, no sé por qué los compro, no son muy buenos, pero como todo el mundo los compra, ya sabe. Alguien me dijo que corría el rumor de que el autor había hecho un pacto con el diablo o algo parecido. En mi opinión, no son más que tonterías, pero sí sé otra historia acerca de él mucho más divertida. Al parecer, cada vez que va a un hotel, recibe misteriosamente unos pollos que se hace subir a la habitación y nadie se ha atrevido jamás a preguntar o ni

siquiera a imaginar para qué los quiere, porque nadie ha vuelto a ver ni siquiera una pluma de los bichos. Bueno, yo conocí a un tipo que sí sabía para qué los quería. Era el encargado de llevarse los pollos de la habitación, en el más absoluto secreto, en cuanto llegaban. Así es como Howard Bell se ha ganado la reputación de ser un tipo muy extraño y demoníaco, y todos compran sus libros. Buen trabajo si lo consigues. De todas maneras, supongo que no tiene ganas de que le dé conversación durante toda la tarde, y aunque las tuviera, tengo cosas más importantes que hacer. La hermana ha dicho que es probable que a última hora le den el alta. Podría irse tranquilamente a su casa y dormir en su propia cama, algo que supongo le hará ilusión. De todas maneras, espero que se mejore. Aquí tiene, le he traído un par de periódicos.

Dirk cogió los periódicos, feliz de encontrarse a solas de una vez.

Empezó a mirar qué pronosticaba El Gran Zaganza para este día. El Gran Zaganza decía: «Está usted muy gordo, es cada vez más estúpido e insiste en llevar un sombrero ridículo del cual debería sentirse avergonzado.»

Lanzó un ligero gruñido y buscó el horóscopo del otro diario.

Decía: «Hoy es un día para disfrutar de la comodidad hogareña.»

Estoy de acuerdo, pensó. Se sentiría feliz de regresar a su casa. Todavía experimentaba un extraño alivio por haberse librado de su viejo frigorífico, y esperaba con anhelo disfrutar de su condición de propietario de frigorífico con el nuevo y resplandeciente modelo que le esperaba en la cocina.

Tendría que pensar en cómo solucionar el tema del águila, pero se preocuparía del problema cuando estuviera en casa.

Volvió a la primera página para ver si había alguna noticia interesante.

NOTAS

1 Juego de palabras con *the sleep of the just,* «el sueño de los justos», y *the just asleep,* «el que acaba de dormirse». *(N. del T.)*

2 Literalmente, «limpiadora». *(N. del T.)*

3 *Thursday,* «día de Thor». *(N. del T.)*